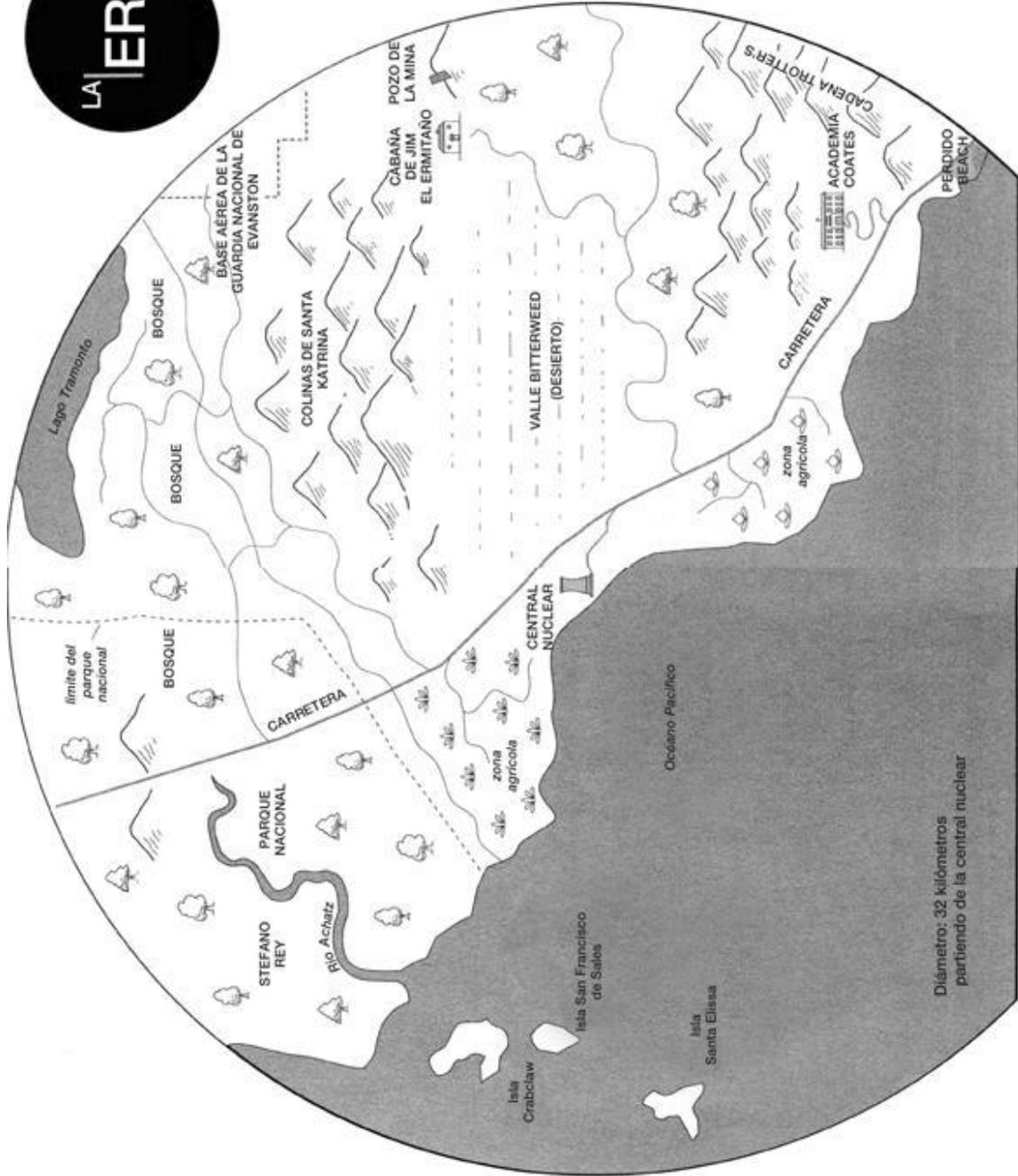


Plaga

Michael Grant

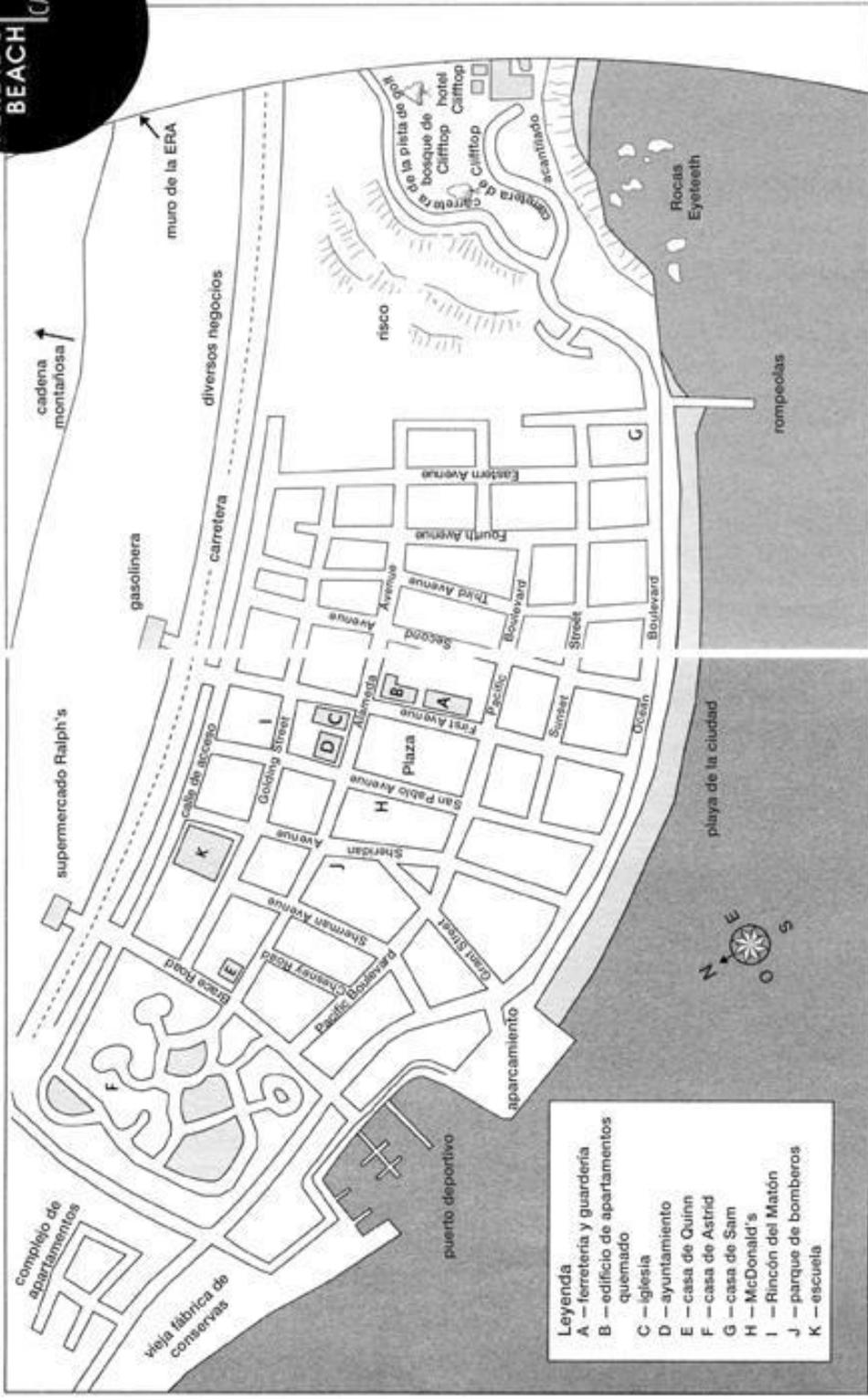
Serie Olvidados, 04

Para Katherine, Jake y Julia



Diámetro: 32 kilómetros
partiendo de la central nuclear

PERDIDO BEACH | CALIFORNIA



- Leyenda**
- A — ferretería y guardería
 - B — edificio de apartamentos quemado
 - C — iglesia
 - D — ayuntamiento
 - E — casa de Quinn
 - F — casa de Astrid
 - G — casa de Sam
 - H — McDonald's
 - I — Rincón del Matón
 - J — parque de bomberos
 - K — escuela

PETE

SE ENCONTRABA EN el borde de una placa de cristal, como dispuesto a saltar. Descalzo. Perfectamente equilibrado. Con un pie detrás del otro y los brazos a los lados. Ahora era ese su juego.

La placa de vidrio descendía cada vez más y más y más, eternamente. Como una cortina brillante y translúcida.

El borde superior del cristal era tan fino que probablemente se rompería si se resbalaba, se caía o daba un paso precipitado. Ese borde formaba una franja fina de arcoíris que reflejaba rojos brillantes y verdes y amarillos.

A un lado del cristal, oscuridad. Al otro, colores que desentonaban y le perturbaban.

Veía cosas a la derecha, por debajo de su mano, lejos del alcance de sus dedos. Ahí abajo estaban su mamá, su papá y su hermana. Ahí abajo había bordes irregulares y ruidos discordantes que le hacían llevarse las manos a los oídos. Cuando miraba esas cosas, a esa gente, esas casas tambaleantes e insustanciales, los muebles de bordes afilados, las manos garrudas y las narices ganchudas y los ojos que miraban y miraban y miraban y las bocas que gritaban, quería cerrar los ojos.

Pero no servía de nada. Los veía aun con los ojos cerrados. Y los oía. Pero no entendía sus colores desbordantes, vibrantes. A veces sus palabras no eran palabras, sino lanzas de colores brillantes, como los de un loro, que salían disparadas de sus bocas.

Madre padre hermana profesor otros. Últimamente solo estaban hermana y otros. Decían cosas. Captaba algunas palabras. Pete. Petey. El pequeño Pete. Conocía esas palabras. Y a veces eran palabras dulces, como gatitos o almohadas, y salían flotando de los labios de su hermana y sentía paz durante un rato hasta que aparecía el siguiente ruido agudo, crispante, la siguiente puñalada de color.

A su izquierda, muy por debajo de la placa interminable de vidrio, había un mundo muy distinto. Criaturas silenciosas, fantasmales, se arrastraban en silencio, en diversos tonos de gris. Sin bordes puntiagudos, sin emitir ruidos estridentes. Sin colores horribles que lo hicieran gritar. Allí todo estaba oscuro y muy, muy tranquilo.

Ahí debajo había una esfera que apenas brillaba, como un sol de un verde

pálido. A veces lo alcanzaba con un zarcillo, como un vaho. Lo alcanzaba cuando mantenía el equilibrio, con un pie detrás del otro y las manos a los lados.

«Paz. Tranquilidad. Nada». Le susurraban estos pensamientos.

Y a veces jugaba. A un juego.

A Pete le gustaban los juegos. Solo el lado izquierdo jugaba a sus juegos a su manera; los juegos tenían que jugarse a su manera, del mismo modo, siempre igual, sin cambiar nada. Pero el último juego al que jugó con la Oscuridad se volvió discordante y brilló demasiado. De repente le atravesó el cerebro con varias flechas. Y la Oscuridad rompió el juego.

La placa de vidrio se hizo añicos. Pero ahora volvía a estar entera, y Pete se balanceaba encima de ella. Como pidiendo disculpas, el débil sol verde le susurraba: «Baja a jugar».

En el otro lado, el lado agitado, duro y discordante, su hermana lo empujaba con manos como martillos, una cara que parecía una máscara estirada bajo el pelo amarillo, y la boca chillona rosa y de un blanco brillante.

—Date la vuelta. Tengo que sacarte esta sábana. Está empapada.

Pete entendía parte de las palabras. Percibía su dureza.

Pero aún percibía otra cosa más intensamente. Una extrañeza. Algo ajeno a él. Algo iba mal. Una nota musical profunda, palpitante, un arco deslizándose sobre las cuerdas, lo distraía de la izquierda y la derecha, lo apartaba incluso de la placa de vidrio sobre la que se balanceaba.

Y esa nota procedía del lugar donde nunca había mirado: de su interior.

Ahora Pete se miraba a sí mismo, como si flotara fuera de sí. Miraba su cuerpo, sorprendido. Y sí, esa era la voz nueva, la nota insistente, la voz exigente que lo atraía aún más que el dulce murmullo de la Oscuridad o las palabras discordantes de su hermana. Su cuerpo reclamaba su atención, y lo distraía del juego de equilibrios sobre la placa de vidrio.

—Estás sudando —dijo su hermana—. Estás ardiendo. Voy a tomarte la temperatura.

UNO

72 HORAS, 7 MINUTOS

SAM TEMPLE ESTABA borracho.

Era una experiencia nueva para él. Tenía quince años y, a escondidas, se había bebido uno o dos sorbos del vino de su madre. Se bebió media cerveza cuando tenía trece años. No le gustó mucho: era amarga.

Dio una sola calada de un porro antes de la ERA. Casi echa un pulmón, y luego se pasó una hora como adormilado y extraño, y le acabó entrando sueño.

Nunca había sido lo suyo. Nunca había formado parte de los *fiesteros*.

Pero aquella noche había ido a ver cómo estaba el monstruo enjaulado que era Brittney y Drake al mismo tiempo, y oído las amenazas horribles y espantosas de Drake y su descomunal rabia asesina. Y luego había presenciado algo mucho peor: las súplicas de Brittney para que la matara.

—Sam, sé que me escuchas —dijo la chica a través de la puerta, atrancada con una barricada—. Sé que estás ahí fuera: he oído tu voz. No puedo soportarlo, Sam, acaba con esto. Por favor, te lo suplico, déjame ir, déjame ir al cielo.

Esa misma noche, Sam había pasado un rato con Astrid, pero la cosa no había ido muy bien. Astrid lo intentaba, y él también, pero había demasiados problemas entre ellos. Habían pasado demasiadas cosas.

Sam la besó. Y ella también a él... durante un rato; hasta que Sam forzó las cosas. Sus manos se dirigieron donde quería que fueran, y Astrid lo apartó.

—Sabes que voy a decirte que no, Sam —le recordó la chica.

—Ya, como que ya lo he pillado —respondió él enfadado y frustrado, tratando sin embargo de aparentar cierta calma.

—Si empezamos, ¿cuánto tardará en enterarse todo el mundo?

—No es por eso por lo que no quieres acostarte conmigo —replicó Sam—.

No quieres porque crees que eso significaría perder el control. Y lo que más te importa es controlarlo todo, Astrid.

Y era verdad. O al menos eso era lo que le parecía a Sam.

Pero si, en vez de limitarse en exteriorizar su enfado, Sam fuera sincero, debería admitir que Astrid tenía sus propios problemas. Que se sentía muy culpable y que lo último que necesitaba era sentirse culpable por otra cosa más.

El pequeño Pete estaba en coma, y Astrid se echaba la culpa, aunque fuera una tontería culparse de ello y Astrid no tuviera ni un pelo de tonta.

Pero el pequeño Pete era su hermano. Su responsabilidad.

Su carga.

Tras el rechazo de Astrid, Sam se quedó ahí de pie, torpemente, mientras Astrid intentaba meter sopa de alcachofa y pescado entre los labios débiles del pequeño Pete. El niño podía tragar, e incluso caminar si ella lo guiaba. Y utilizaba la trinchera del patio de atrás si Astrid lo limpiaba.

Esa era la vida de Astrid ahora. Se había convertido en la enfermera de un niño autista con todo el poder del mundo encerrado en su interior. Ya ni siquiera era autista: el pequeño Pete se había ido. No había modo de saber qué había en esa mente suya tan y tan extraña...

Astrid no abrazó a Sam cuando le dijo que se iba. No lo tocó.

Así había transcurrido la noche de Sam. En compañía de Astrid y el pequeño Pete, y esa criatura doble, ni muerta ni viva, que vigilaban Orc y Howard.

Si Drake lograra escaparse de alguna manera, probablemente solo dos personas podrían derribarlo: el propio Sam y Orc. Sam necesitaba que Orc hiciera de carcelero de Drake. Así que ignoró las botellas que Orc tenía junto al sofá y se limitó a «confiscar» la que quedaba a la vista en el mostrador de la cocina.

—Ya lo tiraré yo —indicó Sam a Howard—. Ya sabes que es ilegal.

Howard se encogió de hombros y sonrió con complicidad. Como si lo supiera. Como si hubiera percibido un destello de ansia y necesidad en la mirada de Sam.

Pero ni el propio Sam lo sabía. Su intención era romper la botella o tirarla en la calle. Pero se la llevó. Por las calles oscuras. Más allá de las casas quemadas y sus fantasmas.

Más allá del cementerio.

Hasta la playa. Allí abrió el tapón precintado, dispuesto a verterla en la arena. Pero tomó un sorbo.

Ardía como el fuego.

Y luego otro. Esta vez escoció menos.

Avanzó por la playa. En su fuero interno sabía dónde iba. Sabía que sus pies lo llevaban hacia el acantilado.

Y, muchos tragos más tarde, se encontraba tambaleándose en lo alto del acantilado. El efecto del alcohol era innegable. Sabía que estaba borracho.

Miró hacia abajo, hacia el pequeño arco de la playa en la base del acantilado. Las olitas débiles dibujaban curvas luminiscentes en la arena oscura.

Ahí mismo, ahí donde Sam se encontraba, Mary había conducido a los alumnos de párvulos a dar un salto suicida. Solo el esfuerzo heroico de Dekka mantuvo a esos niños con vida.

Y ahora Mary había desaparecido.

—Esta va por ti, Mary —dijo Sam.

Inclinó la botella y bebió un trago largo.

Había fallado a Mary.

La chica se encargó de los peques desde el principio y se ocupaba de la guardería. Llevaba esa carga casi en solitario.

Sam vio los efectos de su anorexia y bulimia, pero no se percató de lo que le pasaba, o no quiso hacerlo.

Llegó a sus oídos el cotilleo inquietante de que Mary se tomaba todos los

medicamentos que encontraba, cualquier cosa que creyera que podía aliviarle la depresión.

Y tampoco quiso darse por aludido.

Y, sobre todo, tendría que haberse dado cuenta de lo que tramaba Nerezza. Debería haberla interrogado, debería haber insistido.

Debería, debería, debería...

Sam dio otro trago largo al fuego líquido. El ardor le hizo reír. Se rio en dirección a la playa donde había muerto Orsay, la falsa profetisa.

—Adiós, Mary —dijo Sam arrastrando las vocales, alzando la botella como si brindara con ella—. Al menos te has pirado de aquí.

El día en que Mary hizo puf, la barrera se abrió durante medio segundo, y vieron el mundo exterior: la plataforma de observación, la camioneta de la televisión con conexión vía satélite, la construcción de locales de comida rápida y hoteles baratos.

Les pareció muy, muy real.

Pero ¿lo fue? Astrid decía que no, que no había sido más que otra ilusión. Pero Astrid no era precisamente adepta a la verdad.

Sam se tambaleaba en el borde del acantilado. Sufría por Astrid; el alcohol no había conseguido amortiguar ese dolor. Ansiaba oír su voz, el calor de su aliento en el cuello, sus labios. Ella había sido lo único que había evitado que se volviera loco. Pero ahora era lo único que lo volvía loco, porque el cuerpo le pedía lo que ella no quería darle. Ahora estar con ella significaba dolor, vacío y desazón.

La barrera estaba allí, a muy pocos metros. Impenetrable. Opaca. Dolorosa al tacto. Esa cúpula gris brillaba débilmente y rodeaba más de treinta kilómetros de costa en el sur de California, formando un terrario gigante. O un zoo. O un universo.

O una prisión.

Sam intentó concentrarse en la barrera, pero no veía bien.

Dejó la botella en el suelo con el cuidado exagerado de un borracho y se enderezó. Se miró las palmas de las manos y extendió los brazos hacia la barrera.

—De verdad que te odio —dijo a la barrera.

Dos rayos gemelos de luz verde abrasadora salieron disparados de sus palmas, formando un torrente de luz focalizada.

—¡Aaaaah! —gritó Sam al apuntar y disparar.

Soltó un taco en voz alta. Y luego otro, al volver a disparar una vez más.

La luz alcanzó la barrera, pero no hizo nada. No ardió nada. Nada se quemó ni se chamuscó.

—¡Quémate! —aulló Sam—. ¡Quémate!

Dirigió los rayos hacia arriba, recorriendo la curva de la barrera. Sam bramó y aulló y trató de abrasarla.

Sin éxito.

Entonces se dejó caer en el suelo, sentado, y el fuego brillante se apagó. Sam buscó a tientas la botella.

—La tengo —dijo una voz.

Sam se volvió, buscando con la mirada el origen de la voz. No lo encontraba. Era una chica, de eso estaba bastante seguro, era una voz femenina.

La chica dio un paso para que pudiera verla. Era Taylor.

Taylor era una guapa chica asiática que nunca había ocultado que Sam la atraía. También era una rara, tenía tres barras y el poder de teletransportarse. En un instante, podía desplazarse a cualquier lugar que hubiera visto o en el que hubiera estado antes. Lo llamaba «saltar».

Llevaba una camiseta y pantalones cortos con zapatillas. Sin cordones ni calcetines. Nadie se vestía bien, ya no. La gente llevaba lo que estuviera medianamente limpio.

Y nadie viajaba sin armas. Taylor llevaba un cuchillo grande en una funda de piel auténtica.

No era guapa como Astrid. Pero tampoco era fría, ni distante, ni lo miraba con ojos acusadores, defensivos. Cuando miraba a Taylor, al cerebro de Sam no volvían los recuerdos de amor y rabia.

No era Taylor quien había sido el centro de su vida durante los meses pasados, ni tampoco quien lo había frustrado y humillado, quien lo había hecho sentir como un idiota. Más solo que nunca.

—Eh, Taylor. Taylor la saltarina. ¿Qué pasa?

—He visto la luz —respondió ella.

—Sí, yo soy toodo luz —dijo Sam arrastrando las palabras.

Taylor le tendió la botella, indecisa; no sabía muy bien qué hacer con ella.

—No. —Sam la desdeñó—. Creo que ya he tomado bastante, ¿no te parece? —Hablaba con sumo cuidado, intentando no arrastrar las palabras, pero no lo conseguía—. Ven a sentarte conmigo, Taylor. Taylor la saltarina, Taylor.

Ella vaciló.

—Vamos, que no muerdo. Está bien hablar con alguien... normal.

Taylor lo recompensó con una breve sonrisa.

—No sé si soy muy normal.

—Más normal que otros. Vengo de ver a Brittney —explicó Sam—. ¿Tú tienes un monstruo dentro, Taylor? ¿Debes estar encerrada en un sótano porque llevas un psicópata con brazo de látigo dentro? ¿No? ¿Lo ves? Eres muy normal, Taylor.

El chico miró desafiante en dirección a la barrera, la barrera intacta e imperturbable.

—¿Alguna vez has suplicado que te consuman las llamas para al fin poder liberarte e ir con Dios, Taylor? No. Ves, pues eso es lo que hace Brittney. No, tú eres

bastante normal, Taylor la saltarina.

Taylor se sentó a su lado. No demasiado cerca. Como una amiga, para hablar.

Sam no dijo nada. Dos impulsos distintos peleaban en su cabeza.

Su cuerpo le decía que lo hiciera. Y su mente... bueno, estaba confundida y no es que controlara precisamente.

Cogió la mano de Taylor y ella no la apartó.

Sam le llevó la mano al brazo. La chica se puso un poco rígida y miró alrededor para asegurarse de que no los veían. O esperando quizá que sí.

La mano de Sam le alcanzó el cuello. Sam se inclinó hacia Taylor, tiró de ella y la besó.

Y la chica le devolvió el beso.

Entonces la besó más intensamente. Y ella deslizó la mano por debajo de su camiseta, acariciándole con los dedos la carne desnuda.

Entonces Sam se apartó, rápido.

—Lo siento, yo...

El chico dudó. Su cerebro bamboleante discutía con un cuerpo de repente en llamas.

Sam se levantó de golpe y se apartó.

Taylor se rio alegremente a sus espaldas.

—Ven a verme cuando te canses de soñar con la princesa de hielo, Sam.

Sam echó a andar contra una fuerte brisa repentina. En cualquier otro momento, en cualquier otro estado, tal vez se habría dado cuenta de que nunca soplaba viento en la ERA.

DOS

72 HORAS, 4 MINUTOS

ERA INCREÍBLE LO que la comida decente podía hacer por el aspecto de una chica hambrienta.

Diana se miraba en el espejo grande, en braguitas y sujetador limpios. Estaba flaca, muy flaca. Tenía las piernas huesudas, y tanto las rodillas como los pies parecían terriblemente grandes. Podía contarse todas las costillas. Tenía el vientre cóncavo. Había dejado de tener la regla y el pecho había encogido a cuando no tenía ni doce años. La clavícula parecía hecha de perchas de la ropa. Su rostro resultaba casi irreconocible. Parecía una adicta a la heroína.

Pero el pelo empezaba a tener mejor aspecto: estaba más oscuro. El color oxidado y el tacto quebradizo causados por el hambre estaban mermando.

Ya no tenía los ojos muertos como sombras vacías hundidas en el cráneo. Ahora le brillaban bajo la luz tenue de la lámpara. Parecía viva.

Ya no le sangraban tanto las encías. Estaban rosadas, no rojas, y no tan hinchadas. Puede que al final no se le acabaran cayendo los dientes.

El hambre la había llevado a comer carne humana. Era una caníbal.

El hambre la había privado de su humanidad.

—No del todo —dijo Diana a su reflejo—. No del todo.

Sacrificó la vida cuando vio que Caine destruiría el helicóptero con Sanjit y sus hermanos dentro. Se dejó caer por el acantilado para obligar a Caine a elegir entre salvar a Diana o matar a los niños.

Seguro que ese sacrificio compensaba el hecho de haber mordido, masticado y tragado un trozo cocido del pecho de Panda.

¿No se había redimido? ¿Un poco, al menos?

Por favor... «Por favor, si hay un Dios mirando, por favor, que vea que me he

redimido».

Pero eso no bastaba. Nunca bastaría. Tenía que hacer algo más. Mientras viviera tendría que hacer más.

Empezando por Caine.

El chico mostró un atisbo de humanidad al salvar y dejar marchar a las que iban a ser sus víctimas. No era gran cosa, pero era algo. Y si encontrara el modo de cambiarlo...

Entonces Diana oyó un ruido. Muy leve. Un roce de pies en la alfombra.

—Sé que estás ahí, Bug —dijo muy calmada, sin volver la vista. No quería darle la satisfacción a ese pequeño chungo—. ¿Qué crees que te haría Caine si le dijera que me estabas espiando vestida solo con ropa interior?

Bug no respondió.

—¿No eres un poco joven para ser un perverso?

—Caine no me matará —respondió una voz sin cuerpo—. Me necesita.

Diana se dirigió a la cama gigante, y se puso una bata que había elegido entre las muchas que colgaban en el armario. Pertenecían a la dueña de aquel dormitorio. Una actriz muy famosa con gustos muy caros que solo llevaba una talla más que Diana.

Y sus zapatos le iban casi a la perfección. Tenía casi setenta pares de zapatos de diseño. Diana se puso un par de zapatillas de estar por casa forradas de borreguillo.

—Lo único que tengo que hacer para librarme de ti, Bug, es advertir a Caine de que tus poderes están aumentando. Le diré que estás llegando a las cuatro barras. ¿Cómo crees que reaccionará al saber que otro cuatro barras comparte la isla con él?

Bug se desvaneció lentamente. No era más que un mocoso. Acababa de cumplir diez años.

Durante un instante, Diana sintió una especie de compasión por él: Bug era un chungo tocado, herido. Como muchos de ellos, estaba solo y asustado y puede

que incluso lo atormentaran algunas de las cosas que había hecho.

O no. Bug nunca había hecho nada que indicara que tenía conciencia.

—Si quieres ver a chicas desnudas, Bug, ¿por qué no te apareces a Penny?

—No es guapa —replicó Bug—. Tiene las piernas todas... —Retorció los dedos para mostrarlo—. Y huele mal.

Penny comía mejor, como Diana. Pero estaba empeorando. Se cayó al agua y se estampó contra las rocas desde más de treinta metros de altura. Caine la devolvió a lo alto del acantilado, pero ya se había roto las piernas por una docena de sitios distintos.

Diana hizo lo que pudo para curar las roturas, incluso le entablilló las piernas con cinta adhesiva, pero Penny sufría un dolor constante. Nunca volvería a caminar. Nunca se le curarían las piernas.

Ahora vivía en uno de los lavabos para poder arrastrarse hasta el baño cuando lo necesitaba. Diana le llevaba comida dos veces al día. Libros. Tenía una tele con un reproductor de DVD.

Aún había electricidad en la casa de San Francisco de Sales. El generador proporcionaba una corriente débil y titubeante. Cuando Sanjit vivía allí, le preocupaba que se estuviera acabando el combustible del generador. Pero Caine podía hacer cosas que Sanjit no podía. Como hacer levitar los toneles de combustible del yate estrellado que se oxidaba al final del acantilado.

La vida en la isla resultaba muy agradable para Diana, Caine y Bug. Pero nunca lo sería para Penny. Su poder, la capacidad de que otros tuvieran visiones aterradoras de monstruos, muerte e insectos devoradores de carne ya no le servía.

—Te asusta, ¿verdad, Bug? —le preguntó Diana, y se rio—. Pero lo has intentado, ¿verdad? Te ha pillado espiándola.

Vio la respuesta en el rostro de Bug. La sombra del recuerdo aterrador.

—Más te vale no hacer enfadar a Penny —le recordó Diana, y se puso unos pantalones de deporte. Entonces le dio una palmadita en una de las mejillas pecosas del chico—. Y más te vale no hacerme enfadar a mí tampoco. Yo no puedo hacer que veas monstruos. Pero si vuelvo a pillarte espiándome, le diré a Caine que o tú o

yo. Y ya sabes a quién elegiré.

Diana salió de la habitación.

Había decidido ser mejor persona. Y lo sería. Si Bug no seguía molestandola.

Las tres Jennifer. Así se hacían llamar. Jennifer B. era pelirroja, Jennifer H. era rubia, y Jennifer L. llevaba el pelo con rastas negras. Ni siquiera se conocían antes de la ERA.

Jennifer B. estaba en Coates. Jennifer H. estudiaba en casa. Jennifer L. era la única que iba a un colegio normal.

Tenían doce, doce y trece años, respectivamente. Y habían pasado los últimos dos meses compartiendo una casa en un callejón sin salida apartado del centro de la ciudad.

Parecía una buena elección: el gran incendio no alcanzó la urbanización.

Pero ahora ya no lo parecía tanto. El «hospital» quedaba a varias manzanas de la casa, y a las tres les habría venido bien tomarse un Tylenol o algo, porque todas tenían el mismo dolor de cabeza, los músculos doloridos y tos perruna.

Todo había empezado veinticuatro horas antes, y acababan de darse cuenta de que probablemente había vuelto la gripe. Hubo una miniepidemia de gripe que afectó a muchos chavales. Pero no resultó demasiado peligrosa, salvo porque inmovilizó a varios de ellos que podrían haber estado trabajando.

Jennifer B. —Jennifer Boyles— no llevaba dormida más que una hora cuando la despertó un ruido fuerte, como un golpe, que se oía cerca. No venía de fuera, sino de la habitación de al lado.

Jennifer B. se incorporó en la cama y combatió la sensación de mareo y atontamiento. Se tocó la frente. Sip, seguía caliente. Desde luego.

«Fuera lo que fuera ese ruido, olvídate de él», se dijo. Estaba demasiado enferma para levantarse. Si había entrado algo en casa para matarla, pues tanto mejor, porque se encontraba fatal.

¡Cooooof!

Pareció que temblaban las paredes. Jennifer B. se levantó de un salto. Tosió, se detuvo, y se dirigió hacia la puerta sin poder centrar la mirada; el corazón le latía con fuerza.

En el pasillo se encontró con Jennifer L., que también tosía y parecía tan asustada como Jennifer B. Ambas llevaban pantalones deportivos y camiseta y tenían un aspecto horrible.

— Es en la habitación de Jennifer — señaló Jennifer L.

Llevaba su arma: una tubería de plomo con una empuñadura atada con cinta adhesiva negra.

Jennifer B. se enfadó consigo misma por haberse olvidado la suya. Uno no saltaba de la cama de noche en la ERA sin ir armado. Regresó tambaleándose hasta a su habitación y sacó el machete. Lo tenía metido en una funda de lona, entre el colchón y el jergón de muelles, de modo que el mango sobresalía un poco.

No estaba nada afilado, pero parecía muy peligroso, y lo era. Tenía una cuchilla de más de medio metro y el mango de madera agrietado.

— ¿Jennifer? — llamó Jennifer B. en dirección a la habitación de Jennifer H.

— ¡Cooooof!

La puerta vibró sobre sus goznes.

Jennifer B. la abrió y se quedó ahí de pie, con el machete en alto. Jennifer L. estaba justo detrás de ella, agarrando la tubería con una mano temblorosa.

Jennifer H. siempre había temido la oscuridad, así que tenía un solecito de Sammy en una esquina de su habitación, cerniéndose bajo lo que antes era una lámpara colgante. La luz era verde e inquietante, más escalofriante que luminosa, e iluminaba a Jennifer H., que llevaba un camisón de flores.

Estaba de pie sobre la cama, y se agarraba la garganta con una mano y el estómago con la otra.

Parecía como si hubiera visto a un muerto. Le sobresalían los ojos al mirar a

sus dos compañeras de casa.

Tenía convulsiones en el estómago. Se le hinchaba el pecho. Se apretaba la garganta como si intentara ahogarse. Su larga cabellera rubia estaba empapada en sudor, enmarañada, y pegada a la cara y el cuello.

La tos sonó tremendamente fuerte.

—¡Cooooof!

Jennifer B. sintió la explosión de aire. Y algo húmedo la golpeó en la cara.

Extendió la mano libre y se apartó algo mojado de la mejilla. Lo miró, incapaz de entender de qué se trataba. Parecía un trozo de carne cruda. Tenía el tacto de la piel del pollo.

—¡Cooooof!

La potencia de la tos hizo que Jennifer saliera disparada de espaldas contra la pared.

—¡Ay, Dios mío! —gimió—. Ay...

—¡Cooof!

Y en ese momento Jennifer B. lo vio claro: de la boca de Jennifer H. salían disparados pedazos de algo húmedo y crudo. Cada vez que tosía soltaba trozos de sus propias tripas.

—¡COOOOF!

El cuerpo entero de Jennifer H. se agitaba, se retorció hacia atrás formando una C. Entonces se estampó contra el cristal de la ventana y lo rompió.

—¡COOOOF!

El siguiente espasmo arrojó a Jennifer H. contra la pared, de cabeza, y el crujido que produjo fue escalofriante. Las otras dos Jennifers la miraban horrorizadas. Jennifer H. no se movía.

—¿Jen? —la llamó Jennifer B. tímidamente.

—¿Jen, Jen? ¿Te encuentras bien? —preguntó Jennifer L.

Se acercaron a ella arrastrando los pies, cogidas de las manos, pero con las armas aún listas para atacar.

Jennifer H. no contestaba. Tenía el cuello retorcido formando un ángulo ridículo, los ojos abiertos y la mirada fija, sin ver nada. De la boca y los oídos le salía un líquido, negro bajo la luz inquietante de la habitación.

Las otras dos Jennifers se apartaron. Jennifer B. cayó de rodillas, sin fuerzas, y el machete le resbaló de entre los dedos.

—Yo... —empezó, incapaz sin embargo de articular una segunda palabra.

Trató de ponerse en pie, pero no pudo.

—Tenemos que ir a buscar ayuda —dijo Jennifer L.

Pero también cayó de rodillas. Trató de levantarse y volvió a caer. Jennifer B. se fue gateando hasta su cuarto. Quería ayudar a Jennifer L., sí, quería. Pero ni siquiera podía hacer nada por sí misma.

Jennifer B. trató de encaramarse a la cama. «Necesitamos ayuda», pensó. Hospital. Lana.

Alguna parte de su mente delirante aún funcionaba y comprendía que lo único a lo que podía aspirar entonces era a alcanzar el santuario de su cama.

Pero incluso eso resultó demasiado. Se quedó en el frío suelo de madera mirando hacia la cama, hacia el ventilador inmóvil del techo. Con las pocas fuerzas que le quedaban tiró del embrollo de sábanas y mantas sucias que cubría la cama y se lo echó por encima.

Y entonces se puso a toser sobre el edredón, antaño tan suave, que se había llevado de la habitación de su madre hacía ya mucho tiempo.

La cosa que Hunter tenía en el hombro no le hacía daño. Pero lo distraía. Y no podía distraerse cuando estaba cazando al viejo puma.

El puma nunca molestaba a Hunter. El puma no quería comerse a Hunter. O igual sí, pero nunca lo había intentado.

Pero Hunter tenía que matar al puma, porque el viejo animal ya le había robado demasiadas presas: se deslizaba tras él cada vez que cazaba un ciervo. Cuando Hunter se iba a cazar otras presas, el viejo puma se acercaba a hurtadillas y se llevaba a rastras su ciervo.

El viejo puma no hacía más que lo que tenía que hacer. No era nada personal. Hunter no odiaba al viejo puma, pero tampoco podía permitir que huyera con la comida de los chavales.

Hunter cazaba para los chicos. Eso hacía. Él era eso. Era Hunter, el cazador. Para los chavales.

El viejo puma estaba ahora en los bosques, por encima de la colina, donde empezaban las tierras secas y las rocas comenzaban a ser grandes. El viejo puma volvía a casa al caer la noche. Había comido bien. Y ahora volvía a su cubil. Se pasaría el día echado en las rocas abrasadoras, tostándose.

Hunter caminaba con cautela, repartiendo el peso, sin pisar fuerte, rápido, pero sin apresurarse. Era peligroso correr demasiado cuando la luna era lo único que le mostraba el camino.

Había aprendido mucho sobre caza. El alcance del poder mortífero de sus manos era limitado. Tenía que acercarse mucho para que surtiera efecto, y eso exigía mucha concentración. No le resultaba fácil concentrarse porque tenía el cerebro «tocado». No era capaz de leer ni de recordar muchas palabras. Y las que recordaba se le seguían embarullando en la boca. Pero sí podía concentrarse en esto: en caminar ágil y silenciosamente, e ir serpenteando entre las rocas rojas mientras seguía ojo avizor las huellas estrelladas y plateadas que el felino dejaba en los depósitos pequeños de arena.

Y tenía que vigilar que el viejo puma no hubiera cambiado de opinión y hubiera decidido que, a fin de cuentas, le apetecía un muchacho sabroso. El viejo puma no se limitaba a robar presas: también las mataba. Hunter lo vio una vez dando coletazos, sacudiendo la quijada bigotuda, temblando expectante mientras vigilaba a un perro perdido.

El viejo puma salió de repente de donde estaba escondido y recorrió treinta metros en un segundo. Como una bala. Atrapó con sus grandes zarpas al perro

antes de que pudiera siquiera reaccionar. Garras largas y curvas, pelo, sangre, un aullido desesperado del perro, y entonces, casi sin prisa, tomándose su tiempo, el viejo puma le asestó un mordisco asesino en la nuca.

El viejo puma ya cazaba cuando Hunter no era más que un chaval normal que, sentado en clase, levantaba la mano para responder preguntas y leía y entendía y era listo.

El viejo puma lo sabía todo sobre la caza. Pero no sabía que Hunter iba tras él.

Hunter olía al felino. Estaba cerca. Olía la carne muerta. La sangre seca.

Hunter se encontraba debajo de una roca grande y alta. Se quedó paralizado cuando se dio cuenta de repente de que el viejo puma estaba justo encima de él. Quería echar a correr, pero sabía que si retrocedía el felino caería encima de él. Estaba más seguro cerca de la roca. El viejo puma no podía dejarse caer directamente.

Hunter apretó la espalda contra la roca. Reguló la respiración y oyó la del felino. Pero el viejo puma no se dejaba engañar. Probablemente oía los latidos en el pecho de Hunter.

Lo que tenía Hunter en el hombro se retorció. Crecía. Se movía. Hunter lo miró y vio que se agitaba bajo la camiseta. Casi parecía que intentaba hacer un agujero en la tela.

El chico no sabía cómo llamar a aquella cosa. Había crecido durante aquel día. Empezó como un bulto, una hinchazón. Pero la piel se abrió y aparecieron las bocas con dientes rechinantes de insecto. Como una araña. O un chinche. Como los bichos que se subían a Hunter mientras dormía.

Pero la cosa que tenía en el hombro no era un bicho normal. Era demasiado grande para eso. Y le había crecido justo donde la serpiente voladora, la verdosa, había soltado su pringue.

Hunter se esforzó por recordar la palabra que nombraba a aquella cosa. Antes sabía qué palabra era. Como los gusanos en un animal muerto. ¿Qué palabra era? Se inclinó hacia delante llevándose las manos a la cabeza, furioso por no encontrar la palabra.

Se había descentrado unos pocos segundos, pero eso bastó al viejo puma.

El felino se dejó caer como el mercurio, líquido.

Hunter cayó al suelo y se golpeó la cabeza contra la roca. Pero el viejo puma no lo agarró bien, y tuvo que abrirse paso como pudo en el espacio estrecho. Se dio la vuelta, mostró sus dientes amarillos y saltó con las zarpas extendidas.

Hunter se agachó, pero no lo bastante rápido. Una de las zarpas lo alcanzó en el pecho y el chico salió disparado de nuevo contra la roca: se quedó sin aliento.

Tenía al viejo puma encima, con las zarpas sobre sus hombros, y el rostro que gruñía quedaba a escasos centímetros del cuello vulnerable de Hunter.

Entonces, de repente, el puma bufó y dio un salto hacia atrás, como si hubiera aterrizado sobre un hornillo caliente.

El animal agitó la zarpa y soltó varias gotitas de sangre. Se había hecho mucho daño en uno de los dedos. Le colgaba a punto de caerse.

La cosa que tenía Hunter en el hombro había mordido al viejo puma.

Hunter no dudó. Alzó las manos y apuntó.

No despidió luz. El calor que emanaba de las manos de Hunter era invisible. Pero, al instante, la temperatura de la cabeza del viejo puma se duplicó, se triplicó, y el animal cayó muerto con el cerebro cocido.

Hunter se abrió la camiseta por el hombro. La boca del insecto rechinaba mientras masticaba un pedazo ensangrentado de carne de puma.

TRES

72 HORAS, 3 MINUTOS

ASTRID HABÍA DADO de comer al pequeño Pete.

Leyó un poco, sentada junto a la ventana, con el libro levantado en un ángulo incómodo para intentar aprovechar la débil luz de la luna.

Iba muy despacio.

No era la clase de libro que habría elegido en los viejos tiempos. Nadie la habría pillado leyendo una estúpida novela rosa para adolescentes. Entonces leía clásicos, o alguna obra de gran mérito literario. O historia.

Pero ahora necesitaba evadirse. Ahora necesitaba no estar en su mundo, en ese mundo terrible de la ERA. Los libros eran su única salida.

Astrid dejó el libro al cabo de pocos minutos. Le temblaban las manos. Su intento de evadirse mediante la lectura había fracasado. Su intento de olvidar el miedo había fracasado. Todo seguía ahí mismo, justo ahí, por delante de cualquier otro pensamiento que tuviera.

Fuera, las ramas de los árboles se agitaban con una brisa insólita y rozaban el lateral de la casa. En el fondo, Astrid se daba cuenta, y le extrañaba, pero se concentró en pensamientos más apremiantes.

Se preguntaba dónde estaba Sam. Qué estaría haciendo. Si la echaba de menos tanto como ella a él.

Sí, sí, sí que lo quería. Sí que deseaba estar en sus brazos. Quería besarlo. Y puede que más. Puede que mucho más.

Todo, todo lo que él quería ella también lo quería.

¡Menudo idiota! ¿Por qué no lo entendía? ¿Acaso no se percataba de que ella también lo quería todo? ¿Tan ciego estaba?

Pero Astrid no era Sam. No se comportaba de manera impulsiva. Astrid

pensaba las cosas. Astrid la genio, siempre tan insufriblemente controladora. De eso la había acusado, de querer controlarlo todo.

¿Cómo no se daba cuenta de que si cruzaban esa línea cometerían un pecado más? Astrid volvería a abandonar la fe, a rendirse a la debilidad.

Y ya había vivido muchas situaciones como esa. Era como si pedacitos del alma de Astrid fueran desprendiéndose, cayéndose. Y a veces eran algo más que pedacitos.

Su autocontrol se vino abajo tan de repente que casi resultó cómico. Después de todas las tentaciones y provocaciones, la chica tranquila, civilizada, racional se había evaporado como una gota de agua en un cacito caliente: con un breve chisporroteo y adiós. Y lo que apareció entonces fue pura violencia.

Intentó matar a Nerezza gritando con una rabia descontrolada. Se ponía enferma al recordarlo.

Y eso no fue todo. Deseó que Sam redujera a Drake a cenizas, aunque eso significara matar también a Brittney.

Astrid no podía ser esa persona. Tenía que recuperar la compostura. Necesitaba tiempo para recuperarse. Tenía miedo de romperse, como una escultura de cristal que se fuera resquebrajando y de repente estallara en mil pedazos.

Y, aun así, una parte fría y calculadora de sí misma le decía que no podía alejar demasiado a Sam. Porque todos los demás acabarían dándose cuenta de que había una salida en la ERA: era solo cuestión de tiempo.

La puerta de salida estaba justo delante de ellos. A escasos metros de Astrid.

Un simple asesinato...

Otros fueron también testigos de lo que Astrid vio en el acantilado, cuando la mente del pequeño Pete estalló, abrumada por la pérdida de su estúpida consola.

Un simple asesinato...

Astrid estaba sentada junto a su hermano inmóvil. Tenía que lavarle los dientes. Cambiarle el pijama. Tenía que...

La frente del niño estaba húmeda.

Astrid le puso la mano en la cabeza. Se había pasado toda la noche con fiebre, pero aquello era peor. La chica apretó el botón del termómetro que tenía junto a la cama, esperó a que bajara totalmente la temperatura, y lo metió bajo la lengua del pequeño Pete.

Astrid sintió una brisa fresca en la habitación y su mirada se dirigió de inmediato a la ventana. Estaba abierta de par en par. Completamente abierta.

No le cabía duda de que la había dejado cerrada. Había estado sentada junto a ella. Seguro que la había cerrado. Y ahora estaba abierta.

Y, por primera vez desde la llegada de la ERA, una brisa fresca entró en la habitación y flotó por encima de la frente húmeda de la persona más poderosa de aquel pequeño universo.

Drake sintió que la Oscuridad le acariciaba la mente y se estremeció de placer.

Seguía ahí fuera, Drake estaba seguro de ello. Aún lo llamaba, a Drake, al fiel, al que nunca se volvería contra ella.

Drake sacudió su mano de látigo solo para oír cómo restallaba. Y para que Orc también lo oyera.

—¡Oye, Orc! ¡Baja, que te arrancaré esa pielecita que tienes! —exigió.

Drake Merwin veía un poco gracias a la luz débil del solecito de Sammy. Detestaba aquella luz; sabía de dónde venía y lo que representaba: el poder de Sam, su luz peligrosa.

Drake recordaba el dolor que aquella luz le había causado. Estaba boca arriba, indefenso. Y, con la cara cubierta por una máscara de rabia, disfrutando de su momento de venganza, Sam le quemó las piernas y fue recorriendo metódicamente todo su torso.

Entonces apareció esa cerdita estúpida de Brittney.

Drake no sabía qué había ocurrido a continuación, no podía ver ni oír cuando Brittney controlaba. Lo único que sabía era que Sam no lo había vaporizado. Y allí estaba, atrapado, encerrado en aquel sótano, condenado a oír los pasos pesados de Orc en el piso de arriba.

Drake no sabía qué había ocurrido que lo había hecho así, que lo había hecho compartir el cuerpo con Brittney. Gran parte de su vida reciente era un misterio. Recordaba que Caine le había dado la espalda. Recordaba la barra enorme de uranio que había salido disparada directamente hacia él.

Y después de aquello se encontró en una pesadilla que nunca se acababa. Y en esa pesadilla había una chica, aquella cerdita, la estúpida e imbécil Brittney, con su boca de metal.

Pero ¿no la habían matado hacía ya mucho tiempo? Recordaba una figura aplastada y sangrante en el suelo pulido.

Brittney murió. Drake murió. Y luego, ninguno de los dos estaba muerto, y ambos estaban de algún modo conectados en un mundo de pesadilla donde tenían la boca y los oídos llenos de tierra y no podían moverse.

Cavaron como gusanos. Así empezó su pesadilla. Drake y la cerdita cavando, cavando en la tierra, apartándola, aplastándola para conseguir al menos un par de centímetros.

Qué sueño más oscuro. Completamente oscuro. Sin el sol de Sammy. Sin luz.

Drake se recordó pensando en plena pesadilla. «No hay aire», pensaba.

Enterrado vivo no podía haber aire. Ni luz, ni aire, ni agua, ni comida, nunca jamás.

Tardó mucho tiempo en despejarse y percatarse de la verdad maravillosa: estaba muerto..., pero vivo.

No se lo podía matar. Estaba enterrado en la tierra húmeda y, no obstante, de alguna manera, vivo.

Y entonces, tras mucho esfuerzo, logró en cierta medida liberarse. La pesadilla ya no era estar enterrado en la tierra, sino pasearse por ella. Estaba en un sitio, y luego de repente estaba en otro. Tardó un tiempo en darse cuenta de lo que

había ocurrido. La cerdita formaba parte de él. Estaban unidos, conectados. Fundidos en una sola criatura con dos mentes y dos cuerpos.

A veces era Drake, y a veces era Brittney la cerdita.

A veces era él mismo, y otras veces esa idiota con visiones lunáticas de su hermano muerto.

Entonces vino la pelea con Sam, cuando Sam lo quemó, pero aun así Drake sobrevivió.

No se lo podía matar.

—¡Eres un monstruo, Orc! Ya lo sabes, ¿verdad? —gritó Drake para provocarlo—. La gente te mira y vomita. Los pones enfermos.

Atrapado. Por ahora. En aquel sótano frío, húmedo y lúgubre. Allí no había nada, salvo una mesa de trabajo de madera. Sam, Edilio y los demás habían despejado el lugar. Casi no quedaba un clavo en el suelo de cemento.

Pero era una tumba más amplia que la que había compartido con Brittney la cerdita. Aquí había aire. Aunque Drake ya no lo necesitaba.

Les dejaban comida y Drake se la comía, pero no la necesitaba.

No se lo podía matar.

Algo que no se podía matar no podía seguir encerrado para siempre. Era solo cuestión de tiempo. Orc era un borracho estúpido. Howard era un payaso. Drake ya habría escapado de allí: había conseguido romper parte de la pared de hormigón con la ayuda de un trozo de cristal roto.

Pero tenía que tener mucho cuidado de no dejar pistas que Brittney pudiera encontrar cuando apareciera.

Eso significaba que debía trabajar despacio. Volver a depositar el pedazo de cristal en la basura, donde ella esperaría verlo.

Mientras tanto, mientras iba perforando la pared y esperaba, Drake aullaba amenazas contra Orc. Había dos maneras de salir de allí: ir abriendo la pared, e ir metiéndose en la mente de Orc.

—¡Eh! —gritaba Drake—. ¡Orc! Si te arranco el pedacito de piel que te queda, ¿qué crees que ocurrirá? Más vale que te lo quites y que todo sea grava. ¿Por qué finges que sigues siendo humano?

Orc pisoteó el suelo que era el techo de Drake. Pero no bajó a pelear.

Aún no. Pero lo acabaría haciendo. Orc se quebraría. Y entonces Drake tendría su oportunidad.

A través de la pared o a través de Orc: de un modo u otro, Drake escaparía.

Entonces se dirigiría a la Oscuridad. La *gayáfaga* sabría cómo matar a Brittney la cerdita y liberar a Drake.

—¡Te voy a matar! —gritó Drake.

Hizo restallar su látigo contra las paredes, contra el techo, gritó, pataleó y siguió azotando el látigo llevado por un frenesí demencial.

Hasta que, agotado, con el látigo sangrando, cayó de rodillas y se convirtió en Brittney.

—Brrrittney la cerrrdita.

Drake arrastraba las palabras mientras su boca cruel se fundía y se retorecía y se convertía en la boca con aparatos de su enemiga más íntima.

Lana también sentía que la mente distante de la *gayáfaga* intentaba alcanzarla.

Se despertó y abrió los ojos de repente. Patrick estaba junto a su cama, jadeando, preocupado, meneando la cola, vacilante. De algún modo, lo notaba.

—No te preocupes, chico, vuelve a dormir —le indicó Lana.

Patrick gimoteó, pero regresó a su cama y dio un par de vueltas sobre sí mismo antes de acomodarse.

La *gayáfaga* no podía seguir engañándola y hacerle creer que tenía voz propia.

Esos tiempos habían quedado atrás. Pero aún podía alcanzarla con un tallo de conciencia. Aún le recordaba su presencia y cómo estaban conectadas.

Así debía de sentirse la víctima de un crimen terrible al saber que la persona culpable seguía con vida y aún buscaba el modo de volver a actuar.

La *gayáfaga* ansiaba el poder de Lana. Podía hacer cosas increíbles utilizando su poder. Como sustituir un brazo amputado por un látigo parecido a una serpiente.

Pero Lana ya no estaba tan débil.

—¿Estás ansiosa, verdad? —preguntó al aire fresco de la noche—. ¿Ahí bajo tierra, picoteando tu snack de uranio?

La Oscuridad no contestó. Pero Lana sintió que su instinto era acertado: la criatura estaba ansiosa.

Pero no tenía miedo.

Lana frunció el ceño y pensó acerca del matiz. Estaba ansiosa, pero no temerosa. ¿Expectante? ¿Esperaba algo?

Lana no sabía si levantarse y fumarse un cigarrillo —estaba enganchada, ya lo había aceptado— o quedarse echada con los ojos cerrados sin llegar a dormirse. Incluso cuando lo conseguía, sus sueños estaban invadidos por pesadillas.

Así que se incorporó, buscó a tientas y encontró la cajetilla de Lucky Strike y el mechero. Encendió el mechero, brilló el cigarrillo, y el olor a humo le llenó las fosas nasales.

—¿Qué tramas? —preguntó Lana—. ¿Qué quieres?

Por supuesto, no hubo respuesta. Y notaba que la Oscuridad no le prestaba atención.

Lana se levantó y caminó despacio hacia el balcón. La luna estaba muy alta. O era muy tarde o era muy temprano.

La barrera estaba tan cerca que casi sentía que podía tocarla.

¿Era verdad que el mundo estaba justo al otro lado? ¿Quedaba realmente tan cerca como para oler las patatas fritas del Carl's Jr. que habían construido para los curiosos que se acercaban a ver la cúpula?

¿O se trataba de otra mentira en aquel pequeño universo de engaños?

¿Y si la barrera desaparecía? Ahora mismo, ¡pop! ¿Y si de pronto ya no existiera? ¿O si se rompía como un huevo gigante...?

Su mamá y su papá...

Lana cerró los ojos y se mordió el labio. El dolor del recuerdo se apoderó de ella, la alcanzó y no estaba preparada.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, y enseguida se las secó con impaciencia.

De repente, justo debajo, en el acantilado que se alzaba por encima de la playa, vio una erupción de luz abrasadora verde y blanca. El espectáculo de luces de Sam dibujó su silueta. Lo oyó gritar, rugir de frustración.

Intentaba salir de la ERA quemándola.

Duró un rato hasta que se detuvo y volvió la oscuridad. Ya no veía a Sam. Lana se apartó del balcón.

Así que no era la única que fantaseaba con romper el cascarón y salir como un pollito recién nacido.

«Qué raro —pensó Lana mientras apagaba el cigarrillo—, nunca me había planteado que fuera un huevo».

Una ráfaga de aire apartó el humo que había delante de ella.

CUATRO

63 HORAS, 41 MINUTOS

SAM SE DESPERTÓ en el último lugar donde esperaba hacerlo: en su habitación.

Hacía mucho tiempo que no iba a su antigua casa.

La detestaba cuando vivía allí con su madre, Connie Temple, la enfermera Temple.

Apenas se acordaba de ella. Era de otro mundo.

Sam se incorporó en la cama y olió el vómito. Había vomitado en la cama.

—Qué bien —dijo con la lengua pastosa.

Su cabeza explotaba en supernovas de dolor.

Se limpió la boca en la manta. Nadie había asaltado ni destrozado la casa, ni tampoco se había instalado en ella. Le parecía que seguía siendo suya. Puede que aún hubiera medicamentos en el baño.

Se dirigió tambaleándose hacia allí, se apoyó en el lavabo y volvió a vomitar. No salió gran cosa.

En el armario de los medicamentos no encontró nada salvo un frasquito de ibuprofeno genérico.

—Ay —gimió—. ¿Por qué beberá la gente?

Entonces se acordó. Taylor.

—Ay, no. Ay, no...

No, no, no había intentado abalanzarse sobre Taylor, ¿verdad? No la había besado, ¿verdad? El recuerdo era tan confuso que casi podía haber sido un sueño. Pero los fragmentos resultaban demasiado inmediatos y reales. Sobre todo el

recuerdo de las yemas de los dedos de la chica sobre su pecho.

—Ay, no —gimió.

Se tragó dos ibuprofenos a palo seco. No le entraron fácilmente.

Sujetándose la cabeza, se dirigió a la cocina y se sentó a la mesita. Allí era donde comía con su madre. Aunque no muy a menudo, porque ella solía estar en Coates, trabajando.

Y vigilando preocupada a su otro hijo. Caine.

Caine Soren, no Temple. Lo dio en adopción. Nacieron con pocos minutos de diferencia. Caine y él eran gemelos falsos. Y su madre dio a Caine y se quedó con Sam.

Sin dar explicaciones. Nunca se lo había contado, a ninguno de los dos. Esa verdad no salió a la luz hasta después de la llegada de la ERA.

Y no tenían ninguna explicación respecto a lo que ocurrió con su padre. Ya no estaba con ella antes de que Sam y Caine nacieran.

¿Fue demasiado para su madre? ¿Decidió que podía encargarse de un chico sin padre, pero no de dos? ¿Pito pito gorgorito?

Ahora Sam tenía una nueva familia. Astrid y el pequeño Pete. Solo que a ellos tampoco los tenía. Y se preguntaba qué había hecho para merecer todo eso: la desaparición de su padre, las mentiras de su madre, el rechazo de Astrid.

—Sí —murmuró el chico—. Ahora toca autocompasión. Pobrecito de mí. Pobre Sam.

Quería decirlo con ironía, pero le salió cargado de amargura.

Caine también debía de estar resentido. Lo habían rechazado ambos padres: dos de dos.

Pero él al menos aún tenía a Diana, ¿verdad?

¡No era justo! Caine era un mentiroso, un manipulador, un asesino. Y, sin embargo, debía de estar echado con Diana entre sábanas de satén, comiendo

comida de verdad y viendo un DVD. Sábanas limpias, barritas de caramelo, y una chica guapa y servicial.

Caine, que no había hecho una sola cosa buena o decente en la vida, vivía rodeado de lujos.

Sam, que lo había intentado una y otra vez y había hecho todo lo que estaba en su mano, estaba sentado en su casa con un dolor de cabeza tremendo, oliendo a vómito y con un par de ibuprofenos perforándole las paredes del estómago.

Solo.

El día que conseguía cazar alguna presa, Hunter la llevaba a la gasolinera. Aquel día, cuando el sol apenas había empezado a calentar las colinas, bajó del campamento que tenía en la ladera cargado con cuatro pájaros, un tejón, dos mapaches y una bolsa de ardillas. No recordaba cuántas ardillas había, pero la bolsa pesaba bastante.

Era mucho para cargar. Debía de pesar tanto como un chaval. Aunque no tanto como un ciervo: a esos tenía que bajarlos a trozos.

Pero ese día no había ciervos. Y aún no había desollado al viejo puma. Eso sería muy trabajoso. Quería la piel entera, así que tenía que tomarse su tiempo.

Se pondría la piel cuando se hubiera secado. Estaría caliente y le recordaría al viejo puma.

Hunter llevaba la bolsa de ardillas colgada de un hombro. Ató a los demás animales juntos y se pasó la soga por el otro hombro. Pero debía tener cuidado por la cosa que tenía en el hombro.

Se le acercaba el chaval llamado Roscoe. Empujaba una carretilla y no parecía muy contento. Cada vez que Hunter acudía a la gasolinera se presentaba Roscoe o una chica llamada Marcie. La chica era agradable. Pero Hunter sabía que le tenía miedo. Probablemente porque no hablaba bien.

—Oye, Hunter —dijo Roscoe—. Tío, ¿te encuentras bien?

—Sí.

—Estás lleno de arañazos, colega. Quiero decir, ¡jo! Eso tiene que doler.

Hunter siguió la dirección de la mirada de Roscoe. Tenía la camiseta rota y se le veía el estómago. Dos zarpazos, profundos, sangrantes, que apenas habían empezado a cicatrizar, le atravesaban el vientre.

Hunter se tocó la herida con cuidado. Pero no le dolió. De hecho, no la notaba en absoluto.

—Eres un tío duro, Hunter —señaló Roscoe—. Bueno, parece que hoy llevas una buena caza.

—Sí, Roscoe —dijo Hunter.

Hablaba tan cuidadosamente como podía, pero las palabras seguían sin sonar como antes. Era como si tuviera la lengua cubierta de pegamento.

Hunter se descolgó la cuerda del hombro procurando que no le rozara, y depositó los animales en la carretilla. Luego volcó la bolsa de ardillas encima de las demás presas. Todas parecían iguales. Grises y con la cola poblada. Todas estaban un poco cocidas por dentro. Lo bastante. A veces les cocía la cabeza y, a veces, el cuerpo. No resultaba fácil apuntar aquella cosa invisible que irradiaba de sus manos.

Se había olvidado de cómo se llamaba. Astrid le había puesto nombre. Pero era una palabra larga.

—¿Estás bien, Hunter? —volvió a preguntar Roscoe.

—Sí, traigo comida. Y el saco de dormir se ha secado después de lavarlo en un arroyo.

—Tienes agua fresca para lavarte, ¿eh? —comentó Roscoe—. ¡Qué envidia! Toca esta camiseta.

Invitó a Hunter a tocar la camiseta rígida que había lavado con agua salada.

—Está bien —dijo Hunter receloso.

Roscoe hizo un ruido desagradable.

—Sí, claro. Lavada con agua salada. Tócate la tuya.

Y Roscoe alargó la mano hacia la camiseta de Hunter. Tocó el hombro del chico. El hombro equivocado.

—¡Aaaaah! —gritó Roscoe, estupefacto y dolorido—. Pero ¿qué...?

—¡Yo no quería! —gritó Hunter.

—¡Me ha mordido algo!

Roscoe extendió el dedo para que Hunter lo examinara. Había marcas de dientes. Sangre.

Roscoe se miró fijamente el dedo y luego se concentró en el hombro de Hunter.

—¿Qué es eso que tienes en el hombro, colega? ¿Qué es eso? ¿Es alguna clase de animal?

Hunter tragó saliva. Nadie había visto su hombro. No sabía qué ocurriría si alguien lo veía.

—Sí, Roscoe, es un animal —respondió Hunter, aferrándose encantado a esa explicación.

—¡Pues me ha mordido!

—Lo siento.

Roscoe agarró los mangos de la carretilla y la levantó.

—Ya no voy a hacer más este trabajo. Marcie lo puede hacer todos los días. No quiero saber nada de estas cosas.

—Vale —dijo Hunter—. Adiós.

Jennifer B. salió de la casa en algún momento del amanecer.

Si se quedaba en ella estaba segura de que se moriría. Llevaba durmiendo en

el suelo no sabía cuánto tiempo —¿horas, días?—, con las mantas arrebujadas a su alrededor.

A ratos sentía escalofríos. Tenía demasiado calor y pataleaba para quitarse las mantas. Entonces la fiebre empezaba a subir otra vez y notaba frío, frío por todo el cuerpo.

Jennifer H. estaba muerta. Jennifer L. no respondía cuando Jennifer B. gemía para que se fuera con ella.

—Jen... me voy al... hospital.

No le respondía.

—¿Estás viva?

Jennifer L. tosió. No estaba muerta y tosió con normalidad, no de la forma que había matado a Jennifer H. Pero no respondía.

Así que Jennifer Boyles salió sola. Se deslizó escaleras abajo envuelta en mantas, tiritando, incapaz de evitar que los dientes le castañearan continuamente.

Consiguió mantenerse en pie el tiempo suficiente para llegar a la puerta de la calle y abrirla. Pero de repente volvió a venirse abajo en el porche. De golpe. Se quedó allí sentada hasta que se le pasaron los escalofríos.

Tropezó al bajar los escalones y, al caer, se hizo mucho daño en la rodilla izquierda. Ese dolor destruyó la poca fuerza de voluntad que le quedaba para ponerse en pie. Pero no las ganas de vivir.

Jennifer empezó a gatear. A cuatro patas. Por la acera. Las mantas le obstaculizaban el avance. La tos la retrasaba. Tenía que parar cuando la asaltaban los escalofríos; la sacudían tan fuerte que lo único que podía hacer era gemir y toser y echarse de lado.

—Sigue avanzando —murmuraba—. Tienes que seguir.

Tardó dos horas en arrastrarse solo hasta Brace Road.

Se quedó allí echada, boca abajo. La tos le destrozaba el pecho. Pero aún no era la tos sobrehumana que había matado a Jennifer H.

Todavía no.

CINCO

62 HORAS, 18 MINUTOS

—LESLIE-ANN, INTENTA LIMPIAR un poco mejor mi orinal, ¿vale? —pidió Albert a la chica de la limpieza—. Sé que no es un trabajo divertido, pero me gusta limpio.

Leslie-Ann asintió sin levantar la vista. Le tenía un poco de miedo y Albert lo sabía. Pero al menos no parecía odiarlo.

—No hay mucha agua —murmuró Leslie-Ann.

—Usa arena —sugirió Albert, paciente. Ya se lo había dicho antes—. Usa arena para fregarlo.

La chica asintió y salió disparada de la habitación.

No a todos les gustaba Albert. No todos estaban contentos con que se hubiera convertido en la persona más importante que había. Muchos estaban celosos de que Albert tuviera a una chica que le limpiaba el orinal de porcelana donde hacía sus necesidades de noche, cuando no quería salir al único excusado exterior de Perdido Beach. Y que pudiera permitirse mandar la ropa a lavar con agua fresca del irónicamente denominado lago Evian.

Y desde luego había personas a las que no les gustaba trabajar para Albert, tener que hacer lo que les decía o pasar hambre.

Ahora Albert se desplazaba con guardaespaldas. El guardaespaldas se llamaba Jamal. Llevaba un rifle automático colgado del hombro, un cuchillo de caza enorme en el cinturón y un palo que era la pata de una silla de roble a la que habían clavado unos pinchos para convertirla en una especie de maza.

A diferencia de todos los demás, Albert no llevaba ningún arma. Jamal le bastaba.

—Vamos, Jamal.

Albert se dirigía hacia la playa, y Jamal, como siempre, iba unos pocos pasos

por detrás, volviendo la cabeza a izquierda y derecha, con el ceño fruncido, dispuesto a enfrentarse a cualquier problema.

Albert rodeó la plaza. Allí siempre había chavales y siempre querían algo de él: un trabajo, un trabajo distinto, crédito, algo.

Pero no sirvió de nada. Dos peques, Harley y Janice, se pusieron justo delante de Albert mientras avanzaba a toda marcha.

—¿Señor Albert, señor Albert? —lo llamó Harley.

—Llamadme Albert —dijo el chico lacónicamente.

—Janice y yo tenemos sed.

—Lo siento, pero no llevo agua encima.

Albert forzó una sonrisa tensa y siguió avanzando. Pero ahora Janice estaba llorando y Harley suplicaba.

—Antes vivíamos con Mary y nos daba agua. Pero ahora tenemos que vivir con Summer y BeeBee y dicen que debemos tener dinero.

—Entonces supongo que más os vale ganar dinero —replicó Albert.

Intentó suavizarlo para que no sonara tan duro, pero tenía muchas cosas en la cabeza y le salió un tono muy desagradable. Y Harley también se puso a llorar.

—Si tienes sed, deja de llorar —le chistó—. ¿De qué crees que están hechas las lágrimas?

Al llegar a la playa, Albert examinó el lugar donde estaban construyendo. Parecía un desguace. Un depósito de propano ovalado de casi dos mil litros yacía abandonado en la arena. Y tenía un agujero chamuscado en un lateral.

Justo en el borde del agua, un segundo depósito un poco más pequeño debería haberse erguido sobre patas de acero. Pero descansaba volcado en la playa. Un tubo de cobre salía de la parte superior y se encajaba en otro un poco más pequeño que se inclinaba hacia el suelo. Un tercer tubo aún más estrecho estaba pegado con cinta adhesiva y alcanzaba la arena húmeda.

En teoría, al menos, este tosco artilugio improvisado era un alambique.

El principio era bastante sencillo: hervir agua salada, dejar que el vapor ascendiera por el tubo y dejarlo enfriar. Lo que saliera sería agua potable.

Fácil, en teoría. Pero casi imposible de conseguir en la práctica. Sobre todo después de que algún idiota lo hubiera volcado.

A Albert se le cayó el alma a los pies. Harley y Janice ya no serían las únicas que suplicaran por agua. El suministro de la gasolinera se había visto reducido a unos pocos miles de litros. Sin gasolina no podrían cargar la camioneta del agua. Sin camioneta del agua no habría agua.

Y lo que era peor: el diminuto lago Evian de las colinas se estaba secando. No había llovido desde la llegada de la ERA. Los chavales sabían que había un plan para realojar a todo el mundo en el lago Evian cuando se acabara la gasolina; pero no se habían dado cuenta de que las cosas iban mucho peor.

El primer depósito, el quemado, ya había servido para intentar hacer un alambique. Albert trató que Sam hirviera el agua usando sus poderes. Por desgracia, Sam no era capaz de reducirlos lo bastante como para calentarla sin destruirlo.

Y ahora necesitaban un fuego bajo el depósito. Lo que significaba que varios grupos de chavales tenían que arrancar madera de las casas que no se utilizaban. Y eso podía generar muchos más problemas que ventajas.

El grupo de la playa vagueaba. Arrojava piedrecitas al oleaje leve, intentando que rebotaran.

Albert avanzó hacia ellos y se le llenaron los mocasines de arena.

—Oye —saltó—, ¿qué ha pasado aquí?

Los cuatro chavales —ninguno mayor de once años— parecían culpables de algo.

—Estaba así cuando hemos llegado. Creo que lo ha tumbado el viento.

—No hay viento en la ERA, pedazo de... —Albert se contuvo para no decir «idiota».

Tenía fama de controlarse. Era lo más próximo que había a un adulto.

—Os he contratado para cavar un agujero, no para jugar —les recordó.

—Cuesta mucho —se quejó uno—. No deja de llenarse.

—Sé que cuesta. Y luego no resultará más fácil. Y si queréis comer, trabajad.

—Solo nos estábamos tomando un descanso.

—El descanso se ha acabado. Coged las palas.

Albert se dio media vuelta y se marchó con Jamal tras él.

—Esos chavales te están sacando el dedo, jefe —le informó Jamal.

—¿Están cavando?

Jamal volvió la cabeza y le dijo que sí.

—Mientras hagan su trabajo pueden sacarme el dedo todo lo que quieran —comentó Albert.

Fue entonces cuando Roscoe se acercó a informarle de lo que había cazado Hunter. Y a contarle una historia descabellada acerca de que el hombro de Hunter lo había mordido.

—Mira —dijo Roscoe, y extendió la mano para que Albert la inspeccionara.

Albert suspiró.

—Ahórrate las historias de locos, Roscoe —le pidió.

—Mira, se ha puesto verde —se lamentó Roscoe.

—No soy la curandera ni Dahra —le recordó Albert.

Pero mientras se alejaba algo en el fondo lo preocupaba: la herida parecía realmente verduzca.

Pero eso era problema de otro. Él ya tenía muchos problemas propios.

Fue entonces cuando vio a alguien echado en la arena, echado como si estuviera muerto. Muy lejos, en la playa.

Buscó el mapa que llevaba en el bolsillo.

¿Había llegado la hora? Volvió a mirar el alambique. El alambique inútil.

Se estremeció un poco al pensar en lo que estaba a punto de hacer. El pánico no era aconsejable. Todo el mundo estaba muy nervioso, raro, *pillado* desde el dramático suicidio de Mary y el intento de asesinato masivo.

La gente no podría soportar otro desastre. Pero el desastre se avecinaba. Y cuando llegara, si el pánico se extendía, necesitaría a Sam en la ciudad.

Albert no podía confiar a nadie más la misión que tenía en mente. Sam tendría que ir. Y Albert esperaba que no se produjera ningún desastre nuevo en su ausencia.

Sam sintió que lo cubría una sombra.

Entornó un ojo. Había alguien de pie detrás de él, con la cara velada por el sol que lo iluminaba desde atrás.

—¿Eres tú, Albert? —preguntó Sam.

—Soy yo.

—He reconocido los zapatos. No me encuentro bien —explicó Sam.

—¿Te importaría levantarte? Tengo que contarte algo importante.

—Si es importante, ve a decírselo a Edilio. Él está al mando.

Albert esperó, negándose a hablar. Hasta que, con un suspiro que se convirtió en gemido, Sam se dio la vuelta y se incorporó.

—Que esto quede entre nosotros dos, Sam —pidió Albert.

—Sí, como que siempre ha venido tan bien que ocultara secretos al Consejo...

—recordó Sam con sarcasmo. Se frotó el pelo con fuerza para quitarse algo de arena.

—Ya no estás en el Consejo —le recordó Albert sin perder la calma—. Y se trata de un trabajo. Quiero contratarte.

Sam puso los ojos en blanco.

—Todos trabajan ya para ti, Albert. ¿Qué problema tienes? ¿Te molesta que yo no lo haga?

—¿Te gustaba más cuando nadie trabajaba y todos se morían de hambre?

Sam miró a Albert e hizo un irónico saludo militar.

—Lo siento. Estoy de un humor de perros. He tenido una mala noche seguida de una mala mañana. ¿Qué pasa, Albert?

—Hay un problema grave con el suministro de agua.

Sam asintió.

—Lo sé. En cuanto se agote la gasolina, tendremos que realojar a la ciudad entera en Evian.

Albert se subió las perneras de los pantalones y se sentó cuidadosamente en la arena.

—No. En primer lugar, el nivel de agua del lago Evian está bajando más rápido que nunca. No llueve. Y es un lago pequeño. Puedes ver cuánto ha bajado, como de tres metros a la mitad.

Albert se sacó un mapa del bolsillo y lo desplegó. Sam se apresuró a acercarse para verlo.

—Este mapa no es muy bueno. Es demasiado grande para mostrar los detalles. Pero ¿ves esto? —señaló—. El lago Tramonto. Es como cien veces más grande que Evian.

—¿Y está dentro de la ERA?

—He dibujado este círculo con un compás. Creo que por lo menos parte del lago Tramonto queda dentro de la barrera.

Sam asintió, pensativo.

—Tío, está como, ¿a qué?, ¿a quince kilómetros de aquí?

—Más bien veinticinco.

—Aunque quede dentro y aunque el agua sea potable, ¿cómo vamos a bajarla a Perdido Beach? Quiero decir, mira. —Sam recorrió las líneas con el dedo—. Para ir y venir hay que pasar por el territorio de los coyotes. Y para hacer este viaje gastaríamos mucha más gasolina. Quiero decir, mucha más.

—No creo que mi alambique de agua salada vaya a funcionar —reconoció Albert, y miró taciturno hacia la playa, en dirección a su equipo—. Y, aunque funcione, puede que no produzca lo bastante.

Sam le cogió el mapa y lo estudió atentamente.

—Es curioso. Casi me había olvidado de que existían cosas como los mapas de papel. Siempre usaba Google Maps. Maps punto Google punto com. ¿Te acuerdas de aquella época? ¿Qué es esto?

Albert miró por encima del borde del mapa.

—Ah, esa es la base de la fuerza aérea. Pero mira, casi toda queda al otro lado. La pista, los edificios, todo. ¿Por qué? ¿Esperabas encontrar un avión de caza?

Sam sonrió.

—Eso podría ser útil si viniera con piloto. Una cosa es que Sanjit haga un aterrizaje de emergencia con un helicóptero, y otra muy distinta pilotar un caza al doble de la velocidad del sonido dentro de una pecera de poco más de treinta kilómetros. No. No sé qué me esperaba. Igual un cañón mágico con un rayo que pudiera perforar la barrera.

—¿Sabes? —empezó Albert intentando parecer espontáneo, pero le salió como si soltara un discurso muy ensayado—, me leí un libro en el que contaban que, en los viejos tiempos (quiero decir, hace muchos, muchos años) los hombres de negocios contrataban a exploradores para inspeccionar nuevos territorios. Ya sabes,

para encontrar oro, aceite o especias. Claro que esos exploradores tenían que ser duros y capaces de enfrentarse a toda clase de problemas.

Sam no tuvo ningún problema para entender lo que Albert quería decir.

—Me quieres contratar para explorar ese lago.

—Sí.

Sam miró la arena que los rodeaba y dijo:

—Bueno, como puedes ver, estoy muy ocupado.

Albert calló y se limitó a esperar y observar a Sam como un lagarto pendiente de una mosca.

—No quieres que el Consejo se entere de esto. ¿Por qué?

Albert se encogió de hombros.

—Cuando el Consejo se entera de algo, la ciudad entera tarda menos de diez segundos en enterarse. ¿Quieres que cunda el pánico? Sea como sea, esto no va con ellos. Soy yo quien quiere hacerlo. Tú y yo. Y un par de chavales de refuerzo.

—¿Por qué no mandas a Brianna? Llegaría rápido hasta allí.

—No me fío de ella. No para algo así. Quiero decir, Sam, puede que no tardemos mucho en quedarnos sin agua. Que no tardemos nada... Tengo un camión que saldrá más tarde, y después, puede que queden media docena de carreras más.

Sam se quedó callado y se puso a dibujar figuritas abstractas en la arena mientras pensaba.

—Lo haré —acabó diciendo—. Pero no me entusiasma ocultárselo a Edilio.

Albert apretó los labios formando una línea. Como si estuviera pensando. Pero Sam se dio cuenta de que ya tenía la respuesta preparada.

—Mira, los secretos no duran mucho en este lugar. Por ejemplo, Taylor se ha dedicado a contar una historia interesante por toda la ciudad.

Sam gruñó y se reprochó haberse enrollado con Taylor. ¿Qué iba a decirle a Astrid? Tampoco es que fuera asunto suyo. Nunca habían dicho que no pudiera ver a otras personas, enrollarse con otras personas. De hecho, una vez, en un ataque de rabia, Astrid le dijo que hiciera justamente eso. Solo que no empleó la palabra «enrollarse». Utilizó una expresión que le sorprendió oír en boca de Astrid.

—Sam, Edilio es un buen chico. —Albert interrumpió los pensamientos negativos de Sam—. Pero, como te he dicho, se lo contará a los demás. En cuanto el Consejo lo sepa, todo el mundo lo sabrá. Y si todo el mundo sabe lo mal que están las cosas, ¿qué crees que ocurrirá?

Sam sonrió sin ganas.

—La mitad de la gente se portará bien. Y la otra mitad flipará.

—Y siempre acabará muriendo alguien —afirmó Albert. Ladeó la cabeza, esforzándose porque pareciera que se le acababa de ocurrir esa idea—. ¿Y quién terminará peleándose con los demás, haciendo de papá para que luego se enfaden con él, le echen la culpa y acaben diciéndole que se vaya?

—Has adquirido habilidades nuevas —reconoció Sam amargamente—. Antes solo te importaba trabajar más duro que nadie y ser ambicioso. Ahora estás aprendiendo a manipular a la gente.

Albert torció la boca y sus ojos se iluminaron de rabia.

—No eres el único que se pasea por ahí con una gran responsabilidad sobre los hombros. Tú haces de papá malo que no deja que nadie se divierta, y yo hago de hombre de negocios codicioso que solo busca su provecho. Pero no seas idiota: puede que sea codicioso, pero sin mí nadie come. Ni bebe. Necesitamos agua. ¿Ves a alguien más en esta ciudad que lo vaya a conseguir?

Sam soltó una risa sutil.

—Sí, se te da bien utilizar a la gente, Albert. Quiero decir, que me ofreces la oportunidad de ir a ese sitio y salvar el pellejo a todos, ¿verdad? Volver a ser importante y necesario. Me tienes totalmente calado.

—Necesitamos agua, Sam —dijo Albert sin más—. Si la encuentras en el lago Tramonto y cuando vuelvas le dices a la gente que tienen que mudarse allí, lo harán. Si les aseguras que todo saldrá bien te creerán.

—Porque me quieren y me admiran tanto... —comentó Sam con sarcasmo.

—No es un concurso de popularidad, Sam. La gente te quiere cuando te necesita, y diez minutos más tarde ya se ha cansado de ti. Dentro de muy poco van a darse cuenta de que estamos a punto de morirnos todos de sed. Y allí estarás tú con la solución.

—Y me querrán. Durante diez minutos, hasta que hayan bebido lo bastante.

—Exacto. —Albert se puso en pie—. ¿Trato hecho? —dijo extendiendo la mano para dársela a Sam.

Sam se levantó.

—¿Y el lago? Quiero decir, ¿y si está allí?

—Si está allí, será mi lago —afirmó Albert fríamente—. Venderé el agua y controlaré el acceso. Puede que así no acabemos otra vez en el mismo aprieto.

Sam le dio la mano y se rio con ganas.

—De entre todos, eres el que menos se anda con gilipolleces, Albert. Si está allí, lo encontraré. Saldré esta noche.

Y Sam cogió el mapa.

—¿Quieres que vaya alguien contigo?

—Dekka. —Sam pensó un poco más—. Y Jack.

—¿Quieres a Jack, el del ordenador? ¿Por qué?

—Es buena idea que te acompañe alguien más listo que tú.

—Supongo... También necesitas a alguien para comunicarte. Llévate a Taylor.

—A Taylor no. Me llevaré a Brianna.

Albert meneó la cabeza.

—La has besado: supéralo. Necesitamos a alguien en la ciudad que pueda

luchar si hace falta. Quiero decir, al nivel de los raros, sin ánimo de ofender a Edilio. Taylor no sirve en ninguna batalla; en cambio, Brianna puede cargarse prácticamente a cualquiera.

Sam asintió. Parecía lógico. Si quería llevarse a Dekka, tenía que dejar a Brianna. Pero ¿Taylor?

De repente, ese viaje que ya empezaba a imaginarse parecía mucho menos divertido.

* * *

A Lana no le gustaba ir a la ciudad. En la ciudad la gente le pedía cosas. Pero necesitaba llevarse una garrafa de agua a Clifftop, así que le pareció que también podía pasar por el «hospital» y rematar el trabajo atrasado: chavales con brazos rotos, manos quemadas y lo que se rumoreaba que eran las venas de una muñeca cortadas.

No estaba muy segura de que tuviera que arreglar a alguien tan idiota como para intentar cortarse las venas. A fin de cuentas, la ERA no tardaría en matarte, ¿por qué adelantarlo? Y si querías salir rapidito de la ERA siempre podías hacer como Mary y tirarte por el acantilado.

Dahra Baidoo estaba leyendo su libro de medicina y diciéndole a un chaval al que le dolía un diente que se callara.

—Solo está suelto: se caerá cuando se tenga que caer —le insistía, irritada.

Dahra alzó la vista y esbozó una sonrisa cansada cuando vio a Lana.

—Eh, Lana.

—Eh, D.B. ¿Cómo va la carrera de medicina?

Era un chiste viejo entre ellas. Habían trabajado codo con codo en momentos

de crisis, durante la gripe que circuló un par de semanas atrás, y en las diversas batallas e incendios y luchas y envenenamientos y accidentes.

Dahra sujetaba las manos de los niños heridos y les daba Tylenol mientras esperaba que viniera Lana. El incendio fue lo peor. Las dos se pasaron días enteros juntas allí abajo, sin apenas ver el sol.

Fueron días realmente muy malos.

Dahra se rio y dio unos golpecitos al libro.

—Estoy lista para hacer trasplantes de corazón.

—¿Qué tenemos? —preguntó Lana—. He oído que tenías un suicidio frustrado.

—Nada de suicidios. Costillas rotas. Y una quemadura. No demasiado mala, y probablemente debería dejarla sufrir porque se la ha hecho intentando pegar fuego a una bolsa de caca para luego arrojársela a alguien.

Lana oyó una tos perruna procedente de una chica que parecía muy enferma.

—¿Eso qué es?

Dahra le lanzó una mirada elocuente.

—Creo que la gripe ha vuelto. O nunca se fue. —Llevó a Lana aparte, donde los pacientes no pudieran oírla—. Pero creo que esta vez puede ser peor. Esta chica alucina. Se llama Jennifer. Ha venido arrastrándose esta mañana. No deja de hablar de otra chica llamada también Jennifer que tosía tan fuerte que echaba trozos de pulmón. Y que se ha roto el cuello en uno de esos ataques de tos.

—A veces la gente se vuelve loca con la fiebre —comentó Lana.

—Sí. Pero, aun así, ojalá tuviera a alguien que pudiera ir a echar un vistazo a su casa. Para ver si está pasando algo.

—¿Dónde está Elwood?

Dahra suspiró.

—Eso ha terminado.

A Lana nunca le había gustado mucho Elwood y quería saber qué había ocurrido; Dahra y Elwood llevaban saliendo mucho tiempo. Pero no parecía que Dahra tuviera ganas de darle a la lengua.

Lana curó las costillas rotas, y luego fue a ver a la chica con los dedos quemados.

—No hagas estupideces como esta —le espetó Lana—. No quiero perder el tiempo con tonterías. La próxima vez te dejaré sufrir.

Pero le curó las quemaduras y dio un repaso rápido a la chica que no paraba de toser.

—¿Puedo llenar una garrafa antes de salir? —preguntó Lana.

Dahra se estremeció. Tenía una fuente vieja de agua fresca en una esquina con una garrafa transparente de casi veinte litros encima. Pero ni de lejos había veinte litros de agua ahí dentro.

—¿Y dos litros? —propuso Dahra.

—Trato hecho. Albert tiene que tenerte mejor provista. Y a mí también, ya que hablamos del tema. Se supone que tiene que mandarme a uno de los suyos con una garrafa al día. Han pasado dos días. Considerando que es hipocondríaco, no es muy astuto por su parte que Albert me ataque los nervios.

Entonces, tras saludar a Dahra con la cabeza, Lana volvió hacia su aguilera solitaria.

Tomó un atajo que la llevó hasta Clifftop por la colina. Era un sendero que corría a través de los arbustos, un lugar donde podría haber algún coyote hambriento. Pero Patrick la alertaría antes de que se topara con uno de esos animales. Y, en cualquier caso, Lana llevaba una pistola automática que no tenía ningún reparo en usar.

De repente, Patrick gruñó. En menos de medio segundo, Lana se sacó la pistola y apuntó con ambas manos.

—Sal donde pueda verte —dijo.

Pero no era ningún coyote. Era Hunter, que merodeaba.

Parecía avergonzado de estar allí. Lo habían desterrado de la ciudad, aunque podía ir a visitarla cuando quisiera. Pero él prefería que no lo viera nadie.

A Lana le gustaba Hunter. En primer lugar, porque siempre le guardaba algún bocado succulento, un conejo o un par de ranas regordetas. Y le llevaba estómagos e intestinos para Patrick.

Y, en segundo lugar, porque, aunque tenía el cerebro dañado, al menos sabía que no debía hacerle perder el tiempo. Si la buscaba era por algún motivo.

—¿Qué pasa, Hunter? —preguntó. Y volvió a meterse la pistola en la cinturilla—. Uau. Veo que tienes unos arañazos muy feos ahí.

—No —dijo el chico—. Es otra cosa.

Y tiró del cuello de la camiseta.

Lana no respiró durante varios segundos.

—Sí. Es otra cosa.

SIETE

60 HORAS, 30 MINUTOS

CAINE HABÍA ENCONTRADO un telescopio en la casa. Lo llevó hasta el acantilado del extremo oriental de la isla. Por la tarde la luz era bastante buena, tenue: los rayos iluminaban oblicuamente la costa lejana. La luz del sol se reflejaba en las ventanillas y parabrisas de los coches de Perdido Beach. Los tejados de tejas rojas brillantes y las palmeras altas parecían muy normales. Como si fuera otro día cualquiera en la ciudad de Perdido Beach.

La central nuclear quedaba cerca. Y también parecía normal. El agujero de la torre de contención, que él mismo había hecho, estaba en el extremo más alejado y no se veía desde donde se encontraba.

Se sobresaltó al oír un ruido detrás, pero no se le notó. No mucho.

—¿Qué estás mirando, Napoleón? —preguntó Diana.

—¿Napoleón?

—Ya sabes, porque se exilió a una isla tras casi dominar el mundo —recordó Diana—. Aunque él era bajo. Tú eres mucho más alto.

Caine no estaba seguro de que le molestara que Diana lo pinchara. Mejor así que como la había visto últimamente: deprimida, rendida, odiándose a sí misma.

No le importaba que Diana lo odiara. Nunca iban a ser una pareja romántica como Sam y Astrid: buena, honrada y todo lo demás, la pareja perfecta. Diana y Caine eran la pareja imperfecta.

—¿Y cómo le fue a Napoleón? —preguntó el chico.

Notó que Diana vacilaba un poco al buscar una respuesta fácil.

—Vivió feliz para siempre en su isla... Tenía una novia guapa que era mucho más de lo que merecía...

—Deja de preocuparte —le dijo Caine bruscamente—. No tengo intención de

marcharme de la isla. Además, aunque quisiera, no podría.

—Encontrarías el modo —afirmó Diana sombríamente.

—Sí. Pero, sea como sea, aquí estoy.

Caine volvió a apuntar con el telescopio en dirección a la ciudad. Veía los restos ennegrecidos de las casas quemadas que quedaban al oeste del centro.

—No lo hagas —le pidió Diana.

Caine no le preguntó a qué se refería. Lo sabía.

—Déjalo estar.

Diana le puso la mano sobre el hombro y le acarició el cuello y la mejilla.

Caine bajó el telescopio y lo arrojó sobre la hierba demasiado crecida. Se volvió, la estrechó entre sus brazos y la besó.

Hacía mucho tiempo que no lo hacía.

La notó distinta al estrecharla entre sus brazos. Más delgada. Más menuda. Más frágil.

Pero su cuerpo respondía al de Diana como siempre.

Y ella no se apartó.

A Caine le sorprendía su propia reacción. Hacía tiempo que no reaccionaba. Que no sentía ningún deseo. Los chicos hambrientos ansiaban comida, no chicas.

Y ahora que estaba sucediendo, era abrumador. Como un rugido en el oído. Como un martilleo en el pecho. Le dolía todo el cuerpo.

En el último momento, cuando estaba a punto de perder el control, Diana lo apartó delicadamente, pero con firmeza.

—Aquí no...

—¿Dónde? —jadeó él.

Detestaba la necesidad que delataba su voz. Detestaba necesitar a alguien o algo con tantas ganas. La necesidad era una debilidad.

Diana se zafó de las manos de Caine y dio un paso atrás. Llevaba un vestido. Un vestido con el que mostraba las piernas y enseñaba los hombros. Era como una visita de otro planeta.

Caine parpadeó, pensando que quizá todo fuera un sueño. Diana estaba limpia y llevaba un vestido de verano amarillo. Se había lavado los dientes y cepillado el pelo. Aún lo tenía enmarañado después de cortárselo y dejárselo crecer luego cuando aún pasaba mucha hambre, pero al menos había recuperado parte de su antigua sensualidad oscura y alborotada.

Diana se arrodilló recatadamente, recogió el telescopio y se lo entregó a Caine.

—Tú eliges, Caine. Puedes tenerme o puedes intentar apoderarte del mundo. Las dos cosas no. Porque ya no puedo participar en eso. No puedo. Así que de ti depende.

Caine se quedó boquiabierto.

—Serás bruja...

Diana se rio...

—Sabes que tengo el poder... —amenazó el chico.

—Claro. Yo no tendría nada que hacer. Pero eso no es lo que quieres.

Caine detectó una roca grande no muy lejos. Tremendamente grande. Levantó una mano, con la palma hacia fuera, y la roca se desprendió del suelo con un crujido y se elevó por los aires.

—¡A veces te odio! —gritó entonces el chico.

Con solo hacer girar el puño, la roca salió disparada por el acantilado y cayó al agua.

—¿Solo a veces? —Diana alzó una ceja con escepticismo—. Yo te odio casi siempre.

Intercambiaron una mirada cargada de odio, pero también de algo más, algo mucho más incontrolable.

—Somos personas heridas. —De repente Diana se puso triste y seria—. Personas horribles, «tocadas» y malvadas. Pero yo quiero cambiar. Quiero que los dos cambiemos.

—¿Cambiar? ¿Y ser qué? —preguntó Caine, desconcertado.

—Personas que ya no sueñen con ser Napoleón.

Diana volvió a adoptar una actitud de suficiencia y repasó a Caine con la mirada, lentamente, tanto que el chico llegó a sentirse avergonzado y tuvo que superar un impulso púdico de cubrirse.

—No lo decidas ahora —acabó diciendo la chica—. No estás en condiciones de pensar con claridad.

Y, tras volverse, se fue hacia la casa.

Caine arrojó muchas más rocas grandes al mar.

Pero eso no lo ayudó.

Sam estaba en una esquina de la calle, observando a Lana y Astrid mientras entraban en la casa que compartía con Astrid. Lana llevaba una jarra con agua. Patrick se detuvo y miró en dirección a Sam, pero las chicas no lo vieron y enseguida perdió el interés.

Sam había ido a contar a Astrid que se iba de la ciudad. Ella le guardaría el secreto. Y quería que alguien además de Albert supiera dónde estaba y qué estaba haciendo.

Al menos eso fue lo que se dijo a sí mismo, porque reconocer que, después de todo lo que había sucedido y lo que no había sucedido, que no podía separarse de Astrid... significaría admitir descaradamente su debilidad.

No podía no contarle que se iba. Tenía que saber que Sam aún estaba... lo que fuera que estuviera...

El chico dio una patada a una lata arrugada de refresco que fue dando tumbos por la calle repleta de basura.

¿Por qué había ido Lana a ver a Astrid? El pequeño Pete no debía de encontrarse bien. Pero ¿cómo podía alguien saber cómo se encontraba el pequeño Pete?

Sam frunció el ceño. No quería tener una escena con Astrid delante de Lana.

El cielo se estaba oscureciendo. Sam no tardaría en irse. Dekka, Taylor y Jack se encontrarían con él al otro lado de la carretera. Y se suponía que cada uno de ellos debía mantener todo aquel asunto en secreto.

Claro que, en realidad, Jack se lo contaría a Brianna. Taylor no abriría la boca porque no sabía lo que estaba pasando, y, para cuando lo supiera, todos estarían ya lejos de la ciudad. Dekka no se lo diría a nadie. ¿Y Sam? Se lo contaría a Astrid.

Sam llamó a la puerta.

No hubo respuesta.

Aunque tenía una sensación extraña, como si estuviera haciendo algo malo, Sam abrió la puerta de la que había sido su casa hasta hacía muy poco y entró.

Astrid y Lana estaban arriba: oyó el murmullo de voces.

Subió las escaleras de dos en dos y dijo:

—Astrid, soy yo.

Se encontraban en la habitación del pequeño Pete. Astrid y Lana estaban de pie, separadas por pocos centímetros, de espaldas a Sam.

Sentada en la cama, una mujer —una mujer adulta— sostenía la cabeza del pequeño Pete en el regazo.

—¿Mamá? —llamó Astrid.

La mujer tenía treinta y tantos años, el pelo rubio con reflejos y la piel pálida translúcida de Astrid, aunque algo envejecida por el sol. Los ojos de color pardo. Sonreía tristemente y acunaba la cabeza del pequeño Pete, acariciándole el pelo.

—¿Mamá? —volvió a decir Astrid, y esta vez se le quebró la voz.

La mujer no hablaba. No levantó la vista para mirar a Astrid. Mantenía la atención concentrada en el pequeño Pete.

—No es real —dijo entonces Astrid, y dio un paso atrás.

Lana fulminó a Astrid con la mirada. Entonces detectó a Sam ahí de pie.

Lana entornó los ojos.

—Tú sabías esto, ¿verdad? —lo acusó.

—No es real —repitió Astrid—. Esta es no es mi madre. Es... es una ilusión. Está enfermo. He salido, así que... la ha hecho aparecer. Para que lo consolara.

—La ha hecho aparecer. —Lana prácticamente escupió las palabras—. La ha hecho aparecer. Claro, porque cualquiera puede hacerlo, todos podemos conseguir que aparezca una mamá tridimensional para que nos abrace cuando nos encontramos mal.

—Para, Petey —rogó Astrid.

La mujer —la ilusión de una mujer— no reaccionó y siguió acariciando la cabeza del pequeño Pete.

—Cúralo, Lana. Cúralo y parará —le suplicaba Astrid—. Tiene fiebre. No para de toser.

Y, como para demostrárselo, el pequeño Pete tosió varias veces.

Era raro. No se tapaba la boca ni cambiaba de expresión. Tosía sin más.

—Inténtalo, Lana —la instó Sam—. Por favor.

Lana se volvió contra él.

—Qué poder más interesante para un autista, ¿verdad? Sobre todo cuando piensas en todas esas historias que circulan por ahí sobre cómo la cúpula desapareció unos segundos cuando el pequeño Pete se desmayó.

—Hay muchos mutantes —comentó Sam tan inexpresivo como pudo.

—¿No estaba Pete en la central nuclear cuando llegó la ERA? —preguntó Lana.

Astrid y Sam intercambiaron una mirada. Ninguno de los dos habló.

—Estaba allí —insistió Lana—. La central es el centro de la ERA. El mismo centro.

—Por favor, intenta curarlo —la urgió Astrid.

—Tiene fiebre y tose, ¡menudo drama! —lo desdeñó Lana—. ¿Por qué es tan urgente curarlo?

Una vez más, Sam no tenía respuesta.

Lana se acercó al niño. La mujer seguía con la mano sobre la frente de Pete, pero no reaccionó cuando Lana colocó la suya en el pecho del pequeño Pete.

—Así que esta es tu madre —dijo Lana más calmada.

—No —dijo Astrid.

—Qué raro ver a un adulto, ¿verdad?

—Es una ilusión —repitió Astrid débilmente—. El pequeño Pete tiene el poder de... de hacer que sus visiones parezcan reales.

—Ya... —dijo Lana muy seca—. Y eso es todo. Ese momento en que todos vieron el exterior no fue más que una ilusión. Y tu mamá, que está aquí, es una ilusión.

La mujer desapareció de repente. La cabeza del pequeño Pete cayó otra vez sobre la almohada.

—Lo estás ayudando —intervino Sam—: está mejorando.

—¿Sabes lo que me parece muy interesante? —comentó Lana en tono burlón, como quien está de cháchara—. El sol, la luna y las estrellas de aquí también son todo ilusiones. Tantas ilusiones... Tantas coincidencias... Tantos secretos...

Sam no miró a Astrid. Ojalá no hubiera ido. Más aún, ojalá Astrid no se hubiera traído a Lana aunque lo entendía.

Al cabo de un rato, Lana se apartó del pequeño Pete.

—No sé si lo he arreglado o no.

—Gracias —contestó Astrid.

—Lo noto, ¿sabes? —dijo Lana suavemente.

—¿Que lo has curado?

Lana meneó la cabeza.

—No. Noto eso, a esa cosa. Lo toca. Lo observa. La noto. Lo alcanza... —Lana arrugó la frente y casi pareció estremecerse de dolor—. Como me alcanza a mí.

Y, sin mirar a ninguno de los dos, Lana salió a toda prisa de la habitación.

Se quedaron callados: ninguno de los dos sabía qué decir.

—Voy a estar fuera un par de días —acabó diciendo Sam—. Por lo del agua... Voy a buscar otro lago.

Una lágrima cayó por la mejilla de Astrid.

—Debe de haber sido duro, aunque supieras que no era real... —comentó Sam.

Astrid se secó la lágrima con un dedo.

—Lana es lista. Acabará entendiéndolo todo —suspiró—. Si las cosas se ponen feas, irán a por él. Los chavales vendrán a por Petey.

—Antes de irme, pediré a Brisa que esté pendiente de ti —propuso Sam.

Astrid miraba sombríamente a su hermano. El niño tosió dos veces y se quedó callado.

—Es que no sé lo que ocurriría...

—¿Si se pusiera enfermo?

—Si muriera. No lo sé. No lo sé...

PETE

LA OSCURIDAD LO estaba observando, lo tocaba con su tenue zarcillo, lo escuchaba esperando que hablara.

Pero no decía nada. La Oscuridad no podía ayudarlo. La Oscuridad solo quería jugar, y se ponía tan celosa cuando Pete jugaba con otro...

«Ven a mí», le decía una y otra vez.

Pete tenía las piernas débiles. Estaba suspendido sobre el vidrio, pero le dolían las piernas y los pies también, como si la placa de vidrio se le fuera clavando poco a poco.

Se había sentido mejor cuando tenía a su madre junto a él. Permaneció callada, justo como a él le gustaba. No había intentado tocarlo sino que se limitó a dejar que se quedara apoyado contra su pecho, sintiendo el ritmo calmado de su respiración.

Pero entonces esa respiración empezó a cansarlo, a distraerlo. Si no paraba...

Pero se detuvo cuando hizo que su madre desapareciera. Recordaba la parte buena, antes de que el ruido de la respiración le resultara excesivo y no tener que oírlo.

Su hermana ruidosa hablaba, y luego alguien más. La otra lo tocó con la mano. Pete la miró y se quedó perplejo. Un débil zarcillo verde formó una espiral y ascendió para tocarla. Ella parecía estar a ambos lados del vidrio al mismo tiempo.

Pete sintió su tacto y eso lo puso tenso. Lo soportó, pero por dentro se sentía cada vez peor.

Tenía mucho calor. Como si tuviera un fuego dentro.

No quería saber nada más de su cuerpo.

La otra se marchó. Apartó la mano y se marchó. Pero la notaba en su interior, como un eco. Esa chica había tocado la Oscuridad, pero rechazaba sus súplicas para que se acercara a jugar.

Se preguntaba... Pero ahora su cuerpo volvía a captar su atención. Calor y frío, hambre y sed.

Le molestaba.

OCHO

54 HORAS, 21 MINUTOS

—¡MÁTALO, MÁTAME!

Sonaba amortiguado, pero aún se oía. Habían cerrado los conductos del aire acondicionado —¡como si todavía hubiera aire acondicionado!—, pero el lamento desesperado aún ascendía desde el sótano.

Howard había ido a alguna estúpida reunión por algún asunto importante. Howard siempre tenía asuntos importantes de los que encargarse.

Charles Merriman, al que todos llamaban Orc, rebuscaba en el revoltijo de cosas que había junto al sofá. Debía quedar algo en alguna de esas botellas. No quería tener que ir al armario del cuarto de atrás a coger otra.

—¡Es la única manera! ¡Sam! ¡Sam! ¡Dile que lo haga!

Orc no estaba borracho. No lo bastante como para ignorar el sonido de la voz de aquella chica estúpida. Para eso tendría que estar muy borracho, y por el momento solo estaba lo bastante como para no querer levantarse del sofá.

Sus dedos de piedra alzaron una botella. Wild Turkey. No quedaban ni dos centímetros de líquido marrón en el fondo. Retorció el corcho. El cuello de cristal de la botella se rompió al agarrarlo. Le pasaba a menudo. Orc tenía muchas dificultades para calcular su fuerza cuando estaba un poco bebido.

El chico se sacudió las esquiras de cristal de la ropa y levantó la botella bien alto, procurando que las partes puntiagudas quedaran apartadas de su boca aún humana.

La única parte de su cuerpo que podía cortarse era la boca.

Bueno, la boca y los ojos.

Vació el líquido abrasador entre los labios y se lo tragó. Ah, sí, sí... Pero no bastaba.

Orc se incorporó. Era pesado, como cabía esperar de un chico hecho de grava húmeda. Como una criatura andante de cemento húmedo. No podía subirse a una balanza. Una vez Howard intentó pesarlo, pero la balanza se hundió bajo sus pies.

Orc se dirigió pesadamente hacia el armario de la bebida donde Howard guardaba su alijo. Con el cuidado exagerado de una persona que no controlaba su cuerpo, abrió la puerta del armario.

Había varias botellas de algo transparente, y otras de algo marrón. Lo primero eran un par de botellas de Cabka, el licor que Howard producía destilando repollo y naranjas podridas. Era asqueroso. Orc prefería la bebida marrón.

Agarró una botella y, tras maniobrar torpemente durante varios segundos, se rindió y le arrancó el cuello de cristal.

— ¿Estás ahí arriba, Orc? Oigo tus pasos.

Era Drake. Brittney había desaparecido y Drake la había sustituido.

— ¿Aún sigues vivo, estúpida montaña de piedra alcohólica? —lo provocó Drake—. ¿Aún obedeces las órdenes de Sam? ¿Haces lo que te dicen, Orc?

Orc avanzó con paso pesado hacia la puerta, enfadado.

— ¡Cállate o bajaré y te aplastaré como a un bicho! —rugió Orc.

Drake se rio.

— Claro que sí, Orc. No te vas a quedar ahí como si fueras de pied... ¡Espera, qué gracioso! El monstruo de piedra que se queda de piedra.

Orc siguió avanzando pesadamente por la habitación. La casa entera temblaba a cada paso que daba.

Drake lo llamó de varias maneras, pero Orc ya se había tragado un cuarto de la botella. El calor se extendía por su cuerpo.

El chico gritó algo igual de grosero a Drake, se tambaleó hacia atrás, hacia el sofá, y se hundió pesadamente en él.

Drake no le importaba tanto. Al fin y al cabo era un chungo.

Era la chica la que le daba pena: con ella le entraban ganas de llorar.

Era un monstruo, como Orc. Y deseaba morir. Suplicaba que alguien la dejara ir con Dios.

«Mátame, mátame, mátame», rogaba cada día y cada noche.

Orc se bebió un buen trago.

Brotaron lágrimas de sus ojos humanos y cayeron por las grietas rocosas de su cara.

Alguien llamaba a la puerta. Normalmente habría contestado Howard. Pero entonces Orc oyó la voz de Jamal:

—¡Eh, Orc! ¡Abre, colega!

Jamal era una de las pocas personas que se acercaba a ver a Orc de vez en cuando, aparte de Howard. Vale, lo hacía solo para beber algo. Pero, aun así, era mejor compañía que escuchar a Drake o Brittney.

—¿Quieres beber algo, Jamal?

—Ya lo sabes. Albert se ha pasado el día agobiándome.

—Ya.

A Orc no le importaba. Agarró una botella y se la pasó a Jamal, que le dio un buen trago.

Orc se dejó caer sobre sus colchones, y el suelo gruñó bajo su peso. Jamal cogió una silla y se quedó con la botella.

—¿Quién está ahí arriba? —La voz de Drake llegó flotando—. ¿Jamal o Turk? Es demasiado pesado para ser Howard.

—¡Soy Jamal! —gritó el chico.

—No hables con él —dijo Orc sin mucha convicción.

—Oye, Jamal, ¿qué te parece dejarme salir de aquí? —preguntó Drake, casi

juguetón.

Orc le replicó gritando algo soez.

—¡Solo si matas a Albert primero! —gritó Jamal; luego se rio y tomó otro trago.

—¿Por qué trabajas para Albert si lo odias? —preguntó Orc.

Jamal se encogió de hombros.

—Soy duro. Albert necesita a alguien duro.

—Ya.

—Pero me trata como una mierda.

—¿Sí?

—Tendrías que ver cómo vive ahora, colega. ¿Crees que vive como el resto de nosotros? Quédate con esto: de noche ni siquiera tiene que salir a mear. Tiene como un tarro en el que mea.

—Yo tengo un tarro en el que meo.

—Ya, vale, pero una criada lo saca y lo vacía por él.

A Orc le daba vueltas la cabeza. En realidad no prestaba atención, pero Jamal se estaba calentando al enumerar las quejas que tenía de Albert, empezando por el hecho de que comía carne todos los días y tenía chavales que limpiaban todo lo que ensuciaba.

—Mira, tío, le encanta como están las cosas, ¿vale? —opinó Jamal, que ya empezaba a arrastrar las palabras—. En el mundo de antes, Albert no era más que un renacuajo. Y aquí es un tío importante y yo soy su, ya sabes...

—Criado —añadió Orc.

La rabia brilló en los ojos de Jamal.

—Sí, sí. Del mismo modo que tú eres el criado de Sam, Orc.

—Yo no soy el criado de nadie.

—Haces de canguro de Drake todo el día y toda la noche, colega. ¿Qué te crees que eres? Haces lo que Sam el jefe te dice que hagas.

Orc no tenía ninguna respuesta preparada. Habría deseado que Howard estuviera en casa, porque era mucho más listo a la hora de hablar.

Jamal insistió.

—Los tíos como tú y yo, como Turk y Drake, antes mandábamos. Porque éramos duros y no teníamos miedo y no aguantábamos las gilipolleces de nadie. ¿No crees?

Orc se encogió de hombros. Estaba un poco incómodo.

—¿Dónde está Howard? —murmuró.

Jamal hizo un ruido desagradable.

—Howard no está aquí, condenado a hacer de carcelero, pero tú sí, Orc. El guardián de la prisión de Sam. Así te mantiene ocupado, ¿verdad?, y te tiene siempre atrapado aquí. Así que es como dijo Turk.

—¿Qué dijo Turk?

—Dijo que Sam os tiene a Drake y a ti encerrados a la vez.

—No es así.

Jamal se rio con sorna.

—Colega, lo único que tienes que hacer es ver quién es el pez grande y quién es el chico. ¿Ves?, en eso Zil se equivocaba: no es cuestión de *mutis* y normales, de raros y no raros, sino de pez grande y pez chico. Tú y yo, Orc, somos peces chicos. Deberíamos ser grandes.

Justo entonces se oyó la voz de Brittney procedente de abajo.

—¿Está Sam ahí? ¡Trae a Sam! ¡Tienes que llamar a Sam!

Orc se levantó de su cama y gritó:

—¡Cállate! ¡Ya tengo que oír a Drake todo el día y toda la noche!

Orc se balanceó e intentó recuperar el equilibrio, pero no pudo. Se deslizó y cayó de culo en el suelo. A Jamal le entró un ataque de risa.

Pero entonces Orc se puso en pie de un salto.

—¡Deja ya de reírte!

—¡Orc, trae a Sam!

—Ha sido divertido, colega —dijo Jamal sin dejar de reírse escandalosamente.

—Orc, Drake está intentando...

Orc maldijo en voz alta y se puso a patalear con todas sus fuerzas.

—¡Cállate, cállate!

Y, de repente, se oyó el ruido de algo desgarrado, roto, y el suelo se hundió bajo sus pies.

Orc cayó a través de la madera y el yeso. Aterrizó bruscamente, boca arriba, sin aliento, y quedó cubierto de astillas y polvo.

El chico parpadeó, demasiado perplejo para entender lo que acababa de ocurrir. Lo primero que pensó fue que Howard se iba a cabrear. Lo segundo, que Sam aún se cabrearía más.

Brittney estaba por encima de él, mirándolo.

Boca arriba. Borracho y estúpido. Un monstruo. Y desde arriba le llegaba la risa de burro de Jamal.

Orc extendió la mano para tocar la piel que aún se extendía por una parte de su cara. Estaba sangrando. No era grave, no mucho, pero sangraba.

Preso de un ataque de ira ciega, se puso en pie y golpeó a Brittney con todas

sus fuerzas. La chica salió disparada por la habitación y se estampó de cabeza contra el bloque de hormigón. Un golpe que habría matado a cualquier chica real... viva.

Pero Brittney no podía morir.

Eso fue la gota que colmó el vaso. Algo hizo clic en el cerebro de Orc. Dio un salto para intentar agarrarse al suelo que quedaba por encima de su cabeza y subirse por ahí, pero le resbalaron las manos y volvió a caer. Jamal lo señalaba sin parar de reír y Orc corrió hacia la puerta, la puerta cerrada con una barricada que mantenía prisionera a aquella cosa que era Drake y Brittney. Empujó la puerta con el peso de su cuerpo... y la puerta aguantó, aunque a duras penas. Orc retrocedió y se puso a patear la puerta una y otra vez hasta que empezaron a salir astillas disparadas.

—¡No, no! —gritó Brittney—. ¡Se escapará!

Orc dio un paso atrás, alzó ambos brazos con piel de grava y corrió derecho hacia la puerta.

No se abrió de golpe, sino que se deshizo sin más. El marco quedó destrozado y astillado. La puerta se partió y Orc la atravesó.

—¿Quieres reírte de mí? —rugió mientras subía retumbando las escaleras hasta llegar a la cocina.

Jamal seguía de pie junto al agujero, riéndose.

—¿Quieres reírte? —rugió Orc.

Jamal se dio la vuelta al darse cuenta demasiado tarde del peligro que corría. Orc medía más de dos metros y era casi tan ancho como alto. Sus piernas eran como troncos de árbol, y sus brazos, como los cables de un puente.

Jamal buscó su arma, pero Orc no pensaba permitirselo. Lo agarró del cuello, lo levantó en el aire y lo arrojó por el agujero.

Jamal cayó bruscamente. El arma salió disparada y patinó por el suelo.

Orc jadeaba, sudaba, y el corazón le retumbaba en el pecho. La realidad empezaba a penetrar en su rabia alimentada por el alcohol y comenzó a darse

cuenta de lo que había hecho.

Howard. Debería... O Sam... Alguien, tendría que decírselo a alguien, traer a alguien...

Ya todo había terminado para Charles Merriman. Se había redimido, le habían dado algo importante que hacer. Pero ahora todo eso había acabado. Volvía a ser otra vez Orc.

Quería echarse a llorar. No podría soportarlo. No podría soportar la decepción y la pena de Howard. La ira fría de Sam.

En el fondo del sótano, un tentáculo largo y rojizo se extendía para alcanzar el arma.

Orc se dio la vuelta y echó a correr.

Sanjit Brattle-Chance no disfrutó de su primera semana en Perdido Beach, y Virtue Brattle-Chance, aún menos.

—Es como un manicomio gigante —opinó Virtue.

—Sí, eso parece —repuso Sanjit, dándole la razón.

Se pasaron la tarde inspeccionando el helicóptero. Edilio les había asignado la tarea de informar del estado del aparato: si estaba completamente roto o solo en gran parte.

De momento parecía completamente roto. Ambos frenos —esa especie de esquís sobre los que había aterrizado— estaban abollados. Parte del vidrio de la cabina se había hecho añicos, había desaparecido, y el resto estaba estrellado y partido.

Cayó la noche y ya no pudieron inspeccionar nada más. Virtue quería irse directamente a casa, pero Sanjit lo retuvo.

—Quedémonos y hablemos, Choo —propuso Sanjit—. Quiero decir... Mira, hemos pasado mucho estrés, ¿verdad? Pero ahora Bowie se encuentra mejor...

Virtue hizo un ruido desagradable.

—Si te crees a esa que llaman curandera.

—Me la creo totalmente.

La chica llamada Lana se había presentado y puesto la mano sobre Bowie.

Apenas habló: se limitó a responder a preguntas educadas con respuestas monosilábicas, gruñidos y algún que otro silencio que indicaba que estaba molesta.

Pero Sanjit se había quedado fascinado. Desde entonces apenas pensaba en nada más. Al fin y al cabo, ¿cómo no sentirse atraído por una chica que podía curar con las manos y que, sin embargo, se paseaba por ahí con una pistola automática enorme metida en el cinturón?

Era su tipo de chica.

Se enteró de que vivía allí arriba, en Clifftop. De hecho, Edilio le había advertido repetidas veces que no la molestara mientras inspeccionaba el helicóptero.

Sus palabras exactas habían sido:

—Por el amor de Dios, no te metas en el camino de Lana.

Ante lo cual Sanjit preguntó:

—¿Es peligrosa?

Edilio le había dedicado una mirada extraña.

—Bueno, una vez me disparó. Pero estaba bajo la influencia de la Oscuridad: Lana intentó matarla ella sola con una camioneta repleta de gas. Y luego me curó. Así que no sé decirte si es peligrosa. Pero si fuera yo, desde luego no la haría enfadar.

Así que Sanjit y Virtue estaban sentados en la hierba, contemplando cómo se escondía el sol y aparecían las estrellas. Y Sanjit observaba en secreto el hotel.

—¿Has oído hablar de los coyotes parlantes? —preguntó Virtue.

Como si fuera culpa de Sanjit que tal cosa existiera.

—Sí. Qué mal rollo, ¿eh?

—¿Y de esa cosa que llaman la Oscuridad?

Virtue meneó la cabeza, acongojado. Siempre había sido pesimista: la nube que ocultaba el sol que era Sanjit, el pesimista respecto al optimismo de Sanjit. Eran hermanos adoptados, de Congo y Tailandia, respectivamente. De un campo de refugiados terrible, y de las duras calles de Bangkok.

—Sí. Me pregunto qué será.

—La *gayáfaga*. También la llaman así. «Gaya» como el mundo y «faga» como un gusano o bicho que se come algo. Me voy a aventurar y te diré que, en mi opinión, algo que se hace llamar la «comemundo» no puede ser bueno.

—¿No me digas?

Sanjit puso cara de inocente, para provocar a propósito a su hermano.

—Vale. —Virtue hizo un mohín—. Pero ¿has visto el cementerio que han cavado en la plaza? Hay como una docena de tumbas allí.

Sanjit se retorció para mirar atrás, en dirección al helicóptero. Ese aparato los había salvado. Era una lástima que se quedara ahí muerto.

—Necesito un par de llaves inglesas de las grandes. Una escalera. Un martillo. Y luego, ya sabes, alguien que sepa realmente qué hacer con todo eso.

—Vale: ya veo que no quieres hablar.

Habían hecho aterrizar el helicóptero —bueno, en realidad se había estrellado— detrás del hotel Clifftop. Sobre unos árboles y arbustos descuidados, justo a continuación de la zona de aparcamiento.

La barrera quedaba muy cerca. Así que, aunque el helicóptero pudiera volver a volar —y Sanjit no podía imaginarse para qué— tendrían mucha suerte si no acababan estampándose directamente contra la barrera.

La barrera era engañosa. Aunque parecía traslúcido, el suelo era opaco.

En lo alto quedaba el cielo. Pero cuando estabas allí arriba, tampoco es que pudieras ver a través de la barrera. Si lo intentabas, la barrera se volvía otra vez opaca.

Menudo engaño. Sanjit pensó que era como el juego de manos de un mago callejero.

Y entonces se dio cuenta de que Virtue estaba hablando otra vez.

—... En cuanto Bowie esté del todo bien. Puede que Caine no sea completamente irracional. Quiero decir que antes se moría de hambre, y eso haría perder la razón a cualquiera.

—Choo —intervino Sanjit—, Caine es la esencia pura y destilada de la maldad. Pero ¿de qué me hablas?

—Vale, pero, aunque sea malvado, igual podemos hacer algún tipo de trato con él.

—No te lo crees ni tú...

Virtue se reclinó, abatido.

—Ya...

—No vamos a volver a la isla, hermano. Nos han echado. Ahora este es nuestro hogar.

Virtue asintió. Parecía como si acabaran de decirle que iban a fusilarlo al amanecer.

—Anímate, Choo —dijo Sanjit—. Este lugar tiene muchas cosas buenas.

—Has oído hablar de la zombi, ¿verdad? ¿La que tienen encerrada en el sótano? La mitad del tiempo es una buena chica cristiana, y la otra mitad, un psicópata con el brazo de látigo.

Sanjit tenía una expresión pensativa.

—Creo que he oído algo al respecto. Pero, en serio, Choo, tampoco es que una zombi doctor Jekyll y míster Hyde que vive en un sótano sea algo tan inusual...

Virtue sonrió a su pesar.

—Vale. Que así sea, Wisdom.

—No uses mi nombre de esclavo.

Era una vieja broma entre ellos. Sanjit se llamaba Sanjit al nacer, cuando aún era un niño hindú de la calle en la Bangkok budista. Cuando los actores Jennifer Brattle y Todd Chance lo adoptaron, le pusieron un nombre con pretensiones: Wisdom.

Pero nunca le pegó. Porque Wisdom, en inglés, significa «sabiduría».

—No ves el lado bueno de las cosas, Choo —le riñó Sanjit.

De hecho, él acababa de verlo.

—¿El lado bueno? No hay lado bueno. ¿Qué lado bueno?

—Las chicas, Choo. —Sanjit sonrió generosamente—. Dentro de unos años lo entenderás.

Lana acababa de doblar la esquina que daba a la parte trasera del hotel y arrojaba una pelota de tenis a su perro. Sus figuras quedaban recortadas contra el brillo débil del horizonte occidental, y la luz de la luna que asomaba detrás de las colinas las iluminaba.

—Me negaré a pasar por la pubertad —gruñó Virtue—. Te vuelve estúpido.

Pero Sanjit apenas lo oyó. Ya había echado a andar hacia Lana.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le espetó ella—. Nadie viene a Clifftop sin que yo lo diga.

—Te has perdido un atardecer muy hermoso —observó Sanjit.

—Es una ilusión —repuso Lana—. No es un sol de verdad. Nada es de verdad. Ni la luna, ni las estrellas, ni nada.

—Pero es bonito.

—Falso.

—Pero bonito.

Lana lo fulminó con la mirada. Sanjit tenía que reconocerlo: esa chica sabía fulminar con la mirada. La pistola que llevaba en la cinturilla contribuía a darle una imagen de chica dura, pero lo más importante era sin duda la expresión herida pero desafiante de su rostro.

—Así que si te pido que des un paseo bajo la luz de la luna conmigo, ¿me dirás que no?

—¿Qué? —Lana volvió a fulminarlo con la mirada—. Vete. Deja de hacer el idiota. Ni siquiera te conozco.

—Estás curando a mi hermanito Bowie.

—Ya, pero eso no significa que seamos amigos.

—Así que nada de luna llena...

—¿Eres retrasado?

—¿Y el amanecer? Yo me levanto temprano.

—Vete.

—¿El atardecer mañana?

—Pero ¿qué problema tienes? ¿Sabes quién soy? Nadie se mete conmigo.

—¿Sabes cómo me llamo?

—¿Qué es lo que no entiendes de la palabra «vete»? Podría dispararte y nadie protestaría.

—Me llamo Sanjit. Es un nombre hindú.

—Basta que le diga una palabra a Orc y se pondrá a jugar a baloncesto con tu cabeza.

—Significa «invencible».

—Pues qué bien.

—Invencible. Que no soy vencible.

—Nadie dice «vencible».

Lana hizo rechinar los dientes. Obviamente estaba molesta consigo misma por haber picado y seguirle el juego.

—Inténtalo: intenta vencerme —la retó Sanjit.

Justo entonces Patrick se acercó corriendo. Dejó caer la pelota a los pies de Sanjit, sonrió loco de alegría como hacen los perros, y esperó.

—No juegues con mi perro.

Sanjit agarró la bola y la lanzó, y Patrick salió como un bólido tras ella.

—No me asustas. —Sanjit levantó una mano, interrumpiendo a Lana antes de que pudiera replicarle—. No digo que no debería tenerte miedo. He oído algunas historias sobre ti. Sobre lo que pasó. Te enfrentaste a la *gayáfaga* esa tú sola. Lo que significa que eres la segunda chica más valiente que he conocido en la vida. Así que probablemente debería tenerte miedo. Pero no lo tengo.

Sanjit se dio cuenta de que Lana trataba de resistir la tentación de preguntárselo, pero no lo consiguió:

—¿La segunda más valiente?

—Te contaré la historia cuando vayamos a pasear —añadió Sanjit, y señaló el helicóptero con el pulgar—. Más vale que vuelva a la ciudad. Edilio quiere que le informe.

Sanjit dio media vuelta y se marchó.

NUEVE

54 HORAS, 9 MINUTOS

SAM ENCONTRÓ AL grupito con el que se suponía que debía estar.

Dekka casi sonreía. Y casi sonreír era algo exagerado en ella.

Taylor se miraba las uñas, fingiendo aburrimiento. Sam se preguntaba si debía decir algo acerca del beso. Algo así como:

—Perdona por haberte magreado.

Sí, eso seguro que serviría de mucho.

Mejor fingir que todo aquello nunca había sucedido. Por desgracia, Taylor no era conocida por dejar correr las cosas.

Además, Taylor irritaba a Dekka. Dekka era la amiga y aliada de Sam. Las tres personas con las que Sam sabía que podía contar siempre eran Edilio, Brianna y Dekka. Resultaba raro, porque no acostumbraban a pasar el tiempo juntos. Sam pasaba el tiempo solo o con Astrid. Apenas veía a Edilio últimamente. No tenía nada en común con Brianna: era demasiado joven, demasiado alocada, demasiado... demasiado Brianna para que Sam pasara el tiempo con ella.

Quinn había sido su mejor amigo en el pasado. Pero Quinn tenía un trabajo importante, un trabajo que le encantaba. Los amigos de Quinn eran todos sus pescadores. Y los pescadores estaban unidos, como una familia feliz.

El cuarto miembro de la expedición era Jack. Antes conocido como Jack el del ordenador, pues ya no quedaban ordenadores que funcionaran. Jack malgastaba el tiempo leyendo cómics y haciendo mohínes.

Su fuerza sobrehumana podía resultar práctica, pero Jack nunca había resultado muy útil.

Sin embargo, después de pensarlo, Sam se dio cuenta de que Jack sí que hizo un buen papel durante el gran incendio. Igual estaba madurando un poco. Igual apartarse del ordenador le había ido bien después de todo.

—¿Estáis listos? —preguntó Sam.

—¿De verdad tengo que ir? —se quejó Jack.

Sam se encogió de hombros.

—Albert te paga, ¿verdad? Es mejor que hacerle de musculitos todo el día, ¿no?

Los ojos de Jack relampaguearon. Albert había empezado a aprovecharse de su fuerza física —para llevar cargas al mercado, para mover muebles— y Jack estaba molesto. En su mente, Jack aún era un genio de la tecnología, un súper obseso de la informática, no un forzado raro.

—¿Por qué tenemos que hacer esto en mitad de la noche? —preguntó Taylor.

—Porque no queremos que la ciudad entera sepa por qué nos vamos y adónde vamos.

—¿Cómo voy a contárselo a alguien si ni yo misma lo sé?

Taylor frunció el labio inferior.

—Agua. Buscamos agua —explicó Sam.

Casi podía ver la mente de Taylor procesando lo que acababa de decir.

—Ay, Dios mío, ¿se nos ha acabado el agua? —Taylor se mordió el labio, inspiró dos veces con aire melodramático y gimió—: ¿Quieres decir que vamos a morir todos?

—Ese sería un buen ejemplo del porqué lo mantenemos en secreto —dijo Sam muy seco.

—Solo tengo que ir...

—¡Oye, oye! —la interrumpió Sam—. No irás, Taylor. No saltarás a ninguna parte ni hablarás con nadie sin que yo te lo diga. ¿Te queda claro?

—Mira, Sam, eres un tío agradable. Y estás muy, muy bueno —comentó Taylor—. Pero no eres muy divertido.

—Salgamos de aquí mientras podamos —intervino Dekka—. Por cierto, he traído un arma.

—¿Corremos algún peligro? —exclamó Taylor.

—El arma es por si me atacas los nervios, Taylor —advirtió Dekka.

—Ay, qué graciosa... —dijo Taylor.

Sam sonrió. Por primera vez en bastante tiempo, estaba deseando hacer algo de verdad. Tenían una misión. Y al menos suponía una huida temporal de Perdido Beach.

—Dekka tiene razón. Salgamos de aquí antes de que pase algo a lo que tenga que enfrentarme —pidió.

Justo entonces oyó un ruido. Era como si algo grande se rompiera. A cierta distancia. Como si se partieran ramitas. Debía de ser algún idiota borracho.

Sam decidió ignorarlo. Era problema de Edilio, no de él.

Y se dirigió a las colinas oscuras por encima de la ciudad.

Al cabo de un rato, Dekka cogió a Sam del brazo y dejó que Jack y Taylor pasaran delante de ellos.

—¿Te lo ha contado Edilio o Astrid?

—No he hablado con Edilio. Lo he evitado. Se va a enfadar mucho cuando se dé cuenta de que me he ido de la ciudad sin advertírselo.

Dekka esperó.

—Vale —dijo Sam suspirando—. ¿Contarme el qué?

—Se trata de Hunter. Tiene alguna clase de... Bueno, como que tiene unos bichos dentro. Astrid dice que son parásitos.

—¿Astrid dice? —replicó Sam.

—Intuyo que la has visto antes de marcharte y no te lo ha contado, ¿verdad?

—Estábamos con otras cosas.

—¿Eh?

—No, con eso no. Por desgracia. Cuéntame lo de Hunter.

Dekka se lo explicó.

El rostro de Sam se fue oscureciendo a medida que escuchaba. Vaya con lo de salir de la ciudad antes de que algo se torciera: lo que le había contado pintaba muy, muy mal.

No parecía que Hunter fuera a pasar mucho más tiempo cazando. Lo que quería decir que a la ciudad se le acabaría la carne además del agua. Probablemente podrían sobrevivir sin las presas de Hunter, pero desde luego el pánico aumentaría.

La misión se había vuelto más importante, no menos.

—¿Dice que las verdosas están en el lado de la mañana? ¿Junto a la carretera del lago? ¿Eso ha dicho?

Dekka asintió.

Sam llamó a los otros dos, que se estaban peleando por alguna estupidez.

—¡Taylor! ¡Jack! Girad directamente hacia allí. Paramos para ver a Hunter.

Hunter se despertó de repente. Había oído un ruido.

No se parecía a nada que hubiera oído antes.

¡Estaba cerca! Muy cerca.

Como si lo tuviera encima. Como si estuviera...

En una oreja.

Volvió la cabeza. Era noche cerrada. Los bosques alejados de la luz de las estrellas estaban oscuros como boca de lobo.

No veía nada.

Pero sentía algo con las manos. La cosa que tenía en el hombro.

Y la oreja había... ¡desaparecido!

Un miedo terrible le hizo gritar de horror.

No se notaba la oreja, ni el hombro. No sentía con nada excepto con los dedos. Se tocó debajo de la camiseta, sintió la carne de la barriga que latía, que palpitaba.

Como si tuviera algo dentro.

No, no, no, no era justo. ¡No era justo!

Era Hunter. El cazador. Y lo estaba haciendo lo mejor que podía.

Se echó a llorar. Las lágrimas le rodaban por las mejillas.

¿Quién llevaría carne a todos esos chavales?

No era justo.

El ruido de masticar volvió a empezar. Solo en una oreja.

Hunter no tenía más que un arma: el poder calorífico de sus manos. Lo había utilizado muchas, muchas veces para quitarle la vida a sus presas.

Había alimentado a los chavales con ese poder. Y, en un instante de miedo y rabia, quitó la vida accidentalmente a su amigo Harry.

Igual podía matar a la cosa que se le estaba comiendo la oreja.

Pero puede que fuera demasiado tarde para eso.

¿Y si se mataba a sí mismo?

Vio la cabeza del puma con los ojos cerrados, allí donde la había colgado para despellejarla. Si el viejo puma podía morir, él también podía morir.

Puede que entonces volvieran a encontrarse, ahí arriba, en el cielo.

Hunter apretó ambas palmas contra la cabeza.

¡Drake estaba libre! Delante de él se abría la puerta rota y, por encima de su cabeza, el suelo hundido. Su propio carcelero había destrozado su celda.

Pero ahora Drake estaba preocupado. Brittney la cerdita podría aparecer en cualquier momento. Podría pedir ayuda, correr hasta Sam, algo, cualquier cosa.

Drake tenía el arma de Jamal. Le pasó el látigo por encima. Le encantaba su tacto, le encantaba el peso que notaba en la mano. Con el arma y su látigo sería imparable.

Pero no estaba solo: lo acompañaba Brittney.

Las ideas se agolpaban febrilmente en su cabeza. ¿Qué podía hacer?

Jamal gruñó. Se iba a levantar, pero al apoyarse en un brazo, oyó un crujido horrible.

Jamal chilló de dolor. El brazo izquierdo le colgaba, flácido: se había dislocado el hombro. Le salía sangre a chorro de la nariz. Y de las orejas. «Ah, sí —pensó Drake—; el chico se había hecho daño al caer».

Drake se puso a horcajadas sobre Jamal y enroscó el látigo que tenía por brazo en torno a su garganta, interrumpiendo sus gritos de dolor. Entonces colocó el cañón de la pistola sobre la frente del chico.

—Tienes tres segundos para decidirte —dijo Drake con voz aterciopelada—. ¿Estás conmigo o contra mí?

Jamal no tardó tres segundos en responder:

—¡Te ayudaré, te ayudaré! —le espetó en cuanto Drake aflojó un poco la presión de la garganta.

—¿Sí? Vale, pues escúchame bien, imbécil, porque yo no doy segundas oportunidades. Si me provocas, si me desobedeces, si dudas siquiera, no te mataré.

Jamal arrugó la frente, confundido.

—No, mira, la muerte es el fin del dolor —explicó Drake—. No, no te mataré. Pero te azotaré.

Y, llevado por una ferocidad repentina, Drake retrocedió y atacó con su mano de látigo. Atravesó los pantalones de Jamal y le marcó un latigazo en el muslo.

Jamal aulló.

Drake volvió a atacar dos veces más mientras Jamal se estremecía e intentaba protegerse con su único brazo bueno.

—Quería que supieras qué se siente —explicó Drake—. Duele, ¿verdad?

Ahora Jamal lloraba, lloraba y estaba demasiado aterrorizado para contestar.

—He dicho que duele, ¿verdad?

—¡Sí, sí! —sollozaba Jamal.

—Hagas lo que hagas, Jamal, por muy listo o muy duro que creas que eres, si me traicionas, si parece siquiera que vayas a traicionarme, te azotaré, y haré que dure. Horas. Y te dejaré donde la curandera no pueda encontrarte. ¿Crees que lo haré, Jamal?

Jamal asintió frenéticamente.

—¡Sí! ¡Me lo creo!

—No se me puede matar, Jamal.

—¡Lo sé!

Drake le entregó un arma y observó atentamente para ver si Jamal lo había entendido de verdad. Detectó el momento en que el chico pensaba: «Puedo dispararle y salir corriendo».

Pero también vio que los pensamientos de Jamal se agolpaban en su cabeza y acababa llegando a la conclusión inevitable.

Y entonces percibió que la resistencia de Jamal se esfumaba.

—Chico listo —dijo entonces Drake—. Bien: esto es lo que tienes que hacer.

DIEZ

52 HORAS, 37 MINUTOS

—¿**POR QUÉ TENEMOS** que salir de la ciudad a escondidas en plena noche?
—gruñó Jack—. Estoy tropezando con todo.

Jack, Sam, Dekka y Taylor habían cruzado la carretera y, tras dejar atrás la gasolinera, se disponían a subir por la colina. La luz plateada de la luna alcanzaba la hierba alta y seca, pero no llegaba a iluminar las rocas más pequeñas que sobresalían a través de la tierra polvorienta con las que todos tropezaban y caían de cuatro patas en el suelo como un atajo de idiotas.

Jack no estaba interesado en dar un paseo largo y peligroso. Sobre todo de noche. O, ya puestos, de día. Lo que quería era quedarse en la cama. Quedarse echado en la cama y leer.

Tenía una montaña de libros. Era lo único que podía hacer. No había internet. No había ordenadores. Ni siquiera electricidad.

Claro que era culpa suya. Culpa suya por haberse dejado convencer por Caine y sobre todo por aquella bruja, Diana.

Le costaba mucho decir que no a las chicas. Sobre todo a Brianna, que parecía capaz de conseguir que hiciera siempre lo que ella quería.

Porque como vivía con él, era como si salieran juntos. Aunque en realidad no hacían nada. No se enrollaban ni nada. Eso no pasaba.

Jack se había planteado seriamente preguntar a Brianna si se enrollaría con él. Era mona. Le gustaba. Y le parecía que a ella también. Cuidaron el uno del otro cuando se extendió la gripe.

Pero... entonces Jack se dio cuenta de que Sam no le había respondido.

—¿Por qué tenemos que salir a escondidas en plena noche? —repitió Jack.

—Ya te lo he explicado —replicó Sam—. Si no me escuchas...

Taylor metió baza:

—Porque si no, Astrid ya encontraría el modo de detenerlo. —E imitando la voz de Astrid, pero añadiéndole un tono tenso, acerado y condescendiente, agregó—: Sam, soy la chica más lista y guapa del mundo. Así que haz lo que te diga. Buen chico. ¡Baja, chico, baja!

Sam permanecía callado, avanzando sin parar, adelantado unos pocos metros.

Taylor prosiguió:

—Ay, Sam, si pudieras ser tan súper listo y tan santito como yo. Si pudieras darte cuenta de que nunca serás lo bastante bueno para tenerme, para tener a la maravillosa Astrid, la genio rubia.

—Sam, ¿puedo dispararle ahora? —preguntó Dekka—. ¿O es demasiado pronto?

—Espérate hasta que hayamos pasado al otro lado de la cadena —contestó Sam—. Amortiguará el ruido.

—Lo siento, Dekka —dijo Taylor—. Sé que no te gusta hablar de cosas de chicos y chicas.

—Taylor... —le advirtió Sam.

—¿Sí, Sam?

—Igual deberías plantearte lo difícil que te resultaría caminar si alguien fuera eliminando la gravedad bajo tus pies cada dos por tres.

—Me pregunto quién haría eso... —dijo Dekka.

De repente Taylor se cayó de bruces.

—¡Me has hecho caer! —exclamó Taylor, más sorprendida que enfadada.

—¿Yo? —Dekka abrió las manos con un gesto de inocencia nada convincente—. Oye, yo ya estoy aquí.

—Lo único que digo es que ya puedes imaginarte que eso alargaría bastante una caminata ya de por sí muy larga —explicó Sam.

—Chicos, no sois nada divertidos —gruñó Taylor.

Y al instante saltó, se plantó detrás de Sam y le agarró el trasero.

Él gritó: «¡Oye!», y la chica se fue de un salto como si no hubiera hecho nada.

—En respuesta a tu pregunta, Jack —continuó Sam—, salimos a escondidas para que la gente no sepa ni que nos hemos ido, ni tampoco el motivo. No tardarán en averiguarlo, pero Edilio tendrá que poner a más chavales en las calles si no estoy allí para hacer de gran lobo malvado. Será más estrés para todos.

—Ah —dijo Jack.

—El gran lobo malvado —repitió Taylor, y se rio—. Oye, cuando te imaginas esa fantasía, ¿Astrid es Caperucita Roja o uno de los tres cerditos?

—Dekka —dijo Sam.

—¡Ah, demasiado lenta!

De repente, Taylor se colocó más de seis metros por detrás de Dekka.

Habían alcanzado la cima de la montaña. Los árboles comenzaban en el valle posterior y se extendían hasta la siguiente colina. El valle pequeño tendía a retener las brisas húmedas que soplaban junto al océano... cuando había brisas, y lo atravesaba un riachuelo, que al verse separado de los picos nevados que se elevaban al otro lado de la barrera casi se había secado.

—Procurad no hacer demasiado ruido, ¿vale, chicos? Puede que Hunter esté cazando. Si nos acercamos pisando fuerte asustaremos a su presa.

—Así que no te caigas más, Jack —se burló Taylor.

Se oyó un ruido, un gemido, procedente de los árboles que quedaban cuesta abajo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Jack.

Volvieron a oírlo. Era un grito de desesperación absoluta.

Jack esperaba que Sam echara a correr. Pero Sam respiró hondo y dijo en voz baja:

—Chicos, no creo que tengáis que ver esto.

—¿Ver el qué?

Sam salió disparado cuesta abajo. No les pidió que lo acompañaran. Pero tampoco les ordenó que no lo hicieran. Así que lo siguieron.

En cuanto se encontró sumergido en la oscuridad absoluta que reinaba bajo los árboles, Sam recurrió a sus poderes para convertir una de sus manos en un haz de luz verde pálido. Así resultaba más fácil ver los árboles, pero todo lo que veía parecía salido de una pesadilla.

—¿Hunter? —gritó Sam.

—¡No te acerques!

La voz de Hunter estaba traspasada por la tristeza y se oía mucho más cerca de lo que Jack se esperaba.

Siguieron el sonido de su voz. Se acercaron más, y lo oyeron llorar. No era el lloro de un chico mayor, sino de un niño pequeño. Sollozos intensos y convulsivos.

Sam volvió a decir:

—Chicos, quedaos atrás. No tenéis por qué ver esto.

Pero volvieron a ignorarlo. Jack no, al menos al principio, pero Dekka sí. Ella avanzaba porque era valiente y quería ayudar, incluso pensaba que sabía lo que se encontraría. Taylor se acercaba porque era curiosa y quería verlo, y Jack no tenía intención de quedarse solo en la oscuridad absoluta.

Hunter estaba incorporándose en mitad de un campamento muy cuidado: las brasas de un fuego que se apagaba aún brillaban y tenía una tienda pequeña, una estantería improvisada de palitos y enredaderas de las que colgaban una sartén, un cazo y un plato.

El cuerpo de Hunter se retorció de arriba abajo.

Le faltaba una parte de la cabeza. Una criatura, una mezcla monstruosa de insecto y anguila, le sobresalía del hombro. Y mientras los demás permanecían inmóviles, horrorizados, mordía ferozmente la carne de Hunter.

Taylor desapareció de repente.

Dekka adoptó una expresión muy seria, y se le humedecieron los ojos.

—He intentado... —empezó Hunter. Levantó las manos, e hizo como si las presionara contra su cabeza—. No ha funcionado.

—Yo puedo hacerlo —dijo Sam en voz baja.

—Lo sé.

—Es porque maté a Harry. Dios tiene que castigarme. He intentado ser bueno, pero soy malo.

—No, Hunter —dijo Sam delicadamente—. Ya pagaste por lo que pasó. Alimentabas a los chavales. Eres un buen tipo.

—Soy un buen cazador.

—El mejor.

—No sé qué está pasando. ¿Qué está pasando, Sam?

—No es más que esta ERA, Hunter —le explicó Sam.

—¿Podrán encontrarme aquí los ángeles para que pueda ir al cielo?

Sam no respondió. Fue Dekka quien habló:

—¿Recuerdas alguna oración, Hunter?

La criatura parecida a un insecto había salido casi completamente del hombro de Hunter. Las patas empezaban a resultar visibles. Tenía las alas dobladas, pegadas al cuerpo. Parecía una hormiga gigante, o una avispa, pero de plata y latón, y estaba cubierta por una capa de baba.

Salía como un pollo de un cascarón. Nacía. Y al nacer, se alimentaba del cuerpo entumecido del chico.

Las sacudidas bajo la camiseta de Hunter indicaban que aún salían más larvas.

—¿Recuerdas: «Y ahora me pongo a dormir»? —preguntó Dekka.

—Ahora me pongo a dormir —dijo Hunter—. Ruego a Dios guarde mi alma.

Sam alzó las manos, con las palmas hacia fuera.

—Si muriera...

Dos rayos de luz alcanzaron a Hunter en el pecho y la cara. Se le incendió la camiseta. Se le fundió la carne. Murió antes de poder sentir nada.

Sam le recorrió el cuerpo con la luz. El olor era nauseabundo. Jack quería apartar la vista, pero ¿cómo podría?

La oscuridad se impuso de repente cuando Sam puso fin a la luz y dejó caer las manos a los lados.

Todos se quedaron allí de pie, en la oscuridad. Jack respiraba por la boca, intentando no oler la carne quemada.

Y oyeron un ruido. Muchos ruidos.

Sam alzó las manos y una luz pálida brilló.

Hunter había desaparecido del todo.

Pero las cosas que estaban en su interior seguían allí.

Llamó tan suavemente a la puerta que Diana casi no lo oyó.

La chica respiró entrecortadamente. Había acudido. Imaginaba que lo haría.

—¿Quién es? —preguntó Diana.

—Sam —dijo Caine.

Ella abrió la puerta. Estaba apoyado contra el marco. Su lenguaje corporal y la expresión de su rostro no eran los de alguien feliz.

—Qué gracioso —dijo Diana.

Caine la empujó para entrar.

—Cierra la puerta —ordenó—. Bug: si estás aquí dentro y te pillo, te mataré. Antes de que cuente hasta diez te quiero fuera.

Caine y Diana esperaron y observaron la puerta. No se abrió.

—No creo que esté aquí —opinó Diana—. Normalmente puedo olerlo.

Se quedaron separados, algo incómodos. Como extraños. Diana se dio cuenta de que Caine se había bañado y peinado. Normalmente iba tan arreglado como las circunstancias lo permitían. Pero había hecho un esfuerzo especial.

Ella había decidido no ponerse nada en especial. No se trataba de ir con lencería o algo así. Llevaba tejanos y una blusa. Iba descalza. Y sin maquillar.

—Quieres que sea Sam —afirmó Caine—. Pero no soy Sam. Soy yo.

—No quiero que seas Sam...

—No quieres que yo sea yo...

Diana lo examinó. Era guapo, sin duda. Cruel. Inteligente.

—Hay más de un tú, Caine —acabó diciendo Diana.

Él parpadeó.

—¿Qué quieres decir?

—Que no eres Drake.

Caine desdeñó su comentario y su rostro mostró asco.

—Drake es un chungo enfermo. Yo solo hago lo que tengo que hacer. No me

pone. Él es un psicópata. Yo soy... —Buscó la palabra adecuada—. Ambicioso.

Diana se rio. No se burlaba: era una risa de auténtica sorpresa.

—¿Qué? ¡Soy ambicioso! —replicó Caine.

—Esa es una manera de llamarlo. Sediento de poder. Dominante. Un matón.

—No se me da bien recibir órdenes.

Diana sonrió.

—No, en absoluto.

Ambos se quedaron callados. Diana lo miró y él bajó la vista.

—Pero aceptaste recibir órdenes. De la Oscuridad, Caine.

Caine se puso rojo de furia y se dispuso a marcharse. Caminó rápidamente hacia la puerta, pero se detuvo antes de alcanzar el pomo.

—No hay luz en Perdido Beach porque recibiste órdenes —le recordó Diana.

—¿Quién fue quien enterró esa cosa en el pozo de la mina? —rugió Caine.

—Tú.

—Sí. Y salvé a Sam.

—Sí. Y al cabo de poco nos volvimos caníbales.

—Ahora tenemos comida. Mucha.

Caine se volvió hacia Diana, dispuesto a tocarla, pero esta vez se apartó ella. Se dirigió hacia la ventana. La luna falsa se estaba poniendo. Pintaba manchitas plateadas en las colinas lejanas.

—Fue demasiado —dijo Diana, casi para sí—. Todo lo demás lo acepté. La violencia. Las batallas. Lo que hicimos a Andrew y lo que tú hiciste a Chunk. Y todo lo demás. Quiero decir, como que me marcó, ¿sabes?

Caine no respondió.

—Dentro. En el corazón. En el alma. —Se rio de sí misma—. El alma de Diana Ladris. Ya.

—Estábamos en un momento bajo.

—¿Te parece? —replicó Diana mirando a Caine por encima del hombro, recuperando parte de su actitud burlona habitual—. ¿Comer carne humana, eso fue un momento bajo?

—No tuvimos...

—Vamos, cállate.

Diana se apartó de la ventana. Tenía lágrimas en los ojos y no quería que Caine las viera. Lo último que deseaba era parecer débil.

Pero entonces las vio. La sorpresa que se adueñó del rostro del chico casi la hizo reír.

—Toda la vida he sido una chica dura —explicó Diana—. Y ya me parecía bien. La gente decía: «Diana es una perra. Diana es una buscona. Diana es mala». Todo eso lo asumía porque supongo que básicamente era cierto. Pero ahora me mirarán y dirán: «Diana es una caníbal». ¿Y cómo viviré con eso? —De repente estaba gritando.

—¿Quién es esa gente que te preocupa? ¿Penny? ¿Bug?

—¿Y si salimos? ¡La gente, la gente! —Diana dudó—. Y Dios. —Bajó la voz hasta susurrar—. Y mis hijos. Algún día.

—¿Hijos?

La mirada de confusión y consternación de Caine finalmente consiguió arrancarle una risa.

—Sí. Algún día. Podría pasar. Eso es: puede que llegue el día en que tenga un bebé. Puede que incluso más de uno.

—Esto... —murmuró Caine.

Hizo un gesto vago con las manos. Intentó decir algo varias veces. Pero no lo

consiguió.

—¿Me quieres? —preguntó Diana.

Caine abrió mucho los ojos. Lo veía incluso parpadear. Como un animal sorprendido. Como un conejo que acabara de oír a un zorro.

—Se responde con un sí o con un no —dijo Diana, mordaz—. Pero aceptaré un gesto con la cabeza, o un gruñido incoherente.

—Yo... yo no sé qué quieres decir con eso —dijo Caine de manera poco convincente.

—Cuando salté del acantilado, me salvaste, aunque para ello tuviste que dejar escapar a Sanjit y a los demás.

—No me diste elección —afirmó, malhumorado.

—Sí la tenías. Querías destruirlos.

—Vale...

—¿Por qué elegiste eso?

Caine tragó saliva, y debió de notar que tenía las palmas sudadas, porque se las restregó a los lados.

Diana se dirigió hacia la puerta. La abrió y dijo:

—Vete. Vuelve cuando hayas decidido tu respuesta.

—Pero...

—Vamos: no va a pasar. Esta noche no.

Caine salió al pasillo.

Diana se desvistió y se metió bajo las sábanas. Entonces golpeó las almohadas con los puños hasta que salieron plumas volando.

ONCE

50 HORAS, 21 MINUTOS

—¡EDILIO, DESPIERTA!

Edilio parpadeó. Se frotó los ojos y vio a Brianna junto a su cama.

—¿Qué? —dijo entre dientes.

—Albert me ha dicho que te viniera a buscar —explicó Brianna.

Brianna siempre parecía decidida, dura y agresiva. Ya tenía ese aspecto normalmente, pero además ese día iba armada para la batalla.

Llevaba una mochilita pequeña para corredores que había convertido en una especie de pistolera. Había agujereado el fondo para que sobresaliera el cañón de una escopeta. La culata quedaba por encima del hombro, justo donde pudiera alcanzarla.

Y además, metido en una funda que colgaba de un cinturón de camuflaje, llevaba un cuchillo largo, un cuchillo Bowie. La funda estaba atada a la pierna para que no le golpeará mientras corría. Una docena de cartuchos de escopeta de plástico rojo iban encajados en muescas del cinturón.

Ya era mala señal que lo convocaran en plena noche, pero peor aún que lo hiciera Brianna armada hasta los dientes.

Mucho peor.

—¿Qué ha pasado?

—Es Drake —dijo Brianna, y sonrió. Porque así era Brianna.

Edilio se incorporó.

—Vale. ¿Has buscado a Sam?

—No lo encuentro —respondió ella.

Edilio sintió un deseo abrumador de volver a dormirse. ¿Drake suelto? ¿Y sin Sam?

—¿Dónde está Albert?

—Ha dicho que se encontraría contigo en el ayuntamiento —lo informó Brianna—. Está reuniendo a los demás. Al Consejo.

La última palabra la dijo con sorna.

Edilio le clavó un dedo en el pecho.

—No vayas tras Drake por tu cuenta.

—¿Ah, no? ¿Y a quién más tienes?

Edilio no sabía qué responderle a eso.

—Busca a Dekka. Y a Astrid. No me importa si tienes que llevártela a rastras cogida del pelo; llévala al ayuntamiento.

A Brianna le entusiasmaba demasiado la idea. Se dio la vuelta, se hizo un borrón y desapareció.

Edilio se vistió rápido, agarró sus armas y atravesó corriendo las pocas manzanas que había hasta el ayuntamiento, esperando no toparse con Drake por el camino. Se enfrentaría a él si tuviera que hacerlo, pero costaba ganar una pelea con alguien a quien no se podía matar.

Fue el primero en llegar al ayuntamiento. El siguiente fue Albert. Vestido de negocios, pero informal; impecable como siempre. Howard entro después: parecía traumatizado.

—No lo encuentro, no lo encuentro... —se lamentaba—. Creo que ha atravesado el suelo. Quiero decir, ya sabéis lo grande que es Orc. Y luego Drake se ha pirado y... Orc debe de estar borracho.

—Debe de estar borracho... —repitió Edilio—. Porque tú te aseguras de que siga así, Howard.

—No pedimos llevar una prisión para zombis —replicó Howard.

—¿Dónde estabas cuando ha pasado todo esto? —lo acusó Edilio.

—Estaba... Tenía que ver a un tipo.

Edilio sabía que repartía botellas de alcohol. ¿Cuándo se acabaría el suministro? Todo lo demás se había terminado.

—¿Alguno de los dos ha visto a Sam? Brianna no lo encuentra.

Albert suspiró.

—Está fuera de la ciudad.

Edilio sintió que se ponía lívido.

—¿Que qué?

Entonces llegó Astrid, con su habitual furia glacial:

—Ya no soy del Consejo. No tienes derecho a...

—Cállate, Astrid —le espetó Edilio.

Astrid, Albert y Howard se lo quedaron mirando. Edilio estaba tan sorprendido como cualquiera de ellos. Se planteó disculparse. Nunca había hablado a Astrid de ese modo. Nunca había hablado a nadie de ese modo.

Lo cierto es que estaba asustado. ¿Sam estaba fuera de la ciudad? ¿Y Drake suelto?

—¿Qué te hace pensar que Sam está fuera de la ciudad? —preguntó Edilio a Albert.

—Lo he enviado yo. Y a Dekka, Taylor y Jack también. Están buscando agua.

—¿Están qué?

—Buscando agua.

Edilio lanzó una mirada a Astrid. La chica bajó la vista. O sea que ella también lo sabía.

Edilio tragó saliva. Le costaba respirar. Y también le estaba resultando difícil no gritar a Albert y a Astrid. Los dos tan listos, tan superiores... y ahora lo cargaban con eso.

Howard intervino:

—Orc debe de haber ido tras Drake. Ay, tío, no sé si puede derrotar a Drake, no como es Drake ahora. Ay, tío...

Edilio esperaba que Howard tuviera razón en lo de que Orc estaba persiguiendo a Drake. Ansiaba que fuera así, porque la alternativa era que tenía no uno, sino dos monstruos corriendo por la ciudad. Normalmente, cuando Orc se emborrachaba, se quedaba sentado sin más. Pero a veces se ponía furioso, y entonces las cosas se salían de madre.

Edilio miró hacia la puerta. Uno de ellos, o ambos, podrían derribarla en cualquier momento.

Tenía la pistola en un costado. Para lo que pudiera pasar...

—Brianna está buscando a Drake —dijo Edilio, pensando en voz alta.

—¿La has mandado a enfrentarse a Drake? —preguntó Albert.

—¿Mandado? ¿Quién envía a Brianna a que se meta en una pelea? Ya va por su cuenta. En cualquier caso, tampoco nos has dejado a nadie más.

Albert tuvo la consideración de no decir nada al respecto.

—Mirad, vosotros me pusisteis al mando. Yo no lo pedí. Es más, yo no quería. Cuando Sam estaba al mando, lo único que hacíais era meteros con él —comentó Edilio—. Sobre todo vosotros dos. —Señaló a Albert y a Astrid—. Así que, vale, Astrid asumió el mando. Pero entonces descubrió que no era tan divertido como creía. Así que os pusisteis en plan: vale, que el tonto del espalda mojada se encargue del trabajo.

—Nadie nunca... —protestó Astrid.

—Y yo, como un idiota, pensando: «Vale, eso debe de querer decir que la gente confía en mí. Me han pedido que esté al mando, que sea el alcalde». Pero luego me entero de que no soy yo quien toma las decisiones: las toma Albert. Albert

decide que necesitamos encontrar más agua y mandamos a dos de nuestros mejores luchadores al campo. ¿Y ahora se supone que tengo que arreglarlo todo? Es como si dijerais: «Luchad en una guerra», pero mandarais a mi ejército a cazar gamusinos.

—El tema del agua es peor de lo que te imaginas —dijo Albert.

—¡Pero es que no te escuchas al hablar, tío! —explotó Edilio—. ¿Y por qué no sé yo cómo está el tema del agua? Porque tú te encargas de todo eso y no me lo cuentas. No me dices lo que está pasando, y luego envías a Sam a dar un paseíto. ¿Sabes, Albert?, si tienes tantas ganas de ser un pez gordo, el Donald Trump de Perdido Beach, ¿por qué no haces un trato con Drake? ¿Por qué vienes a mí?

Justo cuando Edilio empezaba a fantasear con utilizar el arma contra Albert, Taylor apareció de repente en la sala. Todos dieron un salto de más de quince centímetros.

—Dios, ¿por qué no dejas de hacer eso? —gritó Howard—. Me va a dar un ataque al corazón.

—Hunter está muerto —anunció Taylor sin más preámbulos—. Han sido esas... esas cosas. Han salido arrastrándose de él... Se lo estaban comiendo. Ay, Dios mío... Quiero decir, era como... Quiero decir que estaba llorando y Dekka rezaba con él e intentaba freírse el cerebro como hizo con Harry, pero supongo que no le salía, supongo que no podía hacerlo, así que Sam... —Tragó saliva—. ¿Alguien tiene agua?

—¿Qué ha pasado con Sam? —quiso saber Astrid.

—Lo ha hecho por él. Sam. Quiero decir, él... Hunter se estaba... ya sabéis... Así que Sam...

Lo imitó alzando las manos como lo hacía Sam cuando usaba su poder.

Astrid cerró los ojos y se santiguó.

—Descanse en paz —dijo Edilio, y se santiguó también.

—¿Sam ha quemado al chico? —preguntó Howard, y entonces añadió sarcásticamente—: Sí, rezad todos a Dios. Porque Dios está ayudando mucho aquí. Me parece que ha sido Sam quien ha hecho lo que había que hacer.

—Oíd, necesito un vaso de agua o algo parecido —suplicó Taylor.

Se sentó en el suelo, apoyó la espalda contra la pared y se echó a llorar.

Edilio abrió un cajón del escritorio grande. Tenía una botella de agua, pero solo quedaban dos dedos. Se la entregó, reticente, a Astrid, que se la pasó a Taylor.

La chica vació la botella.

—Y eso no es todo. Sam me ha mandado con un mensaje, Edilio. Ha dicho: «Dile a Edilio que no he podido matar a los bichos».

—¿A las cosas que salían de Hunter? —preguntó Howard.

Taylor cerró los ojos. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Sí. A las cosas que salían de Hunter. Sam les ha disparado, ya sabéis, con la luz. Pero es que son reflectantes o yo qué sé. Sea como sea, no las ha matado.

—Sam puede quemar una pared de ladrillo —comentó Howard—. ¿Qué clase de bicho es ese que no puede matarlo? —Y entonces respondió su propia pregunta—. Algo muy feo.

—Taylor, vuelve y di a Sam que regrese a la ciudad —ordenó Albert.

—¡Yo no vuelvo allí! —gritó Taylor.

—¡Eh! —Edilio levantó ambas manos—. Oye, no eres tú quien debe decidirlo, Albert. Tú no das órdenes. El alcalde soy yo, y hay cuatro miembros del Consejo. Tú, yo, Ellen y Howard.

Parecía que Albert fuera a discutirle, pero Astrid intervino:

—Taylor, ¿qué ha dicho Sam que iba a hacer ahora?

—Ha dicho algo de eliminar la cueva donde viven las verdosas. Donde Hunter le ha dicho que estaban. Por eso no quiero volver. No habéis visto a esas cosas salir arrastrándose de Hunter, comérselo vivo...

De repente Albert se estremeció. Como si alguien le hubiera clavado un alfiler.

—Me había olvidado. Estaba ocupado... estaba... —El miedo se reflejaba en sus ojos—. Roscoe. A Roscoe le ha mordido uno de esos bichos de Hunter. Me lo ha dicho, no he pensado que... —Miró a Astrid—. Cuando Hunter entregaba sus presas. Roscoe me ha dicho que algo que había debajo de la camiseta de Hunter le había mordido. Se me había olvidado.

Fuera oyeron un rugido de angustia. Entonces se oyó que alguien rompía un cristal.

—Orc —dijo Howard.

—Mira a ver si puedes encontrarlo, hablarle —pidió Edilio.

Pero Howard ya se dirigía hacia la puerta.

Nadie dijo nada durante varios minutos. Oyeron otro estrépito, esta vez más metálico.

Edilio aprovechó el silencio para pensar. Orc borracho y destrozándolo todo. Bueno, no era la primera vez, pero era malo. Últimamente Orc se había vuelto valioso. Sería una muy mala noticia que volviera a resultar peligroso. Lo más probable era que se tratara de algo temporal y que Howard consiguiera controlarlo.

Lo de Roscoe era malo. Muy malo. Edilio sabía lo que tendría que hacer. Y no le gustaba.

Respecto a Drake, en fin, ese era el auténtico problema, ese y el del agua.

Edilio tenía cierta ayuda: unos cuantos soldados, algunos bastantes buenos, otros bastante inútiles. Tenía a Brianna.

¿Podía Brianna derribar a Drake?

—¿Qué hará Drake? —preguntó Edilio.

—No es solo Drake —recordó Astrid—. Recuerda que también es Brittney. Eso le dificulta las cosas. Si trama algún plan, ella puede deshacerlo cuando ocupe su lugar. Si intenta abalanzarse sobre alguien, tiene que preocuparse de que ella saldrá y lo estropeará.

—Sí —añadió Albert, animándose—. Sí, así es. No es Drake, es Drake barra

Brittney.

—Si conseguimos ver a Brittney, podríamos atarla y encerrarla —propuso Edilio—. Sí, si Brianna encuentra a Drake, que lo siga, lo observe, y que nos avise cuando salga Brittney.

—Eso es un plan —dijo Albert, claramente aliviado—. Así que dejamos que Sam siga...

Edilio asintió.

—Por ahora. Pero Taylor, puede que aún necesitemos...

Taylor ya no estaba en la sala.

DOCE

48 HORAS, 54 MINUTOS

PERO ¡QUÉ GUSTO! ¡Qué gusto salir del sótano; Respirar aire puro.

Drake permanecía pegado a la sombra de las casas quemadas, así que el aire fresco olía a cenizas, carbón y plástico chamuscado. Pero era mejor que el moho y el polvo del sótano.

Drake tenía una lista en mente. Sam. Caine. Dekka. Brianna. Ellos morirían primero. Los mataría tan rápido como pudiera.

Ese fue el gran error que había cometido con Sam en la central nuclear. Disfrutaba tanto dándole con el látigo que se tomó su tiempo. Aun sentía un escalofrío de placer recorriéndole el cuerpo al recordarlo.

Pero había tardado demasiado en acabar con Sam... y entonces apareció Brianna.

Esta vez no ocurriría. Esta vez empezaría matando a Sam. Y luego, si lo encontraba, se ocuparía de Caine.

Eso era lo que había que hacer con los raros poderosos. Tenías que matarlos enseguida, atacar con rapidez y sorprenderlos.

Sam, Caine, Dekka, Brianna. Orc y Taylor, también.

Y luego, cuando se los hubiera cargado, se tomaría su tiempo con Astrid. Y aún se entretendría más con Diana.

Drake se rio escandalosamente.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —preguntó Jamal.

—Soy Papá Noel, Jamal. Hago una lista, y la repaso dos veces.

Jamal iba unos pasos por detrás de él, cargando su impresionante rifle automático con el brazo bueno. Llevaba el otro brazo en un cabestrillo que se había

hecho como había podido. Estaba muerto de miedo, sin duda. Aún sentía el escozor del látigo de Drake. Sí, y lo notaría durante bastante tiempo...

—¿Dónde está Sam? —preguntó Drake a Jamal.

—Albert lo ha mandado a buscar no sé qué al bosque. Está ahí fuera —dijo Jamal haciendo unos gestos poco precisos—. Se supone que no lo sé, pero lo he oído.

Drake se volvió hacia él.

—¿Qué? ¿Sam no está aquí?

Se había perdido muchas cosas, atrapado en ese sótano como un animal...

—Supongo que volverá dentro de un par de días.

Drake soltó varias palabrotas.

—Entonces ¿dónde está Caine?

—Creo que está en una isla donde vivía una gente rica en los viejos tiempos.

La cosa cada vez se estaba poniendo peor.

No, no... Cada vez mejor.

Drake sonrió. Ninguno de los grandes poderes estaba allí para detenerlo. Cambio de planes.

—¿Y Dekka?

Jamal se encogió de hombros.

—No lo sé, tío. No sigo a esa bollera terrorífica por la ciudad.

—Bueno, bueno —le riñó Drake con sorna—. No tenemos que meternos con la gente por lo que es. —Agarró la cara de Jamal con la mano y la estrujó—. Voy a matarla, pero no por lo que es, ¿vale? Voy a asesinarla porque tengo que hacerlo. ¿Te parece bien, Jamal?

Jamal estaba tenso y más tieso que un palo. Gruñó afirmativamente.

—¿Te parece bien asesinar? —insistió Drake, pegando su cara a la de Jamal—. Quiero oírtelo decir.

Vio que la mirada de Jamal se entelaba.

—Sí, sí, Drake.

—Entonces vamos a asesinar a unos cuantos —propuso Drake alegremente, y le soltó la cara.

Recorrió media manzana más, y entonces se detuvo.

—Ahora no... —gruñó. Soltó toda clase de tacos. Pero ya estaba cambiando. Le salían aparatos metálicos en los dientes y su cuerpo esbelto empezaba a volverse regordete—. Viene Brittney —volvió a gruñir—. Pero volveré, Jamal. No te...

Sam, Dekka y Jack pararon para comer a menos de un kilómetro del campamento de Hunter. Un poco de pescado que, a juzgar por el olor, no era demasiado fresco, alcachofas hervidas y un poco de cecina de paloma.

Se habían planteado dormir, pero nadie quería. El horror estaba demasiado reciente. Si se dormían, solo tendrían pesadillas. Y Sam no quería volver a ver a Hunter.

En la oscuridad podían adelantar muy poco, pero todos querían alejarse y terminar con la expedición. Ya no estaban animados. El miedo y el odio los seguían.

Jack iba muy rezagado cuando Sam y Dekka se pusieron a hablar, a matar el tiempo mientras avanzaban despacio, con cautela, a través de arbustos que les llegaban a la cintura. Hablaban, hablaban de cualquier cosa excepto de los llantos tristes de Hunter.

Todo empezó cuando Sam reconoció que sí, que se había insinuado a Taylor, pero aclaró que estaba muy, muy borracho cuando lo hizo. A partir de ahí la conversación derivó hacia su relación con Astrid, de la que no quería hablar. Siempre que pensaba en Astrid sentía dolor y soledad. Lo que había tenido que hacer a Hunter, lo que había ocurrido al cazador, le hacía echar tremendamente de menos a Astrid. Habían pasado tantas cosas juntos... ¿Cuántas veces la había abrazado y le había asegurado que todo saldría bien? ¿Cuántas veces lo había

besado Astrid, rodeándolo con los brazos, cuando sabía que se estaba hundiendo en la depresión?

Desde el comienzo, desde el primer día, se habían apoyado el uno en el otro.

No es que no se pelearan nunca. Ambos tenían un carácter fuerte y discutían muchas veces por cosas importantes y por tonterías. Pero las peleas siempre iban a alguna parte: lo hablaban y lo resolvían.

Pero últimamente los separaba una fría distancia. Algo había muerto dentro de Astrid tras la muerte de Mary. Ese día murió una parte de Astrid, y ahora era como si nada le importara lo bastante como para pelearse.

Sam le explicó parte de todo esto a Dekka. Hablaba por pura soledad y necesidad. Pero se sintió incómodo, como si estuviera traicionando a Astrid solo por hablar de ella.

Y lo cierto era que, en gran medida, la raíz del problema entre Astrid y él no era nada tremendo: solo el sexo. Y Sam no podía hablar de ello sin acabar pareciendo más idiota de lo que era capaz de soportar.

Así que trató de derivar la conversación hacia Dekka. Lo cual les llevó a hablar de Brianna. Y Sam no tardó en verse atrapado en una conversación que le resultaba tan incómoda como la de Astrid.

—Sé que tu intención es buena, Sam —estaba diciendo Dekka.

—Lo peor que puede pasar es que Brianna diga: «Ni de coña soy lesbiana».

Sam volvió la vista hacia Jack para asegurarse de que no podía oírlos.

Dekka suspiró.

—No lo entiendes, Sam. Tú crees que solo se trata de eso, de ser sincero. Pero mira, ahora mismo tengo esta flor pequeña, diminuta de esperanza, ¿vale? No es mucho, pero a eso me aferro. Yo no... no puedo soportar que me mire y se ría. O que ponga mala cara y le dé asco. Porque entonces no tendré nada.

Era el discurso más largo que había oído decir nunca a Dekka.

—Ya —dijo él—. Ya lo pillo.

Y deseó fervientemente no haber abierto nunca la boca.

Se oyó un ruido en los arbustos, a un lado.

— ¿Eres tú, Jack? —llamó Sam.

— Estoy aquí —respondió Jack en la dirección totalmente opuesta—. Estoy... Estoy meando.

Sam se detuvo. Le hizo un gesto a Dekka para que se protegiera los ojos, y entonces lanzó una bola de fuego al aire, un sol de Sammy. Los arbustos se convirtieron en un espacio fantasmal teñido de verde.

Junto al sendero, un coyote se estremeció bajo la luz, pero no salió huyendo. Gruñó, mostró los dientes y se agachó para saltar.

Dekka reaccionó más deprisa que Sam. El coyote quedó flotando unos cuantos metros por encima del suelo, incapaz de patalear y saltar.

Era una imagen extraña, la de ese coyote sarnoso y amarillo como el polvo retorciéndose y aullando en el aire. Pero al final el animal acabó relajando los músculos.

— ¿Por qué nos atacas? —preguntó Sam—. ¿Sabe el líder de la manada que intentas matar a humanos?

— Yo líder de manada —respondió el coyote con su extraña voz ahogada.

Sam se le acercó. Los humanos no eran las únicas criaturas que habían evolucionado en el universo sin ley de la ERA. Una de las primeras fueron los coyotes que servían a la *gayáfaga*. Algunas mutaron, y sus lenguas más cortas y hocicos más planos les permitían hablar, aunque fuera de mala manera.

— Mira —dijo Jack mientras se le acercaba con el dedo extendido—. Él también tiene.

Sam rodeó con cautela al líder de la manada para ver el otro lado. Le salían mandíbulas de insecto del pelaje enmarañado. Había dos, puede que tres.

— Venido para cazador matarme —dijo el líder de la manada.

Sam sabía que no era el líder de la manada original: Lana lo mató. Pero no sabía si el que tenía delante era el segundo coyote que ostentaba el título o algún otro. En cualquier caso, este hablaba un poco mejor que el primer líder.

—Hunter está muerto —dijo Sam.

—Tú matar.

—Sí.

—Tú matarme, Manos Brillantes.

Sam no sentía ninguna pena por el coyote. Los coyotes participaron en la masacre de la plaza de la ciudad. Los dientes de los coyotes habían desgarrado hasta tal punto algunos de los cuerpos que estaban enterrados en el cementerio que quedaron irreconocibles.

—¿Las serpientes voladoras han hecho esto? —preguntó Sam, señalando esos parásitos horribles.

—Sí.

—¿Dónde están?

Del fondo de la garganta del líder de la manada surgió uno de los gruñidos típicos de los coyotes.

—No palabras.

—Entonces muéstranos —dijo Sam—. Llévanos.

—¿Luego matarme?

—Luego te quemaré.

Al principio Brittney estaba confundida. Se preguntaba si estaba soñando. Soñando con aire fresco y frío, y el cielo extendido sobre su cabeza.

Pero no, no estaba en el sótano.

¡Drake había escapado!

Tenía que hacer algo. Tenía que alertar a alguien. Aunque eso significara volver al sótano. Si Drake andaba suelto, haría daño.

Pero estar encerrada de nuevo... Claro que tal vez podía disfrutar de un instante de libertad. Solo un instante.

Entonces se dio cuenta de que no estaba sola.

—¿Quién eres tú?

—Jamal. Yo... trabajo para Albert, más o menos. Soy una especie de guardaespaldas.

El chico estaba tieso, rígido, y agarraba la culata del rifle con demasiada fuerza. Se había hecho daño en el otro brazo.

—¿Qué haces aquí, Jamal? ¿Has venido a atrapar a Drake? —Entonces se fijó en que el chico llevaba varios metros de cuerda enroscados y colgados del cinturón—. No creo que puedas atarlo. Es muy peligroso.

—Ya lo sé —dijo Jamal, soltando la cuerda.

De repente, Brittney entendió qué hacía Jamal allí, y salió como una flecha.

Jamal corrió tras ella.

—¡No corras o tendré que dispararte! —gritó Jamal.

El chico era más rápido que ella. Todo el mundo era más rápido que Brittney. Pero Jamal manipulaba la cuerda con una sola mano, y debía deslizar el arma por encima del hombro. Lo único que tenía que hacer Brittney era correr.

La chica entró en la plaza. No sabía lo que estaba buscando, no conscientemente. Pero se puso a subir los escalones de piedra hacia la iglesia en ruinas.

Jamal la alcanzó, la agarró del pelo y tiró de ella. Las piernas de Brittney resbalaron y la chica cayó bruscamente de espaldas y se golpeó contra el granito puntiagudo.

Pero Brittney ya no sentía dolor. Hacía tiempo que no.

Jamal trató de ponerse a horcajadas por encima de ella, pero tropezó con la soga y Brittney lo apartó.

—¡Para! —gritó Jamal.

Ella bajó un par de escalones, se puso en pie y arremetió contra él. Lo derribó a un lado y luego salió corriendo.

Hacía tiempo que el techo de la iglesia se había hundido. Pero había quedado un camino despejado hacia el interior. Habían vuelto a levantar la cruz: estaba inclinada, pero allí seguía, plateada bajo la luz de la luna.

Brittney corrió hacia la cruz, tropezó con los escombros y se golpeó contra un banco.

Sin dejar de soltar tacos, Jamal no tardó en alcanzarla. Trató de agarrarla, inmovilizó las manos que no paraban de golpearlo y le pasó la soga alrededor del cuerpo.

—¡No, no, no! —gritaba Brittney.

Jamal le dio un puñetazo en un lado de la cabeza.

La chica parpadeó y le devolvió el golpe. Pataleaba y agitaba los brazos y pegaba tan fuerte como podía desde el banco debajo del cual se había escondido. Y Jamal le devolvía los golpes con saña.

Pero él aún notaba el dolor. De repente retrocedió, con la mirada enloquecida y el rostro bañado en sudor, y le apuntó con el rifle.

—No quiero dispararte —suplicó Jamal.

—No puedes matarme —le recordó Brittney, y se puso en pie con esfuerzo.

—Ya lo sé. Drake me ha dicho que dirías eso. Pero puedo volarte la cara y entonces no te recuperarías enseguida. Eso ha dicho. Me ha ordenado que te disparara a la cara y te atara.

—Ojalá pudieras matarme —dijo Brittney, y entonces, en voz alta,

intentando alcanzar el cielo, exclamó—: ¡Dios, estoy en tu casa! ¡Estoy en la casa del Señor suplicándote la muerte!

—Deja al menos que te ate, ¿vale? —suplicó Jamal—. Me azotará si no lo hago.

Le corrían lágrimas por la cara y Brittney sintió lástima por él. Ambos estaban atados a Drake, no podían escapar de él.

Jamal le apuntó con el arma a la cara.

—No lo hagas —pidió Brittney—. Tenemos que enfrentarnos a Drake, tenemos que buscar ayuda. Sam... Tiene que quemar a Drake hasta que solo queden cenizas, y repartirlas por el océano.

—Por favor, no me obligues a hacerlo... —suplicó Jamal.

—¡Ayuda! ¡Que al...! —gritó Brittney.

Orc corrió hasta cansarse. No duró mucho. Estaba borracho y deshidratado. Más débil de lo que tendría que estar. Se cansaba más fácilmente.

Pero la desesperación lo hacía continuar, tambaleándose y llorando y aullando de rabia a través de la noche.

—¡Nunca quise ser guardián! —gritaba a las casas cerradas y oscuras—. ¿Lo oís todos? ¡No pedí ser guardián de la prisión!

Se balanceaba adelante y atrás, con sus grandes puños de dedos de piedra apretados.

—Nadie quiere hablar conmigo, ¿eh?

Atravesó el techo de un coche con el brazo. Hacía tiempo que habían roto la ventanilla del conductor para abrir la puerta y registrar así el coche. El maletero también estaba abierto y rebotó con el golpe que Orc asestó al vehículo.

—Necesito otra botella —murmuró. Y entonces, a voces, les gritó a las ventanas oscuras y a las puertas cerradas—: ¡Quiero una botella! ¡Que alguien me

dé una botella para que no le haga daño a nadie!

No hubo respuesta.

Las calles estaban en silencio.

Se puso a llorar otra vez y se secó furioso las lágrimas. Echó a correr de nuevo, corrió a lo largo de una manzana hasta detenerse, jadeando y a punto de caerse.

Entonces vio al chico. Un chaval. Debía de tener ocho, nueve, diez años; costaba saberlo. El muchacho caminaba inclinado, aguantándose el estómago. Se paraba cada pocos pasos y tosía y luego gemía del dolor.

—¡Oye, oye! —gritó Orc—. ¡Tú! ¡Ve a buscarme una *buella*! —En vez de decir «botella» le salió «buella».

El chico enfermo parpadeó y entonces pareció fijarse en el monstruo que estaba en la calle, unos pasos por delante de él. Se agarró a una señal de stop para evitar derrumbarse.

—Oye, tú, chaval, te estoy hablando.

El chico trató de hablar, pero se echó a toser. Tosió y gimió varias veces, y acabó sentándose en el suelo.

Orc se dirigió hacia él dando zancadas.

—¿Me estás ic... eh... ig... ignorando?

El chico meneó la cabeza débilmente. Hizo un gesto con la mano para señalarse la garganta e intentó hablar, pero no pudo.

—No quiero que... —empezó Orc, pero perdió el hilo de lo que iba a decir—. Tráeme ya la *buella*...

El chico tosió a Orc en la cara.

El gigante le golpeó con el dorso de la mano y el muchacho se dio tan fuerte con el poste que el impacto sonó. Luego cayó de espaldas en la acera.

Orc se lo quedó mirando como un idiota, esperando que se echara a llorar. Pero el chico no se movía. Ya no tosía.

Orc sintió que le corría agua helada por las venas.

—No quería... —empezó a decir.

Miró alrededor, preso de una abrumadora culpa repentina. Nadie lo había visto.

Trató de inclinarse para tocar al chico con un dedo, pero le subió la sangre a la cabeza y estuvo a punto de desmayarse.

—Es igual —dijo hoscamente, y continuó avanzando en la noche.

Ahora ya más tranquilo.

TRECE

48 HORAS, 29 MINUTOS

BRIANNA RESPIRÓ HONDO en la noche fría. ¿Había brisa? Perfecto. Una brisa para la Brisa.

—Ven aquí, Drakey, Drakey... —decía.

Brianna estaba en plena calle. Mientras Drake no hubiera encontrado un arma, estaría a salvo. Drake era rápido con su mano de látigo, pero no tanto como Brianna. Nadie era tan rápido como Brianna.

—Ah, Draaake —cantó la chica en voz alta—. Ah, Draake. Sal, sal de donde estés.

Brianna recorrió Pacific Boulevard, dobló por Brace y subió disparada por Golding.

Oyó a Orc gritando borracho, a lo lejos. Sería fácil localizarlo. Pero Orc no era el problema.

Ni rastro de Drake. Brianna se detuvo en la esquina. Tenía dos opciones: ir zumbando por ahí, sin orden ni concierto, o avanzar metódicamente, calle por calle.

Pero Brianna no era precisamente metódica.

Mejor provocar a Drake, burlarse para que se mostrara.

—Ven aquí, Drakey, Drakey.

Se fue zumbando a casa de Astrid. Ni rastro de él.

Se fue zumbando hasta el parque de bomberos. Hasta la escuela. Hasta Clifftop y hasta la playa, dejando un rastro de arena a su paso.

¿Dónde iría? ¿Qué haría?

Entonces se dio cuenta: Brittney. ¿Qué iba a hacer Drake con Brittney? Por lo

que Brianna sabía, Drake no tenía poder para evitar que Brittney apareciera.

¿Dónde iría Brittney si estuviera libre?

Brianna volvió la mirada hacia la iglesia en ruinas. Y, justo entonces, oyó las voces en el interior.

Subió zumbando las escaleras, entró en la iglesia y...

¡PUM!

La explosión, la ráfaga amarilla, la dejó ciega. Se detuvo lo más rápido que pudo, pero no lo bastante. Chocó contra un banco y salió disparada por los aires, incapaz de ver nada.

Cualquier otro se habría estampado de cara contra el altar de mármol, pero Brianna no era cualquier otro. Mientras volaba por los aires se encogió, se dio la vuelta y aterrizó de pie sobre el altar. Como un gato.

Sintió una oleada de dolor en el lugar donde había impactado con el banco y estuvo a punto de soltar un grito. Pero se contuvo.

Entonces la vio.

Y entonces sí que gritó.

La carga del rifle había alcanzado a Brittney en la cara y el cuello. Le había desaparecido todo el lado izquierdo del rostro. Tenía el cuello abierto. Pero, aunque la carne destrozada estaba roja y cruda como una hamburguesa sin cocer, las arterias no chorreaban.

Y Brittney seguía en pie.

Jamal emitió el ruido de un animal torturado, un aullido de miedo.

Colocó el arma a la altura del pecho de Brittney, pero, tras el medio segundo que tardó en encontrar el gatillo con el dedo, ya tenía a Brianna encima.

La chica golpeó el cañón y lo apartó justo cuando... ¡PUM!

Agarró a Jamal del cuello, y tiró hacia delante tan rápido que la cabeza del

chico rebotó hacia atrás. Le golpeó seis veces en menos de un segundo y Jamal se desmoronó. Le salía sangre de la nariz y los labios.

—¡No me hagas daño, no es culpa mía! —gimió Jamal al caer, y se hizo un ovillo para proteger tanto el arma como su cara.

Brianna no quería mirar a Brittney, de verdad que no, no quería.

—¿Estás bien? —le preguntó por encima del hombro.

Brittney no respondió. Lo cual no le sorprendía, pues tenía la boca corrida hacia la nuca.

Brianna se armó de valor y lanzó una mirada, pero la mano de látigo ya había aparecido y se había apoderado del rifle de Jamal.

Brianna sacó su cuchillo y se abalanzó sobre Drake.

Le clavó el cuchillo en el pecho. Tenía una hoja enorme, el cuchillo Bowie era tan grande como el cuchillo de un chef y mucho más grueso. La hoja se había hundido por completo, hasta el fondo.

Drake sonrió.

—Esto puede ser divertido.

Brianna esperaba que Drake intentara apuntarla con el rifle, pero en lugar de eso la arrojó a un lado. Entonces Drake se sacó el cuchillo del pecho con la mano de verdad, lentamente, disfrutando de cada centímetro de acero.

Brianna lo miraba, hipnotizada, y a punto estuvo de no ver el giro repentino que dio el brazo de tentáculo al rodearla por detrás.

A punto.

Pero lo vio.

Brianna se dejó caer y el látigo pasó por encima de su cabeza. Drake le arrojó su cuchillo, pero ni siquiera llegó a acercársele: la hoja se clavó en el respaldo de un banco.

Brianna sacó la escopeta recortada de la mochila de corredor, apuntó y disparó.

La carga alcanzó a Drake en la boca. Los labios finos de su sonrisita se convirtieron en un boquete abierto, como el orificio de un desagüe.

Drake acercó el tentáculo para tocarse el agujero. Metió el extremo de su mano de látigo en su propia boca destruida. La punta rosada y roja le salió por la nuca y saludó a Brianna.

Entonces Drake emitió un sonido que, de haber tenido lengua, dientes y labios, podría haber sido una risa.

Brianna retrocedió varios pasos.

La cara de Drake pareció fundirse y adoptar una nueva forma. Brianna veía los dientes individuales, como perlas blancas bajo la luz de las estrellas, desplazándose como insectos, asomando de la carne triturada para hallar su sitio en unas encías recién formadas.

Brianna tocó la cuerda que le colgaba del cinturón. Era de un violonchelo que había encontrado. Los extremos estaban envueltos alrededor de unos trozos pequeños de madera para formar un garrote de más de un metro de largo.

—Esto es lo que ibas a hacerme en la central nuclear, ¿te acuerdas, Drake?

Brianna se estremeció cuando una lengua creció dentro del agujero aún abierto de la boca del monstruo.

—Ay, lo siento, como que no estás muy de cháchara, ¿no? —lo provocó la chica—. Bueno, el caso es que, tanto si yo choco contra una cuerda a más de trescientos kilómetros por hora, como si la cuerda choca contigo a más de trescientos kilómetros por hora, funciona igual.

Brianna agarró el garrote y se plantó detrás de Drake antes de que pudiera parpadear. La cuerda fue recorriendo el cuello de Drake mientras Brianna corría, y finalmente se enganchó y se lo rebanó. Cuando la cuerda penetró el hueso del cuello, Brianna sintió un tirón fuerte que la obligó a soltar la cuerda por un lado.

A Drake se le cayó la cabeza. Cayó bruscamente al suelo, de lado, se estremeció varias veces y se quedó quieta.

Brianna pensó que no bastaba. Se dio la vuelta, se acercó otra vez corriendo hacia él, le pasó el extremo suelto de la cuerda por la cintura, lo agarró bien y tiró con todas sus fuerzas mientras daba marcha atrás a velocidad supersónica.

La cuerda atravesó el torso aún erguido de Drake justo por debajo de las costillas, hasta que se detuvo en la columna.

Brianna tiró, pero la cuerda no podía rebanar la columna. Tiró una y otra vez y la carne del cuerpo de Drake se retorció hacia un lado, de modo que le vio las tripas, los órganos, la carne cruda cortada como un filete, el intestino pálido... Lo observó fríamente, como si fuera un dibujo, una exposición espantosa.

Y de repente los tirones frenéticos de Brianna, las piernas que aporreaban el mármol resbaladizo para apuntalarse bien, lograron su objetivo y un chirrido espeluznante resonó en las paredes cuando la columna de Drake se partió en dos y cayó al suelo.

Brianna oyó gritos. Jamal tenía una mano sobre la cara, pero miraba horrorizado. Gritaba y volvía a gritar como si no fuera a parar nunca.

Brianna también quería gritar. Pero no de horror, sino de alegría, por su triunfo sanguinario y absoluto. Quería bailar y mancharse con la sangre del enemigo caído. Quería saltar sobre los trozos de cuerpo y darles patadas de desprecio.

Brianna echó la cabeza hacia atrás y aulló hacia las vigas partidas y el cielo que quedaba más allá:

— ¡Ja, ja, ja, la Brisa!

Jamal dejó de gritar. Farfullaba, emitía ruidos sin palabras, como esos locos que viven en las calles. Se arrastraba gateando por el suelo.

Brianna se rio.

— ¿Qué pasa, chico duro? ¿Te has dado cuenta de que elegiste el lado equivocado?

El tentáculo le rodeó las piernas antes de que supiera lo que había ocurrido. Brianna bajó la vista y lo miró, incapaz de creer lo que veía. La mano de látigo de Drake estaba doblemente enroscada en torno a sus tobillos y apretaba fuerte,

estrujándole los huesos.

Brianna trató de patlear, pero no podía siquiera moverse.

La cabeza de Drake quedaba a más de un metro de su torso, pero ahora había vuelto a aparecer la boca cruel, y sonreía. Los ojos fríos la observaban.

¡Estaba vivo!

La parte superior del torso recurrió a la mano buena para empujarse en dirección a la cabeza, mientras el tentáculo la sujetaba con la fuerza de una pitón. La parte inferior —el estómago, las caderas y las piernas— pataleaba y se agitaba intentando acercarse a la parte superior.

Drake se estaba recomponiendo.

Brianna cayó de culo. Reaccionó buscando el cuchillo, pero estaba demasiado lejos.

La escopeta recortada. Se la había vuelto a enfundar. Su mano la encontró y la sacó. Apuntó rápidamente hacia el tentáculo que la tenía sujeta, hacia la parte que quedaba justo a continuación de sus pies, y apretó el gatillo.

¡PUM!

El disparo salió del rifle de Jamal. El chico lo había encontrado. Brianna vio que el humo salía arremolinándose de la boca del arma.

La chica trató de agarrar bien la escopeta, pero los dedos no le respondían bien y le pitaban los oídos y por algún motivo tenía el pecho cubierto de sangre.

La cabeza de Drake esbozaba una sonrisa silenciosa.

Brianna yacía, indefensa, observando cómo las piernas, el tercio inferior de la criatura, empezaban a cambiar. Ya no eran las piernas de Drake. Eran extremidades regordetas de chica.

La cabeza de Drake gritó sin emitir sonidos.

El tentáculo ya se estaba apartando.

Jamal avanzaba como en un sueño, con el rifle humeante sujeto a un costado.

Brianna vio que los labios de Drake formaban las palabras:

—Mátala, mátala.

Pero, sin pulmones, no emitió ningún sonido.

Las partes del cuerpo se movían para juntarse. Los brazos de chica buscaron y encontraron lo que ahora era la cabeza de Brittney y la arrastraron hasta su lugar sobre los hombros.

Las piernas patalearon y tantearon hasta que el tercio inferior volvió a pegarse. Brianna era testigo de todo, incapaz de moverse, incapaz de pensar con claridad.

Lo último que vio fue a Jamal utilizando su cuerda para atarle las manos a Brittney por detrás. Se desgarró una manga de la camiseta, hizo una mordaza con ella y se la metió a Brittney en la boca.

Entonces retrocedió hacia Brianna. A la chica le pitaban tanto los oídos que apenas oía sus palabras y, lo poco que lograba oír, prácticamente no lo entendía.

—Podría matarte —dijo Jamal, y le apuntó con el rifle automático. El cañón quedaba a dos centímetros de su cara—. Seguramente ganará Drake. Pero, si no es así, recuerda que podría haberte matado —añadió echándose la escopeta al hombro—, pero no lo he hecho.

Eso ocurrió pocos minutos antes de que Edilio entrara a toda prisa con Ellen, ambos armados con sus propios rifles automáticos. Hacía rato que Jamal y Brittney se habían ido.

Edilio se arrodilló junto a Brianna. La chica vio preocupación y compasión en sus ojos oscuros, y, a pesar de su estado de delirio, lo agradeció mucho.

—¡Ellen, trae a Lana! —ordenó él, y preguntó a Brianna—. ¿Se ha ido?

A la chica le costaba que su voz la obedeciera. Pero, tras varios intentos, consiguió decir:

—Tengo que... traer a Sam. No... no puedo derrotar a Drake.

Edilio parecía muy preocupado.

—Sí, eso será buena idea —dijo mientras examinaba las heridas sangrientas de su hombro—. Por desgracia, Taylor se ha ido. Y nadie sabe exactamente cómo encontrar a Sam.

—Jamal... —susurró Brianna.

Pero, antes de que pudiera acabar de hablar, el suelo de mármol pareció abrirse y arrastrarla arremolinándose hacia la oscuridad.

* * *

Lance entró de sopetón.

—¡Drake ha salido! —anunció.

Turk, que antes era el número uno de Zil —o, por lo menos, eso pensaba—, y ahora el jefe de lo que quedaba de la Pandilla Humana, comentó:

—Vale, lo que tú digas.

La Pandilla Humana era un grupo formado para defender los derechos de los normales contra los raros. Al menos eso era lo que decían ellos. Ahora la mayoría de la gente los veía como un grupo claramente racista.

Lance agarró a Turk del hombro y prácticamente lo levantó del sofá apestoso donde estaba echado.

—Turk, escucha, tío, escúchame: ¿no entiendes lo que quiere decir?

Turk no parecía entenderlo, o no entendía lo que Lance pensaba que debía entender. A Turk le desagradaba Lance. Eran amigos, más o menos, pero solo porque los dos iban con Zil y eso les venía bien. Ahora se habían visto obligados a hacer el peor trabajo que Albert había logrado encontrarles: cavar trincheras para

que los chavales hicieran sus necesidades, y luego cubrirlas cuando estuvieran llenas.

Excavadores de pozos negros. La Pandilla Cagona, los llamaban los chavales ahora.

Y tenían que hacer la pelota a Albert, porque si no, no comían. Habían tenido suerte de que no los hubieran desterrado. Turk habló con el Consejo para que no los enviara a vivir en la naturaleza. A decir verdad, le suplicó. Convenció a sus miembros de que era mejor encontrar un lugar para él y los demás integrantes de la Pandilla Humana.

Echó la culpa del incendio a todo el mundo salvo a ellos mismos.

No dejaba de decir:

—No es culpa nuestra, tíos, ni mía ni de Lance ni de los demás; Zil y Hank nos obligaron. Hank daba miedo, tío, ya lo sabéis. Sabéis que era un chungo y que nos habría disparado o pegado.

Turk se quejó como un bebé. Y lloró. Y al final convenció a ese espalda mojada creído, a Edilio, y sobre todo a Albert, de que ya no causarían problemas, nunca más, de que habían aprendido la lección, de que sus vidas habían cambiado totalmente.

La Pandilla Humana se convirtió en la Pandilla Cagona. Y aún les ponían nombres peores.

Eran el hazmerreír de todos.

Turk detestaba a Albert intensa e incesantemente. Albert lo tenía todo y arrojaba a Turk y Lance, y a la antigua Pandilla Humana, las peores migajas.

Pero Lance no se iba. Su cara bonita estaba iluminada por la excitación.

—Tío, ¿es que no lo pillas? Si atacamos a Albert ahora, todo el mundo le echará la culpa a Drake.

Así captó la atención de Turk.

—Intentamos endosarle el incendio a Caine y nadie nos creyó.

—Esto es distinto. A ver, ¿te gusta vivir así? —Y miró como un loco alrededor, hasta que acabó señalando la olla apestosa que usaban de baño interior—. ¿Comer la peor comida, hacer el peor trabajo y vivir en este vertedero?

—Sí, me encanta —afirmó Turk con sarcasmo—. Es que me encanta ser el perdedor número uno de la ciudad.

—Entonces escúchame. —Lance apoyó las manos sobre los hombros de Turk, y el chico se las apartó—. Porque es lo que te digo: no se puede matar ni parar a Drake. Así que están todos asustados. Puede que encontremos un modo de conectar con Drake, ¿no te parece? O igual podríamos esperar hasta que todos se caguen de miedo con él, y entonces meternos.

Turk no lo rechazó de plano. Tal vez Lance tuviera razón. Todos sabían que Albert tenía toneladas de oro, *bertos* y toda clase de comida. Incluso latas de cosas de antes, comida buena.

—No sé, tío —comentó Turk—. Se supone que la Pandilla Humana representa algo. Quiero decir que defendemos a los humanos contra los raros, ¿verdad? Defendemos a la gente normal. No robamos cosas. No somos como, bueno, una banda.

Lance se rio con desdén.

—Tío, a veces no te enteras de nada. Ni siquiera ves venir las cosas. —Se encaramó al brazo del sofá para poder mirar a Turk desde arriba—. No se trata solo de los raros. Quiero decir, que tú eres el tipo al que se le ocurren ideas y todo eso, pero te pierdes. Ni siquiera te has fijado en que el Consejo es negro o mexicano. ¿Ves?, eso es lo que está sucediendo: que todas las minorías están de parte de los raros.

Lentamente, Turk empezó a dar a vueltas a lo que Lance le decía y su cabeza comenzó a ir cada vez más rápido.

—Jamal está con nosotros y es negro.

—¿Y? Pues utilizaremos a Jamal. Él nos llevará a Albert. Se hace lo que se tenga que hacer. Lo único que digo es que tú y yo somos normales. No somos ni negros ni gays ni mexicanos. Y somos los que estamos cavando letrinas. ¿Cómo puede ser?

Turk sabía por qué: porque no habían logrado hacerse con el poder. Pero nunca se lo había planteado así.

—Astrid es una persona blanca normal —arguyó Turk sin ganas—. Y Sam también.

—Sam es un raro, y puede que incluso también sea judío —sugirió Lance. Le brillaban los ojos. Mostraba los dientes, sonriendo mientras hablaba. No le quedaba muy bien—. ¿Y Astrid? Ya ni forma parte del Consejo.

Turk se lo estaba creyendo.

Sentía que las nuevas ideas se acomodaban en rincones oscuros de su mente ofendida.

—Drake es blanco. Y Orc también... Bueno, ya sabes, bajo todo eso. Porque son como raros. Solo que... solo que en realidad no. Porque no es que se convirtieran en raros, sino que tuvieron accidentes y cosas así que los convirtieron en lo que son ahora.

—Exacto.

Turk pensó que sí. Que eso podría estar bien. Eso podría estar muy bien. Derribar a Albert causaría más problemas que quemar unas cuantas casas. Albert era el que estaba realmente al mando. Tenía el dinero y la comida. Eso lo hacía aún más importante que Sam.

Lisa entró cargada con algunos repollos que había recogido de los campos, y una rata gorda que había comprado. A Turk se le hizo la boca agua: la cena llegaba tarde.

—Comamos —propuso—. Luego ya pensaremos qué vendrá a continuación.

CATORCE

37 HORAS, 48 MINUTOS

EDILIO ESPERÓ HASTA la salida del sol para ir a buscar a Roscoe.

Todo fue muy tranquilo. Roscoe no era el tipo de chaval que causara muchos problemas.

—Solo tenemos que llevarte a un lugar seguro —explicó Edilio.

—Para que no se lo contagie a nadie más.

—Sí. Mientras intentaremos descubrir cómo curarte.

—Quiero despedirme de Sinder —dijo Roscoe en voz baja, e inclinó la cabeza para indicar que estaba en su casa.

—Claro, colega. Pero no dejes que te toque, ¿vale? Por si acaso.

Y entonces Roscoe forcejeó un poco, no con Edilio, sino consigo mismo. Tuvo que esforzarse por detener el temblor de sus labios. Por evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

Edilio lo llevó al ayuntamiento. En un despacho que no utilizaban, había un catre. Edilio se aseguró de que Roscoe tuviera libros para leer. Y una olla tapada donde hacer sus necesidades. En una estantería que había junto a la ventana le dejó una jarra de agua. Y un repollo y un conejo asado.

El conejo era un manjar.

Roscoe dio las gracias a Edilio por ser tan buena persona.

Edilio cerró la puerta y, a continuación, corrió el cerrojo.

* * *

Los pescadores de Quinn habían tenido un buen día. Las barcas estaban razonablemente llenas de pescado, calamares, pulpos y esas cosas raras a las que llamaban murciélagos azules. Esos se los daban a los bichos, a los gusanos de los campos, para que los recolectores pudieran hacer su trabajo sin peligro.

El premio de aquella mañana intensa fue un tiburón de metro y medio de largo. De hecho, en la barca de Quinn ya no cabía nada más por culpa de ese bicho. El chico iba sentado sobre la cola mientras remaba, lo cual resultaba incómodo y acabaría dándole dolor de cabeza. Pero nadie en la barca se quejaba. Pescar un tiburón era como matar dos pájaros de un solo tiro: no solo estaba riquísimo, sino que consumía el poco pescado que quedaba.

—Os diré lo que tenemos que hacer —estaba diciendo Cigar mientras remaba—. Debemos vender los dientes en el centro comercial. Quiero decir, ¿has visto todos esos dientes? Los chavales pagarían un *berto* por, pongamos, un collar de dientes.

—O igual podrían... este... pegarlos a un palo y hacer un arma puntiaguda —sugirió Elise.

—¿Cuánto crees que pesa? —se preguntó Ben.

—Ah, no mucho —contestó Quinn.

Todos se rieron. Habían necesitado ocho chavales solo para subirlo a la barca de Quinn, y poco les faltó para volcarla.

—Pesa más que Cigar —afirmó Ben.

Cigar se levantó la camiseta andrajosa y mostró un estómago duro, casi cóncavo.

—Hoy en día todo pesa más que yo. Cuando todo esto termine y salgamos de aquí, voy a escribir un libro de dietas. La dieta de la ERA. Primero te comes toda la comida basura que haya. Luego te mueres de hambre. Luego comes alcachofas. Luego te mueres de hambre un poco más. Luego te comes el hámster de alguien. Luego comes solo pescado.

—Te has dejado la parte en que te fríes unas hormigas —le recordó Elise.

—¿Hormigas? Yo comí escarabajos — alardeó Ben.

Se pasaron un rato más así, remando en su barca cargada y jactándose de las cosas horribles que se habían comido.

Quinn se dio cuenta de algo que hacía tiempo que no veía.

—Parad —dijo.

—Ah, ¿el capitán Ahab se ha cansado de remar?

—Tú tienes buena vista, Elise, mira por aquí. —Quinn señaló hacia la barrera, media milla de agua más allá.

—¿Qué? Sigue ahí.

—La barrera no. El agua. Mira el agua.

Los cuatro se pusieron la mano sobre los ojos a modo de visera y aguzaron la mirada en dirección al agua.

—¿Qué? —acabó diciendo Quinn—. ¿No os parece que sopla una brisa por allí? El mar está un poco picado.

—Sí. —Cigar estaba de acuerdo—. Raro, ¿eh?

Quinn asintió, pensativo.

Era algo nuevo. Algo muy raro. Se lo contaría a Albert cuando llegaran a la ciudad.

—Vale, ya vale con eso. Volvamos a los remos.

Las otras barcas los estaban alcanzando. Quinn veía que todas se detenían para contemplar la evidencia clara de que había viento.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ben.

Quinn se encogió de hombros.

—Como solía decir mi padre, no me pagan para eso. Dejaré que Albert y Astrid lo averigüen. Yo no soy más que un pescador tonto.

—Ah, mira —lo provocó Elise—. Veo un remo que no está empujando nadie.

Quinn se rio. Se sentó como debía, apoyó bien los pies y agarró el remo disponible. Como todos los demás de la flota pesquera, tenía la espalda musculosa.

Estaba contento. Aquella vida lo hacía feliz. El sol, el mar salado, el olor a pescado, el trabajo agotador. Todo aquello lo hacía feliz.

Era sencillo. Era importante.

Quinn pensó en la brisa que soplaba por encima del agua. No había nada siniestro en una brisa agradable. Y, sin embargo, tenía la sensación de que auguraba problemas.

Dahra Baidoo tenía siete casos nuevos de gripe, de modo que ya eran trece en total.

La percusión de toses resonaba por el «hospital».

No había muerto nadie durante la noche. Pero tampoco había mejorado nadie. El tacto de Lana no curaba aquella enfermedad. Lo cual significa que Dahra ya no se limitaba a preocuparse de que los niños estuvieran cómodos hasta que viniera Lana a solucionarlo todo: ahora tenía que intentar entender aquella enfermedad.

Les tomaba la temperatura. Iba dibujando gráficos más o menos precisos que mostraban la evolución de la enfermedad.

Trataba de no pensar en la historia de Jennifer, que seguía defendiendo lo que había contado al llegar: que había visto toser a la otra Jennifer hasta que se mató.

Dahra también intentaba no pensar en lo que supondría que la enfermedad fuese inmune a Lana.

El peor caso que tenía entre manos en aquel momento era el de un chaval llamado Pookie. Dahra se quedó mirando el termómetro que llevaba en la mano sin acabar de creérselo: marcaba 41 grados. Nunca había visto una cifra tan elevada.

Pookie temblaba como si se estuviera congelando. Ya no lograba responder a las preguntas con sensatez. Empezó a hablar con alguien que no estaba allí: decía que no quería ir a la escuela porque no había terminado su redacción.

Y su tos era cada vez más violenta y escandalosa.

La gripe se rio del Tylenol que le administró a Pookie; la fiebre abrasó al chico. Tanto si llegaba a sufrir la tos asesina como si no, se moriría de fiebre si la temperatura aumentaba un poco más. Dahra tenía que hacerla bajar.

El libro sugería un baño helado. Pero era imposible montar algo así. No tenía agua, y ya no digamos hielo. Si Albert no conseguía que trajeran agua pronto, los chavales caerían por la sed; ya no se esperarían a morir de fiebre o víctimas de esa tos extraña.

Dahra tomó una decisión. Ellen estaba allí ayudando, junto con Virtue, uno de los chavales nuevos de la isla. Ojalá tuviera tiempo para hablar con él: los padres de Dahra eran africanos, como el propio Virtue.

—Tenemos que enfriarlo —señaló Dahra—. ¿Virtue? Quédate de guardia aquí, ¿vale? Nos vamos a la playa.

Ellen y Dahra metieron a Pookie en una carretilla y formaron una extraña procesión por San Pablo Avenue hasta la playa.

Atravesar la arena fue la parte dura. Pero acabaron llegando hasta las olas y allí descargaron al chaval enfermo.

El agua lo cubrió. Puede que no fuera un baño helado, pero era lo que más se le acercaba. Dahra pensaba que el agua salada y fría podría eliminar parte del calor del cuerpo de Pookie.

—Eso —indicó Ellen—. Con un poco de suerte él mismo podrá volver caminando.

Dahra se dejó caer en la arena junto a ella.

—Te has enterado de lo de Drake, ¿verdad? —preguntó Ellen.

—¿Que se ha escapado? Sí. No te preocupes. Sam lo cogerá.

Ellen meneó la cabeza.

—Sam está fuera de la ciudad. Albert le ha encargado que vaya a buscar agua. O algo así.

—¿Sam se ha ido? —Dahra miró nerviosa por encima del hombro. No había motivo para que Drake fuera tras ella. Pero Drake no necesitaba motivos—. Todo saldrá bien. Dekka y Brianna y...

Pookie se echó a toser, se dobló en dos, tragó agua de mar y luego tosió tan fuerte que dejó una marca visible en el agua.

—Uala —comentó Ellen.

Pookie se incorporó. Su cabeza colgaba adelante y atrás como una marioneta con un hilo suelto.

Volvió a toser tan violentamente que salió disparado hacia atrás, hacia el agua y salpicó en todas direcciones.

Dahra corrió a levantarlo, pero él ya se había puesto en pie, tambaleándose.

Tosió otra vez, y fue como una explosión. Salió volando hacia atrás. Como si lo hubiera golpeado un coche.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Dahra.

A cuatro patas, Pookie se dio la vuelta, y tosió tan fuerte que levantó arena en el aire. Algo rosa y crudo se desparramó por el cráter de arena.

—¡No, no, no! —gimió Dahra, y se apartó.

Pookie tosió de nuevo, con tanta furia que se levantó por los talones y se dobló otra vez formando una C. Le salía sangre a chorros de la boca y de las orejas.

Sus ojos miraban a Dahra vacíos, sin entender nada.

Y entonces cayó muerto bocabajo, en las olas.

Nadie dijo nada.

Dahra apenas respiraba, y se quedó paralizada durante varios segundos interminables.

Entonces parpadeó.

—¡Ellen, rápido, al agua! ¡Mójate del todo! ¡Frótate con las manos!

Dahra siguió su propio consejo, y se metió hasta sumergirse.

Y cuando salió, gritó:

—¡Ahora apártate del cuerpo de Pookie! Quédate un rato al sol. Hasta que te seques. Creo que la luz del sol mata al virus de la gripe en la piel.

—Ay, Dios mío —dijo Ellen, y se puso pálida—. ¡Ha tosido las tripas!

—¡Haz lo que te digo! Mirando al sol. ¡Tengo que irme!

Dahra atravesó corriendo la playa con el estómago revuelto. El pánico la devoraba.

Vio que Quinn y la flota pesquera se acercaban cansados al muelle del puerto deportivo. Dahra corría tan rápido como podía, agitando las manos por encima de la cabeza para atraer su atención.

Quinn y algunos de los demás la vieron, pero no entendían por qué gritaba. Para cuando alcanzó el muelle, Dahra estaba empapada en sudor.

—¡No, no! ¡No te acerques más! —gritó a Quinn.

—¿Qué pasa...?

—Pookie acaba de morir —dijo Dahra jadeando—. De gripe. Quizás. Pero, por Dios, no te acerques más. De hecho, ni bajéis de las barcas.

—Yo ya he tenido la gripe —explicó Cigar.

—Y Pookie también —replicó Dahra—. Oíd: es contagiosa, y de mala manera.

Quinn hizo señas a su gente para que no se moviera de las barcas.

—¿Y qué vamos a hacer, Dahra? No nos vamos a quedar aquí flotando para siempre.

Dahra suspiró.

—Déjame pensar.

—Tengo que ir a ver mi... —dijo uno de los pescadores.

—¡Cállate, estoy pensando! —gritó Dahra.

Había adquirido gran cantidad de conocimientos médicos desde que estúpidamente se ofreció a llevar el «hospital». Pero eso no la convertía en médico.

Sin embargo, recordaba haber leído algo sobre la gripe. Nada se extendía más rápido. Nada mutaba y se adaptaba más rápido. Lavarse las manos servía para eliminarla, el alcohol, para matarla, y la luz del sol también servía para combatirla, aunque no tanto. Pero en cuanto te entraba en la nariz y los pulmones, podía enloquecer y matarte. Sobre todo si era una cepa nueva.

—Quedaos en las barcas —insistió Dahra—. Seguiremos necesitando comida. Arrojad el pescado al muelle. Haré que Albert envíe a alguien a recogerlo. Luego volved a salir, subid remando por la costa, y acampad.

—¿Acampar? —dijo Quinn.

—¡Sí!

—Lo dices en serio.

—No, lo digo en cachondeo, Quinn —replicó Dahra—. Pookie acaba de echar un pulmón por la boca y ha caído muerto. ¿Entiendes lo que quiero decir? Quiero decir que ha empezado a toser y ha echado los pulmones, de verdad. Ja, ja, ja, es que me troncho.

Quinn dio un paso atrás.

Dahra esperó a que se decidiera. No tenía derecho a dar órdenes, pero ella sabía lo que estaba ocurriendo y los demás, no.

—Vale —acabó diciendo Quinn—. Hay un sitio subiendo por la costa. Dile a

Albert que mande a alguien enseguida a por el pescado. Tenemos una buena pesca. Traemos un tiburón.

—Vale, vale.

Dahra ya estaba pensando en lo siguiente que iba a hacer. El virus era el enemigo. Ella era el general en aquella batalla. Pero solo tenía dos cosas en mente: una, que Jennifer B. decía la verdad; y dos, ¿cómo podía evitar contagiarse?

QUINCE

37 HORAS, 15 MINUTOS

—CERCA —DIJO EL líder de la manada.

—¿Dónde? —preguntó Sam, cansado.

Había sido una noche larga, seguida de una mañana larga de pies cansados y espinillas magulladas.

Estaban en las colinas. Bajaban por la larga ladera hacia la carretera y el lago Evian. Habría sido más fácil subir por la carretera; ahora debían dar toda la vuelta, pero Sam tuvo que ir a ver a Hunter primero.

Para matarlo. Y ahora, si podía, quería encontrar el nido de verdosas y cargárselo.

Volvía a ver las miradas sombrías y preocupadas de los jueces que temía que un día examinaran cada una de sus acciones. Oía sus preguntas.

«¿Qué derecho tenía a quitarle la vida a Hunter, señor Temple? Sí, entendemos que no deseaba que se lo comieran vivo, pero, de todos modos, señor Temple, ¿no entiende que toda vida es sagrada?».

La carretera quedaba justo debajo de ellos, pero no la veían por la presencia de un gran afloramiento rocoso. Sam ya había bajado unas cuantas veces por aquella carretera cuando empezaron a buscar agua. Las suficientes para reproducir mentalmente el lugar.

—La roca está destrozada por ahí abajo: son todo rocas grandes y grietas —explicó—. Es como una cueva poco profunda, pero no se adentra mucho, no creo.

—Serpientes voladoras están aquí —confirmó el líder de la manada—. Ahora matarme, Manos Brillantes.

—¿Cómo sé que no estás mintiendo?

—¿Por qué mentir? —gruñó el líder de la manada.

—Porque eres un asqueroso animal asesino que obedece a la Oscuridad —respondió Sam.

Estaba demasiado cansado y tenía demasiado sueño para mostrarse diplomático.

—La Oscuridad está muerta —intervino Jack.

—No —dijo el líder de la manada.

—No —coincidió Sam, y miró elocuentemente a Jack.

Era la primera confirmación externa de que la *gayáfaga* aún vivía. Si a eso se lo podía llamar vivir.

Un nuevo bicho dientado surgió del costado del líder de la manada. El canino se lo quedó mirando, lo atacó y lo mordió. De la cabeza del insecto salió chorreando un líquido negro.

—¿Es esto obra de ella? —preguntó Sam—. ¿Estas cosas son criaturas de la Oscuridad?

—Líder de manada no sabe.

Sam asintió.

—¿Cómo la matamos? A la Oscuridad, quiero decir. ¿Cómo matamos a la *gayáfaga*?

—Líder de manada no sabe.

Sam suspiró.

—Sí, pues ya somos dos.

Las criaturas se retorcían bajo la piel del líder de la manada. El animal era como una bolsita de plástico llena de gusanos.

—¿Listo? —preguntó Sam.

—Soy líder de manada —dijo el coyote.

Inclinó la cabeza hacia atrás y aulló al cielo.

Sam apuntó con ambas palmas a la bestia justo cuando se le abría la piel.

La luz asesina ardió y el líder de la manada murió al instante.

El pelo le apestaba a chamuscado. La carne crujía como si fuera beicon.

Las criaturas, los insectos, lo que quiera que fueran, salían arrastrándose de las llamas y se hinchaban. Inmutables. Intactos. La luz de Sam los iluminaba y, sin embargo, se mostraban invulnerables.

Sam había utilizado su poder para atravesar cemento, piedra sólida y acero. Era imposible que no pudiera matar a aquellas cosas. Era como si tuvieran un poder mágico al que no afectaba su luz asesina. Como si se hubieran vuelto inmunes a él.

—Jack —pidió Sam—. Coge una roca. Una grande.

Jack se quedó paralizado hasta que Dekka le dio una colleja. Entonces el chico se encaramó a una roca del tamaño de un coche Smart que estaba medio enterrada en la tierra. Jack gruñó por el esfuerzo, pero, al cabo de un rato, con algo de ayuda de Dekka al ir neutralizando la fuerza de la gravedad, la roca se desprendió.

Jack la levantó por encima de su cabeza y la estampó con todas sus fuerzas contra dos bichos que se retorcían, tratando de escapar.

La roca cayó tan bruscamente que hizo temblar el suelo y saltar a Sam.

—Ahora retírala —le ordenó Sam.

Jack obedeció y, con uno de sus empujones, la roca se deslizó sin dificultad.

Debajo había dos bichos muy aplastados. Sus caparazones eran débilmente reflectantes, como si fueran cristales ahumados. Tenían alas cortas pegadas al cuerpo. No se les habían roto las malvadas mandíbulas curvas. Las bocas desgarradoras aún brillaban como cuchillos diminutos.

—Como cucarachas —observó Sam—. Cuesta matarlas, pero no es imposible.

—Sí. Cucas. Hay un par más por ahí —señaló Dekka.

Anuló la gravedad y los dos bichos se elevaron por los aires, pataleando, indefensos.

—Te toca, Jack —indicó Sam.

Dekka dejó actuar la gravedad, la roca se alzó, cayó y se cargó a dos bichos más.

Pero había otros correteando por la ladera.

Animados por el descubrimiento de que sí se podía acabar con aquella criaturas repugnantes, Sam, Dekka y Jack salieron como bólidos tras ellas.

Media docena de monstruos corrían a toda velocidad por la roca y a través de la hierba de los matorrales.

Jack agarró una roca más pequeña y la lanzó con una mano. Alcanzó a uno de los bichos, no a los demás.

—¡Dekka!

—Sí.

La chica alzó las manos. Unos pasos por delante de ellos, tierra, basura y grava empezaron a flotar en el aire. Y otro de los insectos flotaba también. Jack agarró una roca, pero no consiguió liberarla de la tierra en la que estaba medio enterrada: era un afloramiento de algo demasiado grande incluso para su fuerza.

El chico escarbó y se encontró con una roca del tamaño de una cabeza. La arrojó con fuerza, pero no dio al bicho flotante.

—¡Los otros están huyendo! —gritó Sam.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Dekka gritando, e hizo un gesto para indicar a los demás que guardaran silencio.

Los tres chicos se quedaron quietos, escuchando. Era el ruido de un arroyo de montaña bajando por las piedras.

No, de un aleteo.

—¡Verdosas!

Las serpientes voladoras se acercaban formando una nube: salían aceleradas de su guarida, como una nube de murciélagos de una cueva al ponerse el sol.

Eran como dragoncitos, la mayoría de escasos centímetros, aunque había alguna que medía más de treinta. Tenían alas ásperas y agitaban las colas adelante y atrás para mantener una estabilidad aerodinámica muy precaria.

Sam soltó un taco y disparó. Era demasiado tarde para pillarlas por sorpresa. Y un error podría resultar fatal.

Los rayos de luz brillante perforaban la nube que se disponía a atacarlos. Las verdosas se quemaban y caían ardiendo.

Pero ni de lejos bastaba: las verdosas no se retraían.

Dekka anuló la gravedad por debajo del extremo del enjambre que iba a la cabeza, pero eso solo sirvió para desorientar a algunas de las serpientes, que respondieron volando boca abajo o describiendo círculos desenfrenados.

Empezaron a soltar un fluido de un negro verdoso.

Sam recordaba que Hunter le había contado que le había alcanzado la secreción de una verdosa.

—¡No dejéis que os alcancen! —gritó—. ¡Corred!

Correr cuesta arriba les costaría mucho, porque la pendiente era muy empinada. Así que corrieron en ángulo respecto al enjambre, a toda velocidad, impulsados por el pánico. Tropezaron y volvieron a levantarse de un salto, sin prestar atención a las magulladuras y los arañazos que pudieran hacerse.

El enjambre tardó en reaccionar, pero al final lo hizo y revoloteó hacia ellos.

Sam alcanzó la carretera, se tambaleó pero no se cayó, y se dio la vuelta de golpe. El enjambre seguía saliendo de su guarida en la pared de la roca que quedaba más arriba. Sam apuntó rápidamente y disparó.

Los arbustos de la ladera se incendiaron al instante. Las rocas se calentaron y se partieron. Sam recorrió la cueva con su luz, iluminándola, convirtiéndola en una abrasadora boca verde y brillante.

El enjambre estaba perdido: no sabía qué hacer. Se arremolinó en el aire soltando gotitas negras y verdes, como una lluvia del mal que no cayó sobre Sam y los demás, todavía no.

El chico estaba seguro de haber calcinado la cueva, así que dirigió su luz hacia arriba, hacia el enjambre.

Pero fue un error. El ataque a su guarida había confundido a las verdosas, pero al recibir la luz directamente, el enjambre descubrió su objetivo.

Sam apuntó otra vez hacia la pared de la roca, esperando distraerlas. Pero ya era demasiado tarde: las verdosas se acercaban.

—¡Corred, corred!

Dekka corría hacia atrás, anulando la gravedad justo detrás ella. Una nube de grava y tierra se alzó en dirección al enjambre, y eso lo ralentizó.

Entonces Dekka se volvió y siguió corriendo a toda velocidad tras Sam y Jack.

El enjambre pareció perder interés en seguirlos, pero unas pocas persistentes continuaban persiguiéndolos a ellos.

Dekka se cayó bruscamente. Sam se percató de que estaba sin aliento, y volvió corriendo hacia ella. Pero las verdosas fueron más rápidas que él.

Dekka se dio la vuelta y alzó la vista justo cuando una de las verdosas disparaba su fluido. La gota negra le alcanzó en el hombro desnudo. Una segunda gota le alcanzó en los tejanos. Otras gotas cayeron a su alrededor.

Sam disparó, y todas las verdosas que se cernían sobre ellos ardieron.

Dekka se puso en pie de un salto.

—¡Me ha tocado, me ha tocado!

—Quítate los vaqueros —ordenó Sam.

Ella le obedeció. Jack agarró la prenda e inspeccionó cuidadosamente la tela.

—No los ha atravesado.

—El hombro —gimió Dekka—. Ay, Dios mío, me ha tocado. Me ha tocado. Ay, Dios.

—Extiende el brazo, Dekka —le ordenó Sam—. Esto te va a doler.

—¡Hazlo! —Dekka estaba de acuerdo—. ¡Hazlo, hazlo!

Sam formó un rayo estrecho de luz. Con mucho, mucho cuidado, lo fue acercando cada vez más a la mancha negra que Dekka tenía en el hombro.

La chica apretó los dientes. El rayo de luz quemaba y Dekka soltaba gritos de dolor, pero luego exclamaba:

—¡No pares, no pares!

Sam no paró y agarró rápidamente a Dekka cuando casi se desmaya.

—Déjame ver el brazo —pidió el chico.

Había una marca de quemadura en forma de pala en la piel de Dekka. Puede que tuviera un par de centímetros de profundidad y el doble de ancho. La carne estaba cauterizada, así que no había sangre.

—Lo he conseguido —afirmó Sam.

—Eso no lo sabes —dijo Dekka apretando los dientes.

—Lo he conseguido. No te ha tocado en ningún otro sitio. Lo he quemado.

Dekka agarró el cuello de la camiseta de Sam.

—No dejes que pase, Sam.

—No va a pasar, Dekka.

—Escúchame: no dejes que pase, ¿lo entiendes? Si ves que pasa, te encargas

de mí. Como con Hunter...

—Dekka...

—Júramelo, Sam. Júramelo por Dios o por tu alma o por lo que sea que creas: júramelo, Sam.

Sam abrió delicadamente la mano.

—No dejaré que pase, Dekka. Te lo juro.

—No salgáis de casa si no es absolutamente necesario —gritó Edilio por el megáfono, gastando valiosísimas pilas.

Albert no quería dárselas. Pero a Edilio no le importaba lo que Albert quisiera o no. Así que bajó caminando por San Pablo, gritando por el megáfono:

—La gripe se propaga y es contagiosa. ¡No salgáis si no es absolutamente necesario! El trabajo se anula hoy. El centro comercial queda cerrado.

La gripe. Ya. Una gripe que te hace sacar las tripas por la boca.

Mientras caminaba por la calle y repetía la advertencia en voz alta, Edilio pensaba en lo irreal que parecía.

Era una epidemia.

El «hospital» estaba lleno. Los chavales que tenían fiebre y tos se habían pasado la mañana arrastrándose hasta él. La enfermedad se extendía como el fuego y Lana resultaba inútil.

No había manera de saber a cuántos mataría.

Puede que a todos a los que se contagiaran.

Puede que a todos, y punto.

—Cuarentena —había dicho Dahra, golpeando el puño contra la palma de la mano—. Tienes que cerrarlo todo.

—Los chavales casi no tienen comida ni agua en sus casas —protestó Edilio.

—¿Te crees que no lo sé? —exclamó Dahra con la voz aguda teñida de pánico—. Si no paramos esta epidemia, ninguno tendrá sed, porque estarán muertos. Como Pookie. Como aquella Jennifer.

Los chicos asomaban la cabeza por la ventana o salían a las calles sombrías, que venía a ser justo lo contrario de lo que Edilio pretendía.

—¡Yo ya he tenido la gripe! —gritaban.

—¡Ya, bueno, pero nadie es inmune! —replicaba Edilio.

—¿Y entonces cómo comeré?

—Creo que pasarás hambre un día. Danos tiempo para organizar las cosas.

—¿Esto es lo de los bichos que te salen del cuerpo?

¿Cómo se había extendido tan rápido la noticia? Todos sabían que Roscoe estaba encerrado. No había teléfonos, ni mensajes de texto, ni correo electrónico, ni nada, y aun así los chavales se enteraban de todo casi al instante.

—No, no, esto no es más que la gripe —decía Edilio, estirando la verdad hasta el punto de que casi se rompía—. Toses y fiebre. Ya ha muerto un chaval, así que haced lo que os pido, ¿vale?

De hecho, habían muerto tres. Pookie, una chica llamada Melissa y Jennifer H. Tres, no uno. Y puede que más: no había manera de saber lo que estaba pasando en cada una de las casas de aquella ciudad fantasma. No tenía sentido que el pánico se extendiera más de lo necesario.

Una muerte debería bastar para captar la atención. Tres muertes, además de los bichos a los que algunos chavales llamaban gusanos y otros «cucas de la tripa», bastarían para crear pánico.

Edilio no tenía ni idea de si la cuarentena se cumpliría, pero haría lo posible para que sus chicos intentaran que se respetara: por lo menos los *sheriffs* estarían en la calle. Pero ¿qué harían si los chavales decidían ignorarla? ¿Dispararles para salvarlos?

No podía ordenar a la gente que se lavara las manos: nadie tenía agua suficiente en casa. No podía ordenarles que utilizaran gel desinfectante: no les alcanzaba para todos y el que tenían era solamente para el «hospital».

Lo único que podían hacer era pedir a los chavales que se quedaran en casa.

Aunque probablemente ya era demasiado tarde.

Tres muertos. Hasta ahora.

Edilio se acordó de Roscoe, encerrado en la prisión. ¿Se lo estarían comiendo los bichos desde dentro?

Pensó en Brianna. El tacto sanador de Lana la había curado, pero estaba afectada. Asustada.

Pensó en la cosa monstruosa que eran Drake y Brittney.

Pensó en Orc. Nadie lo había visto. Muchos lo habían oído, y había varios coches aplastados que indicaban por dónde había pasado.

Pensó en Howard, que iba por las calles buscando a Orc, que se negaba a abandonarlo, aunque Edilio le había ordenado que buscara algún refugio y se quedara en él.

Y pensó en las dos personas que habían tenido el mismo trabajo que él: Sam y Astrid. A ambos les venció la desesperación cuando intentaron mantener unido a aquel grupo de chavales ante un desastre tras otro. Ambos se alegraron de dejar que Edilio se encargara de ello.

—No me sorprende —murmuró—. ¡No salgáis si no es absolutamente necesario! —siguió gritando, y, ni por primera ni por última vez, deseó haber seguido siendo el fiel compañero de Sam.

DIECISÉIS

33 HORAS, 40 MINUTOS

LA LUZ ABRASADORA del sol, que quedaba directamente encima de su cabeza, despertó a Orc.

Tardó un rato en averiguar dónde estaba. Había pupitres como los que tenían en la escuela. Se encontraba en el suelo, en un suelo frío de baldosas de linóleo, y los pupitres estaban volcados y apilados a su alrededor. Como si alguien los hubiera volcado rabioso.

Alguien.

Había algo escrito en una pizarra, pero Orc no lograba concentrar la mirada para verlo.

Lo que resultaba realmente confuso era el agujero en el techo y parte de la pared, y a través del cual la luz del sol le daba de pleno en la cara, en los ojos parpadeantes.

La pared estaba parcialmente derribada y, sin apoyo, una parte del techo se había derrumbado.

Notó algo en la mano derecha. Era un trozo de las placas de construcción.

Había sido él. Había atacado las mesas y las ventanas y las paredes.

Los recuerdos formaban destellos de colores borrosos y movimientos alocados y entrecortados. Como si estuviera fuera de sí mismo, vio entrar violentamente a un monstruo borracho con cuerpo de roca, embestir contra las paredes con grandes puños de piedra y acabar derribándolas.

Orc gruñó. Le retumbaba la cabeza, como si alguien le estuviera dando con un mazo o algo parecido. Tenía sed. Era como si le hubieran llenado el estómago de carbón.

Y volvían otros recuerdos. Drake. Había dejado que escapara el chungo psicópata.

Howard le... Bueno, en realidad, Howard no diría gran cosa. Howard sabía que no le convenía atacar a Orc. Nunca.

Pero ¿y Sam? ¿Y Astrid?

Sintió un miedo repentino. Astrid. Drake iría tras ella: la odiaba.

Debería hacer algo. Ir y... y encontrar a Drake. O proteger a Astrid. O algo. Astrid siempre había sido buena con él. Siempre lo había tratado bien, como si no fuera un monstruo. Incluso en la escuela.

De repente, Orc reconoció el lugar donde se encontraba. Era el aula que la escuela usaba para los castigos de después de clase. Astrid iba a veces a darle clase.

La verdad es que Orc siempre prefirió la sala de castigo a volver a casa.

Orc cerró con fuerza los ojos. Necesitaba una botella. Le volvían demasiadas cosas a la mente. Demasiadas imágenes y sentimientos.

Notó un olor horrible y enseguida supo de dónde procedía. Al desmayarse, se le habían relajado los esfínteres. Se había meado encima, y cosas peores.

Yacía en un charco de orina y heces.

Soltó un sollozo y se dio la vuelta para ponerse a gatas. Los pantalones de chándal que llevaba estaban manchados y apestaban.

Ahora tendría que bajar hasta la playa para limpiarse. Tendría que bajar a la playa así, como un monstruo depravado, asqueroso, borracho yapestoso.

Que es lo que era. Lo que siempre había sido.

Y entonces le vino un recuerdo más. Un chaval enfermo. Una señal de stop.

Dios, no. Dios... no.

Orc salió dando tumbos de la habitación, mareado, llorando y odiándose mucho más de lo que nadie podría odiarlo jamás.

Drake recuperó la conciencia. También estaba confuso respecto a dónde se encontraba y por qué.

Tenía las manos atadas detrás de la espalda y la cuerda se le clavaba incómodamente en la carne pastosa de su mano de látigo.

—Desátame —le espetó a Jamal, que dormitaba con la espalda apoyada contra una palmera, con el rifle contra el pecho como si fuera un peluche.

Jamal parecía tener unos seis años cuando estaba dormido.

Drake detectó la cuerda que tenía atada al tobillo y que lo unía al de Jamal. Tiró de ella y Jamal se despertó de golpe.

—Desátame —repitió.

Jamal se le acercó gateando y forcejeó con el nudo hasta que Drake quedó libre.

—¿Dónde estamos? —preguntó Drake.

—Al final de la carretera. Pasado Ralph's, ¿sabes?

—¿Qué hacemos aquí?

—Tenía que sacar a Brittney de la ciudad —explicó Jamal—. Casi no consigo sacarte de la iglesia antes de que llegara Edilio.

Drake recordó la pelea con Brianna, y sonrió como un loco.

—¿Has rematado a esa brujita flaca?

Jamal se encogió de hombros.

—Le he disparado.

—¿La has rematado?

—No, tío, no lo creo.

Drake se lo quedó mirando fijamente.

—Te dije que te la cargaras.

—¿Eso dijiste? —Jamal se pasó la lengua por los labios—. Vi que decías algo, pero estabas, bueno, cambiando y todo eso. Costaba entenderte.

Drake sabía que mentía. Jamal le había desobedecido. Pero ¿realmente quería que Jamal fuera tan duro como para disparar a una persona indefensa a la cara?

No, necesitaba que Jamal fuera un poco débil. Solo un poco. Aun así...

Drake chasqueó su látigo y azotó a Jamal en la espalda.

El chico gritó y se apartó caminando hacia atrás.

—No me desobedezcas —le advirtió Drake. Entonces sonrió de un modo que esperaba que resultara amigable—. No te he dado muy fuerte. Solo un pequeño recordatorio.

—¡Escuece como si quemara!

—Ya, bueno, pues espabila, Jamal. Y tráeme agua. Tengo sed.

—No tengo agua.

—¡Pues consíguela!

—¿Dónde?

Drake se puso en pie de un salto y miró alrededor. Estaba cerca de la carretera que bajaba desde Coates y se encontraba con la que daba acceso a la ciudad. Intentó recordar si quedaba un poco en la antigua escuela. Tenía que haber algo de agua allí.

O podía volver a la ciudad. Claro que ya estarían preparados para recibirlo. Y para cuando llegara probablemente ya volviera a ser Brittney la cerdita.

Drake sintió que la frustración se agolpaba en su interior. Si solo estuviera él, iría directamente a la ciudad y se cargaría a cualquiera que se interpusiera en su camino. Tal vez no consiguiera derribar a Orc, pero podría agotar a ese estúpido gordo borracho. ¿Y Brianna? Ya podían ponérsela delante.

Si Sam y Caine no estaban allí, nadie podría derribarlo en una pelea. Pero si Brianna tenía el apoyo de unos cuantos chavales de Edilio armados con rifles, pues puede que agarraran a Jamal, y, si lo hacían, podrían atrapar a Drake cuando Brittney la cerdita hiciera su aparición. Y volver a encerrarlo. Y esta vez, cuando Sam volviera, terminaría lo que había empezado.

Había molado un montón, en plan sobrenatural, eso de volver a reconstruirse después de que lo cortaran en tres pedazos. Pero no sabía si podría hacerlo si Sam lo incineraba, si lo quemaba hasta quedar reducido a un montón de cenizas, y luego las arrojaba al océano.

Pensar en esa imagen lo ponía muy nervioso.

Tenía que hallar un modo de librarse de Brittney la cerdita, o seguiría dependiendo de Jamal. Pero ¿cómo iba a conseguirlo? No había nada que hacer. Drake se desesperó durante un instante. Se quedaría así atrapado para siempre.

Pero entonces lo asaltó una débil esperanza. Igual había alguien que pudiera ayudarlo. Había sentido su presencia en la mente. No lo había olvidado.

—Levanta. Nos vamos —ordenó Drake.

—¿Adónde? —preguntó Jamal.

—Vamos a ver... —Iba a decir, «a una amiga», pero «amiga» no era el término adecuado. No era una amiga. Era mucho más—. A mi ama —acabó diciendo, cohibido al mencionar la palabra.

Pero como Jamal no se rio, Drake la repitió, más seguro de sí mismo. Le hacía sentir bien.

—Vamos a ver a mi ama.

Sanjit encontró flores con bastante facilidad. Habían recogido muchas para comérselas, pero, detrás de algunas casas abandonadas, aún quedaban jardines descuidados donde se podía recoger una rosa pequeña, una caléndula o algo así. No sabía realmente qué flores eran. Algunas debían de ser solo hierbajos.

Cuando tenía media docena, pasó a ver cómo estaba Bowie, a quien cuidaba

Virtue. Bowie se encontraba mejor. Puede que fuera una mejora permanente, y puede que no. A Sanjit no le gustaba vender la piel del oso antes de cazarlo.

Virtue lo miró fijamente y luego miró las flores que llevaba. Lo observaba como si Sanjit se hubiera vuelto loco.

—¿Y esto qué es?

—¿Esto? —Sanjit contempló el ramo falsamente sorprendido—. Pues creo que igual son flores.

—Ya sé que son flores. ¿Por qué llevas flores?

—Se las llevo a alguien.

—¿A esa chica?

—Sí, Choo. Son para esa chica.

—Deberías mantenerte alejado de ella. Da mucho miedo.

—Pero está buena, ¿eh? ¿No te parece?

Virtue lo miró fijamente.

—¿No sabes que hay cuarentena? ¿Dónde has estado? Se supone que nadie debe salir.

—¿Que hay qué?

—Cuarentena. Hay una epidemia de gripe. Se supone que todo el mundo ha de quedarse dentro de casa.

—Ya he tenido la gripe, vaya cosa —lo desdeñó Sanjit.

—Mira, si hay cuarentena, tendrán sus motivos. Tú no conoces a esta gente: creo que la mayoría están locos. No sabes lo que podrían hacer si te pillan fuera.

—Volveré —aseguró Sanjit con un guiño desenfadado—. A no ser que tenga mucha suerte...

—O te dispare con ese pistolón que tiene...

—Eso también puede ser —admitió Sanjit alegremente.

Dio un golpecito a Bowie en la cabeza y fue a ver cómo estaban los demás.

Entonces salió al exterior, donde lucía el sol.

Las calles de Perdido Beach nunca habían estado precisamente concurridas. No era ni Nueva York ni Bangkok. Pero ahora reinaba un silencio casi absoluto. No se veía ni un alma.

Puede que, a fin de cuentas, Virtue le hubiera dicho la verdad sobre la cuarentena. Pero, a ver, ¿con quién podía estar mejor que con Lana, la curandera?

Sanjit llegó a Clifftop sin ver a nadie.

Abrió las puertas del vestíbulo. Sabía que Lana tenía la mejor habitación del piso más elevado, una habitación con balcón que daba al acantilado, a la playa y al océano.

Se encontró con un pasillo confuso, repleto de puertas. Algunas estaban cerradas, otras las habían derribado de una patada o a golpes para que los chavales pudieran asaltar los minibares.

Encontró la que le pareció que era la puerta adecuada. Se colocó bien la ropa, arregló un poco las flores y llamó. Oyó que Patrick ladraba desde dentro. Y entonces vio que la mirilla se oscurecía: alguien se había acercado a mirar. Sanjit sonrió y saludó.

Oyó murmurar algunos tacos, y entonces:

—Está bien, Patrick, no es más que un idiota.

La puerta se abrió. Lana tenía un cigarrillo colgando de la comisura del labio, y llevaba la pistola en la mano.

—¿Qué? —le espetó a Sanjit.

—Flores —respondió él, y se las tendió.

Lana se quedó mirando el ramo.

— ¿Me tomas el pelo?

— Te habría traído caramelos, pero no he encontrado.

— ¿Eres retrasado? Hay cuarentena. Se supone que nadie tiene que estar fuera.

Sanjit esperaba que sonriera un poco, pero no descubrió ni el atisbo de una sonrisa. Lo que sí notó fue que el aliento le olía a alcohol. Sin embargo, no parecía borracha: no arrastraba las palabras y en sus ojos se concentraba de manera bastante elocuente la intensidad absoluta de su incredulidad.

— ¿Puedo entrar? — preguntó Sanjit.

— ¿Entrar? — repitió Lana—. ¿Aquí?

— Sí. ¿Puedo entrar?

Lana parpadeó.

— Vale — dijo, y alzó las cejas, como si estuviera perpleja de que esa palabra hubiera salido de su boca.

Dio un paso atrás y Sanjit entró.

En el pasado, aquella había sido una habitación de hotel estéril y anónima.

Y aun lo era. Lana no había colgado cuadros, ni reunido posesiones preciadas. No había muñecos de peluche en la cama. La habitación estaba sucia, claro, como todas las demás habitaciones de Perdido Beach.

Olía a colillas, a whisky y a perro. Había una escopeta enorme apoyada contra la pared. Patrick parecía casi tan agitado como su dueña: ninguno de los dos estaban acostumbrados a recibir invitados.

En el interior del armario, había un pequeño sol de Sammy; así, si dejaba la puerta abierta, la habitación quedaba iluminada, y si cerraba, quedaba en penumbra.

Sanjit atravesó la sala hasta la puerta de cristal.

—Una vista genial.

—¿Qué quieres?

—Quiero llegar a conocerte —dijo Sanjit.

—¿Por qué?

—Eres interesante.

—Ya —replicó Lana—. Pero no de una manera que te vaya a gustar.

Sanjit se sentó en una silla de escritorio, y dejó las flores sobre el mueble con estanterías que había junto al televisor. Se dio cuenta de que se había pinchado con una espina. Sangraba un poco, una tontería.

—No —negó Lana—. No te voy a curar el pinchazo.

—Bien —dijo Sanjit.

—¿Bien? ¿Por qué bien?

—Porque cuando me cojas la mano, no quiero que sea un trabajo para ti.

—¿Que te coja la mano? —Lana ladró una risa—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que te coja la mano?

—Bueno, llegaríamos a eso. Si nos gustamos.

—Pero no.

Sanjit sonrió.

—Pareces tremendamente segura de eso.

—Me conozco, y te he conocido —afirmó Lana y, tras un suspiro, añadió—: Vale, mira, ya lo pillo. Eres una de esas personas que creen que tienen que ayudar a la gente que está jodida. O igual te atrae la gente peligrosa y desequilibrada. Pero escúchame: yo no soy Edward y tú no eres Bella.

—No sé qué quieres decir...

—No vas a sacar nada de mí, ¿vale? Tú eres un chaval normal y yo soy una rara loca: esa no es realmente la base para el amor auténtico.

—Ah, te crees que soy normal.

—Tu madre y tu padre son estrellas de cine.

—Mi madre era una prostituta adolescente que murió de neumonía tras sufrir hepatitis. Mi padre era uno cualquiera de entre unos mil tipos, si entiendes a lo que me refiero. —Sanjit esbozó una falsa sonrisa desenfadada—. Hasta que me adoptaron, la mitad de cosas que comía eran robadas, y la otra mitad venía de la beneficencia. —Dejó que eso último calara en ella durante un instante—. Ah, ¿y ves esto? —Abrió la boca y señaló un agujero en el que debería haber habido dos muelas—. Un chulo que quería venderme a un viejo de Alemania me dio una buena paliza.

Lana lo miró directamente a los ojos. Sanjit le devolvió la mirada y se negó a apartarla.

Finalmente ella acabó diciendo:

—Vale. Quieres hablar, vale. Hablaré, te meterás lo que te diré en la cabezota y te irás. —Lana se encendió un nuevo cigarrillo, le dio una calada y miró a Sanjit a través del humo—. Subí para matarla. A la *gayáfaga*. Llevé un tanque de propano hasta allí, lo dejé fluir por el pozo de la mina, y lo único que tenía que hacer era encender una cerilla. Los coyotes me perseguían. Les disparé. Aún podría haber provocado la explosión, pero no lo hice. ¿Es esa la historia que querías?

—¿Es esa la historia que quieres contar?

—La tenía dentro de la cabeza. No pude matarlas: me obligó a arrastrarme hasta ella. A cuatro patas. Como un gusano. Yo me dejé. Me convertí en parte de ella.

Sanjit asintió, porque le parecía que era lo que tenía que hacer.

—Me forzó a disparar a Edilio. Pum.

Lana hizo el gesto con la mano.

—Pero sobrevivió.

—Sam y Caine dieron una buena paliza a la *gayáfaga*. Me liberaron.

—Y tú salvaste a Edilio. Pero no quieres hablar de ello, ¿verdad?

—Mira, no es maravilloso salvar a alguien a quien acabas de disparar.

—Tú no le disparaste: lo hizo el monstruo. Tú lo curaste. Eso lo hiciste tú.

Los ojos de Lana eran tan penetrantes que casi no podía aguantarle la mirada. Pero lo hizo. La chica buscaba sus puntos débiles. O puede que esperara que se asustara.

—Subiste allí tú sola para matarla —dijo Sanjit.

—Y fracasé.

—Pero lo intentaste. Si fueras un tío, diría que tienes un buen par.

Lana se rio, se contuvo y volvió a reírse. Entonces siguió riéndose, parando, intentando contenerse sin conseguirlo.

—No sé por qué me río —dijo, casi disculpándose, y desde luego perpleja.

Sanjit sonrió.

—No sé por qué me río —volvió a decir.

—Probablemente estás un poco estresada —dijo Sanjit muy seco.

—¿Te parece?

Lana se rio otra vez, y Sanjit se dio cuenta de que de verdad disfrutaba de su risa. No era tonta ni histérica. Era, como todo en aquella chica extraña, astuta y sardónica. Profunda. Hipnótica.

—Ay, tío —dijo ella, serenándose—. ¿Para esto has venido? ¿Porque la risa es la mejor medicina? ¿De eso se trata? ¿Soy tu obra de beneficencia o algo así? ¿Has venido a curar a la curandera con el poder de la risa?

Su cinismo volvía a exhibirse en todo su esplendor.

—No creo que quiera curarte —opinó Sanjit.

—¿Por qué no? —replicó ella—. Quiero decir, no mintamos, ¿eh? Estoy tan jodida como puede estarlo una chica. Soy un monumento a la jodienda. ¿Por qué no quieres curarme? ¡Soy un puto caos!

Sanjit se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Crees que estoy tan jodida que será fácil que me enrolle contigo. ¿Es eso? ¿Soy un blanco fácil?

—Lana, llevas pistola y parece que vayas a utilizarla. Tienes un perro. Intentaste matar a un monstruo tú sola. Confía en mí si te digo que nadie, pero nadie, nadie te mira y piensa: «Será fácil».

Lana suspiró, cansada, pero Sanjit no se creyó ni el suspiro ni el cansancio. No. No estaba cansada de él.

Sanjit prosiguió.

—Te he visto. He oído tu voz. He conectado. No es muy complicado. Es que he tenido una sensación...

—¿Una sensación?

Sanjit se encogió de hombros.

—Sí, una sensación. Como que el objetivo de mi vida, desde los callejones de Bangkok, los yates y la isla privada hasta venir aquí como un loco tratando de pilotar un helicóptero, como si todo eso, del nacimiento a aquí, de la A la Z, fuera una especie de gran broma cósmica para conocerte.

—Vale, vale —dijo ella con desdén.

Sanjit esperó.

—El otro día dijiste que era la segunda chica más valiente que habías conocido. ¿Quién fue la primera?

La sonrisa de Sanjit desapareció. Volvió allí en un abrir y cerrar de ojos, al callejón sucio que olía a pescado podrido, curry y orina.

—¿Sabes el chulo que me sacó los dientes? Iba a rematarme —explicó Sanjit—. Para que quedara claro que nadie lo rechazaba, ¿sabes? Tenía un cuchillo. Y yo ya estaba medio muerto. No podía ni moverme. Y había una chica allí. No tengo ni idea de dónde salió. No la había visto antes. Ella, esto...

De repente se dio cuenta, perplejo, de que no podía hablar. Lana esperó hasta que Sanjit volvió a encontrar la voz.

—Se acercó al tipo y le dijo: «No le hagas más daño».

—¿Y te dejó marchar? ¿Así, sin más?

—No precisamente, no precisamente. Era una chica guapa. Igual tenía once, doce años. Así que, ya sabes, un chico de buen aspecto vale algo para un chulo. Pero una chica bonita, bueno, valía mucho más.

—¿Se la llevó?

Sanjit asintió.

—Estuve enfermo una semana, creo. Pensé que me iba a morir. Me arrastré hasta un montón de basura y me... Sea como sea, cuando pude volver a moverme, la busqué. Pero no la encontré.

Los dos se quedaron sentados mirándose. Pasaron un buen rato así.

—Tengo que ir a la ciudad —acabó diciendo Lana—. No parece que consiga curar la gripe esta. Vaya con lo de ser la curandera... Pero al menos puedo enfrentarme con los huesos rotos, las quemaduras habituales y demás.

—Claro —dijo Sanjit, y se puso en pie—. Te dejaré marchar.

—No he dicho que no pudieras venir conmigo. —Lana prácticamente le gruñó.

Sanjit reprimió la sonrisa que estaba deseando cubrirle el rostro.

—Cuando quieras.

DIECISIETE

33 HORAS, 14 MINUTOS

—DEKKA, DESPIERTA.

La chica abrió los ojos y parpadeó mirando a Sam. Ya era totalmente de día. Ni siquiera por la mañana temprano, sino más tarde. Había dormido mucho.

Dekka tomó aire bruscamente. Se puso en pie de un salto y empezó a tocarse el cuerpo, a inspeccionarlo en busca de cualquier cosa que no debiera estar allí.

La herida del hombro le escocía mucho. Le hacía ruidos el estómago. Le dolían los pies; y las espinillas, que estaban cubiertas de arañazos; y también la espalda por haber dormido sobre una roca.

—Me duele todo —se quejó Dekka.

Sam parecía preocupado.

—Quiero decir, que eso es bueno. Hunter no notaba gran cosa, ¿verdad?

Sam asintió.

—Sí. Sí, eso es bueno. ¿Así que parece que lo de hacerte un agujero en el hombro fue una buena idea?

—Aún no estoy lista para que me resulte divertido, Sam. ¿Dónde está Jack?

Sam señaló hacia lo alto de la colina. Se encontraban en un lugar seco y vacío. La colina no ascendía más de sesenta metros y era más un montículo de tierra que una montaña.

Jack estaba en lo alto, protegiéndose del sol con la mano y mirando hacia el nordeste.

—¿Qué ves? —le gritó Sam.

—Por ese lado, hay un sitio que parece estar todo quemado.

Sam asintió.

—Sí. La cabaña del ermitaño. ¿Qué más?

—Un montón de colinas escarpadas... Todo rocas, vaya —respondió Jack.

Y entonces empezó a bajar. La tierra, sin embargo, estaba suelta, así que resbaló y se cayó. Volvió a levantarse y saltó.

Saltó casi diez metros y aterrizó muy cerca de Sam.

—¡Vaya! —exclamó Sam.

—Yaaa... No sabía que podía hacer eso.

—Puede que haya otras maneras de usar esa fuerza... —señaló Sam.

—Ojalá pudiera utilizarla para encontrar agua.

—Dekka, ¿qué te parece? ¿Subimos por esas montañas o atravesamos la zona quemada?

—Yo odio escalar.

—El pozo de la mina no queda muy lejos de la cabaña —indicó Sam.

—Sí, me acuerdo —dijo Dekka—. Pero no vayamos allí.

Lo cierto es que no quedaba lejos de la cabaña. O, para ser más precisos, de los pocos palos carbonizados que recordaban donde había estado la cabaña de Jim el ermitaño. Sam volvió a sacar el mapa y midió con los dedos.

—Parece que hay unos diez o doce kilómetros hasta el lago. Supongo que beberemos cuando lleguemos allí.

Ahora las colinas de Santa Katrina quedaban a la izquierda. Eran de piedra desnuda y tierra. Parecía como si alguien acabara de arrancar algunas de las formaciones rocosas, como si aún soltaran tierra. A la derecha había una montaña más alta y, en la montaña, una grieta que albergaba la ciudad fantasma y el pozo de la mina.

Ninguno de ellos habló de ese lugar.

Sedientos, caminaron durante una hora por un terreno muy árido hasta que alcanzaron una valla metálica. Pero, a juzgar por lo que veían, no había nada que necesitara la protección de un cercado.

Encontraron una señal de metal oxidada y polvorienta.

—Aviso: zona restringida —leyó Jack en voz alta.

—Si —dijo Sam—. Nos van a registrar.

—Cómo molaría si alguien viniera y nos arrestara... —dijo Dekka, suspirando.

—Jack, arranca la valla.

—¿En serio?

—La barrera queda por allí —señaló Sam—. Deberíamos alcanzarla e ir siguiéndola hasta el lago. Y, como dice Dekka, si por aquí hubiera alguien para arrestarnos, sería genial. Tendrían que alimentarnos y darnos algo de beber.

Sam no estaba seguro de lo que iba a encontrarse en la base aérea de la Guardia Nacional de Evanston. No estaba seguro de lo que se esperaba. Tal vez cuarteles repletos de soldados. Eso habría sido estupendo. Pero, en caso de que no los hubiera, quizás un tanque gigante de agua. Eso también habría estado bien.

Pero lo que encontraron fue una serie de búnkeres subterráneos. Por fuera eran todos idénticos: tenían rampas de cemento que daban a puertas de acero. Jack abrió la primera de una patada.

Y Sam proporcionó la iluminación. Dentro había una habitación larga y baja. Completamente vacía.

—Probablemente aquí dentro debían de guardar bombas o algo parecido.

—Pero ahora no hay nada —observó Jack.

Abrieron cuatro búnkeres más antes de reconocer que no iban a encontrar nada.

Mientras inspeccionaban el campo de búnkeres, se encontraron con un camión que tenía las llaves puestas en el contacto. La batería no funcionaba. Pero había una botella de litro de agua Arrowhead, medio llena.

Los tres descansaron a la sombra del camión y compartieron el agua.

—Pues vaya decepción —reconoció Sam.

—¿Querías encontrar bombas? —le preguntó Dekka.

—Un suministro gigante de esas comidas con que se alimentan los soldados... ¿Cómo las llaman?

—LPC —respondió Jack—. Listas para comer.

—Sí. Unas cuantas de esas. Como un millón de esas.

—O, por lo menos, podría haber funcionado el camión. Así no habríamos tenido que ir andando —gruñó Dekka.

Se pusieron a caminar otra vez. El medio litro de agua ya parecía un recuerdo lejano. Y empezaron a fijarse en el vacío de la barrera que se levantaba por encima de sus cabezas. Se alzaba escarpada desde la arena y los matorrales.

—Vale, pues giremos a la izquierda. Encontremos ese lago y volvamos a la ciudad —propuso Sam.

Avanzaron con la barrera a su derecha. El terreno se estaba volviendo más difícil. Había barrancos profundos, como si fueran los lechos secos de los ríos, grietas en la homogeneidad desierta.

Delante de ellos, como un espejismo, brillaba una construcción baja que a Sam le recordaba a los edificios «provisionales» que a veces empleaban las escuelas. Tenía algunas ventanas que mostraban los listones horizontales de persianas antiguas. Varios aparatos de aire acondicionado asomaban en algunos puntos de las paredes.

En una zona de aparcamiento había más camiones de camuflaje cubiertos de arena. Y un par de coches de civiles. Todos bien aparcados entre líneas blancas.

Una antena elevada apuntaba hacia el cielo. Y, más allá del edificio, se veía

un caos de enormes bloques oxidados y cubiertos de polvo.

—¡Oye, eso es un tren! —exclamó Jack.

Sam revisó el mapa. Hasta entonces no había detectado la línea sombreada que indicaba las vías del ferrocarril. Era la primera vez que se daba cuenta de lo que era.

Sam deseaba haberse traído los prismáticos. Había algo raro en aquel edificio. Estaba demasiado aislado. Aunque enseguida pensó que podía haber un montón de edificios justo detrás de la pared de la ERA. Así que era posible que aquella construcción se encontrara en el límite de un gran complejo.

Pero no lo parecía. Lo cierto es que daba la sensación de que aquel lugar estaba deliberadamente alejado de cualquier otra cosa. Dudaba de que apareciera en una fotografía tomada por satélite. Todo, a excepción de unos pocos coches, estaba pintado del mismo color ocre del vacío que lo rodeaba.

—Vamos a ver qué hay en el primer edificio.

La puerta no estaba cerrada. Sam la abrió con cautela. La tierra y el polvo habían penetrado en el suelo pulido de linóleo. Contaba con una habitación principal, dos pasillos que se alejaban y dos despachos privados protegidos por mamparas de cristal. En la habitación principal había media docena de escritorios de metal pintados de gris y varias sillas de ruedas antiguas, algunas con cojines que no combinaban. Los ordenadores de los escritorios estaban apagados. Las luces, también. Y, obviamente, ocurría lo mismo con el aire acondicionado. En la habitación hacía un calor sofocante.

Sam observó las fotos enmarcadas que había encima de un escritorio: era la familia de alguien, dos hijos, una esposa y la que era una madre o abuela. Detectó una pelota antiestrés sobre otro escritorio. También había carpetas con pinta oficial y montones de disquetes antiguos.

Todo estaba cubierto de polvo. Las flores de un jarroncito no eran más que palitos. Los papeles se habían caído de los escritorios y estaban esparcidos por el suelo.

Era inquietante. Pero ya habían visto muchas cosas inquietantes: coches abandonados, casas vacías, negocios vacíos.

Lo que no veían desde hacía una eternidad era un tarro de Nutella abierto encima de un escritorio. No se veía la tapa, y había una cuchara dentro.

Los tres se le abalanzaron sobre ella como un solo hombre.

—¡Aún queda! —exclamó Jack con tanto entusiasmo que se diría que acababa de hacer un gran descubrimiento.

Sam y Dekka sonrieron. Era un tarro grande, y debía de estar medio lleno.

Jack sacó la cuchara, y la Nutella goteó lánguidamente.

Cerró los ojos y se metió la cuchara en la boca. Sin decir palabra, se la pasó a Dekka.

Era como un ritual religioso, como la comunión. Los tres tomando cucharadas, uno tras otro, todos callados, todos maravillados por el sabor intenso, por la dulzura después de haber comido tanto pescado y repollo...

—Ha pasado... ¿cuánto tiempo? —preguntó Dekka—. Es dulce.

—Dulce y cremosa y chocolateada —dijo Jack, soñador.

—¿Por qué sigue estando cremosa? —preguntó Sam.

Jack tenía la cuchara, y se quedó paralizado.

—¿Por qué sigue estando cremosa? —repitió.

—Si este tarro lo hubieran abierto hace meses, antes de la llegada de la ERA —indicó Sam—, estaría seca. Crujiente y dura.

—Aun así, me la comería —dijo Dekka, desafiante.

—Pero no hace meses que la abrieron. Esto no lleva aquí más que un par de días —afirmó Sam dejando el tarro—. Aquí hay alguien.

Jack había empezado a leer algunos de los papeles que yacían despreocupadamente desperdigados por ahí.

—Era un centro de investigación.

Dekka se tensó y se puso a buscar intrusos, enemigos.

—¿Investigación sobre qué? ¿Armas, alienígenas?

—Proyecto Cassandra —leyó Jack—. Es la cabecera de la mayoría de los memorandos y cosas así. Ojalá pudiera entrar en estos ordenadores.

—Aquí hay alguien —afirmó de nuevo Sam, ciñéndose a lo más importante.

—Alguien que puede abrir un tarro de Nutella y comérselo a cucharadas. Así que no es un coyote. Es una persona.

—¿Alguien de Perdido Beach? —se preguntó Dekka—. Puede que alguien saliera de la ciudad y encontrara este lugar y nunca volviera. No llevamos la cuenta de todas las personas que se marcharon...

—O alguien de Coates.

Sam hizo un gesto con la mano para indicar a Jack y a Dekka que él recorrería el pasillo de la izquierda y que ellos se prepararan para hacer de refuerzos.

No era un pasillo largo: solo había cuatro puertas a cada lado. Una luz lechosa penetraba por la ventana de cristal reforzado de la puerta del final del pasillo.

Sam fue abriendo las puertas una a una. Las dos primeras daban a despachos vacíos. Detrás de la siguiente había una habitación lúgubre con una mesa de metal y sillas dispuestas una enfrente de la otra. De la pared colgaba una pantalla y, tirada en el suelo, había una tablilla con sujetapapeles.

Sam la recogió.

—Proyecto Cassandra —leyó en voz alta—. Sujeto 1-01. Número de prueba: GV-788.

Colocó la tablilla sobre la mesa y se dirigió a la siguiente habitación.

Abrió esa puerta y de inmediato supo que había alguien dentro. Incluso antes de ver a nadie.

Aquella habitación tenía una ventana de cristal normal y estaba iluminada por el sol. Había una cama, un escritorio y un televisor grande apagado montado en una pared. Bajo la pantalla, vio varias consolas de juego polvorientas.

Había libros apilados en una mesita auxiliar.

Otro libro estaba en manos de un chico acomodado en una silla reclinable, con los pies sobre el escritorio. Debía de tener doce años. El pelo negro le colgaba por la espalda casi hasta la cintura. A pesar de estar sentado, se veía que debía de ser alto. Flaco. Vestido con tejanos, zapatillas deportivas y una camiseta blanca y negra de Hollywood Undead.

—Hola —dijo Sam, y frunció el ceño.

El chico apenas reaccionó.

—Oye, ¿no nos conocemos? —le insistió Sam.

El chico lo miró entornando los ojos. Sonrió un poco. Parecía que quería seguir con su libro.

—Tío —dijo Sam—, ¿tú no eres Toto?

El chico alzó las cejas. Le tembló el labio y preguntó:

—¿Es de verdad?

Hablaba a una cabeza de Spider-Man, hecha de espuma de poliestireno de tamaño real, con una capucha azul y roja incorporada, que descansaba sobre una estantería.

—Soy de verdad —dijo Sam, y entonces gritó—: ¡Dekka, Jack!

—¿Por qué grita? —le preguntó Toto a Spidey—. Podría ser un *decepticon*.

—No soy un *decepticon* —aseguró Sam, sintiéndose un poco ridículo.

—Es verdad —le confirmó Toto a Spidey—. No es un *decepticon*. Pero igual trabaja para los *dementors*, para Sauron, para el demonio.

—¿De qué hablas, Toto? —preguntó Sam.

Jack y Dekka entraron a toda prisa.

—Uala —exclamó Dekka.

—Sabe de lo que hablo —dijo Toto a Spider-Man—. Hace suposiciones, me está probando. «¿De qué hablas, Toto?», dice. Vale. Lo conoce. Conoce al demonio.

—No trabajo para nadie —replicó Sam.

—Mentira, mentira cochina. Alguien te ha mandado.

—Albert, pero...

—Siempre intentan mentir, pero nunca funciona, ¿verdad? —dijo Toto.

Sam se volvió hacia Dekka.

—Creo que este chico lleva solo mucho tiempo.

—Quiere decir que estoy loco. —Toto se dirigió a Dekka directamente, no a Spider-Man, aunque volvió a mirar la cabeza de Spidey. Parecía dividido entre Dekka y el lanza telarañas—. El atrapatrolas, Toto el atrapatrolas.

—¿Eres el sujeto 1-01? —preguntó Jack.

Toto no pareció oírlo. Pero se le estaban llenando los ojos de lágrimas.

—Uno cero uno. Sí. ¿Queréis saber qué le pasó a Uno cero dos? ¿Queréis saberlo?

—Sí —respondió Sam.

—¿Deberíamos decírselo, Spidey? —Toto mostró los dientes y gruñó—. Vivía al otro lado del pasillo. Se llamaba Darla. Tenía ocho años. Todas sus cosas eran de Hello Kitty. Podía atravesar las paredes. No quería quedarse, quería irse a casa, así que intentó atravesar la pared hacia fuera y los guardias le metieron una descarga y, ¿sabéis lo que pasó?

—Cuéntanoslo.

—En realidad no quiere saberlo, ¿verdad? —le preguntó Toto a Spidey—. Ha

visto demasiadas cosas malas... Pero se lo contaré igualmente: la descarga la paralizó cuando estaba atravesando la pared. Y se murió. Tuvieron que arrancar la pared entera para sacarla de ahí.

—El gato de Albert —recordó Jack.

Sam asintió. Todos habían oído hablar de la historia del gato que se teletransportaba, que calculó mal y se quedó cuajado atravesado en un libro.

—No les sorprende —dijo Toto. Inclino la cabeza y la sacudió hacia delante y hacia atrás; le debía de hacer mucha gracia algún chiste secreto—. Lo saben, ¿verdad? —le preguntó a Spidey.

—Sí, lo sabemos —respondió Sam.

Alzó la mano, con la palma hacia fuera, e hizo brillar un rayo verde hacia la cabeza de Spider-Man. La tela de la capucha se incendió y la espuma de poliestireno que había dentro se fundió.

La cara pálida de Toto se volvió aún más pálida. Tragó saliva y miró directamente a Sam por primera vez.

—Lo siento, tío —dijo Sam—. Pero la verdad es que ya no podemos soportar más locuras. Y no tenemos todo el día.

—Sí, dice la verdad, tiene prisa.

—Aún habla con Spider-Man —señaló Dekka—. Está loco.

—Sí, bueno, todos estamos un poco locos, Dekka —le recordó Sam.

—No, no está loco, Sam —corrigió Toto, y sacudió la cabeza hacia delante y hacia atrás. Luego, tímidamente, añadió—: O bueno, no cree que lo esté.

—Buscamos un lago grande, el lago Tramonto. ¿Sabes cómo llegar hasta allí?

—No sabemos cómo llegar a ninguna parte —respondió Toto. De repente parecía que fuera a echarse a llorar—. ¿Dónde está Spidey?

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Sam impaciente.

Fue Jack quien contestó.

—Poco más de un año. La fecha de inicio para el sujeto 1-01 se remonta varios meses antes de la ERA.

Sam reflexionó durante unos segundos. Se preguntaba qué hacer. No podía abandonar al chaval allí y marcharse, ¿verdad?, después de haberse dejado llevar por la impaciencia y quemar a Spidey.

Por otra parte, lo último que necesitaba era a otra persona a la que cuidar. Y no parecía que aquel chaval fuera a irse a ninguna parte. Sam podría recogerlo más tarde. Y, en cualquier caso, si encontraban el lago, probablemente toda la ciudad se mudaría, y volverían a pasar por allí.

—Escúchame, Toto. Voy a fingir que no estás totalmente loco. Depende de ti. O sea, que o te vienes con nosotros y empiezas a comportarte al menos con cierta normalidad, o te quedas aquí. Tú decides.

Toto no dejaba de mirar el magma marrón y negro que antes había sido la cabeza de espuma de poliestireno. Pero, entre tanto, miraba a Sam y a Dekka, e incluso a Jack.

—¿Qué tenéis de comer? —preguntó Toto.

—Pescado seco. Repollo. Alcachofas.

Para sorpresa de Sam, Toto se pasó la lengua por los labios.

—También tenéis otras cosas, pero no queréis compartirlas. Pues vale. Yo solo he comido Nutella. Desde siempre.

—Debes de tener un montón de Nutella —comentó Dekka, incapaz de ocultar su esperanza golosa.

—Sí.

—Enséñanosla —pidió Sam—. Enséñanos lo que tienes. Y luego iremos a buscar ese lago.

Sam dirigió al grupo hacia fuera. Jack y Dekka se colocaron detrás de él.

—Lo sabían, ¿verdad? —preguntó Sam a Jack.

Jack llevaba un puñado de papeles que había cogido de uno de los escritorios.

—Sí —respondió Jack, aún fascinado, leyendo hojas impresas de datos mientras avanzaba—. No creo que supieran el qué, ni tampoco qué lo provocó. Pero lo sabían.

—¿Qué sabían? —preguntó Dekka.

—Quien llevara este lugar —dijo Sam, enfadado— sabía que pasaba algo con los chavales de Perdido Beach.

Jack lo alcanzó, le agarró del hombro y le entregó un trozo de papel.

—Una lista de nombres.

La mirada de Sam se dirigió directamente hacia su propio nombre, el tercero de una lista de cinco:

—Toto, Darla, yo, Caine y Taylor. —Le devolvió el papel a Jack, indignado—. No están todos los raros, pero sí algunos de nosotros.

No sabía qué decir ni qué pensar. Lo ponía furioso, pero ni siquiera sabía el porqué. Por supuesto, querían saber más sobre esos chavales que de repente desarrollaban poderes sobrenaturales.

Y, por supuesto, querían mantenerlo en secreto.

Pero aun así lo irritaba y lo intranquilizaba.

—Esto significa que lo saben. La gente de fuera ha podido descifrar parte de lo que ha pasado.

—Los datos de verdad están en esos ordenadores —señaló Jack—. Esta impresión no es más que un archivo pequeño. Si volviera a haber electricidad...

Sam fulminó la barrera con la mirada. Quedaba cerca. Y, una vez más, se preguntó cómo lo recibirían si algún día la barrera llegaba a descender.

DIECIOCHO

32 HORAS, 36 MINUTOS

TOTO LOS CONDUJO desde el edificio hasta el tren.

Estaba más lejos de lo que Sam creía. En el desierto, la perspectiva resultaba engañosa y el tren parecía estar justo al lado del edificio. Pero, de hecho, quedaba a diez minutos caminando.

Había dos motores diésel de Union Pacific amarillos y negros, y ambos estaban colocados en vertical sobre la vía.

Detrás de los motores, un vagón de carga oxidado descansaba también sobre la vía.

Y, detrás de todo esto, había un auténtico caos. Siete vagones abiertos habían descarrilado y los dos contenedores que llevaban como carga, dos rectángulos enormes de acero, habían caído sobre la tierra y los arbustos raquíticos.

En el extremo más alejado, la barrera había partido un vagón de carga en dos. Apareció y dividió en dos el vagón naranja oscuro, y el desplazamiento repentino debió de hacer descarrilar a los demás vagones.

Pero Sam, Dekka y Jack no estaban muy interesados en tales especulaciones. Decenas de palés envueltos en plástico habían salido disparados del vagón de carga que la barrera había partido y se habían volcado sobre las vías y el suelo.

Cada uno de los palés estaba formado por pisos y más pisos de Nutella.

—Hay como cientos y cientos de tarros... —observó Sam.

—Miles —dijo Jack—. Miles. Somos... somos ricos.

Si cada tarro hubiera sido un diamante gigante, Sam habría seguido prefiriendo la Nutella.

—Este es el mayor descubrimiento en la historia de la ERA —señaló Dekka.

Lo decía como si estuviera presenciando un milagro.

—¿Qué era? ¿Qué quieres decir con era? —preguntó Toto.

—ERA. Espacio Radiactivo Adolescente —contestó Sam sin hacerle mucho caso—. Se supone que es un término divertido. Tío, ¿qué hay en los otros contenedores?

Toto parecía estar nervioso. Se retorció tanto que parecía que estuviera bailando.

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes? ¿Estás mintiendo? —exigió saber Dekka, muy brusca.

—No miento. —A Toto le brillaron los ojos—. Soy Toto el atrapatrolas, el sujeto 1-01. No Toto el trolero.

—Entonces ¿qué estás diciendo? ¿Que nunca has mirado lo que había en ninguno de esos contenedores? Hay catorce, además del primer vagón de carga. ¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

A Dekka le resultaba indignante.

Toto volvió a retorcerse como si bailara.

—No he conseguido abrirlos. Están cerrados. Y son de acero. Los he golpeado con sillas, pero no se abrían.

Sam, Dekka y Jack se quedaron mirando al chico raro.

Luego se volvieron hacia los contenedores.

Y a continuación se miraron los unos a los otros.

—Bueno —empezó Sam—, creo que podremos abrirlos.

Unos ocho segundos más tarde, Sam había quemado el cierre del contenedor más próximo. Y entonces Jack abrió la puerta.

La carga del contenedor estaba envuelta en plástico, pero seguía resultando inconfundible.

—¿Baños? —dijo Dekka.

Muchas de las tazas de porcelana se habían resquebrajado al descarrilar el tren, pero los fragmentos permanecían sujetos gracias al envoltorio.

Un segundo contenedor mostró más baños.

Y el tercero contenía lo que debían de ser miles de cajas de cartón de tamaño mediano. En el interior había gorras de béisbol. De los Dodgers.

—Talla única —señaló Dekka, molesta—. Pero yo soy fan de los Angels.

—Tardaremos un rato en inspeccionarlo todo —comentó Sam—. Pero creo que vale la pena.

En el cuarto contenedor había muebles de jardín de mimbre.

—O no —añadió Sam, molesto.

En el quinto contenedor había macetas de mimbre y de terracota rajada, así como dos palés con objetos decorativos de yeso para el jardín: eran querubines, gnomos y la Virgen María.

En el sexto, encontraron pintura para el hogar y barniz para madera.

El séptimo era mejor: albergaba una carga mixta de palés de fideos instantáneos con sabor a gambas, *ramen* con sabor a pollo, filtros de café y cafeteras, y cajas de té variados.

—Ojalá hubiera podido comerme esos fideos... —suspiró Toto—. Habría estado bien comer fideos.

—Los fideos están bien.

Sam estaba de acuerdo.

—No diría que no a unos fideos —añadió Jack.

—¡Dice la verdad, sí que la dice! No diría que no a los fideos —parloteó Toto.

El octavo contenedor estaba vacío. No había nada dentro.

En el noveno encontraron dos piezas grandes de maquinaria industrial.

—Cómo se llamen. —Jack buscó la palabra para denominarlas, pero no la encontró—. Ya sabéis. Son tornos industriales o algo así.

—Ya, genial —dijo Dekka—. Lo único que nos falta son doscientos veinte voltios y ya podremos montar un taller.

Sam se estaba poniendo nervioso. La Nutella y los fideos estaban bien. De hecho, era estupendo haberlos encontrado. Un milagro. Pero habría esperado que hubiera más comida, más agua, más medicamentos, algo. Absurdamente, esos momentos se parecían a las mañanas de Navidad de pequeño, en las que esperaba algo que ni siquiera sabía cómo se llamaba. Algo que cambiara las cosas. Algo... increíble.

Cuando Jack abrió el décimo contenedor, se quedó mirándolo.

—Vale, ¿qué es? —preguntó Sam.

No hubo respuesta.

Sam se inclinó por encima de Jack para mirar. Había muchas cajas de cartón pesado. Cada caja tenía el logotipo de Apple.

—¿Ordenadores? —se preguntó Sam—. ¿O iPods?

Ninguna de las dos cosas les serviría de nada.

Jack acabó por moverse. Se abalanzó sobre el siguiente palé, pero entonces dudó. Se limpió cuidadosamente las manos en los pantalones, desgarró el plástico y abrió el primer cartón con delicadeza.

Extrajo una caja blanca con los dedos temblorosos. En la caja había impresa la foto de un portátil.

—Eso estaría genial si tuviéramos internet —comentó Sam—. O electricidad.

—Los envían totalmente cargados —replicó Jack, enfadado porque Sam lo había interrumpido. Como si Sam se hubiera puesto a hablar en el interior de una iglesia—. Hace tanto tiempo... Pero igual aún tienen algo de batería.

—Vale —dijo Sam—. Para que puedas jugar a unos juegos. Pongámonos con el siguiente...

—¡No! —exclamó Jack, con voz angustiada y extasiada a la vez—. No. Tengo que... tengo que verlo.

Se pasó cinco minutos más abriendo cuidadosamente la caja, quitando los envoltorios de espuma de poliestireno como si fueran frágiles obras de arte.

Era como observar un ritual religioso desconocido, pero profundo. A Sam casi le resultaba conmovedor. Nunca había visto a Jack tan emocionado.

El chico retiró pacientemente el último trozo de cinta adhesiva que sujetaba la fina funda de espuma del portátil, y acabó levantando el portátil plateado con manos temblorosas, como si sujetara un bebé.

Le dio la vuelta. Para entonces, la sensación de suspense había afectado incluso a Sam.

Jack cerró los ojos, soltó aire para calmarse, le dio la vuelta al portátil y presionó la luz del indicador de batería. Brillaron dos rayitas verdes.

—¡Dos! —exclamó Jack, regocijado—. ¡Dos! Tenía miedo de que solo se encendiera una... —Y luego repitió en un susurro—: Dos. Puede que sea una hora y media. Tal vez incluso un par.

—Tío, ¿estás llorando?

Jack se limpió los ojos.

—No, caray.

—Miente, está llorando —exclamó Toto, lo cual no ayudaba nada.

—¿Necesitas un poco de tiempo? —preguntó Sam.

Dudaba de que hubiera algún poder capaz de convencer a Jack de continuar.

Jack asintió.

—Vale, Dekka y yo nos pondremos con el siguiente.

En el undécimo contenedor había más muebles de jardín.

El duodécimo estaba repleto hasta los topes de lo más extraordinario que Sam y Dekka habían visto en la vida.

Esta vez fueron ellos quienes se quedaron maravillados. Apabullados por la emoción.

Aquel logotipo era inconfundible.

—¿Se pueden preparar fideos instantáneos con Pepsi? —se preguntaba Dekka.

Se abalanzaron sobre los palés envueltos en plástico y sacaron las latas.

¡Crac psss!

¡Crac psss!

¡Crac psss!

El ruido que hacía meses que no se oía en la ERA resonaba de nuevo en el aire. Tiraron de las anillas, y Sam, Dekka y Toto se bebieron un buen trago.

—Aaaah... —dijo Dekka.

—Qué bien... —comentó Toto.

—Es como si... es como si la vida volviera a ir bien. Como si el universo por fin hubiera decidido sonreírnos —dijo Sam con una sonrisa enorme.

Y eructó.

—Ay, sí —suspiró Dekka—. Eructo de refresco.

Los tres sonreían.

—¡Jack! —gritó Sam.

—¡Estoy ocupado! —replicó Jack.

—Ven aquí, ¡ahora!

Jack se acercó corriendo, como si se esperara problemas. Un Sam sonriente le pasó una lata.

—¿Eso es...?

—Lo es —le aseguró Sam.

¡Crac psss!

Y eructó.

Entonces Jack se puso a llorar, sollozaba y bebía y eructaba y se reía.

—¿Te estás volviendo loco, Jack? —le preguntó Dekka.

—Es que...

No parecía encontrar las palabras adecuadas.

Sam lo rodeó con el brazo.

—Sí, tío. Es demasiado, ¿verdad? Quiero decir, que se parece demasiado al mundo de antes.

—Como ratas —dijo Jack sin dejar de llorar.

—Todos comemos ratas —le recordó Dekka—. Y nos alegramos cuando pillamos una jugosa.

—Verdad —murmuró Toto algo preocupado—. Comen ratas. Hasta ahora no habían mencionado las ratas, Spidey.

El sol ya había pasado del mediodía.

Sam insistió:

—Tenemos que ver qué hay en los últimos contenedores. Y luego seguir avanzando. Que estemos viviendo a lo grande no significa que la gente de la ciudad

también lo esté.

—No tenemos que encontrar agua, ¡tenemos Pepsi! —exclamó Jack.

—Lo cual es genial —dijo Sam—. Podría durar unos cuantos días. Si pudiéramos llevárnosla a la ciudad.

Ese último comentario serenó a Jack, que asintió eficiente y añadió:

—Sí, tienes razón. Lo siento. Es que estaba... no sé. Durante unos minutos ha sido como si todo hubiera acabado.

Para hacer algo distinto, se dirigieron al vagón de carga. En cuanto abrieron la puerta los asaltó un olor empalagosamente dulce.

El vagón de carga estaba lleno de naranjas. Pero solo se notaba por las etiquetas alegres que había en el fondo. Hacía tiempo que las naranjas se habían podrido debido al calor. Un líquido pegajoso cubría el fondo del vagón. En algunos de los cajones había brotado una gran cantidad de moho peludo.

—A esta hemos llegado un poco tarde —señaló Sam.

—Las naranjas habrían estado bien —comentó Toto.

El último contenedor contenía una carga mixta: destornilladores, sierras y herramientas variadas de la marca Stanley, y artículos para hacer ejercicio de diversas clases.

Pero para entonces a nadie le importaba, porque lo que les preocupaba era el penúltimo contenedor.

El decimotercer contenedor estaba cargado con lanzamisiles.

* * *

Después del incendio, los sonidos que se oían en el «hospital» eran aún más desgarradores. Antes los chavales gritaban. Gritaban el nombre de Lana.

Ahora ya no. Ahora tosían.

Tenían ataques de tos, toses profundas, perrunas. Como si trataran de expulsar los pulmones.

Dahra estaba de pie junto a una de las camas, colocando un paño húmedo en la cabeza de un chaval. No se había dado cuenta de que Lana había entrado con Sanjit.

Lana hizo un recuento rápido. ¿Veinte, veintiuno? Algunos estaban echados en catres; otros, en colchones cubiertos de mantas apiladas procedentes de una docena de casas, de una docena de camas. Algunos yacían con muy poquita ropa sobre el frío suelo de baldosas.

Y la mayoría no paraba de toser.

Dahra levantó la vista al oír sus voces.

—Lana. ¡Gracias a Dios! ¿Quieres volver a intentarlo?

Lana abrió las manos, con impotencia.

—Haré lo que haga falta. Pero la magia no parece funcionar con esto.

Dahra se secó el sudor de la frente. Parecía que no hubiera dormido... nunca.

—Mira, se llaman infecciones secundarias. Alguien pilla un virus y, con él, pilla algo más. Muchas veces es lo que mata a la gente.

—Tú mandas —dijo Lana.

Lo decía en serio, pero solo respecto a Dahra.

—Ella —señaló Dahra—. Empieza con ella. Tiene cuarenta y uno de fiebre. Eso era lo que tenía Pookie antes de...

Lana se dirigió hacia la chica. Le resultaba familiar. Habría jurado que se llamaba Judith, pero costaba reconocer a alguien que tenía la cara congestionada de

tanto toser, empapada en sudor, el pelo pegado, los ojos asustados, empañados de lágrimas, y la mirada derrotada.

Lana apoyó la mano sobre la cabeza de la chica y casi la apartó de golpe. Estaba muy caliente. Era como tocar un plato recién salido del lavavajillas.

Lana no tenía ningún ritual de curación en particular. Se limitaba a tocar a la persona e intentar concentrarse.

—¿Quién eres? —preguntó bruscamente Dahra a Sanjit.

—El novio de Lana —respondió el chico.

—No, no lo es —replicó Lana.

—No deberías estar aquí —advirtió Dahra a Sanjit—. Ya tenemos tres muertos, que sepamos. Ve a lavarte al océano y vete a casa.

—Gracias, pero me quedaré. Quiero ayudar.

Dahra se lo quedó mirando, con los ojos entornados, intentando averiguar si estaba loco.

—¿De verdad quieres ayudar? Porque, si realmente quieres echarnos una mano, necesito que alguien vacíe el cubo.

—Sí quiero. ¿Qué cubo?

Dahra señaló un cubo de basura de plástico con una tapa. Alrededor había una pila apestosa de tupperes que Dahra utilizaba como cuñas.

Sanjit recogió las cuñas y las vació en el cubo de orina y heces. El hedor llenó la habitación entera.

—Hay una zanja en la plaza. Luego, si estás motivado, puedes lavar todo en la playa.

—Ahora vuelvo —dijo Sanjit.

Cuando se hubo marchado, Dahra comentó:

—Me gusta tu novio. No hay muchos tíos que se ofrezcan a cargar casi cuarenta litros de diarrea y vómito.

Lana se rio.

—No es mi novio.

—Ya, vale, pues, puede ser el mío si quiere. Es mono. Y carga mierda.

Lana sintió que la chica que tenía bajo la mano temblaba y se agitaba.

Dahra se desplazaba automáticamente de cama en cama, de catre en catre, de pila de mantas a pila de mantas. Suspiraba al anotar otra temperatura. Las iba registrando todas. Probablemente no tan bien como un médico, pero mejor de lo que se esperaba que lo hiciera cualquier chica de catorce años con veintiún pacientes que tosían y temblaban.

—¿Por qué no me sale? —se preguntaba Lana—. Funcionó en la primera ronda de gripe, en la mayoría.

—Es inmune, ¿verdad? —comentó Dahra—. Pillas el virus y entonces tu cuerpo se defiende. El virus aprende, y vuelve listo para una nueva pelea. Así que en vez de reprogramarse para luchar contra anticuerpos, se ha reprogramado para luchar contra ti.

—No soy un anticuerpo —protestó Lana.

—Ya, y este no es el mundo de antes, ¿verdad? Esto es un espectáculo de feria donde nada funciona precisamente como debería.

Lana pensó que era su espectáculo de feria. Una sola cerilla y podría haber quemado, haberla matado. Quizás. ¿Cuántas muertes se habían producido porque Lana había fracasado?

Un chico al que conocía, un chaval de primero llamado Dorian, se puso en pie de repente y empezó a correr hacia la puerta. Corría vacilante, serpenteando.

Dahra soltó un taco y trató de atraparlo.

Pero el niño salió por la puerta en un abrir y cerrar de ojos.

Al cabo de un instante, Sanjit reapareció con Dorian bajo un brazo y el cubo del baño y los recipientes semilimpios en el otro.

—Vamos, hombrecito —le pidió—. Vuélvete a la cama.

Pero Dorian no quería. Se puso a gritar y a agitar los brazos como un poseso.

Estalló el caos. Dos niños empezaron a llorar escandalosamente, un tercero se cayó de la cama al suelo, y un cuarto gritaba:

—¡Quiero a mi mamá, quiero a mi mamá!

Entonces retumbó una tos muy fuerte, tanto que atrajo todas las miradas. Procedía del niño, de Dorian.

Estaba de pie. Parecía sorprendido por lo que acababa de salirle de la boca.

Retrocedió y volvió a toser.

—¡No!

Dahra ahogó un grito.

Lana se plantó junto al niño de un salto, le colocó la mano en la sien y presionó.

El niño tosió con tanta fuerza que cayó de espaldas.

Sanjit se puso a horcajadas y sujetó a la criatura. Mientras, Lana le colocaba las manos encima: una sobre el pecho que respiraba agitadamente y la otra, en un costado de la garganta.

Dorian tosió con un espasmo tan violento que Sanjit cayó hacia atrás y la cabeza del chico se golpeó ruidosamente contra el suelo. Lana no lo soltó.

—Está tan caliente que apenas puedo sos... —dijo ella mientras Dorian se convulsionaba, doblado en forma de C.

Volvió a toser y los pedazos de carne ensangrentados que escupió salpicaron el rostro de Sanjit. Lana no flaqueó ni se retiró, pero Dorian volvió a toser: la sangre había empezado a brotarle de los oídos y le goteaba de los labios.

Lana se puso en pie de repente y se apartó.

—No pares —le suplicó Dahra.

—No puedo curar la muerte —susurró Lana.

Justo entonces, dos chavales aparecieron cargando a una tercera. Desde el otro lado de la habitación, Lana vio claramente que la chica a la que arrastraban con tanto esfuerzo ya no estaba con ellos.

Y Dahra también se dio cuenta.

—Bajadla —indicó—. Bajadla y salid de aquí; lavaos en las olas e iros a casa.

—¿Se pondrá bien? Vive con nosotros.

—Haremos todo lo que podamos —dijo Dahra cansinamente. Y, cuando se hubieron marchado, añadió en voz baja—: O sea, una mierda...

Lana cerró los ojos y sintió que la Oscuridad trataba de alcanzarla; no dejaba de buscarla. Un débil tentáculo intentaba alcanzar su mente.

«Ya veo: así es como nos destruyes —pensó Lana—. Así nos matas. A la antigua usanza: con una plaga».

DIECINUEVE

28 HORAS, 11 MINUTOS

DE CAMINO A la playa, Orc dio un pequeño rodeo para poner patas arriba su antiguo hogar: buscaba una botella, y encontró dos.

Y, con una botella en cada mano, se dirigió al agua. Bebía de ambas botellas —un trago de la de la izquierda, un trago de la de la derecha— y no tardó en pensar que el peso de las heces que llevaba en sus pantalones casi resultaba divertido.

—Orc, tío, ¿dónde has estado?

Era Howard. Justo ahí, delante de él.

—Vete —dijo Orc.

No estaba enfadado; se sentía demasiado alegre para estar enfadado.

—Orc, tío, ¿qué te pasa? Te he estado buscando por todas partes.

Orc le miraba sin ánimo. Bebía tragos largos e inclinaba tanto la botella que estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Oye, ya vale —le espetó Howard.

Dio un paso adelante, alcanzó la botella y la rodeó con los dedos.

El revés de Orc lo mandó por los aires. Orc sintió un impulso salvaje y repentino de darle una buena patada. Howard lo miraba como si ya la hubiera recibido: lo miraba como si se sintiera traicionado. Herido.

Orc cerró los ojos y volvió la vista. No estaba para eso. Tenía zurullos en los pantalones, le dolía la cabeza, los malos recuerdos burbujeaban en su cerebro, y no podía con Howard.

—Tío, vamos, colega, esto no está bien. Yo cuidaré de ti —dijo Howard poniéndose en pie y fingiendo estar bien.

Su voz era tranquilizadora, como si le hablara a un bebé. O a un animal estúpido.

—Ya tengo lo que necesito —repuso Orc.

Sostenía las dos botellas en alto, como si fueran trofeos.

Howard lo miraba con cautela, dispuesto a dar un salto hacia atrás. Le sangraba la nariz.

—Sé que te sientes mal por lo de Drake. Lo sé porque tú y yo somos muy amigos, ¿verdad? Así que sé lo que sientes. Pero eso ya ha pasado. Al fin y al cabo, era cuestión de tiempo: tarde o temprano iba a suceder.

A Orc le gustaba esa manera de razonar. Pero tenía la sensación de que también había alguna pega.

—Porque nadie puede fiarse de mí, ¿verdad?

—No, colega, no es por eso —explicó Howard—. Es porque no existe la cárcel que pueda retener a Drake para siempre. Todo esto es culpa de Sam; si hubiera actuado como debía...

—Creo que he hecho daño a un niño —empezó Orc.

Así. Así le salió. No estaba planeado. Más bien se le escapó. Como Drake: tarde o temprano tenía que salir.

La comparación le hizo reír. Se rio largo y tendido y tomó otro trago y casi se animó, hasta que su mirada empañada volvió a reparar en el rostro de Howard, que estaba serio, preocupado.

—Orc, colega, ¿eso qué quiere decir? ¿Qué quieres decir con que has hecho daño a un niño?

—Solo quiero ir a lavarme —replicó Orc.

—Este niño al que le has hecho daño... ¿Cuándo ha ocurrido?

—No lo sé —gruñó Orc.

Miró alrededor como si pudiera estar en ese lugar. No, no era allí. Era... Detectó una señal de stop en el extremo más alejado de la manzana.

Había una pila de trapos a los pies de la señal.

Orc sintió que un frío helado le recorría el cuerpo. Howard seguía hablando, pero su voz no era más que un zumbido lejano.

Orc se quedó mirando, incapaz de hablar, incapaz de moverse, incapaz de apartar la vista, incapaz de respirar... Mirando el montón de trapos que cubrían claramente, de forma terriblemente clara, un cuerpo.

Un recuerdo. Orc volvía a tener su antiguo cuerpo, el que era de carne y no de piedra. Alzaba su bate de béisbol tratando de darle una lección a Bette. Solo un golpecito, para enseñarle quién mandaba.

Tampoco pretendía matarla.

—Me libraré de eso —decía Howard desde lejos—. Lo esconderé o algo parecido.

De eso. Como si el montón de trapos no fuera un niño.

Orc se apartó, entumecido, indiferente a las súplicas de Howard.

Era una zona arenosa demasiado pequeña para llegar a ser una cala, y no lo bastante grande como para llamarla playa. No era más que una extensión de arena flanqueada por un montón de rocas apiñadas a un lado y un grupito de palmeras escuálidas al otro.

Las cinco barcas de pesca —la flota— estaban varadas, encima de la arena. Quinn pensó que era como esas postales de pintorescos pueblos pesqueros europeos. Aunque las barcas tampoco eran muy bonitas, en realidad tenían tan mala pinta como las palmeras, y Dios sabía lo mal que olían.

Pero aun así era casi perfecto.

Quinn y sus pescadores habían montado un campamento razonablemente agradable. Nunca llovía, por lo que el hecho de no tener tiendas o forma de

resguardarse no les preocupaba.

—Acamparemos a la vieja usanza —anunció Quinn como si todo aquello no fuera más que un modo de distraerse.

Se habían reunido diecinueve pescadores, y no tardaron en descubrir que la playa estaba llena de pulgas, cangrejos de arena y otros tantos animales que hacían del dormir una actividad muy desagradable. Iba a ser una noche larga.

Entonces alguien tuvo la brillante idea de quemar una pequeña superficie de hierba, con la teoría de que el área despejada quedaría relativamente libre de bichos y cangrejos.

Naturalmente, la cosa acabó con una enorme hoguera que encendieron con la madera que habían recogido junto a la playa. Humeaba demasiado y costaba mantenerla encendida, pero todo el mundo se animó y no tardaron en preparar una cena temprana a base de pescado, incluidos unos filetes excelentes de tiburón.

Durante la cena solo hablaron de lo que estaba pasando en la ciudad. Quinn esperaba que alguien se acordara de avisarlos. Que no se olvidaran de ellos. Insistió en tranquilizar a su gente asegurándole que Sam y Edilio estarían cuidando de sus parientes y amigos.

—Esto es para que no nos pongamos enfermos y podamos seguir trabajando —explicó Quinn.

—Ah, yupi: ¡trabajo! —intervino Cigar, y todos se rieron.

Ninguno de los pescadores parecía enfermo. Nadie se había quejado. Puede que el hecho de que formaran un grupo más o menos cerrado que pasaba la mayor parte del tiempo fuera, en el océano, los hubiera mantenido a salvo. Igual les iría bien.

Quinn observaba cómo el sol iba descendiendo hacia el horizonte. Se fue caminando solo hasta una lengua de roca y arena que se adentraba más de tres metros y medio en el agua. Era raro lo mucho que había llegado a amar su trabajo y las salidas al mar. Siempre le había encantado surfear, y, aunque ahora ya no podía, el agua seguía allí. Demasiado tranquila, demasiado pacífica, demasiado parecida a un lago, pero seguía recordándole al océano de verdad, y le encantaba estar cerca de ella y sobre ella y dentro de ella.

Si alguna vez llegaba a bajar la barrera, ¿qué haría? ¿Esperar hasta ser lo bastante mayor, mudarse a Alaska o a Maine y hacerse pescador profesional? Se rio. No era una trayectoria profesional que se le hubiera ocurrido en los viejos tiempos.

Pero ahora sencillamente no podía fingir que le importaba la universidad o hacerse abogado u hombre de negocios o lo que fuera que sus padres pensarán que debería ser.

Había cruzado una línea. Lo sabía y le entristecía un poco. Ninguno de ellos volvería a ser un chico normal. Sobre todo aquellos que habían encontrado maneras de ser felices en la ERA.

Se fijó en una luz. En la dirección de las islas. Nunca la habría visto en la época en que Perdido Beach estaba iluminada.

Quinn había oído la historia de Caine y Diana, que habían ocupado una de las islas. Resultaba raro pensar que la luz podía proceder del dormitorio de Caine. Y que Caine podría estar mirando la noche oscura.

La vida nunca sería del todo pacífica mientras ese tipo estuviera vivo.

Quinn volvió la mirada hacia el sur. Los soles de Sammy que había en las casas de la gente no brillaban lo bastante para iluminar toda la ciudad. Pero el brillo rojo del sol que se ponía trazaba el contorno de Clifftop, acurrucado contra el arco más cercano de la barrera. Lana. A Quinn le gustaba. E incluso había llegado a pensar que igual él también le gustaba a ella. Pero algo había cambiado en Lana. En cierto sentido, era una persona demasiado importante y poderosa para Quinn.

Como Sam, que antes era su mejor amigo. Ambos eran el mismo tipo de persona, un tipo de persona distinta a los demás.

Sam, un héroe. Un líder.

¿Y Lana? Era grandiosa y trágica. Como sacada de una obra de teatro o un libro.

Y Quinn era pescador.

Quinn pensaba que, a diferencia de ellos, era feliz. Se volvió para mirar a su tripulación, a sus pescadores. Estaban limpiando las redes, ocupándose de sus carretes, cortando hierba para hacerse camas, quejándose, bromeando, contando

historias que todos habían oído ya, riéndose.

Quinn echaba de menos a sus padres. Echaba de menos a Sam y a Lana. Pero ahora esa era su familia.

Roscoe se había quedado dormido de puro agotamiento. Se despertó porque le picaba mucho la barriga, y se rascó a través de la camiseta.

Trató de dormirse de nuevo. Pero los sueños no le dejaban. Ni los sueños ni el picor.

Se desveló otra vez y palpó el punto que le picaba. Ahí había un bulto. Como una hinchazón. Y cuando se quedaba quieto y apretaba con los dedos notaba que algo se movía bajo la piel.

De repente hacía mucho frío en la habitación pequeña. Roscoe temblaba.

Se dirigió hacia la ventana esperando que hubiera luz. Había luna, pero la luz era débil. Roscoe se sacó la camiseta por la cabeza y miró el punto que le molestaba en la barriga.

Se estaba moviendo, la propia carne se movía. Lo notaba bajo las yemas de los dedos. Como si algo le diera golpecitos. Pero por dentro no sentía nada, no lo notaba en el estómago. Y se dio cuenta de que tenía todo el cuerpo entumecido. Tenía sensibilidad en las yemas de los dedos, pero no en la piel de la barriga...

¡Y la piel se resquebrajó!

—¡Aaaah!

Ocurrió justo cuando la estaba tocando, y Roscoe se echó a gritar, aterrorizado, y algo se abrió camino empujando a través de un agujero sin sangre.

—¡Ay, Dios, ay, Dios, ay, no, no, no, no!

Roscoe gritó y saltó hacia la puerta. Agarró el pomo mientras farfullaba y lloraba, y la puerta estaba cerrada, cerrada. ¡Ay, Dios, no, lo habían encerrado!

Golpeó la puerta, pero ya era muy de noche. ¿Quién lo oiría? ¡El

ayuntamiento estaba vacío!

—¡Eh, eh! ¿Hay alguien ahí? Ayudadme, ayudadme. ¡Por favor, por favor, que alguien me ayude!

Mientras aporreaba la puerta, lo que tenía en el estómago sobresalió como un centímetro. Le daba miedo mirarlo. Pero lo hizo y volvió a gritar porque ahora era una boca, la boca de un insecto que rechinaba llena de partes que no tenía una boca normal. Unas mandíbulas malignas ganchudas hacían clic. Estaba dentro de él, lo mordía para salir.

Se incubaba en él.

Pero ¿quién podía oírlo? ¿Sinder? No. Ya no. Eso había terminado. Todo había terminado. Estaba solo y sin amigos. No había nadie que pudiera oírlo gritar y suplicar siquiera.

La ventana. Agarró el cojín de la cama, lo apretó contra el cristal y luego le dio un puñetazo con todas sus fuerzas. El vidrio se hizo añicos. Se quitó el zapato y golpeó los trozos de cristal roto hasta que cayeron tintineando a la calle.

Entonces gritó pidiendo ayuda. Gritó al aire nocturno de Perdido Beach.

No hubo respuesta.

—¡Ayudadme! Por favor, por favor, ay, Dios mío, ¡por favor, ayudadme! ¡No podéis dejarme aquí encerrado!

Pero seguía sin haber respuesta.

El miedo se apoderó de él, un miedo profundo y enloquecedor.

No. No. No, no, no, no, no podía ser. No había intentado herir a nadie, no había hecho nada horrible. ¿Por qué? ¿Por qué le estaba ocurriendo eso a él?

Roscoe cayó de rodillas y suplicó a Dios:

«Dios, por favor, no, no, no, no he hecho nada malo. No he sido valiente, ni fuerte, pero tampoco he sido malo. Así no, por favor. Dios, no, no, no, así no».

Roscoe sintió un picor en el centro de la espalda.

Se sentó y se echó a llorar.

VEINTE

25 HORAS, 37 MINUTOS

DIANA FUE A dar de comer a Penny un poco más tarde de lo habitual. Pero Penny no se quejó. Estaba sumergida en un sueño que la hacía sonreír; sonreía a sus propias ilusiones.

El baño apestaba a desechos humanos. Penny estaba sentada en el suelo de baldosas, con las piernas retorcidas por delante, sobre una esterilla de plástico para hacer ejercicio.

—Oye, ¿quieres darte una ducha? —le preguntó Diana.

Penny no respondió, se limitó a reírse tontamente de algo que Diana no veía.

Diana se inclinó y le dio un golpecito en el hombro. Tuvo que hacerlo varias veces, hasta que al fin la mirada ausente de Penny se centró en ella.

Penny se rio.

—Ah, eres tú de verdad, ¿no?

—Tan real como la vida misma —respondió Diana.

—¿Has venido a alimentar al animal del zoo?

—Aquí tienes la comida. Pero me ha parecido que igual querías darte un baño o una ducha. Yo podría ayudarte.

—¿Es porque huelo como una cloaca? ¿Es por eso?

—Sí —dijo Diana sin rodeos.

Y, sin esperar respuesta, se dirigió a la bañera, que era enorme y ovalada, de mármol rosa.

Diana no sabía cuánto duraría el agua. Pero, por ahora, tenían, e incluso estaba caliente. Había un surtido de aceites de baño en bolitas, sales perfumadas y

champús de Bulgari. Diana metió un par de cubitos de sales en el agua.

Penny llevaba poca ropa: solo una camiseta de tirantes amarilla sucia y un par de shorts rosa manchados. Y tenía dos pares de calcetines puestos sobre los tobillos rotos.

—¿Cómo va el dolor? —preguntó Diana.

—Duele. Es como si alguien me hubiera roto las piernas, los tobillos y los pies. Te enseñaré lo que se siente.

De repente entró una manada de perros rabiosos y fieros en el baño. Tenían los ojos rojos, su aliento humeaba e iban a por Diana. Estaban dispuestos a arrojarla encima de ella y destrozarla con sus colmillos.

Y entonces desaparecieron.

—Así —dijo Penny, disfrutando malévolamente al ver que Diana había saltado hacia atrás, tratando de combatir como una loca aquella ilusión.

Diana se tranquilizó. Si se alteraba, Penny tendría más sensación de poder.

—Lo siento —dijo Diana, porque no sabía qué más decir—. Come algo mientras se llena la bañera.

—No tienes por qué quedarte. Puedo meterme sola en la bañera.

Y, con la mano, se metió algunos espagueti con salsa de carne en la boca.

—Podrías ahogarte.

—Ya, y eso sería terrible, ¿verdad?

Diana no respondió. El futuro de Penny solo le deparaba dolor. No había manera de arreglarle las piernas, no sin Lana, y lo único que tenían para tratarla era Tylenol y Motrin. Era como intentar apagar un incendio con una pistola de agua.

—Está bien que conserves tu poder —comentó Diana.

—Ya. Es genial. De verdad. Es como tener mi propio cine de pacotilla. ¿Quieres saber qué es lo que veía cuando has entrado?

Diana estaba bastante segura de que no.

—Estaba creando monstruos con dientes de aguja. Algo así como vampiros, pero más parecidos a los lobos, como murciélagos rabiosos, como todas las cosas escalofrantes del fondo del océano que hemos visto en fotos. ¿Y sabes lo que estaban haciendo?

—Deja que te quite los shorts.

Diana se arrodilló y fue bajando los shorts por los muslos de Penny. Con cuidado, tan delicadamente como pudo. Pero, aun así, Penny soltó un grito de dolor estremecedor.

—Te estaban haciendo pedazos, Diana. —Penny ahogó un grito con los dientes apretados—. Estaban encima de ti, Diana, haciéndote todas las cosas horribles que se me ocurrían.

—Levanta los brazos.

Diana le sacó la camiseta por la cabeza, no muy delicadamente.

—Verte gritar en mi cabeza me ayuda a no gritar —explicó.

—Haz todo lo que te ayude —dijo Diana.

Pasó un brazo por debajo del de Penny, se inclinó y la levantó. La chica no pesaba. La comida no había curado la delgadez de modelo de pasarela de Penny.

—Ay, ay, aaaaay —sollozó Penny mientras Diana la levantaba.

Diana apoyó a Penny en el borde de la bañera y extendió torpemente la mano para cerrar el agua.

—A Caine le resultaría más fácil —indicó Penny—. Pero no lo hará, ¿verdad? No quiere entrar aquí y ver su obra. El poderoso Caine no quiere.

Diana consiguió aguantar la mayor parte del peso y meterla de culo en el agua caliente.

Las piernas retorcidas como desatascadores se arrastraron hasta seguir a su dueña al interior de la bañera.

Penny gritó.

—Lo siento —dijo Diana.

—¡Ay, Dios, duele, duele, duele!

Diana se apartó. Penny estaba sudando, estaba aún más pálida que antes. Pero había dejado de gritar. Apoyó la espalda contra la bañera. El agua y las burbujas la cubrían hasta el pecho.

—Hay una alcachofa: te lavaré el pelo.

Diana giró el pitorro, comprobó la temperatura del agua y se la pasó por el pelo lacio. Frotó el champú hasta que hizo espuma.

—Igual que en la peluquería —dijo Penny.

—Sí. Probablemente es donde acabaré trabajando algún día —comentó Diana.

—No, tú no, tú eres lista —aseguró Penny. Había cerrado los ojos. Diana aclaró el champú de la cara y el cuello de Penny—. Guapa y lista y tienes a Caine para ti sola, ¿verdad?

Diana suspiró.

—Soy una fracasada, Penny. Igual que tú.

Caine entró de repente. Parecía perplejo.

—He oído gritos.

—Ah, lo siento —gruñó Penny—. Espero no haberte despertado, pedazo de...

—¿Estás bien? —preguntó Caine a Diana.

—Está perfecta —replicó Penny—. Pelo perfecto, dientes perfectos, piel perfecta. Además las piernas le responden, cosa que mola mucho.

—Salgo de aquí —dijo Caine.

—No. Ayúdame a sacarla —pidió Diana.

—Ya, Caine, ¿no quieres verme desnuda? Aún estoy medio buena. Si no te importa lo de las piernas. No las mires y ya está, que igual te pones malo.

Para sorpresa de Diana, Caine dijo:

—Cuando quieras.

Diana quitó el tapón del desagüe.

—¿Por qué no me matas ya? —pidió Penny—. Sabes que lo harás tarde o temprano, Caine. Sabes que no puedes cuidar de mí eternamente. Quieres hacerlo, ¿verdad?

Diana trató de descubrir la respuesta en los ojos de Caine. Pero no distinguió nada. Hubo épocas en las que estaba segura de haber visto dignidad humana en ellos. Y otras en las que sus ojos oscuros eran tan despiadados como los de un tiburón.

—Vale, levántala —dijo Diana.

Caine se acercó y la obedeció. Penny se alzó del agua como una parodia terrible de un delfín saltarín. Se elevó y el agua goteó y las burbujas se deslizaron por su cuerpo hasta caer en la bañera.

Diana cogió la alcachofa y roció a Penny mientras flotaba unos metros sobre el aire. Incluso se estremecía y apretaba los dientes al sentir el tacto del agua sobre las piernas.

Diana extendió una toalla limpia sobre la esterilla y Caine depositó a Penny encima lenta, delicadamente.

—Podría llenarte la cabeza de pesadillas muy reales —lo amenazó Penny—. Podría hacerte gritar incluso más que yo.

—Pero entonces te mataría, Penny —dijo Caine fríamente—. Y no creo que estés lista para morir.

Albert abrió el libro de contabilidad como si eso pudiera dar respuesta a sus preocupaciones. Pero en realidad era lo que las provocaba. Aquel día, en las columnas donde normalmente apuntaba la cantidad de alimentos frescos procedentes de los campos, la cantidad de palomas o gaviotas que había atrapado Brianna, la cantidad de ratas que le habían vendido, la cantidad de pájaros, mapaches, zarigüeyas, ardillas o ciervos que le había traído Hunter, no había nada.

Albert se recordó que tenía que mandar a alguien al puerto para recoger la pesca. Debería haberlo hecho antes, pero había sido un día frenético. Igual podría enviar a Jamal. Por cierto, ¿dónde estaba Jamal? Tenía que volver al atardecer, y ya había pasado un buen rato.

Albert se apuntó mentalmente: dar algo bonito a Dahra por haber reaccionado tan rápido. Si Quinn y su gente hubieran contraído la gripe, la situación aún habría sido más desesperada.

Albert tenía una página para el agua. Agua embotellada encontrada en casas o coches: nada desde hacía días. Agua traída en camionetas: nada en un día.

Y así, en un abrir y cerrar de ojos, Perdido Beach había pasado de ser autosuficiente a situarse a un nivel casi desastroso.

Albert echó un vistazo alrededor. Últimamente, su cautela natural se aproximaba a la paranoia. La casa estaba vacía, incluso la criada se había ido. Pero lo que estaba a punto de hacer habría resultado conflictivo si alguien lo hubiera visto: abrió su escritorio y sacó una botella de agua.

Se oyó un chasquido cuando rompió el precinto de la botella de Arrowhead. Bebió un buen trago, volvió a cerrar cuidadosamente la botella y la escondió otra vez.

A continuación cerró el libro de contabilidad. No tenía nada que añadir a las columnas siguientes.

Entonces oyó un ruido inconfundible, de cristales rotos.

Se quedó paralizado. El ruido venía de cerca. ¿De la cocina?

Dudó solo un instante, mientras repasaba las opciones que tenía. Entonces metió la mano bajo el escritorio, palpó y acabó encontrando la pistola que tenía allí pegada.

Se abrió una puerta. Albert oyó el ruido y sintió que cambiaba la presión del aire. Apartó la silla y trató de arrancar la cinta para sujetar la pistola como era debido, como le había enseñado Edilio, pero fue demasiado lento, tardó demasiado: habían entrado y lo estaban rodeando.

Eran Turk, Lance, Watcher y Raul. Todos armados.

Fue Watcher, un chaval callado de once años al que habían pillado robando, quien le dio un porrazo en la rodilla con una palanca.

—¡Aaaah!

No fue un golpe tan fuerte, pero el dolor le recorrió la pierna de arriba abajo y, durante un segundo, no pudo pensar en nada más. Nunca había sentido tanto dolor. El tobillo y el pie le hormigueaban como si hubiera pisado un cable eléctrico.

—¡Cogedlo!

—¡Sííí!

—¡Dadle otra vez!

—¡No! —gritó Albert, pero el golpe siguiente vino de Turk: le estampó la culata del rifle en la cara.

La nariz le sangraba a chorros. Ese porrazo lo dejó más entumecido que dolorido. Sus pensamientos estaban dispersos, partidos en fragmentos.

—¿Qué...? —empezó.

Le había desaparecido la pistola. ¿Dónde...? Apretó la mano, atontado durante varios segundos, sin saber qué...

Turk lo agarró por la nuca y le aplastó la cara contra el libro de contabilidad. Un rincón de la mente de Albert se preocupaba de que la sangre calara y manchara las páginas: ¿y si luego no se podían leer?

Albert gruñó cuando alguien le dio en la espalda y el costado y le hundió ferozmente el rostro en el libro.

Entonces Turk tiró de él y lo empujó contra la pared. Las piernas de Albert

cedieron y cayó de culo.

Los cuatro chavales se cernieron sobre él. Albert sabía que, además de sangrar, estaba llorando. Y sabía que tanto las lágrimas como la sangre alegrarían a los chungos.

—¿Qué queréis? —preguntó, arrastrando las palabras, al darse cuenta de que tenía un diente roto atascado en la lengua.

—¿Que qué queremos? —se burló Turk—. Todo, Albert. Lo queremos todo.

Tras lavar a Penny, Diana también sintió la necesidad de ducharse.

Se puso champú. Se puso acondicionador. Se afeitó piernas y axilas. Era todo tan normal. Cómo se parecía a estar en casa. Solo que los novios chungos de su madre no se colaban para echarle un vistazo fingiendo que buscaban una aspirina o no sé qué.

Diana cerró la ducha muy reticente. Podría haberse quedado eternamente bajo el agua. Pero no se había olvidado de que todos habían malgastado comida y, finalmente, habían acabado pasando hambre. Había aprendido una lección importante sobre el despilfarro.

Se envolvió en una toalla de baño suave y se lavó los dientes.

A continuación se fue a la cama y se encontró a Caine esperándola. Estaba ahí de pie, torpemente, mordiéndose el pulgar.

—¿Napoleón? —le preguntó.

—No —dijo el chico, y bajó la vista.

—Ajá.

—Te he ayudado con Penny.

—Sí, lo has hecho. Y solo has amenazado con matarla una vez.

Caine esbozó una sonrisa.

—Incluso Sam la habría amenazado.

Diana se acercó a Caine. No se tocaron, pero se encontraban a pocos centímetros de distancia el uno del otro. Lo bastante cerca como para que Diana notara su aliento en la cara.

—¿Por qué me salvaste? —preguntó Diana.

Caine tomó aire profundamente, como si se estuviera preparando para bucear en una piscina.

—Porque yo... —Hizo una pausa y parpadeó. Parecía sorprendido de las palabras que le salían de la boca—. Porque ¿qué haría yo sin ti? ¿Cómo viviría sin ti? Porque sí.

—¿Porque sí?

—Porque eres el único ser humano al que necesito.

Diana lo miraba con escepticismo. ¿Había cambiado? ¿Aunque solo fuera un poco? ¿O no era más que una manipulación?

Tal vez nunca lo supiera. Pero en aquel instante también sabía que eso era lo único que podría sacarle. Y sabía que le bastaba. Porque no iba a rechazarlo.

Diana le agarró la cabeza con ambas manos y lo atrajo hacia ella. Lo besó intensamente. Era un beso hambriento, necesitado, salvaje. Sin dejar tiempo para respirar, para delicadezas, para más preguntas o dudas estúpidas.

Diana dio un paso atrás, se desenrolló la toalla y la dejó caer.

Caine emitió un ruido, como un animal que se ahogara.

Diana lo empujó con fuerza y el chico aterrizó boca arriba sobre la cama.

Se puso a desabrocharse torpemente la camisa, intentando quitársela.

—No, lo haré yo —dijo Diana—. Yo lo haré todo.

PETE

ALGO NO IBA bien. Ya no se aguantaba sobre la placa de vidrio. Se había caído. Seguía cayendo.

Le pitaban los oídos. Un fuego ardía dentro de su cuerpo, y ese cuerpo era prácticamente lo único que veía ahora. La hermana era un eco débil. La Oscuridad quedaba lejos. Estaba dentro de sí mismo, ardiendo, retorciéndose, y cayendo por siempre jamás.

Intentó hacer aparecer a su madre, pero ella tembló y desvaneció.

La brisa fresca no alcanzaba su interior, le atravesaba la piel, pero no apagaba el fuego.

Pete sentía su cuerpo vacío. Era algo malo. Era malo incluso verse, era malo que su cuerpo fuera una parte tan importante de su mente y apartara todo lo demás.

Dolor. Una explosión, una de muchas, surgía de él y le arrojaba lanzas candentes una y otra vez.

Su hermana estaba preocupada, sus ojos distraídos, demasiado brillantes, demasiado azules, daban vueltas como peces en un acuario.

El tentáculo pálido se extendía, lo buscaba, pero no lo encontraba, porque ya no estaba encima de todo, encamarado y equilibrado, sino que caía, daba vueltas hundiéndose en la sed, el calor y el dolor.

Tenía que hacer que parara.

Pero ¿cómo?

VEINTIUNO

24 HORAS, 10 MINUTOS

EL PEQUEÑO PETE se relamía. Tenía los labios secos y agrietados.

Astrid también tenía sed. Desafiando la cuarentena, había salido un par de veces a buscar agua.

Su plan era esperar al amanecer, cuando el rocío apareciera en las hojas de los árboles, en la parte exterior de la casa.

Tenía una escobilla, un cubo y unos trapos bastante limpios. Debía conseguir agua. Tenía que conseguir que Peter bebiera agua.

No podía pedir ayuda a nadie. Sam se había ido. Había buscado a Edilio, pero no lo había encontrado. ¿Quién podría conseguirle algo? ¿Quién podría ayudarla?

El pequeño Pete tosía con voz ronca y se relamía colgado en el aire, girando, despacio, como un pollo en un asador, sostenido por la brisa que soplaba fuerte a través de la ventana.

Después, Diana se quedó sola en su cama. Había echado a Caine y él estaba muy aliviado de poder marcharse.

A Diana no le habría importado que se quedara. Pero tenía la sensación de que Caine necesitaba irse para pensar, para preguntarse dónde se había metido, y lamentar las posibles insinuaciones de que se había reformado y aceptaba las condiciones que ella le pedía.

Todo era una fantasía, claro, la idea de que él cambiara. Igual algún día. Igual cuando fuera mayor. Igual cuando tuviera una carrera, una casa, una esposa y todas esas cosas que hacen que los chicos salvajes se conviertan en hombres.

Aunque los hombres no siempre se portaban mejor que los chicos.

Diana se quedó en su lado de la cama, como si Caine siguiera allí. El otro lado se había convertido en el de Caine. Ya le pertenecía.

Claro que, si seguía siendo así, tendría que encontrar condones. El riesgo de embarazo no era muy elevado por haberlo hecho una vez, sobre todo teniendo en cuenta que su cuerpo estaba medio destrozado. Pero, aun así... Lo último que querían era un bebé.

¿Qué podría hacer un niño con Caine de padre y Diana de madre? Diana se rio en voz baja. Y, al rato, ya no recordaba el momento exacto o el motivo preciso por el que su risa se había convertido en lágrimas amargas.

Edilio estaba completamente quieto en el pasillo, fuera de la habitación de Roscoe.

Apenas podía respirar.

¿Qué podía decirle? ¿Qué decirle a un niño que estaba a punto de morir? La terrible verdad era que no podía hacer nada por Roscoe. Menos mal que era creyente, porque solo Dios podía salvarlo. Edilio no.

Y lo que tenía que hacer Edilio a continuación era destruir la última esperanza de Roscoe.

Miró el contrachapado. Tres medias láminas, cada una de metro veinte por metro veinte. Un martillo y clavos. Tablones cruzados.

Había que hacerlo. No quedaba otro remedio. Roscoe y las cosas que tenía dentro no podían escapar.

Edilio arrastró primero la lámina por el pasillo oscuro y la apoyó contra la puerta.

—¡Oigo a alguien ahí fuera! —gritó Roscoe.

—Soy yo, Roscoe: Edilio —dijo.

—¡Edilio! ¡Por favor! ¿Puedes ayudarme?

Edilio abrió la caja de clavos, agarró el martillo y colocó el clavo para que atravesara el contrachapado hasta la moldura de la puerta.

—Roscoe, no puedo hacer nada, hermano. Tengo que... Vas a oír golpes de martillo.

—¿Qué?

Edilio golpeó el clavo. Había que tener cuidado: estaba oscuro, y guiarse solo por el tacto no era el mejor modo de trabajar con un martillo.

Iba a tardar un buen rato.

—Roscoe, tengo que hacerlo, tío —insistió Edilio.

—¿Vas a encerrarme aquí y dejarme morir?

Edilio dudó.

—Sí.

—¡De eso nada! ¡No!

—Y tengo que hacer lo mismo con la ventana, tío.

—Edilio, no. No, tío. No quieres hacerlo.

—No, no quiero.

Roscoe se quedó callado mientras Edilio claveteaba el contrachapado restante en su sitio. Edilio apoyó el tablón de madera sobre el contrachapado y lo clavó encima. El otro extremo lo fijó al suelo con unos enormes clavos muy largos que tardó una eternidad en colocar.

Edilio salió fuera, al aire libre, y se armó de valor para lo que venía a continuación. Apoyó la escalera contra el edificio y, con cierta dificultad, consiguió cargar con una lámina de contrachapado. Tuvo la sensación de que iba a caerse y romperse la crisma, pero, eso habría sido justo, ¿verdad?

Roscoe estaba en la ventana. Su rostro mostraba una palidez fantasmal bajo la luz de la luna.

—¿No hay nada que...? —suplicó Roscoe.

—Ni siquiera Sam puede matar a esas cosas —explicó Edilio—. Lo intentó, pero no pudo. No puedo dejar que hagan daño a más gente.

—Ya —susurró Roscoe y asintió, con la mandíbula tan rígida que se oía el crujido de sus dientes.

—Lo siento, tío —dijo Edilio.

Colocó la madera contra la ventana, apoyada precariamente sobre el alféizar.

—Di a todos con los que alguna vez me puse chungo que lo siento —pidió Roscoe con la voz amortiguada.

—Nunca fuiste chungo con nadie, tío. Eras un buen chico.

Edilio se estremeció al darse cuenta de que había utilizado el tiempo pasado. Encajó rápidamente el primer clavo, y se golpeó el pulgar con el martillo. El dolor resultó contundente, pero lo recibió encantado.

Orc se despertó con dolor de cabeza y escalofríos.

Estaba boca abajo. En la arena. Las olas le lamían las piernas, le cubrían los pies, se arremolinaban delicadamente para mojarle las pantorrillas.

Su cabeza era una bola gigante de dolor. Tenía arena en la boca. Arena en las grietas que quedaban entre las piedras que formaban su piel.

Veía las botellas. A pocos centímetros de su cabeza, vacías. No quedaba ni una gotita.

Aún estaba borracho: no había dormido el tiempo suficiente para despejarse. Pero ya había recuperado la conciencia.

Estaba desnudo. Eso lo sorprendió un poco. Pero recordaba vagamente haberse arrancado la ropa sucia y entrar en el agua como un animal salvaje. Gritando.

Aunque no había nadie que pudiera verlo. Estaba solo. Nadie se quedaba cuando Orc enloquecía.

El chico pensó que le tenían miedo. ¡Menuda sorpresa! Orc el monstruo, el que se tambaleaba cubierto de su propia mierda e intentaba limpiarse metiéndose en el agua asustaba a la gente.

Decidió ir a buscar otra botella, rápido, antes de que todo volviera a su cabeza, pero ya era demasiado tarde: ya estaba volviendo.

Se puso de rodillas. Tal vez fuera un borracho sucio y asqueroso, pero aún estaba fuerte.

Tendría que pasearse desnudo por las calles oscuras. ¿Y eso importaba? No era un chico, era un monstruo. Orc desnudo no sería más que una curiosidad de la que podría reírse la gente. Otra cosa que repugnaría a la gente.

Trató de ponerse en pie, pero, por algún motivo, acabó cayendo de espaldas.

Vomitó y el vómito le chorreó por la cara, por la parte en la que tenía el último trozo de piel humana.

Había estrellas en el cielo. Como se apilaban y a veces se duplicaban se volvían borrosas.

Ahí estaba Charles Merriman.

Se odiaba a sí mismo.

Se odiaba muchísimo. Había recibido su merecido: arena fría y agua y dolor aún más fríos.

¿Por qué no podía morir y listo? Merecía morir. Tenía que morir. Si había alguna clase de Dios allí arriba mirándolo, debía de tener ganas de vomitar.

Claro que probablemente a Dios le gustaba hacer cosas así. Charles Merriman debía de ser la persona a la que más le gustaba machacar. Sí, era algo así como: «Voy a dar a este chaval un borracho violento como padre y una fregona tonta como madre, y haré que le cueste incluso aprender a leer, y entonces, justo cuando por fin empiece a ganarse cierto respecto, lo convertiré en un monstruo».

Nadie había tratado nunca a Charles Merriman como si pudiera ser un chaval. Como si no fuera totalmente inútil. Excepto Howard, y lo hacía solo para utilizarlo.

La única otra persona que había sido agradable con él era Astrid. No es que él le gustara, pero al menos no pensaba que fuera escoria. No lo trataba como si fuera un don nadie.

En una ocasión él le había salvado la vida. Pero incluso antes de eso Astrid había sido agradable con él. Una persona. En toda la vida.

Haciendo un esfuerzo supremo, Orc se puso en pie.

Al final Sam decidió pasar la noche acampado junto al tren. Tenían que quemar cajas, y un fuego tranquilizador se elevó en el cielo nocturno.

Hicieron un campamento con los muebles de jardín. Comieron Nutella y bebieron Pepsi, sin llegar a cansarse en ningún momento de la dulzura.

Contemplaban las llamas y las chispas que soltaba el fuego.

—Si traemos chavales aquí, se enterarán de lo de los misiles —comentó Dekka.

—Sí.

Sam estaba de acuerdo. Mirando elocuentemente a Toto, hizo un gesto para que los demás hablaran en voz baja. El chico dormitaba a ratos sobre una *chaise longue* de mimbre.

—No podemos llevarnos todo esto a la ciudad; tendrán que venir aquí.

—Sí —coincidió Sam.

—Lo que necesitamos ahora mismo es un montón de... ¿cómo se llaman?

—Se llaman M3-SAMAA —respondió Jack—. Sistemas de armas multipropósito antiblindaje y antitanque.

Estaba leyendo el manual de instrucciones junto a la luz del fuego.

Sam puso los ojos en blanco.

—M3. Sí, eso sería lo último que querría que cayera en manos de un chaval.

—¿Podemos esconderlos? —sugirió Dekka.

—No se lo diré a nadie —comentó Jack sin prestar atención—. De todos modos, no quiero que vengan los chavales y me roben los ordenatas.

—Y tenemos un miembro nuevo en nuestra banda —recordó Sam—. Toto el atrapatorlas. No creo que se le dé muy bien eso de guardar secretos.

Se levantó y arrojó otra caja de madera a la hoguera. Probablemente el fuego ahuyentaría a los coyotes. Sam bostezó, se hundió en la mecedora de mimbre y colocó los pies doloridos en la mesita.

—¿Sabéis qué? —dijo entonces—. Se me sigue olvidando que no soy yo quien manda. —Se rio, satisfecho—. Se lo diré a Albert. Entregaré a Toto a Edilio. Y entonces ya no será mi problema.

—Sí, como que eso va a funcionar, Sam —comentó Dekka.

Sam se fijó en que la chica se palpaba la barriga, apretaba y fruncía el ceño.

—¿Pasa algo? —preguntó.

Dekka meneó la cabeza.

—Creo que voy a dormir un poco.

Sam se quedó dormido. En algún momento de la noche se despertó y vio que el fuego había quedado reducido a unas pocas brasas. Vio a Dekka a cierta distancia, fuera del círculo de la luz del fuego. Le daba la espalda. Tenía la camiseta levantada y la barriga al aire, y no dejaba de palpársela y apretársela.

Sam volvió a dormirse y se despertó del todo al cabo de lo que le parecieron escasos segundos; el fuego, sin embargo, se había apagado casi del todo y Dekka estaba en su silla, roncando.

Algo. Había algo en la oscuridad.

¿Coyotes? No quería pelear con esos animales. Si él o alguno de los otros resultaba malherido, no sería fácil volver con Lana.

Sam levantó la mano y lanzó un sol de Sammy al aire. El sol se quedó suspendido a unos tres metros del suelo, proyectando una luz enfermiza sobre el campamento. Jack y Toto estaban dormidos. Dekka ya no.

—¿Qué pasa? —dijo Dekka entre dientes.

—No lo sé. —Sam señaló hacia el lugar de donde creía que procedía el ruido. Y luego, en voz lo bastante alta como para que lo oyera Dekka, pero no lo suficiente como para despertar a sus compañeros dormidos, amenazó—: Si hay alguien ahí fuera, soy Manos Brillantes. Te quemaré si nos molestas.

No hubo respuesta.

Se oyó un ruido débil, pero decididamente susurrante. Tal vez fuera un chasquido. Tal vez no. Y luego silencio.

—Ya he dormido bastante —se lamentó Sam.

—Me sentaré a vigilar —propuso Dekka.

—Dekka: ¿hay algo que quieras contarme?

La oyó suspirar.

—Solo es paranoia, Sam. Solo... ya sabes... quiero asegurarme. Me sonaban las tripas y pensé que igual... ya sabes.

—Dekka, hacía meses que no comías nada que fuera ni remotamente dulce. No es raro que tengas la tripa un poco rara.

—Ya, ya lo sé, ¿tú también?

—Claro. Un poco —mintió Sam.

Jack se despertó resoplando fuerte y con estrépito: al bajar el brazo destrozó una mesa.

—¿Qué? —gritó. Se incorporó. Se frotó la cara. Encontró las gafas—. ¿Por qué estamos despiertos? Aún es de noche.

—Es verdad: es de noche —dijo Toto.

—Bueno, si nos hemos despertado todos, ya podemos seguir. Cuanto antes mejor —dijo Sam, suspirando—. Vamos a encontrar ese lago.

Sanjit era de complexión delgada, pero tenía fuerza. Así que cuando Lana se desmayó logró agarrarla y sujetarla.

Dahra vio cómo ocurría.

—Necesita dormir —le indicó—. Sácala de aquí.

—¿Y tú qué? —le preguntó Sanjit.

—Se me da muy bien echarme siestas relámpago —afirmó Dahra—. Además, Virtue resulta casi tan útil como tú aquí.

—¿Casi? —gruñó Virtue.

Se acercó al «hospital» para avisar de que Bowie se encontraba mucho mejor. Había metido al resto de sus hermanos y hermanas en la cama después de que tomaran un poco de agua y comida. Y ahora estaba ayudando a Dahra.

La chica le puso una mano sobre el hombro y comentó:

—Me has salvado la vida, Virtue. Mi hermanito africano...

Al oír eso, Virtue sonrió, lo cual era poco habitual. Los padres de Dahra venían de Ghana y los de Virtue, del Congo, así que no eran precisamente del mismo barrio, pero Sanjit se dio cuenta de que, aun así, tenían algo en común. Además, ambos eran muy buenas personas.

—No puedo llevar a Lana a Clifftop —señaló Sanjit—. Pero puedo buscarle un lugar para que se eche.

Lana se despertó el tiempo suficiente para decir:

—Eeeeh... ¿qué?

Y entonces volvió a desmayarse. Sanjit la cogió en brazos, y Virtue le llevó un par de mantas y se las colocó sobre los hombros.

Sanjit la sacó del sótano, recorrió el pasillo repleto de chavales abatidos que no dejaban de toser bruscamente, y salió a la plaza.

Allí yacían cinco cuerpos sin enterrar, uno junto a otro. Cada uno estaba envuelto con una manta distinta, con las esquinas metidas por dentro; tenían los rostros cubiertos de chenilla, satén o cuadros escoceses.

Habían puesto nombre a la plaga, un apodo cruel. La llamaban la TSM: Tos Sobrenatural de la Muerte.

Pero llegó un momento en el que empezaron a darse cuenta de que algunos de los chavales también mejoraban. La gripe era terrible, pero no suponía la pena de muerte para todos los que la pillaban.

No habían conseguido anotarlos todo; sin embargo, según las notas que Dahra tomaba apresuradamente y su memoria exhausta, uno de cada diez casos llegaba a convertirse en TSM.

A Sanjit le costaba un poco cargar con Lana, pero no quería dejarla cerca de los muertos ni tampoco en algún lugar donde pudiera oír las toses perrunas.

No solo le faltaban horas de sueño. También le faltaban amor y esperanza. Vivía sintiéndose culpable por no haber conseguido ser una supermujer, por no haber conseguido matar a la malvada en el pozo de la mina, por no haberse dado cuenta de lo que le pasaba a Mary.

Llevó a Lana hasta la playa y la acostó sobre una de las mantas que había extendido sobre la arena blanda y seca. Sanjit se había echado encima del arma que llevaba en el cinturón, así que se la sacó y se la puso sobre la tripa. Entonces cubrió a Lana con la otra manta.

Su perro fiel los había seguido durante todo el camino, y ahora Patrick se acurrucaba junto a ella. El animal miraba a Sanjit, inquisitivo.

Estaba convencido de que estaría a salvo ahí sola. Nadie quería hacer daño a la curandera. Y Patrick ladraría si alguien se le acercaba.

Pero Sanjit no podía dejarla. Así que se sentó en una especie de postura de yoga, suspiró, y decidió esperar al amanecer.

Albert no se resistió. Pensó que un chaval más valiente tal vez lo habría hecho, pero él no era esa clase de chico. Cuando Turk quiso saber dónde tenía su alijo secreto, Albert se lo dijo.

Así de fácil.

Albert se había meado encima. Había llorado. Y seguía llorando.

Iba a morir. Lo sabía. No tardarían en darse cuenta de que no había un modo seguro de liberarlo.

Pronto lo sabrían. Él ya lo había comprendido, así que, ¿por qué no iban a darse cuenta ellos también?

Pero igual podía negociar. Tal vez ahora que tenían todas sus cosas, su alijo de comida enlatada y agua embotellada...

Pero no parecía gran cosa. No lo era, aunque fueran riquezas fabulosas en la ERA. Llenaron dos cajas pequeñas con todo lo que encontraron y se metieron lo que pudieron en los bolsillos de la chaqueta.

—Ya tenéis lo que queríais —comentó Albert, esforzándose sin éxito por eliminar el temblor sollozante de su voz—. Iros ya. No se lo diré a nadie.

—Tío, tenías latas de carne enlatada escondidas —dijo Raul, sin creérselo—. ¡Tenías tres latas!

—Cogedlas —suplicó Albert—. Cogedlo todo.

Turk miró a Lance. Incluso desesperado y destrozado, Albert sabía que aún no estaban convencidos. La esperanza surgió como una llamita en su interior. Quizás. Quizá no lo harían...

—Mirad, queréis comida y agua, ¿verdad? —insistió Albert.

—¿Tienes más? —exigió saber Lance, enfadado.

—N-n-no... Aquí no.

—N-n-no... Aquí no —lo imitó Lance.

—Aquí n-n-n-n-n-n-no —dijo Watcher, y se rio.

—Entonces ¿dónde están las otras cosas? —preguntó Turk, y le dio una patada indecisa.

Pero bastó para que Albert sintiera una punzada impresionante de dolor en la pierna, procedente de la rodilla rota. La rodilla ya se había hinchado hasta alcanzar el doble de su tamaño. Era la peor de las múltiples agonías que sufría su cuerpo.

—No tengo nada más aquí —explicó Albert—. Pero escuchadme, conseguiré más, ¿vale? Compraré más. Controlo lo que se hace y lo que se recoge y todo.

—Sí. Eres un gran hombre, Albert —se burló Turk—. Qué pena que te hayas meado encima.

Con ese comentario, todos se rieron otra vez de él.

—¿Crees que somos estúpidos? —inquirió Lance—. ¿Crees que somos un atajo de chicos blancos estúpidos que no saben que puedes chasquear los dedos y conseguir que Sam, Brianna u otro de los raros vayan detrás de nosotros?

—Yo no haría eso. —A Albert le temblaba tanto la mandíbula que casi no podía hablar—. Yo no lo haría. Porque si lo hiciera, le di-di-di-diríais a la gente que he llorado.

—Y que te has meado encima. —Watcher parecía el más inclinado a dejarle marchar, pero Albert sabía que Turk y Lance tomaban las decisiones.

No había piedad en ninguno de sus rostros. Lance refulgía odio. Turk era menos emotivo.

—¿Sabes qué tenemos que hacer? —sugirió Turk, riéndose al pensar en la frase que iba a soltar—. Tenemos que arrojarlo a una de las trincheras que hemos cavado para él.

—No, no, no hagáis eso —suplicó Albert. Que lo sumergieran en

excrementos era infinitamente mejor que terminar muerto—. No, no lo hagáis, os lo suplico.

Lance se agachó y acercó su hermoso rostro cincelado a la altura del de Albert.

—Te crees que lo tienes todo, ¿verdad? Sí, sería divertido verte revolcarte en la mierda como nos has hecho revolcarnos a nosotros. Pero luego saldrías y la próxima vez que apareciera alguno de nosotros, allí estaría Sam Temple. Un relámpago de luz y, zas, estaríamos muertos.

—No... Yo no... —empezó Albert—. Por favor. Por favor, no me matéis.

Turk parecía ofendido.

—¿Acaso hemos dicho que fuéramos a matarte? —Se volvió hacia Lance—. ¿De dónde ha sacado esa idea?

Lance le siguió la corriente.

—No lo sé, Turk.

—Igual ha sido por esto —sugirió Turk, y colocó el rifle a la altura de la cara de Albert.

Algo explotó. Albert no oyó ningún ruido.

Turk estaba junto a él.

La sangre le cubrió el ojo derecho y lo cegó. O tal vez ya no tuviera ojo: no lo sabía.

Albert trató de respirar y oyó un borboteo en los pulmones. Oyó que su corazón se ralentizab...

Turk parecía asustado y extasiado a la vez. Lance lo miraba, taciturno. Los dos chavales más jóvenes se apartaron, tropezaron el uno con el otro, y echaron a correr.

Lance dio a Turk un rudo puñetazo en el hombro para felicitarlo.

El único ojo bueno de Albert se oscureció.

VEINTIDÓS

12 HORAS, 48 MINUTOS

—ESO ES UN lago —dijo Sam—. Desde luego que eso es un lago.

—No me puedo creer que ni siquiera supiéramos que estaba aquí —comentó Dekka.

Aún no había salido el sol, pero una luz de un gris perla mostraba una ladera larga que bajaba hacia una masa enorme de agua: la más grande que había visto Sam en toda su vida, aparte del océano.

La hierba, seca, crecía en matas. Pinos tremendamente raquíticos y atrofiados estaban desperdigados aquí y allá, pero la costa propiamente dicha estaba formada por una hilera de piedras grandes revueltas, interrumpida por estrechas playas arenosas y poco extendidas.

A lo lejos se veía un puerto pequeño con dos docenas de barcas.

La barrera atravesaba el lago, pero en la parte que quedaba en el interior había más agua de la que nunca podrían necesitar o querer los chavales de Perdido Beach.

—¿Crees que será potable? —se preguntaba Dekka.

—Vamos a averiguarlo.

Sam bajó corriendo hacia la costa, ansioso por verla y probar el agua, pero procurando no tropezar. Sería demasiado cruel llegar hasta allí y descubrir que el agua era salada. Eso sería otra mala jugada, otra decepción más. Y además podría suponer una condena para todos.

Sam alcanzó la orilla del lago acompañado de cerca por los demás. Las piedras pálidas no eran estables, así que avanzaba con cautela.

Se quitó los zapatos y, a continuación, se lanzó impulsivamente de cabeza al agua.

La orilla era poco profunda y, al sumergirse, Sam se rozó el pecho con las piedras del fondo, pero en dos brazadas el agua ya lo cubría por completo.

El chico bebió un trago. Aún dentro, Sam se volvió para mirar a Jack, Dekka y Toto, que permanecían de pie, vacilantes, sobre las rocas.

—Damas y caballeros —anunció Sam, con una sonrisa enorme en el rostro—, tenemos agua potable.

—¡Agua! —exclamó Jack.

—¡Agua de verdad, de la buena! —repitió Dekka.

—¡Dice la verdad, Spidey! —dijo Toto.

Sam dio una voltereta de alegría. El lago estaba frío, pero no hasta el punto de helarle los huesos. La parte surfera de su cerebro calculó que le bastaría un traje de 3/2 mm para mantenerse bien abrigado.

Tragó un poco más de agua y nadó hacia sus amigos.

—Agua potable —dijo Dekka—. Agua potable y fresca. Brrr.

Sam examinó la costa.

—La verdad es que no es un sitio estupendo para fundar una nueva ciudad. Necesitaríamos algo más llano. Y luego habría que tener cuidado con que las aguas negras no terminaran contaminando el agua potable. Supongo que...

Pero se detuvo. Albert y Edilio podrían concretar los detalles. Ya había hecho lo que tenía que hacer.

—He visto barcas —señaló Jack—. Me pregunto si habrá peces.

Toto comentó:

—Peces, sí, peces.

—¿Sabes algo? —le preguntó Sam.

—Mi padre me llevaba a pescar —comentó y, a continuación, como si le

sorprendieran sus propias palabras, miró la cabeza de Spidey que ya no estaba allí, y añadió—: Este no es aquel lago, ¿verdad? No, ese era el lago Isabella.

—Vale —dijo Dekka armándose de paciencia—. ¿Había peces en ese lago?

—Trucha —respondió Toto—. Lubina. También pomoxis. Pescado.

—Si encontramos cañas y otras cosas en las barcas, significará que hay pescado —señaló Jack.

—Está solo como a media milla. Podríamos nadar —propuso Sam.

—Tú puedes nadar media milla —dijo Dekka—. Yo caminaré.

Salieron del lago, aunque a Sam le costó mucho. Esa masa nueva, inexplorada, de agua resultaba estimulante. ¡A saber lo que podrían encontrarse en el interior del lago o en sus alrededores!

Pero entendía que a Dekka y a los demás no les entusiasmará nadar mucho rato en agua fría.

La costa dibujaba una serie de curvas, como el borde de un tapete de encaje hecho de estrechas playas arenosas y promontorios rocosos. No tardaron en dar con un sendero, y lo recorrieron riéndose y charlando alegremente.

Sam sabía que sin gasolina, sin mucha gasolina, nunca conseguirían bajar agua suficiente para...

Frenó en seco.

—Los puertos deportivos —intervino, y sintió un escalofrío que no nada tenía que ver con la temperatura—. Los puertos deportivos. ¿Sabéis lo que tienen?

—¿Barcas? —sugirió Jack, como si temiera que fuera la respuesta incorrecta.

—Barcas —sonrió Sam—. Y tal vez también veleros. Pero ¿sabéis qué más? Lanchas motoras. Motos acuáticas.

—¿Quieres una moto acuática?

—¿Qué hace funcionar una moto acuática, amigo mío?

—Yo diría que el agua —respondió Dekka.

—¡La gasolina! —exclamó Jack.

Sam le dio una palmada en el hombro.

—¡Sí! ¡Un puerto deportivo sin combustible no es un puerto deportivo!

Sam sonrió y empezó a correr hacia el puerto. En su interior, una voz le advertía con insistencia que no albergara esperanzas, que no esperara una respuesta positiva. «Es la ERA —le decía la voz—. Sigue siendo la ERA».

Pero, tras tanto dolor, tantas decepciones y tantos horrores, seguro que se merecían buenas noticias.

Seguro que sí.

Lana abrió los ojos.

Patrick le lamía la cara. Ese debía de ser el motivo por el que había abierto los ojos.

Tenía algo pesado apoyado sobre el pecho. Una cabeza. Cubierta de un pelo largo y oscuro.

La apartó, gruñó y dijo:

—Estoy despierta.

Sanjit se incorporó, la miró y se limpió la baba de la comisura del labio.

Lana estaba en la playa. Había salido el sol, pero aún no había asomado por detrás de las montañas. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí. El instinto le hizo buscar el arma. No la tenía en la cinturilla. Había quedado metida en la manta.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Yo te he traído.

Lana asimiló lo que le acababa de decir.

—¿Por qué? —le preguntó, recelosa.

—Te desmayaste.

Lana se pasó los dedos por el pelo enmarañado. Se secó la boca y puso mala cara al notarse el aliento.

—¿Tienes algo de agua?

—Lo siento, no —dijo Sanjit.

Lana suspiró y lo miró cansada.

—¿Y a ti qué te pasa? Ni siquiera tienes manta —comentó Lana.

—No iba a dormirte.

—Dime que no me mirabas mientras dormía, porque vomitaré.

Sanjit sonrió.

—Sí que lo hacía. Te miraba. Y también te he oído dormir.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Bueno, que te has tirado un pedo. Pero más bien lo que haces es hablar. Gruñes en sueños.

—¿Y qué decía?

Sanjit se esforzó visiblemente por recordarlo.

—Bueno, más bien hacías: «Aaaarrg... Mmmm... Aaann... Aaaan... No intentes... Aaaarg». Y luego el pedo ha sido así como..., bueno..., muy delicado. Como... ¡Put, put! Casi musical.

Lana lo miraba fijamente.

Sanjit temblaba.

—¿Tienes frío? —le preguntó ella.

—Solo un poco. Ya sabes, lo típico al despertarse.

Sanjit tembló otra vez y enroscó los brazos en torno a las piernas alineadas.

Lana se sacó la manta de encima, hizo una bola con ella soltando algo de arena, y se la pasó a Sanjit, que se la colocó por encima de los hombros.

—¿Cuántos más han muerto? —preguntó la chica.

—Eran cinco en total cuando nos hemos ido.

Lana dejó caer la cabeza durante un instante y Sanjit se quedó callado. Entonces la chica se levantó y caminó hasta la orilla. Se quitó la ropa hasta quedarse en bragas y sujetador, y, apretando los dientes, se metió corriendo en el agua. En cuanto le llegó a las rodillas, se zambulló de cabeza. Estaba helada, pero limpia. Se libró de la sangre seca y la mugre y se enjuagó la boca con agua salada.

Entonces salió temblando y corrió de vuelta hacia Sanjit.

—Me mirabas —comentó la chica.

—Pues sí. Soy un adolescente. Los adolescentes suelen mirar a las chicas guapas en ropa interior mojada.

Lana se inclinó, cogió la manta, le sacudió la arena y se envolvió en ella.

Sanjit se levantó.

Y Lana le besó en la boca.

Le dio un beso de verdad.

Él le agarró la cabeza mojada con ambas manos y le devolvió el beso.

—No ha estado tan mal como pensaba que estaría —comentó ella.

Lana detectó, satisfecha, que, por una vez, Sanjit no parecía tener una réplica preparada. De hecho, parecía un poco enfermo, y muy dispuesto a volver a besarla.

—Volvamos al hospital —dijo la chica.

Brittney recuperó la conciencia en un camino estrecho. Unas paredes de tierra y piedra de más de dos metros la tenían encerrada: se alzaban por encima de ella. Y, en lo alto, un grupo de coyotes la miraban con gula, con las bocas abiertas y la lengua colgando.

Jamal estaba detrás de Brittney, revisando la cuerda que le sujetaba los brazos por las muñecas y los codos.

La chica también tenía los tobillos atados, con una cuerda más larga que le permitía dar pasos cortos, pero no correr.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella.

Jamal levantó el hombro bueno.

—Donde Derek quería que fuéramos.

El chico bostezó, alzó la vista, nervioso, hacia los coyotes, y volvió a bostezar.

—Deberías descansar un poco —le indicó Brittney—. Te duele y estás derrotado.

—¿Aquí? —El chico se rio amargamente—. ¿Te parece que este es sitio para echarse una siesta?

Brittney reconoció en silencio que no lo era. Había algo oscuro en aquel lugar, aunque el sol estuviera en lo alto del cielo. Algo en el aire. Algo en la mirada de los coyotes. Una oscuridad que penetraba en su corazón sin latidos.

—Quiero volver —pidió Brittney.

—¿Sí? Yo también —coincidió Jamal—. Pero, si lo hago, el bueno de Drake me arrancará la piel a latigazos.

Y la empujó hacia delante. La chica tropezó con la cuerda que le sujetaba los tobillos y estuvo a punto de caerse, pero no perdió el equilibrio y continuó arrastrando los pies, sin saber qué otra cosa podía o debía hacer.

«¿Qué debo hacer, Señor, para ganarme la muerte verdadera y mi lugar en tu

cielo?».

—Este sitio es malo, Jamal —comentó Brittney—. Lo noto.

—Ya. Drake es un mal chico, y va a sitios malos. Pero supongo que es mejor ir con él que contra él.

Al salir de la grieta se encontraron con una pared rocosa escarpada que tenía un agujero medio en ruinas. Apenas había luz rosada suficiente para ver que el pozo de la mina estaba bloqueado por toneladas de piedras caídas.

Las maderas enormes que enmarcaban el agujero estaban astilladas y parecía que fueran a partirse del todo.

La maldad que percibía Brittney debía de proceder de allí, de ese agujero, de ese montón de piedras.

—¿Dónde estamos?

—En el pozo de la mina —respondió Jamal—. ¿No has oído hablar de todo eso? ¿De lo que pasó aquí dentro? Fue eso lo que le dio el látigo a Drake.

—¿Aquí dentro? Si está todo hundido, sellado...

—Y eso debe de ser bueno, ¿eh? Porque si esa cosa parece tan mala desde aquí fuera, no quiero saber lo que se siente estando cerca. —Jamal se mordió el labio y añadió en voz baja—: Como una zarpa grande que te agarra el corazón. Como carámbanos en el cerebro.

—Jamal, si huyes...

El chico meneó la cabeza.

—Drake me perseguiría. Mira, no se te puede matar, ¿vale? Y a él tampoco, ¿no? Lo que quiero decir es que si lo traiciono, tarde o temprano me pillaré.

—Igual con fuego —susurró Brittney—. Igual el fuego sagrado de Dios puede destruirnos a los dos.

—Ya, vale, pues no tengo nada de eso.

—Solo Sam puede terminar con esto.

Jamal levantó las manos con un gesto de indefensión, y comentó:

—Vale. Si el gran Sam quiere cargarse a Drake, yo no diré nada. Pero escucha: lo único que intentas es retrasar a Drake. Sam y él acabarán enfrentándose, ¿verdad? Así que, en lugar de ponerle piedras en el camino, igual deberías facilitárselo, ¿ves lo que quiero decir?

Brittney miraba fijamente a Jamal. ¿Acaso era un truco?

«¿Es el diablo que me tienta?».

Jamal señaló la cueva con la cabeza.

—Acaba de decirme que nos quedáramos aquí. Se le ha metido en la cabeza que puede hablar con la cosa que hay aquí dentro. O por lo menos oír lo que dice.

Brittney pensó que igual era verdad. ¿Cómo no creer en cosas que parecían sobrenaturales? A veces su hermano le hablaba en forma de ángel. Y Dios estaba siempre con ella, ¿cierto?

Y ella misma, aquel resto horripilante de la chica que había sido, era algo que estaba fuera de la naturaleza.

¿Era Sam el servidor del Señor? ¿La herramienta escogida por Dios para liberar a Brittney? A menudo, le había suplicado que la liberara. Pero los caminos de Dios le resultaban inescrutables. Dios y ella no compartían el mismo tiempo. Hágase su voluntad.

—¿Qué quiere Drake de mí? —preguntó Brittney.

—Bueno, ya sabes, que no intentes huir todo el rato y me obligues a atarte las piernas y nos retrases a todos.

—¿Y va a ir tras Sam? ¿Ese es el plan, ir tras Sam?

Le pareció detectar una levísima falsedad en la mirada de Jamal cuando le respondió:

—Ese es precisamente el plan. Ir derecho a Sam en cuanto hable con... ya

sabes.

—Puedes dormir, Jamal —indicó Brittney—. Duerme hasta que vuelva Drake. No huiré.

—¿Cómo voy a fiarme de ti?

—Porque te lo juro. Por la sangre del Cordero, te lo juro.

Jamal se despertó al sentir el dolor de las patadas de Drake.

—¿Qué?

En realidad, Drake sonreía. No tenía buena cara al sonreír.

—Estabas dormido, y yo sigo aquí.

Jamal se puso en pie de un salto, y desató rápidamente a Drake.

—Ya, he hecho justo lo que me pediste, Drake. Lo que me pediste. Le he dicho que lo primero que harías sería ir tras Sam. Y que luego Sam os quemaría a los dos y...

Jamal tragó saliva: de repente se daba cuenta de que igual se había enrollado demasiado.

Pero Drake se sentía benévolo y expansivo. Acarició a Jamal en la mejilla con la punta del látigo y comentó:

—Has hecho bien. Y atraparé a Sam Temple. Tarde o temprano.

Drake dirigió la vista hacia el pozo de la mina. Lo que sentía por la Oscuridad era algo muy parecido al amor. También le tenía miedo, pero la Oscuridad bien lo merecía. Merecía su miedo y su devoción.

Aunque tuviera que sacar esas piedras una a una, aunque tardara semanas en hacerlo, alcanzaría a la Oscuridad y la liberaría.

—Mi antiguo cuerpo está ahí abajo —explicó Drake; por primera vez se daba

cuenta—. Mi antiguo cuerpo está ahí abajo, con ella.

Drake sintió una punzada de nostalgia. Quería frotarse contra las piedras de la entrada de la mina. Eso lo ayudaría a sentirla más cerca de ella. Puede que la Oscuridad se comunicara con él, acariciara su mente, le dijera qué hacer a continuación.

Pero no podía hacerlo con Jamal delante.

—Empieza a cargar piedras —ordenó Drake—. Tienes que apilarlas ahí detrás —dijo señalando un espacio relativamente llano—. No sé hasta dónde llegaron las piedras. Puede que tardemos un rato. Que Brittney la cerdita se ponga a trabajar cuando vuelva.

Se pasaron dos horas o más levantando y cargando piedras. Les habría venido bien una carretilla, y que Jamal no tuviera un brazo roto. Tenían que levantar cada trozo de piedra, cada madera rota. Algunas eran tan grandes que debían cargarlas entre los dos. Otras ni siquiera podían moverlas y tenían que rodearlas.

Al cabo de dos horas no habían retirado más de medio metro de piedras del interior de la mina.

Durante ese par de horas, Brittney reapareció una vez y accedió a ayudarles a cavar. Pero Drake no se engañaba: no estaban consiguiendo nada. Podían tardar meses. Años. Eternamente.

Los coyotes iban y venían, observaban, planteándose si comerse a Jamal. Así que cuando Drake oyó movimiento procedente de la curva de la carretera, dio por supuesto que se trataba de coyotes.

Solo que no era el habitual ruido que hacían sus habituales pisadas sigilosas. Se oían chasquidos y movimientos precipitados.

Drake se enjuagó el sudor de la frente y se volvió con cautela hacia donde provenía el ruido.

Ese bicho parecía sacado de una película de ciencia ficción. Era como un alienígena, un robot o algo así, porque era demasiado grande para ser solo un insecto.

Era de plata y bronce, pero mate. Tenía cabeza de insecto y una boca prominente, con dientes chirriantes que le recordaron al típico chef japonés que exhibía ceremoniosamente sus cuchillos. Unas siniestras mandíbulas curvas de cuerno o hueso negro le sobresalían por un lado de la boca.

La criatura olía a curry y amoníaco, a algo amargo con un toque de dulzor cuajado.

Y más bichos se acercaron a la carrera hasta detenerse justo detrás del primero. Tenían antenas y unos ojos deslumbrantes, con un iris azulado que casi podría pasar por humano. Pero no poseían conciencia humana, ni tampoco vulnerabilidad ni capacidad de emocionarse. Eran como pedacitos de hielo.

Avanzaban a toda velocidad con seis patas, se paraban, continuaban y seguían deslizándose hacia delante a una velocidad alarmante. Sus alas de plata deslustradas se plegaban sobre sus caparazones de bronce, como si fueran escarabajos o cucarachas. A veces aleteaban levemente al correr.

Bichos.

Igual eran bichos, pero cada uno medía por lo menos un metro y medio de largo y casi un metro de alto, a lo que se sumaban los treinta centímetros de las antenas.

Drake no apartaba la mirada de los ojos azules sin alma del primer bicho.

Tenía la mano de látigo preparada, y Jamal, el rifle a punto, pero Drake dudaba que tuvieran muchas posibilidades si los bichos buscaban pelea. Había una docena de criaturas empujándose las unas a las otras, como hormigas manando de un montículo, o avispas que salieran furiosas de una colmena que alguien hubiera golpeado.

Drake sintió una punzada de miedo: ¿sobreviviría si se lo comían, si aquellas bocas rechinantes lo masticaban a pedacitos y se lo tragaban?

Un coyote se dirigió al trote hasta lo alto de la colina y, a una distancia prudencial, habló con la lengua ahogada que había llegado a desarrollar su especie.

—Ver la Oscuridad —dijo el coyote.

—¿Ellas? —preguntó Drake. ¿Los coyotes y esas monstruosidades podían

comunicarse?—. ¿Quieren ver la Oscuridad? Pues vale —dijo Drake, y levantó el pulgar por encima del hombro para señalar dónde estaba la mina—. Adelante.

—Ellas hambre —comentó el coyote.

Drake no tuvo que preguntar qué se suponía que tenía que hacer al respecto. Porque ahora esa misma voz abyecta e insinuante que hablaba a través del coyote lo alcanzó directamente, alcanzó su mente dispuesta y sumisa y lo inundó con una alegría profunda y espantosa.

Al sentir el tacto de su dueña, Drake cerró los ojos y se balanceó despacio hacia delante y hacia atrás.

No tardaría en estar con la Oscuridad. La Oscuridad le daría todo lo que necesitaba. Y ya podría prescindir de Jamal.

—Pues diles que coman algo —propuso Drake—. Lo siento, Jamal.

—¿Qué?

Jamal esperaba que Drake se riera, como si fuera un chiste, pero se limitó a sonreír y a guiñar un ojo.

Y entonces añadió:

—Tío, tarde o temprano te iba a matar de todas formas.

—¡No, no!

Jamal ahogó un grito. Se apartó, se dio la vuelta y echó a correr.

El bicho más cercano concentró su mirada gélida en Jamal con una intensidad terrible y sacó algo que podría haber sido una lengua. Era negra, gruesa como una sogá y tenía la punta en forma de gancho, como un conjunto de anzuelos. La lengua alcanzó a Jamal en la pierna y el chico cayó de bruces.

—¡Drake, Drake! —gritó Jamal—. ¡Por favor!

Drake se rio y se despidió con la mano cuando la lengua-soga tiró de Jamal hacia su sino.

El chico disparó. PUM PUM PUM. De cerca, luego de más cerca, y luego a escasos centímetros de la cara horrorosa del bicho.

La lengua lo soltó y se retrajo. Entonces, unas mandíbulas curvas seccionaron a Jamal por la mitad y el chico ya no disparó más, solo gemía desesperado.

Esos bichos enormes se concentraron a su alrededor y, al cabo de pocos segundos, ya no quedaba nada de Jamal.

Y entonces, sin que mediara una sola pausa, los monstruos de ojos azules se pusieron a mover piedras a una velocidad impresionante, empujando con sus mandíbulas, alzándose sobre las cuatro patas traseras y agarrando las rocas con las dos de delante.

Drake sintió que Brittney volvía, pero ya no le importaba, porque ahora su Dueña y Señora, la Oscuridad, el único Dios verdadero que llevaba dentro, colmaba su corazón y su alma.

Y no lo decepcionaría.

VEINTITRÉS

9 HORAS, 14 MINUTOS

ASTRID ESTABA EN el patio de atrás usando la letrina cuando sucedió. Llevaba dos días sentada junto a la cama del pequeño Pete, esperando, temiendo.

Pero, aunque estuviera deshidratada, al final tuvo que ir al baño. Esperaba no correr peligro. Esperaba encontrarse con la gente de Albert repartiendo agua y comida y que hubiera pasado la epidemia.

Pero las calles estaban abandonadas. No oía ruidos lejanos de motores de camionetas, ni siquiera las ruedas chirriantes de carros de los que había que tirar a mano.

Así que terminó lo que tenía que hacer en la letrina del patio de atrás y continuó rezando como hacía casi todo el tiempo.

¡ZUUUM CRAC!

Toda la planta superior de la casa salió volando por los aires.

No había fuego. Ninguna llama.

El piso superior, el tejado, el revestimiento exterior, las paredes, la madera y el muro de mampostería: todo eso salió disparado casi en silencio. Un trozo grande de tejado pasó a toda velocidad por encima de su cabeza, soltando tejas rojas a su paso, y al caer chocó bruscamente contra la pared de la casa de al lado.

Astrid vio que la ventana, el cristal que, por algún motivo, aún seguía en su sitio, ascendía como un cohete girando sobre sí mismo. Lo siguió con la mirada, convencida de que le caería encima, pero se estampó contra las ramas de un árbol y acabó rompiéndose.

La cama de su dormitorio estaba sobre un tejado, dos casas más allá. Las sábanas y la ropa cayeron revoloteando hasta el suelo como si fueran confeti. Era casi festivo, como si alguien hubiera encendido fuegos artificiales en el Cuatro de Julio y ahora tuviera que exclamar «ooh» y «aaah» al caer las chispas.

Pero no había fuego. Ni explosiones ruidosas. Hacía solo un segundo era una casa de dos plantas, y ahora solo tenía una.

Uno de los calcetines del vestidor de Astrid aterrizó sobre la hierba, cubriendo el borde de la letrina.

Astrid recordó que podía moverse, y entró en la casa gritando:

—¡Petey, Petey!

La puerta de atrás quedaba parcialmente bloqueada por un trozo pequeño del revestimiento. Astrid lo apartó, atravesó corriendo la cocina y subió las escaleras cubiertas de escombros.

Entonces fue cuando se percató de lo raro que resultaba todo. El pasamanos de la escalera se interrumpía al alcanzar el nivel de la planta superior y los escalones terminaban en media contrahuella astillada.

Astrid avanzó por lo que ahora no era más que una plataforma; justo ahí había habido la segunda planta de una casa, pero todo había desaparecido. Todo. Era como si un gigante con un cuchillo hubiera venido y cortado la parte superior del edificio, así, sin más, atravesando las paredes, las tuberías y los conductos eléctricos.

Lo único que quedaba era la cama del pequeño Pete. Y el pequeño Pete.

El niño tosió dos veces y se relamió. Tenía la mirada fija, vacía, en el cielo abierto.

Astrid siguió la dirección de la mirada del niño y, en el cielo azul de la mañana, vio una nube de algodón gris. Justo encima de la casa.

* * *

Brianna estaba furiosa. Ya era muy de enfadarse en los mejores momentos,

pero ahora la pelea con Drake y el hecho de haber tenido que enterarse por Taylor de que Jack se había marchado de la ciudad la reconcomían, lentamente.

No le gustaba mucho Taylor. En una ocasión le sugirió que debería adoptar un nombre guay, como Brianna, a la que llamaban «la Brisa». Tal vez «La teletransporte». Pero Taylor se rio de ella.

Se suponía que Brianna no tenía que estar en la calle. Aún había cuarentena. Pero tenía sed, hambre, se sentía humillada y furiosa y buscaba líos.

O al menos un traguito de agua.

Iba a esperar unos pocos minutos y luego pensaba subir corriendo hasta el lago Evian para beber. Taylor decía que la carretera era peligrosa, que las verdosas estaban allí. Pero Brianna no temía a las serpientes voladoras. Ni siquiera a las serpientes voladoras que meaban huevos verdes de bicho, o lo que fuera aquello. Era demasiado rápida para que la pillaran unas estúpidas serpientes, voladoras o no.

Alguien había tapiado una ventana del ayuntamiento con placas de contrachapado.

—¿De qué va eso? —se preguntó en voz alta.

Se encogió de hombros y, cuando ya estaba dispuesta a salir disparada, oyó un ruido parecido al que se hace al masticar. El ruido se oía cada vez más fuerte. Y venía de la ventana tapiada...

La parte inferior del contrachapado se astilló. Algo plateado que se movía a una velocidad considerable empujaba, y el contrachapado se partía.

Brianna se quedó mirando la ventana unos segundos, y entonces, de repente, varios insectos de aspecto metálico y del tamaño de un perro pequeño empezaron a abrirse paso a través del contrachapado.

El primero en salir extendió unas alas como de escarabajo y bajó despacio hasta el suelo.

Brianna tuvo tiempo de observar su boca repleta de dientes rechinantes y sus antenas, y se quedó aterrorizada al ver sus ojos color de rubí.

Se imaginaba lo que eran. Esas eran las cosas que habían acojonado a Taylor. Las que se suponía que habían salido de las tripas de Hunter. Pero ahora estaban allí mismo y bajaban por la pared de la segunda ventana del ayuntamiento.

En cuanto el primer bicho aterrizó se abalanzó sobre Brianna, que lo esquivó como un torero a un toro.

—Eres rápido, eso lo reconozco —comentó Brianna—. Pero no eres la Brisa.

El enjambre se dirigió como un solo bicho hacia ella, agitando sus mandíbulas curvas con bocas rechinantes y exhibiendo el rojo brillante de sus ojos.

Eso ya le gustaba más. Por supuesto, podía alejarse a toda velocidad, pero lo cierto era que disfrutaba de ese juego.

Hasta que vio a Edilio acercarse corriendo, desenfundando su rifle automático y gritando a todo volumen.

—Ah, ya —comentó Brianna—. Supongo que es hora de acabar con esto.

Así que Brianna desenvainó su cuchillo grande y cortó las antenas del bicho más cercano. Y, a continuación, solo para exhibirse, solo porque molaba, dio una voltereta en el aire y aterrizó casi a horcajadas sobre otro bicho. Se dispuso a acuchillarlo, apuntando hacia el espacio que había entre sus alas, pero la cuchilla acabó dándole en el ala y no penetró.

El bicho giró muy, muy rápido. Pero no lo bastante. Brianna se abalanzó sobre sus ojos inyectados en sangre y la cuchilla se hundió profundamente en uno de ellos.

Entonces el bicho dejó de moverse.

—El único mal bicho que hay es la Brisa —comentó la chica.

Edilio casi había llegado y Brianna estaba bastante segura de que le arruinaría la diversión. Así que esperó a que la atacara otro bicho, se dejó caer, recogió su cuchillo y le atravesó las dos patas delanteras. El bicho estampó su cara de película de terror contra el suelo.

¡PUM, PUM!

Edilio disparó a uno de los bichos, que, evidentemente, se había hartado y se alejaba corriendo de Brianna.

Ella vio que las balas lo alcanzaban y rebotaban en las alas duras.

—¡Dispárale a la cabeza! —le gritó a Edilio—. ¡Tienes que darles en la cabeza!

Quería señalar al que había matado como ejemplo.

Pero el bicho muerto se estaba moviendo.

Y también el bicho al que había arrancado las patas delanteras.

Brianna frunció el ceño y sacó su escopeta. Alcanzó al bicho herido, colocó la boca del arma justo encima de sus ojos inquietantes y disparó el gatillo.

La cabeza del bicho salió volando casi entera, y lo salpicó todo con una baba cerebral de un negro verdoso.

El bicho temblaba como un perro mojado, pero seguía avanzando.

—No, no, no —se lamentó Brianna—. Puede que pierda frente a Drake, pero no perderé frente a un montón de cucas sangrientas.

¡PUM, PUM!

Edilio disparó dos veces más a su bicho. Y entonces, al ver que Brianna dudaba, le gritó:

—¡Intenta aplastarlos!

—¿Con qué?

Edilio miró alrededor, impotente.

—No lo sé.

—¡Se están escapando!

Los bichos, media docena de bichos, ahora ignoraban a Brianna y Edilio y bajaban corriendo por la calle, alejándose de la ciudad.

—Son demasiado rápidos para ti —indicó Brianna.

Parecía que al chico le fuera a dar un ataque. Miró hacia la ventana que quedaba por encima y luego hacia los bichos que se alejaban: Brianna habría jurado que su siguiente movimiento iba a ser levantar las manos y exclamar:

—¡Olvídalo, me largo de aquí!

Pero apretó los dientes, respiró hondo y se armó visiblemente de valor para tomar una decisión que sabía que podía resultar equivocada. Tal vez incluso fuera un error fatal.

—Brisa —empezó a decir, muy serio—, escúchame antes de arrancar a correr. Quiero que los sigas, que veas adónde van. Pero si lo haces, como que no nos quedarán defensas. Orc deambula borracho por ahí; Sam, Dekka y Jack están fuera de la ciudad; los chavales caen enfermos por todas partes; y puede que Drake siga acechando. —Apuntó a Brianna con el dedo y añadió—: No corras riesgos, no cometas estupideces e imprudencias como haces siempre: vuelve en cuanto puedas, en cuanto veas adónde van.

Brianna se cuadró en broma —no le importaba que la llamara estúpida si reconocía su valentía— y se marchó trotando a casi cien kilómetros por hora para alcanzar al enjambre.

—¡No sufras, Edilio! —gritó por encima del hombro—. ¡Los bichos no se librarán de la Brisa!

Orc se estaba quedando seco. Miraba torvo en dirección a la botella que sujetaba con la mano.

¿No tendría que estar muerto ya? ¿Cuánto alcohol necesitaba para morirse de una vez por todas?

Su mente intentaba pensar soluciones para el problema. Probablemente aún le quedaban un par de botellas en casa, si los chavales no se las habían birlado. Y si no, tenía otra opción, pero tenía que caminar mucho y de verdad que no le apetecía nada caminar. Si caminaba mucho se despejaría.

Mientras se dirigía hacia su casa ahogando de nuevo el cerebro en alcohol,

pasó sin pensar junto a la señal de stop.

Y allí no había ningún cuerpo estrujado.

Durante un instante pensó que igual estaba en el sitio equivocado.

O que igual se había confundido con lo del cuerpo. Pero entonces recordó vagamente que se había topado con Howard y que le había prometido que arreglaría las cosas.

Así que ahora el cuerpo del niño estaría pudriéndose en una casa que nadie utilizara. Seguramente no era el único cuerpo que había por ahí. Seguramente.

Orc dio un sorbo. Le temblaba el cuerpo y la mente. Estaba acostumbrado a beber, pero, aun así, llevaba un día entero castigándose el cuerpo. Le ardía el estómago. Le martilleaba la cabeza. Y ahora tenía que contener el impulso de correr y correr y correr hasta...

¿Hasta qué?

¿Correr adónde?

Tarde o temprano lo acabarían descubriendo. Sabrían que había estampado al niño, a ese niño que nunca le habría hecho daño, ni a él, ni probablemente a nadie más. No era más que un niño enfermo.

Alguien debía de haber visto cómo sucedía, o alguno de los listos, Astrid, Albert o Edilio, lo descubriría. Y ni siquiera tendría oportunidad de explicarse. Lo obligarían a marcharse, a vivir fuera de la ciudad, como habían hecho con Hunter.

Pero él no era Hunter. No podía vivir ahí fuera. Ahí donde estaban los coyotes.

Orc se acordaba de los coyotes. Se acordaba de cómo hundieron los hocicos en sus tripas y se las desgarraron y arrancaron.

Ahí empezó todo. Ahí fue cuando la carne desgarrada se volvió de grava y la piel de monstruo rocoso, pedregoso, le creció y le cubrió el cuerpo entero.

No. No podían hacerle vivir ahí fuera.

Pero Astrid se había inventado unas reglas y eso era exactamente lo que harían: expulsarlo. «Vete, Orc. Vete y muérete, raro».

Ya, vale. Charles Merriman estaba dentro de ese monstruo. No era un orco. Era Charles Merriman.

Tenía que hablar con Astrid. Siempre había sido maja con él. Era la única que había sido maja con él.

Eran sus estúpidas reglas, así que algo se le ocurriría. A fin de cuentas, era lista. Y maja.

Con ese pensamiento vago agitándose en su cerebro, Orc se dirigió a casa de Astrid dando zancadas.

A dos manzanas de distancia percibió algo extraño. Tanto que pensó que tal vez se lo estaba imaginando. Porque no era normal, de eso estaba seguro.

Había una nube en el cielo. En lo alto. Cuando Orc se la quedó mirando boquiabierto el sol comenzó a ocultarse detrás.

Una nube. Una nube gris, oscura.

Orc siguió avanzando. Siguió bebiendo. Y mirando esa nube loca suspendida en lo alto del cielo.

Llegó a la calle de Astrid. A media manzana de distancia vio los escombros desperdigados por encima de los árboles y los patios, colgados sobre las vallas.

Y luego la casa. Eso le hizo frenar en seco. La parte de arriba había desaparecido.

Y allí estaba Astrid, justo en el segundo piso abierto porque las paredes habían desaparecido; y allí estaba también su hermano retrasado... flotando en el aire por encima de la cama.

Orc contemplaba boquiabierto a Astrid, pero ella no se daba cuenta. La chica miraba hacia el cielo, hacia la nube. Tenía los brazos en jarras y llevaba una pistola que parecía gigante en una mano.

Un relámpago brillante lo iluminó todo, y un árbol cayó a poco más de tres

metros de distancia.

¡CRAC!

¡PUM!

Rayos. Truenos.

Un chaparrón de astillas y hojas del árbol cayó alrededor de Orc.

Y, de repente, la nube pareció caerse del cielo; pero no era la nube, sino la lluvia. Diluviaba agua gris.

Era como meterse en una ducha fría. La lluvia caía sobre el rostro maravillado de Orc, que no dejaba de mirarla. Le inundaba los ojos, caía a chorros filtrándose en su cuerpo de cantera.

Astrid gritó palabras irrelevantes. Orc oyó la desesperación, el miedo. La chica estaba ahí de pie, empapada, con su arma enorme, gritando a su hermano, sollozando.

Orc abrió la boca y le entró el agua dentro. Limpia, fresca, tan fría como el hielo.

VEINTICUATRO

9 HORAS, 6 MINUTOS

BRITTNEY VIO ESOS bichos enormes de ojos azules. Vio la cueva. No entendía nada.

Entonces se fijó en el arma de Jamal. Los jirones de su ropa. Y la sangre que los empapaba.

No quedaba nada de él excepto su ropa, sus zapatos, su arma.

Los bichos pasaban rozándola a toda velocidad, cargados con piedras ocho, nueve, diez veces mayores que ellos. Como hormigas atareadas.

Pero eran hormigas del tamaño de lobos o ponis Shetland.

Los coyotes vigilaban. Estaban ansiosos, inquietos; esos insectos enormes los asustaban.

Brittney quería preguntar a Jamal lo que estaba ocurriendo. Pero el chico ya no podría responder ninguna pregunta.

La chica se preguntaba si podría huir. Se preguntaba si debería huir. Pero ¿de qué serviría?

Los bichos habían apilado una montañita de piedras, y cada vez las sacaban más grandes.

Brittney se puso delante de uno de los insectos, uno que cargaba con una piedra que fácilmente podría haberla aplastado. A esos bichos no les costaría nada atacarla y destrozarla como, al parecer, habían hecho con el pobre Jamal.

Pero el bicho se escabulló y la rodeó.

¿Por qué? ¿Por qué comerse a Jamal y no a ella? ¿Porque solo comían carne que estuviera realmente viva? ¿O porque sabían que ella era Drake y que Drake era ella y que no podían hacer daño a Drake?

¿Qué los detenía?

¿Quién los detenía?

Pero Brittney ya sabía la respuesta. Sabía que algo, alguien, una mente, tocaba la suya. Era como si siempre lo hubiera sabido. Como si esa conciencia fría hubiera estado siempre allí en el fondo, observándola desde que había apartado la vista para mirar el cielo.

Ya la había sentido cuando estaba en la tumba, arañando la tierra.

A veces, cuando miraba a su hermano Tanner fijamente a los ojos, descubría en ellos destellos de aquella cosa, muy por debajo de su disfraz de ángel.

Lo sabía hacía tiempo, pero prefería no saberlo: no quería saber que Drake era su criatura, la criatura de aquel demonio, del mismo modo que ella era la criatura de Dios.

Brittney se volvió hacia el pozo de la mina y se quedó ahí de pie mientras los insectos iban retirando las piedras. Como si ella misma fuera una piedra en mitad de un torrente de agua.

Iban a liberar a la criatura malvada. Y no podía hacer nada para evitarlo. No iba a hacer nada para detener a Drake. El demonio ganaría aquella batalla.

La mente oscura se acercaba a los límites de sus pensamientos confusos, susurraba débilmente promesas sin palabras.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Brittney.

«Darte lo que quieres».

—Quiero morirme —aseguró Brittney—. Ir al cielo.

Al cerrar los ojos, la chica sintió algo muy parecido a una sonrisa radiante procedente de un charco profundo de oscuridad.

Había suplicado a Dios que la liberara. Puede que ese fuera el modo en que se lo concediera. Puede que no fuera Sam quien la liberara, sino aquel demonio que yacía en el interior de la montaña.

Brittney se acercó al pozo de la mina, levantó una piedra pequeña y se la llevó.

—¿Entiendes algo de todo esto? —preguntó Sam a Jack.

Estaban en la oficina del puerto deportivo. Dos docenas de barcas se encontraban plácidamente atracadas en el agua, y varias docenas más estaban en un cobertizo largo, fuera de la superficie. Había papeles en un escritorio, libros en estanterías de acero gris, y dos sillas de oficina desgastadas. Los calendarios desfasados les recordaban que hacía mucho tiempo que no había nadie por allí.

Los ordenadores, por supuesto, no funcionaban: no había electricidad. Pero Jack había insistido en llevarse tres de los portátiles del tren con la batería medio gastada. Y, al buscar, encontraron un lápiz de memoria.

—Es alguna clase de software propietario. He tenido que abrirlo en Vista Previa y cuesta entenderlo.

Toto estaba rebuscando en los armarios, pero no encontraba gran cosa. Dekka se había sentado en una de las sillas, con los pies levantados, y miraba con actitud melancólica hacia el lago. De vez en cuando se pasaba las manos furtivamente por la tripa, los hombros, los muslos, para comprobar que no hubiera algún indicio de la plaga.

Y, de vez en cuando, se levantaba la camiseta y revisaba el estado de la herida cauterizada con el fuego de Sam.

—¡Ajá! —exclamó Jack—. Creo que ya lo tengo. Una camioneta trajo gasolina para las barcas una semana antes de la ERA. Tres mil ochocientos litros en cifras redondas. Con lo cual deberían tener unos cuatro mil quinientos litros en total. Y también pidieron diésel. Pero no puede encontrar esos...

Jack se calló, inmerso otra vez en los números.

Sam pensó que era por eso por lo que se había traído a Jack.

Estaba increíblemente satisfecho. De repente había llegado un aluvión de buenas noticias: habían encontrado comida, habían encontrado refrescos. Sin duda al registrar las barcas encontrarían cervezas, aún más refrescos y tal vez unas

cuantas bolsas de patatas antiguas: era la clase de cosas que la gente se llevaba para pasar el día en el lago.

Y, lo mejor de todo, el lago era enorme y estaba lleno de agua potable. Había más de la que podrían llegar a utilizar en un millar de años.

También habían encontrado un portapapeles en el que había garabateadas cifras que indicaban que recientemente habían repoblado el lago con truchas y lubinas.

Era como toparse con el Jardín del Edén. Podían trasladar a la población entera allí arriba. Vivir en las barcas. Pescar en el lago. Beberse el agua. Utilizar el combustible para trasladar las cosechas de los campos hasta allí arriba.

No era perfecto. Pero para ser la ERA resultaba un paraíso.

Ojalá Astrid estuviera allí...

Intentó olvidarse de ese pensamiento. Estaba furioso con ella. Estaba harto. Y, sin embargo, no podía dejar de pensar en la cara que pondría cuando le entregara un tarro de Nutella y una lata de Pepsi.

— ¿Por qué no hicieron algo? — se preguntó Dekka en voz alta.

— ¿Quiénes? — preguntó Sam.

— La gente que estudiaba a ese chaval loco — repuso señalando con la cabeza a Toto.

— ¿Y qué podían hacer? — preguntó Sam, encogiéndose de hombros.

— ¿Qué te parece advertir a la gente de lo que estaba pasando? — propuso Dekka—. Como por ejemplo: «Oíd, gente de Perdido Beach, está pasando algo muy raro».

— Eran científicos... — murmuró Jack.

Ya había dejado de descifrar documentos aburridos y se dedicaba a investigar el disco duro del portátil, disfrutando del placer absoluto y visceral de abrir aplicaciones.

—Así que eran científicos: ¿y qué? —le espetó Dekka.

—Pues que se dedicaban a estudiar, ¿no? —dijo Jack—. Primero tenían que entenderlo. No podían ir por ahí... Eh, oye, sale un huevo de Pascua muy guay si aprietas...

—Lo que significa que la gente de fuera sabe lo que está pasando —comentó Dekka.

—¿Qué crees que pasará cuando baje la barrera? —se preguntó Sam—. Quiero decir, a todos nosotros.

—Seguramente desaparecerán todos nuestros poderes —opinó Jack.

—Seguramente.

Sam estaba de acuerdo.

—Pero no es seguro... —añadió Jack.

—No.

—Si ni en el colegio ni siquiera permiten llevar encima una navaja suiza, ¿qué harán contigo, Sam? —se preguntó Dekka—. Es como si fueses armado con dos láseres enormes.

—Como ha dicho Jack, seguramente nuestros poderes desaparecerán. Eso será un alivio.

—No es verdad —intervino Toto—. Dice que será un alivio, pero no es lo que piensa.

Sam fulminó a Toto con la mirada.

—Vale, supongo que lo echaría de menos.

—Verdad —dijo Toto, y entonces, conversando una vez más con la cabeza de Spider-Man imaginaria, añadió—: Es verdad.

—Mira lo que le hicieron a Toto y al sujeto número dos —señaló Dekka.

—Nos encerraron —repuso Toto—. Sin familia. Se nos llevaron y nos encerraron.

—Eso no va a pasar —afirmó Sam—. En el mundo todos deben de saber acerca de nosotros. Seríamos demasiado conocidos.

—Sí, eso es lo que cree... —dijo Toto.

—Pero no está seguro —añadió Dekka, muy seca—. Sam, tú nunca fuiste un raro en el mundo real. Pero yo... Para mucha gente, ya era una rara incluso antes de llegar aquí. Si mis padres me enviaron a Coates solo por ser lesbiana, imagínate lo contentos que se podrían al ver que también anulo la gravedad.

Se rio para quitar hierro al comentario. Pero Sam no se unió a ella.

—Aun así, quiero que baje la barrera —insistió Sam.

—No es verdad —dijo Toto.

—Sí que lo es —protestó Sam—. ¿Crees que me gustan las cosas tal como están?

Toto iba a responderle, pero Dekka lo interrumpió.

—Sam, puede que no hayas pasado mucho tiempo pensando en esto, pero yo sí. Y créeme, muchos chavales también, y no solo los raros con poderes. Quiero decir, ¿crees que Albert desea que todo esto termine para regresar a la escuela y volver a ser un empollón?

—Astrid quiere que termine —señaló Sam.

Dekka asintió.

—Sin duda. Y Jack también, para poder volver a ponerse con sus ordenadores y todo eso, porque la mitad del tiempo ni siquiera se acuerda de que tiene superfuerza. Edilio también desea que se acabe. Es decir, cuando no se pone a pensar en que lo deportarán a Honduras. Pero ¿de verdad crees que Brianna quiere dejar de ser la Brisa?

—Brianna lo detestaría —reconoció Sam.

—Hay chavales que rezan cada noche para que todo esto acabe. Y los hay que rezan cada noche para que la barrera se quede donde está. Y ahora que les vamos a enseñar esta agua fresca y maravillosa, este lugar estupendo de aquí arriba...

—Tú crees que es así —confirmó Toto.

—Gracias —dijo Dekka con sarcasmo.

Sam miró el lago. Sentía algo muy distinto. Si disponían de agua y de comida, si lograba mantener la paz con Caine y, sobre todo, si de algún modo conseguían volver a tener electricidad, ¿cuántos chavales dejarían de esperar que terminara la ERA?

—Tienes que pensar en todo eso, Sam —concluyó Dekka—. A fin de cuentas, eres el líder.

—Ya no.

Dekka se rio, se levantó y se desperezó.

—Sam, sigues siendo el líder. Siempre lo serás. No es algo que se elija: tú eres así.

Y entonces Dekka cogió a Sam del brazo y se lo llevó fuera del edificio, hasta el muelle. El estado de ánimo de la chica cambió de repente. Sam se quedó perplejo. Dekka se había dedicado a hacer un numerito, y ahora tenía la mirada apagada y la boca hundida. Se acercó a Sam, le cogió la mano y se la puso sobre su propia camiseta, por encima del abdomen.

—¿Lo notas, ese bulto?

Sam asintió.

—Mi madre tuvo un quiste benigno, así que puede que solo sea eso —dijo Dekka, muy seria.

—¿Crees que es...?

—Igual solo me he dado cuenta porque lo buscaba, pero también puede que sea uno de ellos —señaló Dekka.

—No saques concl...

—No lo hago. Pero si es eso, si es una de esas cosas, voy a pedirte que te encargues de mí.

—Ya hemos hablado de eso.

Sam apartó la mano.

—Si te digo que ha llegado la hora, lo harás, ¿verdad, Sam?

El chico no podía responderle.

—No tengo miedo de morir —afirmó Dekka.

Sam se alegró de que Toto no estuviera allí para oírlos.

—Y tienes que prometerme algo —añadió Dekka.

—¿El qué?

—No le digas nunca a Brianna lo que sabes sobre lo que siento. Solo le causaría dolor. La quiero y no quiero que sufra.

—Dekka...

—No —lo cortó la chica—. No discutas, ¿vale? Igual me equivoco y no es nada. Así que no discutamos sobre eso.

—Vale. —Se quedaron ahí, algo incómodos, durante un rato, hasta que Sam añadió—: No quiero que suene raro, pero sabes que te quiero, ¿verdad?

—Yo también te quiero, Sam.

Sam se acercó como si fuera a abrazarla, pero se detuvo.

La chica sonrió.

—Ya, no somos de los que abrazan, ¿verdad?

—Vamos a ver qué encontramos en las barcas —propuso Sam.

VEINTICINCO

9 HORAS, 5 MINUTOS

ESTANDO AHÍ DE pie, empapándose bajo la lluvia, Astrid lo vio muy claro: el secreto que guardaba desde hacía mucho tiempo ya no era tal.

Bajó la vista hacia la calle y vio a Orc. La miraba con la boca de piedra y carne abierta.

Y, por la calle, detrás de él, subían cuatro chavales más. Reconoció a Lance y a Turk. A los otros dos apenas los conocía.

Los cuatro iban armados. Pero Orc no necesitaba armas.

Astrid miró frenéticamente en todas direcciones en busca de alguna clase de apoyo. Tal vez Sam hubiera vuelto. Quizá Brianna... Quizás Edilio y algunos de sus soldados...

Pero no, las calles estaban completamente desiertas, a excepción de una chica de aspecto enfermizo, que, encorvada y cansada, se dirigía hacia la plaza, parándose de vez en cuando para toser y tambaleándose al andar.

Orc ya había defendido a Astrid en el pasado: la rescató de Zil y sus matones de la Pandilla Humana. Y ahora cuatro de esos matones la estaban señalando; luego señalaron esa nube increíble y echaron a correr en dirección a Astrid con muy malas intenciones.

La nube estaba creciendo, y la lluvia, extendiéndose.

Orc se encontraba bajo el chaparrón, como un montón animado de grava bajo una tormenta.

Los otros aminoraron el paso, y luego se adentraron alegremente en la lluvia. Como Orc, inclinaron la cabeza hacia atrás y se bebieron la maravillosa agua fresca.

Astrid tenía una pistola, pero ¿la utilizaría?

—¡Es el retrasado! —gritó Turk, y exhibió una sonrisa de oreja a oreja. Se

había detenido bajo un árbol decorado con prendas de vestir y fragmentos de juguetes rotos dignos de una venta de objetos usados—. ¡Es su hermano tonto, el Petardo!

Turk rodeó a Orc y saltó la valla hasta alcanzar el patio trasero de Astrid. Sus amigos lo siguieron, cautelosos, mirando alternativamente a Astrid y Orc. El chico de piedra no hizo nada.

Entonces, de repente, Turk subió las escaleras hasta la plataforma y los demás se apiñaron tras él.

Turk se rio en voz alta, encantado.

—¡Es el retrasado! Es él quien hace que llueva.

—¡Orc! —gritó Astrid.

—Ese niño debe de tener unos poderes enormes —señaló Lance.

—¡Marchaos! —les chilló ella.

Era consciente de que el camisón empapado se le había pegado demasiado al cuerpo. Y de que la pistola que llevaba en la mano pesaba una tonelada.

—Agarrad al niño —ordenó Lance—. ¡Si lo tenemos, controlaremos la lluvia!

Había sangre en la camisa de Turk. Demasiada.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Astrid.

Turk se miró las manchas rojas. Parecía sorprendido.

—Ah, ¿eso? —Y se rio como un loco—. No es nada. Solo quiere decir que ahora dirigimos este sitio, Astrid. Sam no está, ¿eh? ¿Dónde está el señor manos de luz?

—¡Orc! —gritó Astrid.

No quería que notaran lo asustada que estaba, pero o sabía muy bien cuáles eran las intenciones de Turk. Y no quería utilizar el arma. Ni siquiera ahora, ni siquiera por Petey.

—¿Qué otros trucos puede hacer el retrasado? —exigió saber Lance—. Flota en el aire, hace que llueva... ¿Qué más?

—Mutante retrasado. *Mutrasado* —propuso uno de los chavales, y se rio como si no estuviera seguro de que fuera divertido.

—No sabe lo que hace... —imploró Astrid. Ahora estaba helada, y había empezado a temblar—. Solo tenía sed... Está enfermo, tiene la gripe, y tenía sed.

En la calle, otros chavales estaban saliendo de sus casas cargados con cuencos y cubos. Avanzaban con ojos maravillados, dirigiéndose hacia la cortina de lluvia que se les acercaba.

—El retrasado tiene que ser un *ruti* que no veas para hacer esto —opinó Lance—. ¿Ha hecho saltar la parte de arriba de la casa? ¿Y ha conseguido que llueva? Eso tiene que ser tres barras por lo menos. Igual cuatro.

—Si lo molestas, igual para.

La amenaza fue una inspiración repentina, y dio resultado. Lance entornó aún más los ojos y, de repente, Turk se quedó muy quieto. El agua potable era importante, incluso para «genios del mal» como Turk y Lance.

Entonces Turk meneó la cabeza y dijo:

—Buen intento, Astrid. Pero si el *mutrasado* hace que llueva cuando tiene sed, lo único que tenemos que hacer es conseguir que esté siempre sediento y seremos sus dueños.

—¿Y qué hará cuando tenga hambre? —preguntó Watcher.

La lluvia caía sobre la alfombra. Ya le estaba inundando los pies. Se habían formado charcos poco profundos en la alfombra sucia.

Turk tomó una decisión.

—Creo que nos vamos a llevar al retrasado. —Hizo señas a los dos chavales más jóvenes—. Cogedlo.

La pistola se elevó de repente, casi como si hubiese sido la propia arma quien hubiera tomado la decisión. Astrid apuntó a Turk.

Pese a la lluvia, la chica tenía la boca seca como un pergamino. La garganta no lograba emitir sonidos. El dedo estaba sobre el gatillo, y acariciaba las estrías, palpando el arma. El pulgar descansaba sobre el seguro. Y lo quitó.

Lo único que veía Astrid ahora era la cara de Turk, y las miras de la pistola.

—No vas a apretar el gatillo, Astrid —indicó Turk.

Se oyeron unos pasos. Pies que corrían.

Entonces apareció Edilio. Apuntaba a Turk con un rifle automático.

—Déjalo, Turk —le aconsejó Edilio.

Astrid se llevó la pistola a un costado. Y respiró hondo, temblando, muy aliviada.

—¿Vas a dejar que Astrid se quede con este raro? —preguntó Turk a Edilio.

—¡Soltad todas las armas, ahora mismo! —gritó Edilio.

Los dos chavales más jóvenes esperaron instrucciones de Turk.

Pero fue Lance quien se movió. Alzó su pistola y apuntó al pequeño Pete.

—Si alguien dispara a alguien, una de las balas irá a parar a la cabeza del retrasado.

—Tío, no creo que quieras hacer eso... —le advirtió Edilio.

—¿Ah, no? Pues escúchame, Edilio: Albert está muerto.

Edilio abrió mucho los ojos.

—¿Ven?, las cosas han cambiado rápidamente. —Lance parodiaba la voz del presentador de un informativo—. Así que ahora, damas y caballeros, lo que tenemos aquí es una situación de tablas mexicanas. Aunque llegues a disparar, Edilio, aún puedo dar al niño. ¡Pum!

—Deberías saber lo que son las tablas mexicanas —se burló Turk, que alzó su arma y apuntó a Astrid—. ¿Ves? Ahora aún es más complicado. Lance tiene razón:

Albert... esto... no se encuentra muy bien. Y no va a mejorar. Nunca. Así que ya no te paga nadie, espalda mojada. Vete. Corre antes de que vengan los polis de inmigración.

Y se rio.

Una idea terrible se formó en la mente de Astrid: si mataban al pequeño Pete, puede que todo aquello terminara.

Un simple asesinato...

¿Qué clase de vida tenía el niño? ¿Valía la pena todo lo que hacían por la vida del pequeño Pete? ¿Valía la pena que Edilio muriera? ¿Valían la pena las múltiples muertes que sin duda acabarían produciéndose? ¿Valía la pena que todos murieran en aquella ERA violenta, horrible, dejada de la mano de Dios?

—Adelante —dijo Astrid cansinamente. Y dejó caer la pistola en la alfombra empapada. Al caer, el arma salpicó—. Adelante. Dispárale. Mata al pequeño Pete.

Diana y Caine habían hecho el amor varias veces más.

En la cama de ella. En la cama de él. En el dormitorio grande, el de la pared cubierta de fotos de las dos estrellas de cine que aparecían sonriendo junto a Leo DiCaprio, Natalie Portman, la actriz de *¡Mamma mia!*, Steven Spielberg, Heath Ledger y un montón de personas que debían de ser famosas, pero que más bien parecían hombres de negocios.

Diana estaba en la cocina en bata y zapatillas, calentando un poco de comida para Penny. Guiso de almejas de Nueva Inglaterra. Y una quesadilla. Le pareció que esos dos platos no pegaban nada, pero Penny no se quejaría. Aún le faltaba mucho, muchísimo para quejarse por la comida.

Diana no pretendía que las cosas fueran así con Caine. Se había imaginado la primera vez, pero no una serie interminable de secuelas. El apetito de Caine no se saciaba. Volvía a su cama por la noche. Y otra vez por la mañana, antes de que saliera el sol.

Algo le estaba pasando a Diana. Caine empezaba a gustarle. ¿Amor? Ni siquiera sabía qué quería decir eso. Igual lo amaba. Aunque eso habría sido raro.

No era precisamente adorable. Y cuando conocías al Caine de verdad, ni siquiera te gustaba.

Pero a Diana siempre le había resultado fascinante. Y atractivo. En fin, que estaba bueno, habría dicho cuando era más joven. Bueno de una mala manera, si es que esa expresión tenía algún sentido.

Pero ahora era distinto. Diana no lo estaba utilizando. Esa había sido su actitud habitual hacia Caine o, por lo menos, eso era lo que se había dicho a sí misma: que le resultaba útil. Una chica como Diana, una chica que disfrutaba corriendo riesgos, que disfrutaba clavando un cuchillo de ingenio y crueldad en las otras chicas de la escuela, que disfrutaba provocando a los chicos hormonales y jadeantes y lanzando miradas lascivas a hombres mayores, era una chica a la que le venía bien un protector masculino.

Y Caine era, desde luego, un protector fuerte. Solo a un suicida se le ocurriría contrariarlo. Incluso antes de empezar a desarrollar poderes, Caine era la clase de chico del que los demás se mantenían apartados. No era el mayor ni el de aspecto más duro, pero sí el más decidido. El más implacable. Sabías que si te metías con Caine, sufrirías las consecuencias.

La verdad, le parecía que tiempo atrás había empezado a sentir algo de verdad por Caine. Algún tipo de emoción. No amor. Ni tampoco era que le gustara. Pero algo sí. Algo que a la gente normal en cierto modo le habría parecido enfermizo. Había sentido algo. Pero no lo que sentía ahora... fuera lo que fuera.

Diana puso la quesadilla en el plato y vertió la sopa en un cuenco, lo dispuso todo en una bandeja y lo llevó arriba. Llamó a la puerta, abrió y colocó la bandeja de comida delante de una Penny dormida. Era como alimentar a un perro.

Se encontró a Caine fuera, en lo que antiguamente había sido un césped impecable que se extendía de la casa hasta el acantilado. Ahora estaba repleto de hierbajos, algunos de los cuales les llegaban hasta la altura de la cabeza. Caine miraba hacia la ciudad lejana a través de su telescopio.

La oyó acercarse, y, sin volver la vista, comentó:

—Algo pasa en la ciudad.

—No me importa.

—Hay una nube. Parece una nube de lluvia. De hecho, creo que está lloviendo. No es más que una nube pequeña. Pero muy baja: no es una ilusión en la barrera.

—Debes de ver algún reflejo. O una ilusión.

Caine le pasó el telescopio. Diana quería negarse a mirar, pero tenía curiosidad. Miró y vio la ciudad de cerca. No lo bastante como para distinguir a la gente, pero sí lo suficiente como para ver que ahí realmente había una nube, solo una, flotando a escasa altura y sin moverse de un mismo lugar. El borrón gris que veía debajo de la nube debía de ser lluvia que caía.

—¿Y? —preguntó la chica—. Algún raro ha desarrollado el poder de fabricar nubes.

—¿Y no te preguntas quién? Es un poder muy importante.

Diana suspiró exageradamente.

—¿Y a ti qué te importa?

—No me gusta la idea de que haya otro cuatro barras. Somos dos y ya somos demasiados.

—Eso no significa que tenga cuatro barras —lo corrigió Diana—. Brianna, Dekka y Taylor solo tienen tres, y sus poderes son mayores que ese.

—Pero tendrá tres por lo menos. —Caine volvió a coger el telescopio—. ¿No te parece que vendrán detrás de nosotros si encuentran la manera? Si Sanjit llegó vivo, entonces Sam sabe lo que tenemos aquí. ¿No crees que vendrá a buscarlo?

—No —respondió la chica sinceramente—. No creo que busque pelea contigo. No es tan inseguro como tú.

Caine soltó una risotada.

—Sí, ese es mi problema: la inseguridad.

—De todas maneras da igual: no hay forma de volver, aunque quisiéramos.

—Siempre hay alguna forma, Diana. Siempre la hay.

—No —le advirtió la chica—. No la busques.

VEINTISÉIS

9 HORAS

—¿QUIERES QUE DISPAREMOS a tu hermano?

Turk no se lo podía creer.

—Ni te lo plantees —le advirtió Edilio. Tenía bien agarrado el rifle y no apartaba el dedo del gatillo. Las mira estaba centrada en el rostro ansioso de Turk. Pero tenía los ojos empañados y reprimía la necesidad de toser—. No lo dice en serio.

—Hay demasiados chavales muertos —comentó Astrid, agotada—. No pueden morir más chavales. Hay que acabar con todo esto.

Edilio sintió que el pánico crecía en su interior. ¿Y qué iba a hacer ahora? ¿Estaba Astrid volviéndose loca como Mary Terrafino?

—Sé cuantos chavales han muerto —dijo Edilio—. He enterrado a la mayoría.

—Todo es por el pequeño Pete —se lamentó Astrid.

—No, eso no lo sabes.

Edilio dirigió una mirada furiosa a la chica.

Astrid parpadeó y meneó la cabeza levemente. El pelo largo, empapado, le colgaba como si fuera un manojo de serpientes doradas.

—Tú no eres el que cuida de él. Tú no eres responsable de él.

Edilio tosió, se contuvo y volvió a toser. Trató de serenarse y tranquilizarse. Tenía que mantenerse centrado.

—¿De qué habláis vosotros dos? —exigió saber Turk.

Estaba claramente confundido.

Edilio notó que la casa retumbaba. Unos pasos pesados. Orc. Tenía que ser Orc. ¿Orc de parte de quién? Esa era la pregunta.

El chico monstruo apareció en la plataforma. Hacía un extraño ruido fangoso al moverse, como si alguien arrastrara los pies sobre grava mojada.

Empujó a Edilio para abrirse paso. La cabeza le colgaba hacia delante y, durante un instante, pensó que podría haberse quedado dormido. Pero no, enseguida se dio cuenta de que solo estaba borracho.

—Soltad las armas.

—No, no y no. ¿De qué estáis hablando vosotros dos? Eso es lo primero que quiero saber —exigía Turk.

Estaba claro que le llevaban una ventaja que no acababa de entender muy bien. Seguía apuntando con el arma a Astrid.

—Cállate, Turk, y suelta el arma. Si has matado a Albert, tienes que ir al exilio.

—¿Y qué pasa si disparo al retrasado? —exigió saber Lance.

—Ya conoces la ley. Si matas a alguien, te juzgamos. Y si eres culpable, te marchas de la ciudad y no vuelves nunca más.

—Eso no es lo que pregunto, ya lo sabes, Edilio —gruñó Lance—. Cuéntamelo, Astrid, cuéntanoslo a todos. ¿Qué pasará si disparo al retrasado?

El pánico devoraba la mente de Edilio. ¿Qué iba a hacer? Tenía que controlar la situación. Tenía que ponerse al mando. Pero ¿qué debía hacer?

Edilio miraba el cañón del rifle de Turk. La cabeza le daba vueltas. Le ardían el cuello y la cara.

Movió el arma solo dos centímetros para que Lance estuviera en su punto de mira.

El primero que se decidiera ganaría.

—Si... —empezó Astrid.

¡PUM!

El rifle golpeó a Edilio en el hombro. De un lado del hermoso rostro de Lance salió un chorro de sangre.

—¡Lance! —gritó Turk.

Lance preparó su arma para apuntar, ya no al pequeño Pete, sino a Edilio.

¡PUM!

Pero Lance falló. La bala ni siquiera se acercó a Edilio, sino que alcanzó a Orc en el muslo y rebotó.

Con el rostro invadido por la furia, Turk apuntó a Edilio, pero el chico ya había cambiado de objetivo y volvía a tener la mira puesta en Turk.

—¡No lo hagas! —le advirtió Edilio.

Turk dudó. Pero Edilio no lo vio dudar: lo único que veía era el arma de su oponente, solo eso, solo el agujero negro y redondo del cañón. Y apretó el gatillo sin titubear.

Se oyó otro estrépito, y el rifle volvió a golpear a Edilio en el hombro.

Turk yacía de espaldas y, aunque se esforzaba por coger su arma, no lograba alcanzarla.

—¡He dicho que no! —volvió a gritar Edilio.

Turk se sujetaba el estómago con una mano y buscaba el arma con la otra. El dedo de Edilio resbalaba encima de la superficie del gatillo. Notaba algo terrible en su interior, una oleada espantosa que apenas podía contener mientras apuntaba a Turk a la cabeza.

Entonces Orc aplastó el arma de Turk con el pie.

Edilio respiró sollozando, tosió y bajó el arma.

Lance chilló. Era un grito de miedo, impresión y dolor. La bala le había entrado por la mejilla y había salido por la oreja, de donde le colgaba un revoltijo de

carne roja y temblorosa.

Turk no gritaba tan fuerte. Su garganta se retorció. Como un pez en tierra firme, abría y cerraba la boca tratando de tomar aire, de respirar, con la mano todavía extendida hacia la pistola ahora inútil.

Ninguno de los dos chicos estaba muerto.

Edilio pensó algo que más tarde lo avergonzaría: debía rematarlos. Debía hacerlo enseguida. Acercarse a ellos y ¡pum! Si no lo hacía, puede que con los cuidados de Lana sobrevivieran. Y si sobrevivían, volverían para vengarse.

Orc y Astrid lo observaban.

A Edilio le pareció terriblemente injusto que incluso entonces esperaran alguna clase de respuesta por su parte.

—Traeré a Lana —acabó diciendo.

Se volvió, echó a correr y bajó las escaleras. Corrió hacia Clifftop sollozando convulsivamente, cegado por la lluvia y las lágrimas.

Sam y Jack tuvieron que trabajar a cuatro manos para arrancar una de las lanchas motoras. Casi todas estaban sin combustible. Pero a una aún le quedaba energía suficiente para que se encendieran los motores. Soltaron un rugido profundo y húmedo al ponerse en marcha.

—Sabéis, esta barca tiene potencia suficiente para tirar de unos esquís acuáticos —observó Sam.

Dekka le sonrió cariñosamente.

—¿Quieres hacer esquí acuático?

—Ahora no. Solo digo que...

—Eso es mentira. Quiere ir ahora —intervino Toto.

—Ya, bueno, no siempre hago lo que quiero —refunfuñó Sam—. Tenemos

que explorar el resto del lago, y luego podremos volver a la ciudad y nos recibirán como héroes.

Quería que la última parte del comentario sonara mordaz, pero lo cierto era que, en parte, sí deseaba entrar en la ciudad y anunciar que habían encontrado tanta agua como podrían necesitar en toda la vida, además de una buena cantidad de snacks azucarados.

Y luego iría a ver a Astrid.

¿Y luego qué ocurriría?

Luego no ocurriría nada. Seguirían estando donde estaban.

—Suelta amarras —pidió a Jack.

Y, ya con los cabos a bordo, Sam orientó la barca hacia el oeste y salieron rugiendo del puerto deportivo.

Sentir el agua salpicándole la cara y la vibración del motor bajo sus pies era algo embriagador.

Tarde o temprano se les terminaría el combustible y acabarían bebiéndose todas las pepsis y comiéndose todos los fideos. Pero ese momento aún no había llegado.

Podían empezar una vida mejor en el lago. Dejar atrás las alcantarillas apestosas, la basura y los recuerdos de Perdido Beach. Dejar atrás la iglesia destrozada y las casas quemadas. Dejar atrás aquel cementerio horrible.

Esta vez lo harían bien. Lo organizarían todo incluso antes de empezar a trasladar a nadie. Formarían pequeñas familias que podrían vivir a bordo de las barcas o utilizar el cobertizo o la oficina del puerto deportivo.

Sam frunció el ceño intentando calcular mentalmente cuántas barcas tenían algún tipo de superestructura. Tal vez hubiera media docena de veleros, y una docena de lanchas motoras. Y había visto cuatro o cinco casas flotantes.

Obviamente, eso no bastaba, pero podían instalar tiendas y quizá construir refugios pequeños. En la ERA no hacía nunca frío, así que nadie necesitaba aislamiento. Solo un techo para que no les diera la luz del sol.

Sam examinó la costa con la mirada, esperando detectar una zona de acampada. Era de esperar que hubiera alguna: siempre las había en los lagos. Era lógico.

Claro que tal vez estaban al otro lado de la barrera...

En cualquier caso, la cosa pintaba bien. Tenían gasolina suficiente para conducir hasta el lago varias caravanas y autocaravanas. Había por lo menos una docena aparcadas en las entradas de las casas, aunque muchas se habían quemado en el gran incendio.

Sam quería tener un barco. Lo bastante grande para que Astrid y el pequeño Pete vivieran con él. Igual también pediría a Dekka que se instalara con ellos. Eso si conseguía una de las casas flotantes. Y ¿por qué no?

En uno de esos de catorce metros debían de caber unas seis personas. Astrid y él... Entonces se dio cuenta de que en su mente compartían el camarote principal. Lo cual probablemente no sucedería. ¿Verdad?

Quizás. Quizá si se alejaban de Perdido Beach, quizás... Y se le ocurrió una nueva idea. Trató de apartarla de su mente, pero no lo consiguió.

¿Y si se casaban?

Entonces serían como una familia. Astrid, el pequeño Pete y él.

No sabían cuánto duraría la ERA. Puede que para siempre. Puede que nunca salieran de allí. En ese caso, ¿qué iban a hacer? Él tenía quince años, Astrid, también, y ambos habían sobrevivido al puf. En el mundo exterior habrían sido jóvenes, pero en la ERA eran mayores.

—Ya, pero ¿quién podría casarnos?

Sin pretenderlo, Sam hizo la pregunta en voz alta. Miró nervioso por encima del hombro para ver si alguien lo había oído. ¡Claro que no! Los motores rugían y la proa golpeaba con fuerza contra el agua.

Dekka se había sentado en uno de los asientos acolchados de la popa y miraba añorada hacia la tierra. Jack estaba encorvado sobre uno de los portátiles. Sus dedos volaban al pulsar las teclas, y sonreía. Toto hablaba con alguien que no se encontraba allí.

—Un barco de locos —comentó Sam para sí, y se rio.

Agua y gasolina; fideos, Pepsi y Nutella; un raro loco que decía la verdad; y, a pesar del miedo de Dekka, había esperanza.

Quinn. Quinn sería un buen juez de paz. Eso era lo único necesario para casar a alguien, ¿verdad? Así fue como su madre se casó con su padrastro. Si habían nombrado alcalde a alguien, ¿por qué no nombrar a alguien juez de paz?

—Cásate conmigo y viviremos en una casa flotante —dijo el chico.

—Me gustas, Sam, pero no en ese sentido —intervino Dekka.

Sam tiró ligeramente del timón hacia un lado, lo estabilizó y trató de ignorar el rubor que se le extendía del cuello a las mejillas. La chica estaba de pie a su lado.

—¿Cómo está el hombro? —preguntó Sam.

—¿Ves?, por eso es positivo que Taylor ya no esté aquí con nosotros —comentó Dekka—. Si te hubiera oído, la noticia se habría extendido más rápido que la velocidad de la luz.

Sam suspiró.

—Tenía un instante de optimismo.

Dekka le dio una palmadita en la espalda.

—Haces bien en tenerlos, Sam. La ERA te debe buenas noticias.

Orc seguía ahí de pie, mirando.

El chaval, el Petardo, aún flotaba bajo la lluvia, como si no fuera nada del otro mundo.

Astrid parecía una zombi o algo así.

Los dos chavales a los que habían disparado gritaban y se retorcían en el suelo. Le estaban poniendo de los nervios. No le importaban. No eran mejores que

él. Déjalos gritar, pensaba, pero no ahora, que tenía la cabeza como un timbal y el eco de los disparos aún le resonaba en el cráneo.

Edilio había dicho que tenían que marcharse de la ciudad. Eso también le retumbaba en el cerebro. Los asesinos debían abandonar la ciudad.

Eran las leyes de Astrid. Ella las había pensado.

—¿Eso es verdad? —le preguntó, sin preámbulos.

—¿El qué?

—Si alguien mata a alguien, tiene que marcharse para siempre.

—¿Los vas a matar?

Se refería a los dos chavales heridos. Orc tardó un rato en entenderlo.

—¿Y si... y si no pretendías matar a un chaval?

—Tengo que sacarlo de aquí. —indicó Astrid.

Pero a Orc no le parecía que hablara con él.

—Quiero decir, si no querías. ¿Y si fuera un accidente?

—No sé qué me estás preguntando —dijo Astrid.

Orc se había quedado sin palabras. Estaba tan cansado... Le dolía tanto...

—¿Puedes cogerlo? ¿Puedes llevártelo?

Astrid le estaba pidiendo algo. Así que igual no le importaba lo que había hecho.

—¿Al retrasado?

—Al pequeño Pete. ¿Puedes llevártelo, Charles?

—¿Adónde?

—Lejos. Es la ley. Los asesinos tienen que marcharse. Eso es lo que es, ya lo

sabes. Es el peor de todos nosotros. Todas las muertes desde que llegó a la ERA... Todos esos chavales...

Orc se aferró a una idea que circulaba por su cerebro lento. Pero se desconcentró cuando Lance se puso a dar alaridos más alto que antes.

—¡Cállate o te callaré yo! —gritó Orc, y se esforzó por volver a pensar. El pequeño Pete. Matar—. Ya, pero no sabe lo que hace, ¿verdad? La gente que no sabe lo que hace... No es culpa suya...

—Por favor, Charles. Cógelo. Edilio no tardará en volver con Lana. Para entonces tenemos que habernos ido.

Orc pasó por encima de Turk. Ahora el chico temblaba de manera incontrolable, con las piernas extendidas hacia fuera y los pies retorcidos. Tiritaba mientras se agarraba la tripa con fuerza.

Lance seguía gritando; no había parado, pero ahora entre sus alaridos intercalaba también insultos, se metía con todos, escupía todas las palabras odiosas que se le ocurrían.

Orc miró al pequeño Pete. Astrid decía que había matado a gente, pero el monstruo de piedra no entendía cómo podía haberlo hecho. Ni siquiera parecía que pudiera moverse.

El pequeño Pete tosió tres veces seguidas. No se tapó la boca ni nada. Es como si ni siquiera supiera que había tosido.

Orc agarró al pequeño Pete del aire. No pesaba mucho. Orc era fuerte.

Astrid lo observaba todo como si estuviera a miles de kilómetros de distancia. Era como si lo viera a través de un telescopio.

—¿Adónde? —le preguntó Orc.

Astrid se arrodilló y recogió el arma que había dejado caer.

—Lejos.

Orc se encogió de hombros, bajó las escaleras y se fue caminando en dirección norte, hacia las colinas, alejándose de los gritos.

VEINTISIETE

6 HORAS, 11 MINUTOS

APARECIÓ DRAKE.

Sostenía una piedra. Lo cual quería decir que Brittney la sostenía antes.

Debía de pesarle mucho, pero el tentáculo de Drake la envolvió y la levantó sin demasiado esfuerzo.

Los bichos que tenía alrededor cada vez se parecían menos a insectos, ni siquiera a insectos grandes. El menor de ellos era del tamaño de un dálmeta. Los mayores eran como ponis. Le recordaban más a Humvees o a tanques.

Tenían un aspecto más frágil tras adoptar estas dimensiones, como si su exoesqueleto bruñido se hubiera estirado para crear una criatura mucho mayor. Tan solo la mitad seguía sacando escombros. El resto, los más grandes, se habían apartado y ahora aguardaban. Parecían impacientes. Como jets esperando para despegar.

A eso le recordaban: a aviones de combate. Tenían un aire depredador, peligroso. Como si fueran a salir disparados, a repartir muerte y destrucción en cuanto recibieran la orden.

Y quién iba a dársela: ¿él?

Los coyotes habían desaparecido. ¿Habían decidido marcharse? ¿O se los habían acabado comiendo los bichos? Drake detectó una mancha de sangre en una losa y le pareció que sabía de dónde procedía.

¿Había hecho la Oscuridad que los coyotes se sacrificaran para alimentar a sus nuevos sirvientes?

Drake arrojó al montón la piedra que había estado cargando. Entonces se volvió hacia el pozo de la mina, hacia la sombra acogedora de aquel agujero en la tierra. Sus pasos eran ligeros y su corazón latía rápido, no de miedo, sino de alegría.

Notaba que la mente de la Oscuridad tocaba la suya. Sentía su voluntad

poderosa. Lo quería. Y ahora estaba seguro de lo que la Oscuridad le pediría, y de las armas que le daría.

El pozo de la mina estaba despejado, pero seguía siendo un lugar peligroso. No se habían sustituido las vigas que soportaban el peso y ahora el techo de piedra adoptaba una forma irregular: colgaba precariamente en algunos puntos, mientras que en otros había formado cúpulas oscuras parecidas a las de una catedral.

—Ya voy —susurró Drake. Pero ¿por qué susurrar? —. ¡Ya voy! —gritó.

Dejó atrás lo que quedaba de luz. Ahora estaba sumido en una oscuridad total. Fue palpando el camino al avanzar, paso a paso, con la mano y el látigo extendidos. Se rozó con unas rocas que sobresalían, y se golpeó los dedos de los pies docenas de veces. El aire olía a rancio. En el pozo hacía más calor del que había esperado, más calor que afuera. Drake sudaba en esa cueva oscura como boca de lobo, boqueaba en busca del escaso oxígeno que había.

—¡Ya voy! —volvió a gritar, pero ahora su voz sonaba metálica y plana, y no recorría ninguna distancia.

Tropezó y cayó de rodillas. Al levantarse, se golpeó la cabeza.

Bajaba por una pendiente muy larga. ¿Cuánto había recorrido? No sabría decirlo. Oyó el crujido de los bichos que avanzaban tras él. Como cucarachas gigantes, tenían que apretujarse en los espacios estrechos, agacharse para pasar por debajo de cornisas muy bajas, retorcer los costados para avanzar a través de columnas de piedra viva.

Su ejército lo estaba siguiendo. Sí. Estaba seguro de ello. Estarían a sus órdenes, a su servicio.

¡Su ejército!

Drake ya no podía respirar. Pero no era la primera vez que se encontraba sin oxígeno. Aún recordaba las imágenes vívidas del largo y lento recorrido para salir de su tumba arañando el barro.

No, Drake no necesitaba aire. El aire era para los vivos, y Drake era mucho mejor que un ser vivo.

No se lo podía matar.

Era inmortal.

Era el soldado inmortal de la *gayáfaga*. Le cabeza le daba vueltas de alegría de solo pensarlo.

De repente el suelo terminó y Drake se precipitó en el vacío. Pasó varios segundos cayendo hasta que se estampó contra una piedra rígida, rebotó, salió rodando y se rio sin hacer ruido.

Palpó alrededor y descubrió que se encontraba en una cornisa estrecha, junto a una abertura vertical profunda.

Se levantó, se acercó al borde y miró hacia abajo. Mucho más abajo brillaba débilmente una luz verde, la única luz que había en aquel pozo de negrura. Puede que estuviera a treinta metros, puede que a un kilómetro, o puede que a un centenar. No había modo de saberlo.

Drake continuó cayendo, cayendo, como Alicia por la madriguera. Parecía caer eternamente. No durante segundos, sino durante minutos. Durante una eternidad.

¡PAM!

Alcanzó el fondo con tanta fuerza que debería haberse roto las pantorrillas, los huesos de los muslos, las rodillas, tendría que haberse partido la columna y abierto la cabeza como un huevo.

Pero, tras yacer hecho un ovillo durante un instante, desenroscó las extremidades retorcidas y se esforzó por ponerse en pie.

Las paredes que lo rodeaban brillaban. Sus ojos ya se habían adaptado del todo a la oscuridad absoluta y ahora veía bien el brillo tóxico y radiactivo.

¿Había llegado? ¿Había llegado al final del camino?

«Ven».

Drake recorrió una rampa que descendía. Se dio cuenta de que se trataba de un tipo distinto de túnel: ya no era un pozo hecho por el hombre, sino una cueva natural situada en las entrañas más profundas de la tierra sofocante.

Entró en una gruta que se alzaba varios metros por encima de él. En su interior colgaban grupos de estalactitas teñidas de verde que se encontraban con estalagmitas cortas. Era como entrar en la mandíbula de un tiburón gigante.

Drake atravesó la caverna y continuó bajando, siguiendo el rastro débil de color verde. Las criaturas lo iban siguiendo. Se habían dejado caer tras él, una a una, ralentizando el descenso con las alas, bajando en espiral como si fueran sámaras de arce.

¡Un ejército! ¡Su ejército!

¿A qué profundidad había caído? No lo sabía. ¿Cuánto se había adentrado en la tierra? Kilómetros.

Cada vez estaba más cerca.

Y entonces, cuando le pareció que su viaje estaba a punto de finalizar, que se acercaba a su desesperado objetivo, Drake sintió un malestar conocido y el inicio del aturdimiento que acompañaba a la transformación.

—¡No! —gimió—. ¡No, ahora no!

Pero no tenía poder para detenerla.

No fue Drake, sino Brittney quien finalmente llegó al lugar donde yacía la *gayáfaga*. Era como arena verde viva. Miles de millones de partículas prácticamente invisibles a la vista tomadas una a una, pero que juntas formaban una sola criatura viva, un enjambre.

La caverna era vasta, increíblemente grande. Como si alguien hubiera hundido un estadio deportivo en el interior de la tierra. La masa verde y brillante de la *gayáfaga* cubría las estalactitas y las estalagmitas, las paredes de granito, y los rascacielos de arenisca.

Pero, bajo los pies de Brittney, el suelo estaba extrañamente nivelado y liso. La *gayáfaga* había dejado un espacio descubierto para que Brittney viera y entendiera.

La chica se arrodilló y presionó la mano contra un fragmento despejado de suelo gris perlado, translúcido. Allí donde cualquier persona viva habría sentido un dolor agudo, Brittney solo percibía un cosquilleo interesante.

Sabía lo que era y dónde estaba. Se trataba del fondo de la pared de la ERA, del fondo de la burbuja gigante. Había descendido más de dieciséis kilómetros, hasta las profundidades del universo cerrado de la ERA.

Brittney se incorporó y se volvió lentamente a derecha e izquierda, en todas direcciones. Se dio cuenta de que todo descansaba sobre la barrera: las paredes, las estalagmitas que sobresalían, todo se apoyaba en la barrera.

Y la *gayáfaga* cubría la barrera en todas partes, salvo en aquel pedazo de suelo. Estaba en contacto con la barrera y, sin embargo, no sentía ningún dolor.

Entonces, al bajar la vista, Brittney vio que el color de la barrera cambiaba. El eterno gris aparecía atravesado por dedos de un verde oscuro, el color de las hojas al final del verano.

Entonces lo entendió: la *gayáfaga* podía tocar y alterar la barrera.

Brittney sabía que la *gayáfaga* estaba consciente. Lo sabía porque ahora sentía el tacto terrible de su mente espantosa. No le cabía la menor duda.

La chica cayó de rodillas, entrelazó los dedos y cerró los ojos. Pero no logró bloquear el brillo verde. No podía evitar verlo. No podía proteger su mente de su tacto terrible.

Sentía que todos sus pensamientos estaban expuestos, como si fueran los archivos abiertos de un ordenador, susceptibles de que los observaran y comprendieran.

Brittney no era nada. Ahora lo veía. No era nada. Nada.

Intentó convocar a su Dios. Pero su mente no lograba formar oraciones, y tampoco podía articularlas con los labios entumecidos y temblorosos.

Lo veía con claridad, lo veía todo. Una raza de criaturas que adoraba la vida. Un virus diseñado para reproducirse allí donde estuviera. Después de haber infectado el primer planeta, lo hicieron estallar deliberadamente para que las semillas de la vida se propagaran por el universo en miles de millones de meteoritos.

Por la negrura infinita, interminable, del espacio, de milenios durante los cuales una de esas rocas fue dando vueltas por un camino que puede que no tuviera

fin.

Pero quedó atrapada en el pozo gravitatorio de una estrella pequeña.

Y luego de un planeta pequeño.

Se produjo un impacto tremendo, abrasador.

Una muerte.

Destruyó a un hombre.

Y el virus alienígena absorbió algo nuevo e increíble: ADN humano.

Una nueva forma de vida. La consecuencia no buscada de un plan noble.

Ningún Dios en su cielo había creado la *gayáfaga*. Y ahora, en aquel pozo sin aire, ningún Dios podría salvarla.

Y en ese instante, desesperada, Brittney rezó, no como lo hacía siempre, sino a un nuevo Señor. Un salvador que esperaba nacer, liberarse.

Brittney inclinó la cabeza y rezó a la *gayáfaga*.

Tanner se le apareció en medio de sus rezos.

Su hermano muerto era un ángel. No tenía alas, ni nada de eso, pero Brittney sabía que era un ángel. Y ahora se le aparecía y le hablaba en voz baja y tranquilizadora.

—No tengas miedo —le dijo.

—Déjame morir —susurró Brittney.

—¿A quién rezas? —preguntó Tanner.

—A ti —respondió ella.

Porque no le cabía duda de que Tanner hablaba a través de la *gayáfaga*.

—No puedo darte muerte —indicó su hermano—. Eres dos en uno. Tu inmortalidad es la suya. Y él es necesario para mí.

—Pero ¿quién me hizo así? ¿Por qué, por qué?

Tanner se rio.

—«Por qué» es una pregunta para niños.

—Soy una niña —replicó Brittney.

Un magma levemente brillante salía chorreando de la boca cruel de Tanner. El niño se inclinó y tocó a su hermana con dedos de hielo.

—Debo nacer —explicó Tanner—. Y luego, al final de mi comienzo, morirás.

—No lo entiendo. —Brittney alzó una mirada lastimera hacia el ángel convertido en diablo—. ¿Qué necesitas que haga?

—El Enemigo tiene que ser mío. El Enemigo debe servirme a mí, y solo a mí. Todos los que lo defienden y protegen tienen que ser destruidos. Debe vivir para servirme.

—No... no entiendo.

La chica se arrodilló con la cabeza inclinada, incapaz de mirar a Tanner. Ahora sabía que nunca había sido un ángel, que nunca había sido el siervo de Dios, que no era real en absoluto; sabía que no era más que la voz del mal.

—Enemigo. —Tanner dijo la palabra entre dientes—. Somos dos en uno, como tú y tu mano de látigo. Dos en uno, esperando nacer. Solo cuando esté solo, totalmente solo, me servirá. Y entonces saldré de este capullo.

—No conozco a nadie llamado Enemigo —susurró Brittney.

Notaba que empezaba a perder la conciencia. Sus dedos se estaban fundiendo para adoptar la forma del látigo.

Justo antes de perder la vista y el oído, mientras se sumergía en la negrura y daba paso a Drake, la mente torturada de Brittney vio la imagen del Enemigo.

Sabía cómo se llamaba.

Era Peter Michael Ellison, y todos lo llamaban pequeño Pete.

PETE

FLOTABA POR ENCIMA del suelo en brazos de un monstruo, con la mejilla apoyada contra un hombro de piedra. Ya no llovía. Colores muy intensos (verde y amarillo, marrón y rojo, bordes irregulares de colores) lo rozaban, le lastimaban los oídos.

La hermana caminaba tras él. Tenía la cara de piedra, como el monstruo. Los labios demasiado rojos, los ojos demasiado azules, y respiraba demasiado fuerte.

A cada paso, la piel de piedra del monstruo se restregaba contra la carne viva de Pete como si fuera papel de lija, como si un millar de hojas dentadas se introdujeran lentamente en costras recientes.

Quería gritar, pero si lo hacía los colores fuertes aún se volverían más fuertes.

Peter ya no estaba sobre la placa de vidrio. Se había caído, se había precipitado en un mundo de ruido y luz resplandeciente. Ahora la Oscuridad solo era un eco distante. Ahora era ahora, completamente ahora y aquí, y sentía como agujas bajo su piel, como cuchillos en los oídos. Le dolían y latían los ojos.

Tosió, y fue como si un cañón disparara desde el interior de su pecho. La bala le atravesó la garganta, la boca, ardiéndole como lava abrasadora.

¿Por qué estaba ahí? ¿Por qué en los brazos de ese monstruo? ¿Qué le estaba ocurriendo? Tras una escapada larga y pacífica, el mundo excesivo de actividad febril e imágenes inconexas lo había vuelto a capturar.

Su cuerpo, eso era lo único que veía o sentía. El dolor, el sufrimiento y el temblor le hacían sentir que podía ir perdiendo partes del cuerpo. Su cuerpo lo obligaba a distraer su atención del precipicio de vidrio immaculado. Lo obligaba a sentir cada escalofrío, a recular ante cada ataque de tos, a sentir, a sentir de verdad la enfermedad que estaba aplastando sus defensas.

VEINTIOCHO

5 HORAS, 1 MINUTO

DRAKE NO VEÍA a Tanner.

La *gayáfaga* no necesitaba ilusiones angelicales para alcanzar la mente enfebrecida de Drake. El chico sabía todo lo que necesitaba saber. Los bichos, las criaturas, le servirían. Tenía su ejército.

Y en su mente había una lista de nombres. Primero los raros. Y luego los normales. Todos.

Todos menos uno, le había dicho la *gayáfaga*. Mata hasta que no quede a nadie por matar. Pero no hagas daño al Enemigo.

A Drake lo embargaba una alegría pura que no había sentido en la vida, una energía desenfrenada. Se había pasado la vida esperando un momento como aquel. Era como si todo lo que había hecho, todas las palizas que había recibido y todas las que había dado él, el placer que sentía al quemar ranas y meter algún cachorrito en el microondas y dibujar sin parar todas aquellas imágenes encantadoras de armas, lanzas, cuchillos e instrumentos de tortura, todo aquello, todos los odios, toda la ansia abrasadora, toda la locura y la rabia, se hubieran reunido para formar aquel momento perfecto, supremo, de alegría cristalina.

Era tanto el placer que sentía, tantas las emociones que lo recorrían como un torrente, como una tormenta, ¡como si los planetas chocaran!, que creyó que quizá moriría. Drake era la muerte, al fin desatada.

Hizo restallar su látigo, echó la cabeza hacia atrás y aulló hasta que la garganta le quedó en carne viva.

Entonces echó a correr, dio un salto y se dedicó a dar vueltas entre las mareas arremolinadas de insectos, corriendo y saltando, indiferente a las piedras puntiagudas que le laceraban la carne que se negaba a morir.

¡A matarlos a todos!

Se enfureció cuando trató de trepar hasta alturas que no podía alcanzar, pero

entonces las criaturas se apresuraron a levantarlo y le ayudaron a recorrer las cavernas interminables a una velocidad vertiginosa.

¡Un ejército!

¡Su ejército!

Salieron disparados del pozo de la mina y Drake cayó sobre un montón de piedras. Un solo coyote lo esperaba allí.

— ¿Dónde está, líder de manada? — preguntó Drake.

— No líder manada. Líder muerto.

— No me importa cómo te llames: ¿dónde está?

— ¿Quién? — preguntó el coyote.

Drake sonrió.

— El de manos asesinas, perro estúpido. ¿Quién crees? ¡Sam!

— Manos Brillantes está lejos. Junto agua grande.

El coyote sonrió tontamente, describió un círculo y a continuación señaló con el hocico hacia el oeste.

— Excelente — susurró Drake.

Justo entonces se le acercó un torrente de bichos, una nueva columna de criaturas procedente de la cresta que se sumó a la masa que formaba el ejército de Drake. Eran distintos. Estos tenían los ojos del color de la sangre.

Pero no estaban solos.

Brianna estaba ahí de pie, con los brazos en jarras, fulminando a Drake con la mirada desde la cima.

— ¡Tú! — exclamó Drake.

— Yo — dijo Brianna.

Entonces Drake ordenó a las criaturas:

—¡Ojos rojos, servidme! A la ciudad. ¡Matad a todos menos al Enemigo!

—¿Ahora hablas con estos bichos? Tengo que decirte que no creo que hablen psicópata.

—¡Ojos azules, venid! —ordenó Drake—. Dos columnas, dos ejércitos: los azules conmigo, los rojos, a la ciudad y a matar. ¡A matar!

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó Brianna.

—¿Yo? —Drake soltó una risa estentórea—. Voy a cargarme a todo el que se me ponga por delante; será la rehostia.

—Tendrás que pasar a través de mí... —lo retó Brianna.

—No me gustaría que fuera de otra manera.

Astrid, Orc y el pequeño Pete salieron de la lluvia. La nube no los siguió. Y no apareció ninguna otra. La que se había formado se quedó donde estaba, sin expandirse más, descargando aún la lluvia sobre la calle y la casa destrozada.

El pequeño Pete tosió directamente sobre el rostro de Orc. Estaba empeorando, lenta pero constantemente. Puede que se muriera.

«Adelante. Mátalo. Mata al pequeño Pete».

Astrid se dijo a sí misma que no había querido decir eso. Que no había sido más que una táctica.

A fin de cuentas, cuando alguien te amenazaba, tenías que restar importancia a sus palabras, fingir que no te importaban.

El disparo en la cara de Lance. La sangre la había salpicado.

Turk gimiendo de dolor, retorciéndose sobre la alfombra húmeda.

Tenía que parar. Tenía que terminar. ¿Una muerte para salvar a docenas,

puede que centenares de chavales?

Un simple asesinato.

Astrid se vio a sí misma asfixiando a Nerezza. Volvió a sentir que le clavaba los dedos en el cuello blando, que las puntas encontraban espacios entre tendones y arterias.

Nunca hasta entonces había sentido nada parecido a aquella rabia teñida de rojo. Astrid había odiado en el pasado: odiaba a Drake. Y también había sentido miedo, muchas otras veces. Pero nunca había creído que sería capaz de sentir esa rabia asesina.

Lo que en realidad le resultó revelador fue la alegría que le produjo aquel instante. La alegría absoluta y despiadada, sin complicaciones, que la embargó al sentir el bombeo de la sangre de Nerezza intentando pasar a través de las arterias que sus manos bloqueaban. Al sentir los espasmos en la tráquea de Nerezza.

Astrid soltó un gemido. Tenía que terminar.

— ¿Te encuentras bien? — preguntó Orc.

¿Volvería a ser ella misma algún día? ¿O Astrid, la antigua Astrid, había muerto y había sido sustituida por esta criatura nueva, por esta bruja furiosa y asustada?

Una vez más se dio cuenta de que esa había sido la vida de Sam desde la llegada de la ERA. ¿Cuánta rabia y miedo había tenido que soportar? ¿Cuánta vergüenza amarga por sus fracasos? ¿Cuánta culpa le devoraba el alma como ahora devoraba la de Astrid?

Deseaba que estuviera con ella en ese momento. Quizá podría preguntarle cómo vivía con todo aquello.

Pero entonces se dijo que no era a Sam a quien necesitaba, sino a un cura. «Tienes que confesarte y hacer penitencia y recibir el perdón».

Pero ¿cómo iban a perdonarla si incluso en ese momento en que Orc subía trabajosamente la cuesta, en ese momento en que veía la cabeza colgante de Peter, se preguntaba una y otra vez si había querido decir lo que había dicho?

«Vamos. Dispárale».

Astrid se dijo que Dios oía los rezos, incluso los de aquellos que no se habían arrepentido. Quería rezar. Pero cuando lo intentaba, no conseguía ver la cara de un Cristo paciente como le había sucedido hasta entonces. Veía recuerdos de crucifijos, cuadros, estatuas. Pero el Dios en el que creía ya no estaba allí.

¿Estaba perdiendo la fe?

¿O ya la había perdido?

Un simple asesinato...

Leslie-Ann sabía que había cuarentena. Pero también sabía que ya no aguantaba el hambre y la sed, y sus dos hermanos, tampoco.

Lo bueno de ser la criada de Albert era que él se aseguraba de que tuviera suficiente comida. Albert siempre tenía comida y agua. No dejaría que se muriera de hambre.

Así que Leslie-Ann salió de la casa que compartía con sus dos hermanos y se dirigió a la de Albert, que era un lugar mucho más elegante.

Percibió algo extraño hacia el oeste: una nube. Leslie-Ann frunció el ceño y se preguntó por qué le parecía tan extraño.

Pero no tenía tiempo para hacerse preguntas: la ERA estaba llena de cosas extrañas. Cuando uno había visto a Sam disparando luz con las manos, y ella lo había visto, dejaban de asombrarle las cosas extrañas.

La puerta principal de la casa de Albert estaba abierta. Eso, a su manera, parecía aún más extraño que la nube. Albert nunca dejaba la puerta sin cerrar con llave. Nunca. Y por supuesto nunca quedaba abierta.

Leslie-Ann se acercó con cautela y cerró los dedos alrededor de la empuñadora del cuchillo que llevaba. Tenía nueve años, y no era precisamente grandota ni daba miedo. Pero una vez apuntó con el cuchillo a un chaval que quería robarle el *cantaloup*, y el chico tuvo que salir corriendo.

—¿Albert? —llamó.

Leslie-Ann abrió la puerta del todo, sacó el cuchillo y lo sostuvo delante de ella.

—¿Albert?

Le pareció oír algo procedente del comedor. Entonces resbaló al pisar una de las baldosas de estilo hispano. Leslie-Ann bajó la vista y vio una mancha roja.

Sangre. Era sangre.

La chica dio media vuelta y corrió otra vez hacia la puerta, hasta salir afuera, agitando el cuchillo como una posesa.

Entonces miró alrededor de la casa, deseando que apareciera Edilio o alguien. Claro que si eso sucedía, se metería en un lío por haber salido durante la cuarentena. Sus hermanos seguirían pasando sed y hambre, y ella, también.

Leslie-Ann se armó de valor y volvió a entrar blandiendo el cuchillo.

Se saltó la mancha de sangre y dio una patada a una lata, que rodó haciendo ruido. ¿Una lata en el suelo de casa de Albert? ¿Quién podría haber provocado un desorden semejante? Tendría que limpiarlo o Albert la despediría.

Así que la chica se inclinó y recogió la lata con la mano libre.

Olía a comida. A Leslie-Ann se le hizo la boca agua. Sostuvo con torpeza el cuchillo mientras rebañaba el interior de la lata con el dedo en busca de lo que pudiera quedar. Consiguió sacar lo que debía de corresponder a una cucharada de salsa de tomate y se relamió el dedo con gula.

Le supo a gloria.

Se llevó la lata al comedor y allí le quedó claro el alcance del desorden: había latas y envoltorios por todas partes. Y salsa de tomate derramada encima de la alfombra blanca.

Solo que no era salsa de tomate, y Leslie-Ann lo sabía.

Entonces vio a Albert, sentado de cara a la pared, que estaba salpicada de

sangre.

Tenía los ojos cerrados.

No se movía.

— ¿Albert?

Leslie-Ann reprimió el deseo de salir corriendo, seguir corriendo y no dejar nunca de correr. Pero aún tenía sed y hambre. Y allí había una maravillosa botella de agua a la que aún se podían dar unos sorbos. Bebió. No le bastó, pero al menos era algo.

Se dirigió a la cocina y, una vez allí, extrajo con dedos temblorosos las bolsas de basura. Entonces, rápido, muy rápido, antes de que alguien la detuviera, reunió todas las latas y botellas que pudo y las metió en una bolsa. No era gran cosa, pero sus hermanos podrían sacar unos gramos de comida.

Miró a Albert. Le daba lástima y se sentía un poco culpable y...

Los ojos. Los tenía abiertos.

— ¿Albert?

Se acercó un poco. ¿La estaba siguiendo con la mirada?

— ¿Estás vivo?

No contestó. Pero cerró lenta, muy lentamente, los ojos. Y luego volvió a abrirlos.

Leslie-Ann salió corriendo de la habitación y luego de la casa, pero no soltó la bolsa ni por un momento.

VEINTINUEVE

4 HORAS, 8 MINUTOS

BRIANNA SE SACÓ el cuchillo Bowie de la funda.

—Cortarte en tres trozos no sirvió de nada —señaló a Drake—. Así que te voy a hacer picadillo, como a una cebolla.

Se hizo un borrón y Drake se abrió por la cintura. No fue un corte limpio, pero ya lo remataría la siguiente vez.

—¡Cogedla! —gritó Drake.

Brianna describió un remolino en el aire, pateó la espalda de uno de los bichos y volvió a acuchillar a Drake; esta vez le cortó la mano de látigo, que se retorció como una pitón rojiza aunque ya no estaba pegada a él.

¡Y lo atacó! ¡Otra vez! ¡Y otra! En un abrir y cerrar de ojos.

Pero ahora las criaturas reaccionaban formando una masa, se le acercaban aceleradas.

Despacio, demasiado despacio, pero, aun así, tuvo que esquivarlas y con ello perdió un segundo precioso.

Y Drake seguía vivo. O más o menos vivo.

Brianna se abrió paso entre bocas de dientes rechinantes y mandíbulas de guadañas y ensartó el cuchillo en el cráneo de Drake. El filo se hundió en el hueso y se quedó allí clavado.

Brianna tiró, pero a la cabeza iba enganchada la parte superior del cuerpo de Drake. El filo no salía.

¡Fiiiu!

Algo golpeó a Brianna en la pantorrilla. La chica se volvió y vio una cuerda larga y negra cubierta de púas que se extendía desde la boca del bicho más próximo.

Brianna sacudió la pierna, pero no se soltaba.

—¡Qué asco!

Otro bicho intentó lo mismo, pero la chica dio una voltereta para esquivarlo. La primera lengua, sin embargo, aún no se había soltado, y Brianna notaba unos ganchos que se le clavaban en la piel.

Necesitaba su cuchillo Bowie, pero ahora estaba fuera de su alcance: Drake se alejaba arrastrándose con su único brazo.

Brianna detectó una piedra con el borde romo y la estampó contra la lengua con toda la fuerza que su velocidad le concedía. La lengua sangró, pero no se rompió. El bicho tenía sus ojos azules fijos en ella y adoptaba una expresión triunfal.

—Ah, no. Ni hablar.

Brianna machacó la lengua a golpes, le dio veinte veces en un segundo con la piedra, y la lengua se apartó tan rápido como la mano de látigo de Drake.

¡Zuuuum!

Pero ahora los bichos la rodeaban, intentaban morderla con sus espeluznantes lenguas de rana, unas lenguas rápidas incluso para los estándares de Brianna.

Los bichos se la habían jugado. Le habían ocultado que contaban con esa arma, y la chica se había confiado y se había puesto chula.

¡Fiiu!

Brianna pataleó y se retorció, pero tenía a dos bichos encima. Recurrió a la piedra para golpear la lengua que le agarraba la tripa y consiguió zafarse, pero al instante tres más se abalanzaron sobre ella.

¡Fiiiu, fiiiu!

¡La tenían cogida! La retenían en una telaraña en la que gritaba, maldecía y golpeaba.

Drake se estaba recomponiendo, pero su mano de látigo aún se retorció como una serpiente sobre la calzada caliente.

Media docena de lenguas inmovilizaban a Brianna, y el resto de los bichos se acercaban para morderla; abrían y cerraban las mandíbulas como sables.

Brianna sintió un miedo repentino. ¿Era posible que pudiera perder aquella pelea?

—No la matéis —ordenó Drake—. ¡Sujetadla! ¡Es mía!

El chico se había puesto en pie y buscaba su mano de látigo entre el tumulto desenfrenado.

De repente, el coyote se metió en la pelea. Saltó hacia la chica con las mandíbulas abiertas, exhibiendo el amarillo de sus dientes brillantes.

—¿En serio? —gritó Brianna.

Y apartó el hocico glotón con todas sus fuerzas. El movimiento tensó una de las lenguas que la tenían atada. La mandíbula potente del coyote no alcanzó el brazo de Brianna y se enganchó a la lengua, que reaccionó soltándose como un cable de alta tensión que hubiesen cortado de repente.

Brianna estaba sujeta, pero aún tenía velocidad.

Agarró al coyote por el collar y le dio la vuelta para engancharlo a otra lengua.

Ahora solo la sujetaban cuatro. No tenía fuerzas para seguir agarrándose al coyote. Temiendo que los bichos contraatacaran, el coyote se marchó aullando como si le hubieran pegado una patada.

Cuatro cuerdas sujetaban a la Brisa, todas desde el lado izquierdo, así que pataleó, empujando directamente en dirección a los insectos. Las lenguas aflojaron y Brianna dio una voltereta. Fue una maniobra torpe, mal ejecutada, y, aunque cayó de espaldas y se hizo daño, consiguió que las cuatro lenguas se retorcieran y la soltaran al unísono.

Pero, antes de quedar libre, otros bichos la atacaron. Brianna los vio volando hacia ella como cobras.

Golpeó a uno en la cara, pateó fuerte una mandíbula que quería rajarla, y luego, pum, pum, pum, le dio tres patadas fuertes y se escapó de allí.

Tomó aliento en una cuesta a treinta metros de distancia. Tenía ampollas en todos los puntos del cuerpo donde las lenguas la habían tocado. Pero estaba viva.

Observó, jadeando, temblando, cómo el tentáculo de Drake se encajaba a la perfección en su hombro.

—Vamos, Brisa —la provocó Drake—. Ven a buscarme. ¡Aquí estoy!

Brianna nunca había sido de las que ignoraban una provocación. Nunca había huido de una pelea. Pero había conseguido escapar por los pelos. Por un pelo.

—¡Es el fin, Brisa! —se pavoneó Drake—. ¡Os voy a matar a todos, hasta al último! —Y bailó formando un círculo, movido por un regocijo desenfrenado—. ¡Corre, Brisa! ¡Cooooorre! ¡Porque cuando te atrape, te voy a hacer sufrir!

Y Brianna echó a correr.

Leslie-Ann alimentó a sus hermanos con los restos que encontró en las latas y dejó que se bebieran el agua.

«Vale —se dijo—, has hecho todo lo que has podido».

Pero no había hecho todo lo que había podido. Todavía no.

Nunca le había gustado mucho Albert. Era un poco estúpido con ella. Nunca le decía cosas agradables como «Buen trabajo, Leslie-Ann».

Pero no merecía morir de esa manera. Claro que puede que aún estuviera vivo.

—No soy más que una niña —se dijo Leslie-Ann en voz alta.

Pero sabía lo que sentía, y lo que sentía era que no había hecho lo correcto.

Salió a la calle sin saber realmente a quién debía buscar, o a quién debía contárselo, pero sabía que debía contárselo a alguien.

Desde donde se encontraba veía con mayor claridad la nube grande y extraña. Parecía que estuviera lloviendo. Y, justo entonces, pasaron dos chavales por su lado. Iban caminando en tándem, compartiendo la carga de una cuba grande de plástico. Rebosaba agua y ambos estaban empapados.

Uno de ellos se fijó en la chica y sonrió.

— ¡Está lloviendo!

— Se supone que nadie tiene que salir — dijo ella.

El chico bufó.

— Ahora nadie le dice a nadie lo que tiene que hacer, y hay agua. Yo que tú iría a buscarla, pero rápido.

Leslie-Ann entró corriendo en su casa y localizó un cubo en el garaje. Entonces se dirigió hacia la nube de lluvia tan rápido como pudo. Si estaban todos allí, puede que encontrara a alguien a quien contarle lo de Albert.

Al acercarse más se dio cuenta de algo que, a su manera, era tan extraño como la existencia de la propia nube, que ahora casi le quedaba por encima de la cabeza: corría agua por la alcantarilla. Agua de verdad. Corriendo por la alcantarilla.

Leslie-Ann echó a correr y vio a un montón de chavales bailando y tonteando a unos metros de ella. Habían colocado un buen número de cubos bajo el aguacero. Los chicos se quedaban ahí boquiabiertos, o intentaban ducharse, o se limitaban a empujarse, a jugar y a salpicarse unos a otros. Ese era un sonido muy inusual en la ERA: la risa aguda de los niños.

Leslie-Ann dejó su cubo en el suelo y observó, maravillada, que varios centímetros de agua llenaban el fondo.

Cuando apartó la vista, se fijó en un chaval mayor. Lo había visto por ahí otras veces, pero normalmente estaba con Orc, y Orc la asustaba demasiado para llegar a acercársele.

Leslie-Ann tiró de la manga mojada de Howard. No parecía compartir la alegría generalizada. Tenía una expresión severa y triste.

—¿Qué? —preguntó el chico, cansado.

—Sé algo.

—Vale, pues qué bien.

—Se trata de Albert.

Howard suspiró.

—Ya me he enterado: está muerto. Orc se ha ido y Albert está muerto y estos idiotas están de fiesta como si fuera Carnaval o algo así.

—Creo que igual no está muerto.

Howard meneó la cabeza, enfadado, porque lo distrajeran, y se dispuso a marcharse. Pero de repente se paró y volvió caminando hasta la niña.

—Te conozco —dijo—. Tú limpias la casa de Albert.

—Sí, soy Leslie-Ann.

—¿Y qué me estás contando de Albert?

—Le he visto abrir los ojos. Y me ha mirado.

Albert estaba muerto.

Sam se había ido, y no sabían cuándo volvería.

Astrid se había marchado con el pequeño Pete y Orc.

Dekka estaba con Sam y Jack.

Y ahora Edilio, anonadado por las dimensiones del desastre, se había quedado sentado, exhausto, en las escaleras del «hospital». No necesitaba el termómetro de Dahra para que le confirmara lo que ya sabía: que tenía fiebre, que estaba ardiendo, que estaba débil.

Edilio tosió y miró a Brianna con ojos inexpresivos. La chica llegó zumbando

hasta detenerse bruscamente ante él.

—¡Bichos! —gritó—. Me los he encontrado viniendo hacia aquí. Drake y unos cuantos bichos más siguen en el pozo de la mina. He visto que iban hacia el oeste, pero me parece que es mentira; seguramente él también viene.

—¿Cómo los pararemos? —preguntó Edilio, y tosió sobre su mano.

—Necesitamos a Sam —indicó Brianna.

—No... —Edilio volvió a toser y se esforzó por no quedarse grogui. Tenía unas ganas desesperadas de echarse—. No sé dónde está.

—Yo lo encontraré —aseguró Brianna.

—Eres lo único que me queda —afirmó Edilio—. Eres la única rara con poderes de verdad. No creo que la Sirena sirviera de mucho contra... —Tosió otra vez—. Contra esas criaturas.

—Pero igual podría hacer algo a Drake —propuso Brianna, y se rio como si ignorara lo que estaba ocurriendo alrededor. De hecho, cuando Edilio volvió a toser, ella parpadeó, frunció el ceño y preguntó—: ¿Están enfermos todos estos chavales?

—Cuando la Sirena canta, afecta a todo el mundo; no es más que un botón de pausa.

Edilio tosió fuerte. Le dolía el pecho.

Estaba enfermo. Tenía el cuerpo y el corazón enfermos.

Había visto y hecho tantas cosas terribles desde la llegada de la ERA... Pero nada había sido tan terrible, tan a sangre fría, como apuntar a la cabeza de Lance y apretar el gatillo.

Era lo que tenía que hacer. Probablemente. Era lo que tenía que hacer para vencer. Eso parecía, ya que tanto Astrid como el pequeño Pete habían sobrevivido.

Pero había sido una decisión implacable. Un mal menor. Era lo que Sam habría hecho en su lugar.

Pero le envenenaba el corazón.

—No puedo salvarnos —insistió el chico—. Y tú tampoco, Brianna. Y Sam... tampoco sé si puede. Así que igual este es el fin. Igual esto es todo, y al final perdemos.

Brianna se dio un golpe en el pecho.

—¡Yo no pierdo!

—No puedes vencerlos sola, Brisa. —A Edilio le entró un ataque de tos, el peor que había tenido hasta entonces. Tardó varios minutos en poder continuar—. Ya no puedo más. No sé si esto me matará o no, pero no puedo ni levantarme.

—Oye, no podemos rendirnos —protestó Brianna—. Ahora mismo esas cosas son grandes como ponis, al menos algunas de ellas. ¡Y están creciendo! No puedes rendirte, Edilio. Tú eres el que está al mando.

Edilio la miró, pero le daba vueltas la cabeza. Brianna era un rostro furioso y desenfocado.

—Dame un trozo de papel y un boli —le pidió Edilio.

La chica volvió en menos de un minuto.

A Edilio le temblaron los dedos cuando un escalofrío le recorrió el cuerpo. Le costaba mucho aguantar el bloc y sostener el bolígrafo. Pero, haciendo un gran esfuerzo, garabateó algo, dobló el papel y se lo entregó a Brianna.

—Quinn —indicó.

Brianna leyó el mensaje y enrojeció, furiosa. Le arrojó el papel a Edilio y le alcanzó en la cara.

—¿Estás loco? ¡Esto no lo voy a hacer!

—Yo estoy al mando —susurró el chico. Se inclinó con los dedos temblorosos y recogió la nota—. Yo decido. Es la única manera. Hazlo. Brisa: hazlo.

—No, no, de ninguna manera.

Edilio la agarró del brazo y apretó los dedos con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Por una vez en la vida, piensa. ¿Puedes detenerlos? ¿Puedes evitar que esos bichos lleguen a la ciudad y maten a todos los que están aquí? ¿Sí o no?

—Puedo intentarlo.

—¿Sí o no?

La chica ahogó un sollozo repentino y meneó la cabeza.

—No.

—Pues vale —dijo el chico, con voz áspera—. ¿Estás dispuesta a que todas esas muertes que acontecerán sean culpa tuya, solo para poder hacerte la dura?

Brianna no tenía respuesta. Miró alrededor como si viera a los enfermos y a los muertos, la iglesia destrozada y el cementerio triste por primera vez.

—No —dijo.

—Pues ve, Brisa. Ve.

TREINTA

3 HORAS, 50 MINUTOS

SAM HABÍA IDO y vuelto con la barca hasta el final del lago. En total encontraron dos zonas de acampada pequeñas, pero no las exploraron a fondo. Debía de haber una docena de autocaravanas grandes, y unas pocas tiendas desgastadas en distintas fases de deterioro. Sin duda debía de haber comida, refrescos, cerveza, café, todo lo que la gente se llevaba de acampada.

Y gasolina en algunos de los depósitos. Rica, rica gasolina.

Ya se estaba imaginando los pasos que tendría que seguir. Llevarían las autocaravanas hasta la zona del puerto deportivo y las dispondrían en un círculo, o dos concéntricos. Tendrían que cavar fosas sépticas profundas muy apartadas del lago, para que las filtraciones no contaminaran el agua potable.

Y racionar la gasolina con cuidado, con mucho cuidado: deberían guardársela para transportar los alimentos frescos procedentes de los campos y el pescado del océano. Seguirían necesitando el suministro regular de murciélagos azules de Quinn para apaciguar a los bichos. Además, tendrían que procurar no pescar demasiado en el lago.

Basta de errores estúpidos. Esta vez lo harían bien.

Sam reconoció que ese trabajo era para Albert. Sin duda se enriquecería aún más, pero era el único con la capacidad de organización necesaria para ese trabajo.

Si, funcionaría. Lo construirían y organizarían todo, y esta vez lo harían bien.

Por su parte, Sam debía encontrar la manera de destruir a las verdosas voladoras. Pero seguro que con la fuerza de Jack y los poderes de Dekka y Brianna —quien probablemente sería capaz de atravesar una nube de verdosas sin que la alcanzaran— podrían sellar la cueva y aplastar o quemar las que sobrevivieran.

Ahora se dirigían hacia el puerto deportivo. El motor resoplaba lentamente: se tomaban su tiempo. El día ya estaba muy avanzado y Sam dudaba entre intentar poner en marcha uno de los vehículos aparcados en el puerto deportivo y volver con él aquella misma noche, o planearlo todo un poquito mejor e ir por la mañana.

Lo último que necesitaban era que trescientos chavales salieran disparados como locos en busca de caramelos. La mitad terminaría perdiéndose en el desierto o las colinas, y acabaría convirtiéndose en comida para los coyotes.

Tenían que dar la noticia del modo correcto. Edilio y el resto del Consejo debían planearlo un poco.

Entonces Sam propuso a Dekka:

—Creo que igual deberíamos cargar tanta agua como podamos en un todoterreno y volver con él esta noche.

—Ya te habrás dado cuenta de que no hay una carretera que vuelva directamente.

—Según el mapa, la carretera que bordea la orilla del lago se encuentra con la barrera, ¿verdad? Pero ahí debe de haber una carretera que baje a través de Stefano Rey y que luego se encuentre con la principal, ¿no?

Dekka se encogió de hombros. Tenía la mente en otro sitio.

No podía culparla. Pero se había convencido de que se preocupaba por nada.

Sam se concedió un instante de fantasía. Serían héroes: llegarían a la ciudad con agua, aunque no fuera mucha. A la gente le encantaría ver un todoterreno repleto de botellas de agua. Y puede que también unos cuantos tarros de Nutella, si se dirigían hacia el este, hacia el tren, antes de cortar hacia el sur.

Entonces se reunirían con el Consejo. Podrían empezar a transportar agua enseguida. Así todos estarían más calmados mientras elaboraban un plan.

—Entraremos en... —Pero entonces Sam dejó de hablar, y recorrió el puerto deportivo con la mirada—. Dekka, Jack. Mirad.

Y miraron.

Había un montón de criaturas, una especie de cucarachas gigantes plateadas, de cucarachas del tamaño de furgonetas pequeñas, apiñadas en la costa. Serían una docena.

Tenía que ser una ilusión. Un truco. Era imposible. Como una pesadilla

sacada de una película antigua de ciencia ficción.

Sam cogió los prismáticos que había encontrado a bordo, en una caja cerrada, y los concentró en un punto.

—Son los bichos de Hunter —indicó. No pudo evitar que su voz delatara su asombro—. Pero son enormes.

Movió los prismáticos y entonces vio una figura humana por encima de una de las criaturas. No le veía bien la cara para identificarlo, pero el tentáculo largo que se agitaba airosamente era inconfundible.

Drake ya no estaba encerrado en la prisión del sótano.

El Jardín del Edén de Sam tenía su propia serpiente.

El primer impulso de Howard fue dirigirse al «hospital» y encontrar a Lana. Pero ¿de qué podría servir a Howard?

Orc estaba ahí fuera, en alguna parte, flipando, borracho, pedo, pasado de vueltas. Volvería cuando se le acabara el alcohol, pero por ahora no estaba, y la huida de Drake era una especie de mancha para Howard.

En el fondo de su mente calculadora, Howard se preguntaba si Orc no habría decidido «hacer un Mary» y terminar con todo. Aún le faltaba mucho para cumplir los mortíferos quince años, pero puede que llegara el día en que se metiera en una pelea en la que acabara muerto.

O que bebiera hasta matarse. ¿Y luego qué? ¿Qué le quedaría a Howard si no tenía a Orc?

En el fondo, sentiría auténtica tristeza si Orc lo abandonara. A fin de cuentas eran colegas. Amigos. Habían pasado de todo juntos. Orc no solo era la baza principal de Howard: era su único amigo.

Orc le importaba. De verdad. Pero obviamente a Orc no le importaba mucho Howard.

El chico se tomó su tiempo para decidirse. Se tomó su tiempo y acabó

dándose una ducha totalmente vestido. Pero finalmente se decidió y se alejó de la nube, empapado, pero moderadamente limpio, sin que los chavales que juguetaban por allí se dieran ni cuenta.

La casa de Albert no quedaba lejos. Se encontró la puerta abierta, y no tardó en localizar a Albert.

Los ojos del joven magnate estaban cerrados. Desde luego parecía muerto. Muy muerto.

Howard avanzó con cautela, como si Albert pudiera levantarse de repente y ponerse a gritarle por haberse colado en su casa. Colocó dos dedos sobre el cuello de Albert. No notó pulso.

Pero sintió calidez. El cuerpo debería estar más frío.

Howard se agachó delante de Howard y le abrió un párpado. El iris oscuro se contrajo.

—¡Vaale! —exclamó, y cayó hacia atrás—. ¿Estás vivo, tío?

No hubo respuesta. Nada.

Howard estaba frustrado, porque, de seguir vivo Albert, había esperado negociar un trato. A fin de cuentas, si le salvaba la vida, sería lógico que Albert le debiera alguna cosita.

Howard dudó. No podía hacer nada, y, tarde o temprano, Albert estaría cien por cien muerto, tieso como un palo. ¿Y si trataba de encontrar a Lana? Tal vez hubiera alguna recompensa. Albert era rácano con el dinero, pero seguro que si Howard llegaba a salvarle la vida...

—Vale, no sé si me oyes o no, Donald Trump, pero si te salvo el pellejo, me deberás una. —Howard frunció el ceño y decidió añadir—: Ah, por cierto, es Howard quien te habla. Así que se la deberás a Howard.

Cuando el chico llegó al «hospital» se encontró con una imagen muy perturbadora: Edilio sentado en los escalones de piedra, temblando y murmurando, sin nadie que lo atendiera. Era solo uno entre las varias docenas de chavales que tosían, carraspeaban y tiritaban, víctimas de la enfermedad.

Lo último que quería Howard era acercarse a ellos.

—¡Oye! —gritó hacia las escaleras.

Nadie respondió. El chico se estremeció, se dispuso a marcharse y se volvió otra vez, como si estuviera practicando el paso de algún bailecito. Le costaba arriesgar la vida sin saber siquiera cuál sería la recompensa. A fin de cuentas, uno tenía que saber si le pagarían.

¡Cooof!

De repente, un chaval que estaba en lo alto de las escaleras tosió con una violencia que Howard no había visto, oído ni imaginado en la vida. Al toser, el chico salió disparado hacia atrás, aterrizó bruscamente y al estamparse contra el granito hizo el ruido de un melón al caer al suelo.

Entonces se dio la vuelta, se puso de rodillas y tosió de nuevo, soltando esta vez un reguero de sangre sobre una chica que se encontraba cerca.

—Ni de coña —dijo Howard—. Ni de coña.

El chico nuevo, Sanjit, el chico del helicóptero, apareció en lo alto de las escaleras. Bajó corriendo hasta el chaval que no paraba de toser y lo agarró de los hombros por detrás.

Entonces vio a Howard ahí de pie.

—Échame una mano: tengo que sacarlo de las escaleras.

—No, no pienso tocarlo —advirtió Howard.

Sanjit le lanzó una mirada furiosa, pero luego se ablandó, como si lo entendiera.

Sanjit intentó que el chaval subiera caminando las escaleras, pero el chico volvió a toser con tanta violencia que se le escapó de las manos y acabó bajando dando tumbos.

En esta ocasión rodó escaleras abajo hasta detenerse a los pies de Howard y ahí se quedó, tiritando y gimiendo. Un chorreón de sangre le brotaba de las orejas, la nariz y la boca.

Sanjit bajó los escalones a toda prisa y se quedó a su lado.

—Apártate del camino —ordenó a Howard—. Tengo que arrastrarlo por la calle.

—¿Está muerto?

—No, está en perfecta forma —replicó Sanjit.

Agarró al chaval por las muñecas y comenzó a tirar de él en dirección a la plaza.

—¿Ves a Edilio por ahí? —señaló Howard.

—Sí, lo he visto...

—¿No tendrías que...? —empezó a preguntar Howard , gesticulando de forma vaga.

—Sí, debería pedir una camilla y llevarlo directamente a la unidad de cuidados intensivos —afirmó Sanjit con furia contenida—. Lo pondré en la máquina de oxígeno y lo atiborraré de antibióticos. O igual me limitaré a ver si vive o muere, porque eso es lo que realmente puedo hacer, ¿vale?

Ante la ira de el chico delgado, Howard dio un paso atrás.

—No pretendía... —empezó a decir, y lo siguió a una distancia prudencial mientras Sanjit arrastraba al chaval del bordillo al asfalto.

Sanjit se detuvo a mitad de camino y levantó la mirada hacia el cielo.

—¿Qué es eso? ¿Una nube?

—Ah, ¿eso? Sí, está lloviendo. Otra cosa rara.

—¿Qué? ¿Está lloviendo? ¿Agua?

—Sí, agua. A mí también me ha sorprendido. Como esto es la ERA, uno se esperaría que lloviera fuego o cacas de perro o algo así.

—¡Chooooo! —gritó Sanjit con todas sus fuerzas—. ¡Chooooo!

Unos segundos más tarde, su hermano africano regordete bajó corriendo las escaleras, con cara de susto.

—¡Agua! —exclamó Sanjit.

—¿Dónde? —preguntó Virtue.

Sanjit señaló con la barbilla.

—Trae un cubo. ¡Trae todos los cubos que encuentres!

Virtue lo miró boquiabierto y echó a correr.

Sanjit continuó arrastrando el cadáver.

—Escucha, tío —insistió Howard—. Necesito a Lana. ¿Sabes de quién hablo? De la curandera.

—¿Tienes una heridita? —se burló Sanjit—. Como que está ocupada ahora mismo intentando salvar a un par de chungos a los que Edilio disparó.

—¿Dónde?

—En casa de Astrid. No sé dónde es. ¿Por qué no me ayudas o te piras?

—Elijo la opción B.

En casa de Astrid. Vale. Eso sería... pues directamente debajo de la nube.

Vale, vale, pensaba Howard, al percatarse de lo que significaba.

—El pequeño Pete. O sea que ya se sabe. Bueno, prepárate Howard, prepárate.

Quinn y su tripulación remaban hacia la orilla, mucho más tarde de lo habitual. Habían tenido un día duro. Tras pasar una noche terrible acampados, les costó poner a flote una de las barcas. La subieron a la orilla sin darse cuenta, y el casco topó con una roca oculta. Se había abierto un tajo en el fondo, y tardaron horas en averiguar cómo arreglarlo.

Por suerte, era uno de los cascos de madera; de haber sido de metal o fibra de vidrio, no podrían haberlo arreglado sin volver a la ciudad en busca de equipo.

Aun así, tuvieron que utilizar sus navajas suizas para tallar la madera que encontraron en la playa y convertirla en tablas que fueran lo bastante planas y lisas. Y entonces se dieron cuenta de que no tenían tornillos, así que tuvieron que sacarlos de otras barcas. Luego perforaron los tablones nuevos y el casco y utilizaron los tornillos para sujetar los tablones. Rascaron y fundieron un poco de pintura para emplearla como sellador.

Cuando terminaron, se sorprendieron al comprobar que la barca estaba en condiciones de navegar. Se quedaron muy satisfechos de su trabajo, pero aún tenían que pescar.

Cuanto más avanzado estaba el día, más costaba encontrar peces. Cuando el sol calentaba la capa superior del agua salada, gran parte de los que solían pescar habitualmente buscaban aguas más profundas o simplemente perdían el apetito.

Así que no hubo ni los chistes ni las risas ni los fragmentos de canciones que a menudo los acompañaban al volver remando a casa.

—¡Aún no han recogido la pesca de ayer! —gritó Quinn cuando se acercaron lo bastante para verla.

Y, efectivamente, gran parte del pescado que tanto les había costado desembarcar el día anterior seguía en el muelle, pudriéndose al sol.

Esta revelación suscitó una retahíla de palabrotas entre la tripulación, seguida de un estado de preocupación más inquietante. Costaba imaginar que Albert hubiera dejado que pasara algo así.

—Algo va muy mal —señaló Quinn—. Quiero decir, peor que de costumbre.

Aún les quedaban doscientos metros para alcanzar la costa cuando Quinn vio un borrón que se detuvo en seco y se convirtió en Brianna. Estaba al final del muelle.

Llevaba algo en la mano.

—¡Chicos, esperad! —gritó Quinn a las demás barcas—. Nos acercaremos a ver qué pasa.

La barca de Quinn alcanzó el muelle y lanzó una lazada por encima de una de las cornamusas.

—Ya era hora —se quejó Brianna.

—Oye, lo siento: estábamos ocupados —replicó Quinn—. Y no sabía que debía seguir un horario.

—No me gusta lo que tengo que hacer —anunció Brianna, y le entregó la nota a Quinn.

El chico la leyó. Y la volvió a leer.

—¿Qué es esto, una broma? —exigió saber.

—Albert ha muerto. Asesinado.

—¿Qué?

—Está muerto. Sam y Dekka se encuentran en el campo, en alguna parte. Edilio tiene la gripe, e igual se muere; muchos chicos la tienen. Muchos. Y hay unos... unos monstruos... una especie de bichos... nadie sabe cómo llamarlos... que se acercan a la ciudad. —El rostro de la chica se contrajo mostrando rabia, pena y miedo al mismo tiempo, hasta que soltó—: ¡Y yo no puedo pararlos!

Quinn la miró fijamente y volvió a concentrarse en la nota.

Sintió que su pequeño universo feliz se inclinaba y se alejaba irremediabilmente.

Solo había tres palabras escritas en el papel: «Trae a Caine».

TREINTA Y UNO

3 HORAS, 49 MINUTOS

SAM REMÓ HASTA encontrarse a treinta metros de la costa.

—Supongo que lamentáis no haberme quemado entero, ¿eh? —le gritó Drake.

—Yo sí —gruñó Dekka.

Sam tuvo que controlar la rabia furiosa que ardía en su interior. ¿Cómo había escapado Drake? ¿Había encontrado un modo de sobornar a Howard?

—No estaría aquí provocándonos si no pensara que puede vencernos —afirmó Sam sin perder la calma—. Y no fui capaz de matar a esos bichos cuando eran mucho más pequeños. —Miró a Toto—: El único poder que tienes es ese de atrapar trolas, ¿verdad? ¿No tienes ningún otro?

Toto respondió a la cabeza de Spidey ausente.

—No tengo armas.

—¿Y esas cosas saben nadar? —se preguntaba Jack.

—Si supieran, ya estarían persiguiéndonos —señaló Sam.

—¿Crees que Drake puede controlarlas, conseguir que hagan lo que él quiere? —quiso saber Jack.

—Supongo que no tardaremos en averiguarlo —respondió Sam.

Todos se quedaron callados, mirando expectantes a Drake.

Sam pensó que por el momento debían de encontrarse a salvo. De no ser así, Drake ya habría ido tras ellos. Si se acercaban a la costa, habría pelea. Y Drake se había puesto bastante gallito: no paraba de pavonearse y provocarlos desde la orilla.

Sam podría llevar la barca hasta el otro lado del lago. Podría desembarcar, rodear al ejército de insectos de Drake y llevarlo a un lugar donde luchar sin destruir el puerto deportivo.

—Tenemos que salir de aquí —indicó Sam.

—¡Oye, Sam! ¡He pensado que te gustaría saber que este no es todo mi ejército!

Sam no lo dudaba.

—Tu chica, Brianna, ha intentado pararnos. —Drake agitó el cuchillo Bowie en el aire—. Le he cogido esto. La he azotado, Sam. —Drake chasqueó su mano de látigo. El chasquido sonó como el disparo de una pistola—. Le he roto las piernas para que no pudiera correr. Y luego...

Dekka ya se estaba lanzando por la borda, dispuesta a nadar hasta la costa, pero Jack la agarró y se lo impidió.

—¡Deja que me vaya! —gritó Dekka.

—Sujétala —ordenó Sam a Jack—. No seas estúpida, Dekka. Quiere que salgamos tras él.

—Yo puedo vencerlo —afirmó Jack—. Dekka y yo, juntos, podemos matarlo.

Sam tomó nota de que Jack acababa de formular una amenaza física. No recordaba haberle oído hacer nunca un comentario semejante. Pero la que más le preocupaba era Dekka.

—Lo voy a matar —aseguró la chica con una voz profunda, parecida al rugido de un animal—. Lo mataré, lo mataré —repitió y entonces gritó—: ¡Voy a matarte, Drake, voy a matarte!

Drake sonrió y añadió:

—Creo que le ha gustado. Gritaba, pero le ha gustado.

—Está mintiendo —afirmó Toto.

—¿Quién? —intervino Sam.

—Él —respondió señalando a Drake—. No ha matado a la chica ni le ha hecho daño.

Dekka se relajó, y Sam y Jack la soltaron.

—Toto el atrapatrolas —susurró Sam—. Sabe cuándo la gente miente.

—Acabo de decidir que me gustas —dijo Dekka a Toto—. Puedes resultar muy útil.

Toto frunció el ceño.

—Es verdad: acabas de decidir que te gusto.

—Sigue escuchando, Toto. —Sam pensó durante un minuto, hasta que gritó—: Puede que Brianna esté muerta, pero aún tenemos fuerza más que suficiente para enfrentarnos a ti.

Drake echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Ya, el resto de mi ejército está rematando a los pocos chavales que quedan en Perdido Beach. Ha sido una masacre bonita, Sam, tendrías que haber estado allí.

Sam le hizo un gesto a Dekka para que no replicara. Cuanto más hablara Drake, mejor.

—¡Pero aún tengo a Astrid viva, Sam! —gritó Drake—. Está en un sitio seguro. Quiero tomarme mi tiempo con ella.

Sam esperó y contuvo el aliento.

—Eso son mentiras —afirmó Toto.

—¿Todo lo que dice?

—Todo.

Sam respiró.

—¡Bueno, Drake! —gritó Sam desde el agua—. Siento oír eso. Supongo que solo te queda venir a cogermme.

Adoptó un tono tan desenfadado que Drake se quedó con la boca abierta. El psicópata tardó unos segundos en recuperarse.

—¿Qué te pasa, Sammy? ¿Estás asustado, gallina?

—¡No, la verdad es que pensábamos pescar un poco! —gritó Sam—. Me han dicho que la trucha de este lago es deliciosa. ¿Te gustaría apuntarte? Puedes nadar con la mano de látigo, ¿no?

Drake lo miró fijamente, y luego se quedó observando el cuchillo que sostenía en la mano, como si de algún modo lo hubiera traicionado. Y entonces entornó los ojos y fulminó a Toto con la mirada.

—Vamos, Drake. No seas crío. Ven a cogernos.

Mientras tanto, Sam había dejado que la barca se acercara cada vez más, pero sin hacerla encallar. Se encontraba a diez metros de Drake. No tenía que alzar la voz para que lo oyera.

Sin volverse hacia la chica, Sam preguntó en un susurro:

—Dekka, ¿lo alcanzas desde aquí?

—Apenas. Cuanto más cerrado es el ángulo, menos puedo hacer. Pero sí.

—Cuenta atrás —empezó Sam—. Tres..., dos...

Dekka alzó las manos y Drake se alzó débilmente del suelo. Lo sintió de inmediato y enseguida supo lo que estaba ocurriendo, así que se puso a patlear en el aire como una marioneta.

Sam alzó las manos y disparó dos rayos gemelos de luz verde. Los rayos alcanzaron a una de las criaturas que Drake tenía a su izquierda, a medio metro, pero entonces Sam viró hacia la derecha y dio a Drake en la pierna.

La pierna se iluminó y el humo que despedía se elevó arremolinándose en el aire.

Drake desenroscó su látigo y alcanzó a una de las criaturas. Tiró hasta quedar fuera del alcance de Dekka y fue dando tumbos entre las criaturas para protegerse así de los rayos de Sam.

—¿Se morirá? —preguntó Toto.

—Siento decir que no —respondió Dekka.

Y entonces oyeron que Drake bramaba furioso desde la costa:

—¡Cogedlos! ¡Venga!

Las criaturas respondieron al instante y corrieron hasta el borde del agua. A Sam le resultaba casi imposible verlas como seres vivos: más bien parecían robots. Sencillamente los insectos no eran tan grandes. No podían ser tan grandes.

Los bichos formaron un enjambre acelerado al entrar en el agua. Y siguieron corriendo una vez dentro.

—Flotan —comentó Jack—. Mala cosa.

—Sí, pero no saben nadar muy bien —señaló Sam.

Empezó a dar marcha atrás, poco a poco, con el motor resoplando hasta alcanzar una distancia prudencial. Las criaturas habían dejado de lanzarse al agua. Las que tocaban fondo se escabullían otra vez, ignominiosamente, hasta la tierra seca. Dos de las criaturas flotaban como balsas a la deriva, o como remolques atrapados en una inundación, dando vueltas lentamente, sin poder hacer nada.

Pero entonces una de las criaturas de la costa abrió las alas. Bajo el caparazón duro tenía alas como las de una libélula.

—No pueden volar, ¿verdad? —se preguntó Dekka.

La criatura despegó. Avanzaba con torpeza, lentamente, pero volaba.

Volaba hacia la barca.

—En cuanto hayáis descargado la pesca, volved al campamento —indicó Quinn a sus compañeros—. Os alcanzaré más tarde. Y si no... Bueno, pues seguid con la rutina.

Sintió las miradas de preocupación que lo seguían mientras recorría el

muelle.

Había una lancha motora en la que aún quedaban unos cuantos litros de gasolina. Habían decidido que solo la usarían en caso de emergencia, pero a Quinn le parecía que lo que estaba ocurriendo lo era.

—¿Vienes? —preguntó a Brianna.

La chica meneó la cabeza.

—No puedo vencer a esas cosas, pero al menos puedo pelearme con ellas.

—¿Y si no quiere venir? —preguntó Quinn.

—Vendrá. Será su gran momento.

—¿Conseguirá parar a esas criaturas?

—¿Y yo cómo voy a saberlo? No ha sido idea mía. No soy yo la que cree que deberíamos traerlo. Igual Drake y él volverán a ser grandes amigos. ¿Quién sabe?

—Bueno, supongo que Edilio debe de creer que Caine puede salvarnos.

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato. Ambos pensaban en Edilio y se preguntaban si sobreviviría. Desde el principio, Edilio había sido uno de los chicos buenos. Probablemente el mejor de todos.

Mary y él eran dos personas generosas, leales y decentes. Ella había muerto tras traicionarlos a todos. Y puede que él estuviera muriéndose ahora, ignorado y solo.

—Solo tengo otra pregunta más para ti, Brianna. Va en serio. No me des una de tus típicas respuestas de chica dura, ¿vale?

—¿Sí?

—¿Tú puedes vencer a Caine? Si vuelve a las andadas, si se dedica a atropellar a la gente, a hacer daño..., ¿tú podrás vencerlo?

Quinn vio que la chica empezaba a esbozar una sonrisa fanfarrona. Pero entonces dejó de fingir, suspiró y respondió:

—No lo sé, Quinn.

El chico aún dudaba. No quería ir. Y sabía por qué.

—Ahora que pesco como que le gusto a todo el mundo. Eso es a lo que me dedico, ¿vale?, y es algo necesario y por eso la gente me respeta. —El chico suspiró y desató el cabo de la lancha de su cornamusa—. Y ahora seré el tío que trajo a Caine.

Brianna asintió.

—Es un palo ser tú. Pero es aún más palo ser yo.

Impulsivamente, Quinn la abrazó. Como un hermano. Ella no le devolvió el abrazo, pero tampoco se hizo un borrón.

—Aguanta, Brisa.

—Tú también, Pescador.

Quinn se metió en la lancha y Brianna desapareció antes de que él pusiera en marcha el motor.

El chico se dirigió a la salida del puerto deportivo. La lancha avanzó despacio hasta que abandonó el puerto. Entonces Quinn empujó la palanca del acelerador al máximo y dirigió la proa hacia la isla lejana.

Astrid miraba alrededor preguntándose dónde estaban y adónde iban. Orc parecía tener algún sitio en mente. Pero también parecía confundido. Estaban en una zona de bosques enmarañados y valles abruptos, repentinos, invadidos por la maleza.

—¿Nos estás llevando a Coates? —preguntó Astrid.

—Sí —respondió Orc.

—¿Y por qué allí?

—Querías irte, ¿no?

—Quiero que mi hermano esté en un sitio seguro —afirmó Astrid, consciente

de su hipocresía.

— Ese lo es.

— ¿Cómo lo sabes?

— Es un secreto —refunfuñó Orc—. Quiero decir, que allí no hay nadie. Ninguno de esos chavales, vamos. Caine y todos esos tíos.

— ¿Y si Drake va hasta allí?

Orc se encogió de hombros, y, al hacerlo, la cabeza del pequeño Pete colgó hacia atrás.

— Si Drake está allí, yo me encargaré de él.

Astrid apretó el paso para alcanzar a Orc y le puso la mano en el hombro. Él redujo la velocidad y se apartó para que ella pudiera caminar a su lado.

— ¿Estás buscando a Drake? —preguntó Astrid—. Porque no creo que sea una buena idea.

— Drake no me importa —dijo Orc, enfadado—. Ya he tenido que soportarlo bastante. Pero tengo que salir de la ciudad. ¿Dónde más voy a ir?

Astrid estaba segura de que en parte le decía la verdad. Pero no toda.

— Gracias por ayudarnos —añadió—. Pero no tienes que salir de la ciudad. No es culpa tuya que Drake se haya escapado.

— No he dicho eso.

— Entonces ¿por qué?

Orc no dijo nada y continuó avanzando pesadamente. Sus pies de piedra pisoteaban la maleza como un pequeño Godzilla.

— Es por ese chaval —añadió.

— ¿Qué chaval?

— Ese chaval, el chavalín, estaba enfermo o yo qué sé, y yo... Pues supongo

que estaba borracho.

—¿Qué ha pasado con el chaval?

—Se ha metido en mi camino.

Costaba interpretar la expresión de Orc. Pero Astrid percibió angustia en su voz.

—Ah...

—Tengo que salir de la ciudad. Es la ley. Tienes que saberlo, tú hiciste esa ley.

—Yo no me inventé lo de «No matarás» —dijo Astrid poniéndose a la defensiva.

El tono moralista de su voz la ponía enferma. La misma Biblia que decía «No matarás» también decía: «El que odia a su hermano es un asesino».

¿Acaso ella no odiaba a su hermano? ¿No se había planteado el asesinato? ¿No había retado a Turk y a Lance para que lo hicieran por ella? Si Orc tenía que exiliarse, ¿no debería hacerlo ella también?

¿Estaba dispuesta a vivir cargando con el pecado mortal que supondría la muerte de su hermano y, sin embargo, no quería acostarse con Sam? ¿No era algo absurdo? Asesinato, claro, pero ¿fornicar? De ninguna manera.

Astrid no se había sentido tan mal en la vida. Se quedó rezagada para que Orc no viera las lágrimas en sus ojos. Ay, Dios, ¿cómo se había convertido en esa persona? ¿Cómo había podido fallar tan estrepitosamente?

Hipócrita. Asesina de corazón. Una bruja fría y manipuladora. Eso es lo que era. ¿Astrid la genio? Más bien Astrid la farsante.

Y ahora avanzaba trabajosamente a través de bosques sombríos en busca de un refugio frío, en compañía de un asesino borracho y su hermano. El primero mataba por rabia y estupidez, ¿y el segundo por qué? ¿Por ignorancia? ¿Por indiferencia? ¿Por el simple hecho de tener mucho más poder del que nadie podría manejar, y mucho menos un niño autista? La chica se rio, pero parecía feliz.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Orc, receloso.

—Yo.

Entonces, a través de los árboles, vieron los tejados oscuros y embrollados de Coates y cogieron la carretera que llevaba a la puerta principal.

Era un lugar sombrío, inquietante. La piedra pálida encalada mostraba señales de violencia. Había un agujero enorme en la fachada, como una herida de bala fatal. Habían destrozado y arrancado la puerta.

Orc avanzó a grandes zancadas, subió los escalones y gritó:

—¿Hay alguien ahí?

Su voz resonó en la entrada en forma de arco.

—Arriba hay camas. Hay que coger las escaleras de atrás.

Orc iba delante: no cabía duda de que la distribución del lugar le resultaba muy familiar. Astrid se preguntaba cómo había llegado a conocerla tan bien. Orc no era un chaval de Coates.

Encontraron un dormitorio colectivo que no estaba quemado, ni destrozado, ni tampoco había servido de baño.

Orc arrojó despreocupadamente al pequeño Pete sobre un colchón desnudo. Astrid buscó algo para cubrirlo y encontró una manta hecha jirones. Se la echó por encima.

Le tocó la frente. Seguía teniendo fiebre, pero puede que no estuviera peor que antes. Astrid no tenía termómetro. Al niño le entraban accesos de tos. No estaba peor, pero tampoco mejor.

—¿Y ahora qué, Petey? —le preguntó.

Si Lance hubiera apretado el gatillo, ¿habría matado la bala al pequeño Pete? ¿Habría tenido poder para detenerla? Claro. Pero ¿habría sabido lo que estaba ocurriendo?

—¿Cuánto sabes, Petey? ¿Cuánto entiendes?

Astrid necesitaría sábanas limpias para cuando Petey mojara la cama. Y ella también necesitaba ropa: aún iba en camisón. Y, aunque probablemente ya no quedaría comida en aquel sitio, seguro que había un poquito de agua.

Astrid llamó a Orc, pero él no la oyó. Sus pasos pesados resonaron en el silencio inquietante.

Mejor dejarlo estar. En otra habitación encontró ropa más o menos de su talla. No le iba mal del todo. No estaba limpia, pero al menos hacía tiempo que nadie se la había puesto. Coates llevaba abandonado una buena temporada. Se preguntaba si pertenecía a Diana.

Entonces fue a buscar agua. Pero se encontró a Orc. Estaba en el comedor. Había subido sus piernas enormes a una pesada mesa de madera. Había tenido que juntar dos sillas para soportar su peso y desparramarse.

En la mano tenía una botella de cristal transparente llena de un líquido transparente.

La habitación olía a carbón y a algo asquerosamente dulce. Era evidente de dónde procedía el olor: en la esquina, junto a una ventana, había un artilugio que solo podía ser un alambique. Debían de haber robado los tubos de cobre del laboratorio de química, y ahora salían curvados de una tina de acero que descansaba sobre un caballete de hierro, dispuesto encima de los restos fríos de un fuego.

—Aquí es donde Howard hace su whisky —dijo Astrid—. Por eso conoces el sitio.

Orc bebió un buen trago. Parte del licor se le salió de la boca.

—Aquí no viene nadie desde que Caine y todos los demás se fueron. Por eso Howard lo instaló aquí.

—¿Qué usa?

Orc se encogió de hombros.

—No importa mucho mientras sea alguna clase de verdura. Hay un huerto de maíz que pocos conocen. Y también alcachofas. Y repollos. No importa.

Astrid cogió una silla y se sentó a cierta distancia de él.

—Te has cambiado de ropa —señaló Orc.

—Tenía frío.

El chico asintió y volvió a beber. La observaba, la escrutaba con la mirada. La chica se alegraba mucho de no ir ya en camión.

Se preguntaba si Orc era lo bastante mayor como para tener que preocuparse por eso. Le parecía que no. Pero era una posibilidad aterradora.

—¿Es bueno beber tan rápido?

—Tiene que ser rápido. Si no, me desmayo y entonces no bebo suficiente para que haga lo suyo.

—¿Que haga lo suyo? —preguntó Astrid.

Orc esbozó una sonrisa triste.

—No te preocupes por eso, Astrid.

Astrid no quería preocuparse por eso. Ya tenía bastante con sus propias preocupaciones. Así que no dijo nada y dejó que él bebiera y bebiera hasta que se vio obligado a tomarse un descanso.

—Orc, ¿intentas matarte?

—Como te he dicho, no te preocupes.

—No puedes hacer eso... Está... está mal.

Astrid se dio cuenta de que había dos botellas más en el suelo, justo donde Orc podía alcanzarlas sin moverse.

—Es un pecado mortal —insistió la chica.

Se sentía como una idiota, como una estúpida. La propia palabra «pecado» parecía un pecado al decirla.

«Hipócrita —se riñó a sí misma en silencio—. Farsante».

—Si lo haces, no podrás arrepentirte —continuó—. Morirás con un pecado mortal en tu conciencia.

—Eso ya lo tengo.

—Pero tienes remordimientos. Has pensado en ello. Y tienes remordimientos.

Orc sollozó de repente, ruidosamente. Inclino la cabeza hacia atrás y Astrid lo vio apurar lo que quedaba de la botella.

—Si has pedido perdón, y tienes remordimientos de verdad, entonces Dios te ha perdonado por lo de ese niño.

Las botellas no tenían corcho: estaban selladas con film transparente y una goma elástica. Orc quitó el plástico a la segunda botella.

—No hay Dios en la ERA, ¿lo sabías? —dijo el chico.

TREINTA Y DOS

3 HORAS, 48 MINUTOS

SAM DISPARÓ. LOS rayos de luz alcanzaron de lleno al bicho que se cernía sobre ellos. Rebotaron y se fragmentaron y se sumergieron en el agua, que enseguida empezó a soltar vapor.

—¡Dekka! —gritó Sam.

La chica anuló la gravedad que afectaba al bicho y lo vieron salir disparado hacia arriba, acompañado del silbido del agua al levantarse.

Pero no sirvió de nada. Más criaturas habían abierto sus alas de cucaracha y salían volando torpemente hacia la barca.

Sam soltó un par de tacos. Aceleró el motor y dio la vuelta al timón. La barca salió disparada hacia el centro del lago.

Los bichos trataron de perseguirlos, pero eran insectos, no águilas, y les costaba controlar el vuelo.

—¡Igual puedo aplastarlos! —propuso Jack por encima del rugido de los motores.

—Cree que puede —comentó Toto.

—Pero me asustan.

—Eso también es verdad —añadió Toto.

—¡Ya, eso ya podría haberlo adivinado yo! —gritó Sam mientras esquivaban a otra criatura que avanzaba torpemente hacia ellos.

Podrían haber seguido esquivando bichos, puede que eternamente, pero cuando Sam dio un golpecito al indicador de combustible vio que solo quedaba una octava parte del depósito.

Había un surtidor manual en el depósito del muelle, pero algo le decía que

Drake no iba a dejar que se acercaran a repostar.

—Necesitamos gasolina —indicó Sam.

Apartó la barca del puerto deportivo, sin alejarse sin embargo de la costa, esperando que el siniestro ejército de Drake los siguiera. Iban más rápidos por tierra que por el aire, así que salieron disparados de vuelta a la costa como un enjambre de abejorros locos.

Sam dirigió la vista hacia atrás y vio que Drake instaba a las criaturas a continuar. Iban rápidas, resbalando con sus patas de insecto. Pero no tanto como la barca. Podía dejarlas atrás si iba a máxima velocidad.

—¿Estamos huyendo? —se preguntó Toto.

—Sí —replicó Sam.

—Eso no es verdad.

—¿Hay algún modo de hacerte callar? —preguntó Sam—. Somos más rápidos que ellos. Así que vamos a confundirlos: volveremos sobre nuestros pasos y los dejaremos atrás en el puerto deportivo.

—¿Y luego qué? —preguntó Dekka.

—Repostaremos y seguiremos dando vueltas en barca eternamente —respondió Sam.

—Un plan genial —opinó Dekka.

—Tarde o temprano, Brittney aparecerá. Igual entonces tendremos una oportunidad.

Yendo a toda velocidad, no tardaron mucho en alcanzar el final del lago.

Las cucarachas enormes se apiñaban en la costa. Corrían ansiosas por alcanzarlos; ya no volaban.

—¿Dónde está Drake? —preguntó Jack.

Sam examinó el ejército de insectos. No había ni rastro de Drake. Sam paró el

motor. Quería ahorrar gasolina para la carrera frenética hasta el puerto deportivo. Entonces, en el silencio repentino, oyó un motor distinto.

Una barca elegante con dos fuerabordas grandes arrojaba una nube de agua y se acercaba rítmicamente hacia ellos. No tenían ninguna duda respecto a quién la conducía.

Los bichos estaban en la costa. Y Drake, en el agua.

—Si lleva un arma, tendremos un problema —indicó Dekka.

—No necesita un arma —dijo Sam muy serio—. Puede embestirnos. No se le puede matar, pero a nosotros, sí.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Jack. Y a continuación, con pánico en la voz, repitió—: ¿Qué hacemos?

Dekka le puso una mano tranquilizadora sobre el hombro.

—Cálmate.

Sam calculó la extensión de la costa, comprobó cuánto combustible les quedaba, miró a sus dos amigos, y finalmente examinó a Toto.

—Tío, ¿crees que puedes bombear gasolina?

Toto apartó la vista y trasladó la pregunta a la cabeza imaginaria de Spider-Man.

—¿Puedo bombear gasolina? —Tras, al parecer, oír la respuesta, respondió—: Sí.

Sam puso en marcha el motor, hizo girar el timón y esperó, y siguió esperando, mientras la proa de Drake se acercaba cada vez más.

—Jack, agarra ese bichero. Y prepárate.

—¿Qué?

—¿Viste esa película en la que Heath Ledger era un caballero?

—No fue su mejor película —opinó Dekka.

—Cierto.

Toto estaba de acuerdo.

—Agárrate —le advirtió Sam.

Aceleró, empujó la palanca hasta el final y salió disparado hacia Drake.

Lana no corría, estaba demasiado cansada para correr; además, probablemente Howard se equivocaba. Turk y Lance estaban convencidos de haber matado a Albert. Mientras yacía ahí, chillando de dolor bajo el tacto curativo de Lana, Lance no dejaba de farfullar algo acerca del perdón, de rezar para salvarse, y de decir que sentía lo de Albert.

—¡Ha sido Turk, no yo! —exclamaba.

Su mejilla destrozada se agitaba sangrienta cuando pronunciaba cada palabra, mientras la lluvia que calaba arrastraba la sangre hasta la alfombra que tenía bajo la cabeza.

Lana había curado casi del todo a Turk y a Lance. Al menos no se morirían. Aunque no le veía el sentido: eran escoria y tarde o temprano alguien acabaría matándolos. Sin embargo, le parecía que no le tocaba decidirlo a ella. No era más que un peón en aquella locura.

Perdió la oportunidad de ser una heroína cuando no destruyó a la *gayáfaga*. Y no pudo detener el virus que ya se había cobrado nueve vidas. Pero al menos había salvado a un par de chungos. Bien por ella.

Howard y Lana se encontraron a Albert tal y como lo había descrito Howard: sentado con la espalda pegada a la pared.

Lana se dio cuenta de que tenía un montón de sangre alrededor: un mar pequeño y pegajoso.

—No se murió enseguida —observó Lana—. La gente muerta no sangra tanto. ¿Y ves lo manchada que está la pared? Se incorporó. —La chica se arrodilló y

puso los dedos sobre el cuello de Albert—. Luego se sentó aquí y se desangró hasta morir.

No le cabía la menor duda. Tenía un agujero de bala en la cara. Y un orificio de salida mucho mayor en el otro lado. Parecía como si un animal salvaje le hubiera dado un mordisco en el cráneo.

—Yo no resucito a los muertos —indicó Lana.

—No, espera —insistió Howard.

Se arrodilló junto a ella y levantó uno de los párpados de Albert. La casa estaba oscura: no había bastante luz para que un iris pudiera reaccionar. Así que Howard sacó un mechero y lo encendió.

Lana alzó las cejas.

—Hazlo otra vez.

Howard le levantó el otro párpado. Ese iris también respondió.

—Vaya —dijo Lana.

Puso ambas manos sobre la cabeza de Albert. Tras pasar varios minutos en esa posición, se inclinó hacia delante para observar el horrible orificio de salida. Alrededor de los bordes irregulares desgarrados estaba saliendo carne.

—El hermano no está muerto —señaló Howard.

—Le ha venido de muy poco —comentó Lana—. Pero no, no está muerto. Y este tipo de cosa, al menos, la puedo curar.

—El tío me debe una —dijo Howard.

—Como diría mi padre, qué cachondo eres, Howard —repuso Lana—. Eres un cachondo.

—Le dirás que te he traído, ¿verdad? Le dirás que he sido yo, ¿verdad?

—¿Por qué? ¿Te vas?

Howard se puso en pie.

—Tengo que encontrar a Orc. Acabo de caer en la cuenta de dónde debe de haber ido.

Lana adoptó una postura más cómoda y Patrick se fue a rebuscar por la casa.

—¡Si encuentras algo, más te vale compartirlo! —avisó Lana al perro.

Las dos barcas se acercaban la una a la otra a toda velocidad.

Quedaban seis segundos para el impacto.

La mente de Sam iba acelerada. Drake sabría que se estaba echando un farol. No temía el impacto, así que sabría que Sam se estaba echando un farol y esperaría a que se apartara.

Cuatro segundos para el impacto.

—¡Jack! —gritó Sam—. ¡Súbete a la proa!

—¿Qué?

—¡Hazlo! —aulló Sam.

Jack saltó directamente de la popa a la proa. Sostenía el bichero como si fuera una lanza. Parecía un auténtico caballero. Con un poco de suerte Drake se habría dado cuenta.

Un segundo.

—¡Ahora, lánzalo! —gritó Sam.

Jack lo lanzó empleando toda su fuerza sobrenatural y, en ese momento, también desesperada.

Sam no esperaba que el bichero empalara a Drake, y no lo hizo. Pero incluso los asesinos inmortales conservaban el instinto, así que Drake se dejó caer instintivamente para evitar que el bichero le diera.

Sam ya había girado el timón.

Pasaron a toda velocidad junto a la barca de Drake, salpicándola con la ola de proa. Ellos también se calaron.

Dekka sonrió a Toto.

—Ves, esto es lo que hace que Sam sea Sam.

Un Drake furioso tardó diez segundos en hacer virar la barca y seguir la persecución.

Los bichos aún tardaron más en reaccionar. Ahora volvían a correr por la costa, pero ni Drake ni esas cucarachas gigantes conseguirían llegar al puerto deportivo antes que Sam.

—¡Vale! —gritó el chico por encima de la vibración de los motores—. Toto, cuando lleguemos, bombea a saco, ¿de acuerdo? Yo te enseñaré cómo. Drake no tardará en alcanzarnos, y puede que intente embestirnos otra vez. Así que, ¿Jack? Dekka, y tú, preparaos.

—¿Preparados para hacer qué?

—¡Agarraos! —gritó Sam.

Dirigió la barca hacia el muelle y dio marcha atrás. El agua hirvió, el motor rugió y la barca chirrió hasta detenerse junto al surtidor de gasolina.

Sam agarró a Toto y lo empujó bruscamente hasta encaramarlo al muelle.

—¡Dekka, átanos! —Sam desenganchó el surtidor manual, metió la boca en el depósito de gasolina y puso las manos de Toto sobre el surtidor—. Arriba y abajo, arriba y abajo, y no pares hasta que yo te lo diga.

Sam corrió hasta el final del muelle. Drake se les acercaba rugiendo. Sam miró a derecha e izquierda en busca de lo que necesitaba. Un velero con el suelo bajo. Eso serviría.

—¡Dekka, haz flotar ese barco!

Dekka levantó las manos y el barco se levantó del agua, salpicándolos,

inclinándose hacia un lado hasta el punto de que, durante un instante, Sam temió que volcara y que el mástil se estampara contra sus cabezas.

—Vale, Jack. No has acertado con el bichero. ¡Prueba con esto!

Jack tuvo que esquivar el campo sin gravedad de Dekka y, durante un segundo, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse al agua. Pero Sam le agarró la mano y lo enderezó.

Jack retrocedió seis metros, respiró hondo y corrió directamente hacia el barco que ahora se cernía sobre el final del muelle.

Sam tuvo el placer de ver que Drake se percataba de repente de lo que ocurría.

Jack aceleró, saltó y golpeó la popa del velero.

El barco salió volando, dando vueltas como un loco por los aires. No llegó muy lejos: recorrió menos de diez metros. Y entonces Sam apuntó, disparó, y la embarcación estalló en llamas.

El barco cayó, alcanzó el agua y chocó contra la barca de Drake, que iba a toda velocidad.

Ambos barcos se rajaron. Volaron astillas de madera llameantes, fragmentos de las barandillas de metal y trozos grandes del motor que se arremolinaban en el aire y aterrizaban como metralla alrededor de los chicos.

Toto gritó de dolor. Un trozo le había alcanzado en la cadera; el chico sangraba y gritaba y había dejado de bombear.

—¡Jack, bombea! ¡Dekka, coge a Toto!

Sam volvió a meterse en su barca y se puso a sacar fragmentos de restos incendiados.

—Muérete, muérete... —murmuraba Sam.

Se oyó un ruido repentino y Sam sintió un dolor. Le apareció la marca roja de un latigazo en el brazo.

Drake se agarraba al muelle con el brazo real, y tenía la mano de látigo libre para volver a atacar.

Sam disparó y no acertó. Pero ganó dos segundos cuando Drake se hundió en el agua agitada.

Sam echó un vistazo rápido a la costa. Las criaturas atravesaban como bólidos el aparcamiento, se apiñaban encima de los coches y también alrededor: tardarían escasos segundos en echárseles encima. O ahora o nunca.

—¡Basta! ¡Volvamos a la barca!

No tuvo que repetirlo. Toto y Jack fueron los primeros en subirse. Dekka tropezó mientras corría, se dio una palmada en la barriga y, durante un instante, Sam creyó que algo la había alcanzado.

Drake se había incorporado, y su mano de látigo encontró a Jack. El chico aulló y trató de agarrar el tentáculo, pero no lo consiguió.

Sam aceleró, pero se había olvidado del cabo. La barca rugió, salió disparada hacia delante y arrancó la cornamusa del muelle. La resistencia bastó para hacer girar la barca, que chocó contra otra embarcación que estaba amarrada cerca. El impacto los hizo caer a todos.

Cuando Sam consiguió despejarse, Drake ya tenía la mano sobre la borda, y su látigo se agitaba como loco sobre la barca, golpeando a Jack y a Toto.

Sam dio marcha atrás, pisó el acelerador, hizo girar el timón y encajó a Drake entre la barca y el muelle.

Entonces cambió de velocidad y se alejó rugiendo. Drake se quedó en el agua insultándolos, mientras los bichos corrían por el muelle acuchillando el aire con las mandíbulas.

Sam condujo hasta el centro del lago y paró el motor. El indicador de gasolina marcaba un poco por encima de un cuarto del depósito. Suficiente de momento. Pero a costa de que Toto gritara de dolor.

—Tiene mala pinta —informó Dekka—. Pero sobrevivirá.

Levantó la camiseta al chico y enseñó a Sam un corte profundo muy feo.

—Jack, mira a ver si hay un botiquín a bordo.

Sam se hundió: de pronto estaba muy cansado.

— ¿Te encuentras bien? —le preguntó a Dekka.

La chica no contestó.

Y Sam la miró más detenidamente.

— ¿Dekka?

Parecía enferma. Se mordió el labio.

—Siento tener que añadir un problema nuevo, jefe. Entonces la chica se levantó la camiseta, y Sam vio la boca dentada presionando bajo la piel.

Mientras la barca se mecía en las olas suaves, la luz se fue apagando y finalmente cayó la noche.

TREINTA Y TRES

3 HORAS, 47 MINUTOS

DIANA SE LEVANTÓ de la cama y, al hacerlo, destapó accidentalmente a Caine.

—¡Oye! —protestó el chico.

—No hay nada que no haya visto ya. Repetidas veces.

Caine se rio y entrecruzó los dedos detrás de la cabeza.

—Me podría acostumbrar a esta vida. Creo que me tomaré otra lata de melocotones.

Diana se dio una ducha rápida y salió chorreando. Se lo encontró esperándola con una toalla en la mano.

—De verdad: no. Ya está.

—Bueno, hasta que comamos algo.

La chica se secó y se peinó mientras él la observaba. Le molestaba un poco la falta de intimidad, pero se decía que valía la pena si a cambio tenían un poco de paz. En cualquier otro universo esa habría sido una habitación bonita de una casa bonita, en una isla bonita. Pero en la ERA todo aquello era exquisito, un milagro de belleza y comodidad.

Diana recordaba demasiado bien Coates. Sobre todo los últimos meses que pasaron allí, cuando se les acabó la comida, y el miedo, la depresión y el odio hacia sí mismos empezaron a dominarlos.

Este era un lugar hermoso. Y Caine era un chico —o un hombre joven— guapo, al menos por fuera.

Si las comodidades y el lujo y la propia Diana podían conseguir que mantuviera la calma, puede que entonces la vida continuara siendo así: tranquila.

Incluso cuidar de Penny y tratar con Bug eran problemas menores comparados con todo aquello a lo que había sobrevivido. Panda. Se estremecía con solo recordarlo, e incluso le entraban náuseas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Caine.

—Nada. —Diana se obligó a sonreír—. Supongo que tengo hambre. —Entonces, al ver la expresión de Caine, puntualizó—: De comida.

Se pusieron ropa interior y se envolvieron en batas suaves y caras que llevaban iniciales famosas bordadas. Diana se puso las zapatillas de seda y, juntos, bajaron a la cocina.

Bug estaba allí, y parecía aún más trastornado que de costumbre. Respiraba ansiosamente. Diana lo fulminó con la mirada. Se preguntaba si los habría estado espiando.

—Viene una barca —anunció.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Diana.

—Una lancha. Está muy cerca.

Caine se plantó fuera en un segundo, y Diana tuvo que correr para alcanzarlo. El cielo estaba casi oscuro, y una espléndida puesta de sol proyectaba dedos rojos y dorados a través del agua.

Y allí, sorprendentemente cerca, había una lancha. Diana vio a una persona a bordo, a un chico, pero como tenía la cara a la sombra no pudo distinguir quién era.

Diana lanzó una mirada inquisitiva a Caine, y en su rostro vio lo que esperaba ver, la expresión que temía.

Se le habían iluminado los ojos, y su boca esbozaba una sonrisa salvaje. Su cuerpo entero parecía inclinarse hacia delante, anticipándose, dispuesto. Excitado.

—Sea quien sea, dile que se marche —pidió Diana.

—Vamos a averiguar al menos quién es.

—Caine, líbrate de él.

La barca asustaba a Diana. Se abrazó como si se protegiera del frío.

Y en ese momento el chico de la barca levantó la vista.

—Es Quinn —dijo Caine—. ¿Qué está haciendo aquí? Me esperaba que fuera Zil o uno de sus perdedores.

—¿Te esperabas? —Diana frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir con que te esperabas?

Caine se encogió de hombros.

—Que tarde o temprano alguno de ellos vendría a buscarme.

—Pero ¿por qué te...?

Caine se rio. Era una risa arrogante y cruel.

—Hay solo dos cuatro barras en la ERA, Diana. Pensaba que tarde o temprano alguien se hartaría de que Sam les mandara, así que vendrían a buscarme.

Diana sintió que algo se retorcía en su interior.

—¡Oye, Quinn, aquí arriba! —gritó Caine. Entonces, aparte, añadió—: Bug, desaparece. Estate preparado. Puede que sea una trampa.

Bug se desvaneció.

Quinn apagó el motor y se puso en pie. Se movía con facilidad pese al balanceo de la barca.

—Caine, ¿dónde la amarro?

—No hace falta. —Caine le sonreía de oreja a oreja—. Siéntate y espera.

Caine se dirigió hasta el borde mismo del precipicio y alzó las manos. La barca empezó a elevarse, chorreando y arrastrando un resto de algas. Fue flotando en el aire hasta que Caine la soltó sobre unas hierbas crecidas y la lancha se inclinó hacia un lado. Quinn saltó para no caer con ella.

—Bien, Quinn: ¿qué te trae a Isla Fantasía? —preguntó Caine.

—Hola, Diana —saludó Quinn.

Diana no respondió. Lo sabía, igual que Caine. Por algún motivo, a pesar de todo, Quinn había venido a llevarse a Caine.

—Me envía Edilio —informó Quinn.

Caine sonrió con escepticismo.

—¿Edilio? El último tío que esperaba que me mandara mensajes.

—Ahora Edilio es el alcalde.

Diana sintió una punzada en el pecho.

—¿Sam está muerto?

Quinn iba a responder, pero Caine lo interrumpió:

—No, no: déjame adivinar. Yo creo que... Sam se cansó de hacer el trabajo sucio de todo el mundo, de correr todos los riesgos, y de que luego le echaran la culpa de todo cuando las cosas no iban del todo bien.

Caine disfrutó al ver la confirmación muda del rostro de Quinn, se rio y añadió:

—Vamos, Quinn. Entra y come algo.

—Solo he venido a...

Caine lo interrumpió y continuó:

—No, no, no, tienes que entrar. No quiero quedarme aquí fuera en bata. A fin de cuentas, este es un gran momento en la historia de la ERA.

—¿Un gran momento? —preguntó Diana.

—Mi retorno triunfal, Diana. Por eso ha venido Quinn: para suplicarme que vuelva.

—Bueno, pues está perdiendo el tiempo.

Pero ni Diana se lo creía. Siguió a Caine y Quinn hasta la casa.

—¿Te apetecen unas galletas con queso? —sugirió Caine, muy animado.

Apenas podía contenerse. Mostraba una sonrisa enorme. Arrogante. Fanfarrona. Mientras, Diana sentía que la pequeña esperanza que había alimentado moría en su interior.

Le trajeron galletas saladas, queso y una galleta dulce para Quinn, que no se resistió, sino que se lo comió todo rápidamente, disfrutando de un modo que no era capaz de ocultar.

—¿Sabes?, aquí tenemos una vida muy agradable —explicó Caine—. Mucha comida. Agua. Incluso agua caliente para las duchas, aunque cueste de creer. De hecho, ahora mismo estábamos en la cama hablando de ello.

—Ya, qué bien —dijo Quinn mirando avergonzado a Diana.

Caine lo observó pensativo mientras el chico comía.

—Diana, creo que más vale que leas a Quinn. Por si acaso ha salido algo.

Diana llevaba mucho tiempo sin leer a nadie. Ese era su poder: la capacidad de leer si una persona era un raro o un normal, y de saber cuánto poder tenía. Era ella la que se había inventado el sistema de barras, medio en broma. Una barra, dos barras... Como un teléfono móvil.

La chica se acercó a Quinn y apoyó una mano en su hombro. Se concentró, y la imagen se formó en su mente.

—Nada —acabó diciendo.

—Eso ya te lo podría haber dicho yo —farfulló Quinn, con la voz amortiguada por la galleta dulce.

Diana dejó caer la mano hasta la cadera.

—Eres normal, Quinn. Ahora...

Se detuvo a media frase. Estaba a punto de decirle que se fuera a casa, que se marchara, que abandonara la isla enseguida, en ese instante.

Pero entonces... sintió algo. Notó algo, un poder.

Un raro.

Bug estaba cerca, aún invisible, pero no la tocaba, no había entrado en contacto físico con ella. Y Caine tampoco la estaba tocando. El poder de leer a los raros solo funcionaba con el contacto directo.

¿Estaba notando su propio poder? No, no, se trataba de algo distinto. Era débil, pero persistente.

Se volvió y se llevó la mano al estómago.

—Bueno, Quinn, cuéntame: ¿cuál es la gran crisis? —preguntó Caine.

Diana estaba a punto de desmayarse. Ahí estaba, más clara que antes. Una lectura de dos barras. Segurísima. Clara, inconfundible.

—Hay una enfermedad —estaba diciendo Quinn—. Como una gripe o algo parecido, pero los chavales están echando los pulmones por la boca, se están muriendo.

«No —pensó Diana—. No, por favor».

—Y hay unas criaturas que... bueno... la gente las llama cucas... y Drake...

—¿El bueno de Drake está vivo?

Caine se puso en pie de repente.

—En cierto sentido —respondió Quinn con aire siniestro.

—Tengo que... —dijo Diana débilmente—. Tengo que ir al baño.

Salió a toda prisa de la habitación y mantuvo la compostura hasta que llegó a su cuarto. Entonces se arrojó en la cama y se puso ambas manos sobre el vientre. Leyó su propio poder. Como siempre, dos barras. Pero ahí estaba, aún, segurísimo que estaba ahí. Un segundo poder.

No era posible. No ocurría tan rápido. Intentó recordar conferencias de educación sexual de hacía un millón de años. Palabras como «blastocito» y «embrión» revoloteaban en su cerebro.

Habían transcurrido veinticuatro horas desde la primera oportunidad de fecundación. Sabía por experiencia que un test de embarazo casero no serviría hasta diez días más tarde.

Qué absurdo. Le estaba entrando el pánico. Lo estaba interpretando mal. No podía ser, de ninguna manera. No, era imposible, no podía haber ocurrido tan rápido...

«Imposible —dijo una voz cruel en su interior—. Tan imposible como una cúpula impenetrable. Tan imposible como que desaparecieran todos los mayores de catorce años. Tan imposible como que los coyotes hablaran...».

«Tan imposible como un novio que pudiera burlarse de las leyes de la física y levantar una barca del agua solo con el pensamiento».

* * *

Al pequeño Pete le estaba subiendo la fiebre otra vez. Astrid había encontrado un termómetro en el antiguo despacho de la enfermera de Coates.

Sintió una punzada al percatarse de que era la enfermera Temple, la madre de Sam. Allí era donde trabajaba. Claro que, como todo lo demás en Coates, su despacho estaba destrozado: habían vaciado el armarito de las medicinas, hecho añicos las puertas de cristal, manchado las sábanas de la cama y arrojado los libros de consulta por ahí, sin motivo aparente.

Alguien había quemado los registros médicos. Las cenizas estaban desperdigadas cerca de la ventana.

Un pájaro se había hecho un nido en una estantería elevada, y luego lo había abandonado. Había plumitas por el suelo, mezcladas con las cenizas.

Y así fue como encontró el termómetro, al fijarse en las plumas. No había modo de esterilizarlo, claro, pero hacía mucho tiempo que nada estaba limpio en la ERA.

El pequeño Pete estaba a 39,5, y su tos estaba empeorando.

— ¿Qué vas a hacer, Petey? ¿Te vas a dejar morir?

¿Era siquiera consciente de que podía estar muriéndose? El pequeño Pete no sabía nada de virus. ¿Cómo podía defenderse de un enemigo que ni siquiera sabía que existía? No entendía de gérmenes, pero sabía que estaba acalorado. Empezó a soplar una brisa. ¿Cuánto tardaría en volar ese tejado?

Astrid oyó a Orc aullando una canción en el piso de abajo. Ya no podía verlo. Si quería beber hasta matarse, ¿por qué detenerlo? ¿Por su alma inmortal?

El Orc borracho era un Orc peligroso. Había visto que la miraba con un brillo intenso y extraño en los ojos.

Entonces se dio cuenta de que estaba llorando. Déjalo que se mate. ¿Acaso no querría Astrid morir de haber sido Orc? ¿Y no quería ella morir también?

Todo era una broma macabra.

La ERA: todo ruido y furia, y no significaba más que muerte y desesperación. ¿Por qué aferrarse a esa vida?

Astrid intentó imaginarse en el mundo exterior. Trató de recordar imágenes de sus padres y de su antigua casa. Claro que su hogar había ardido hasta los cimientos. Y sus padres ya ni la reconocerían, y ya no digamos a su hermano.

No, eso no era cierto. La reconocerían y también a él, y seguirían pensando que querían a esos chavales. Pero acabarían entendiendo en qué se habían convertido: se habían vuelto feos por dentro como Orc lo era por fuera.

Puede que si la ERA terminara, Orc recuperara su forma normal, pero ¿cómo la recuperaría ella? ¿Cómo podría la chica a la que le encantaban las mates y las ciencias, la chica que podía pasarse la noche leyendo, esa chica de ensoñaciones dulces y románticas y grandes planes para salvar el mundo volver a existir alguna vez?

—Termina con todos nosotros muertos, ¿verdad? —preguntó al pequeño Pete—. Termina cuando el mal gana y todos nos rendimos.

Lo triste era que ya estaban todos perdidos: todos.

Astrid veía su propio aliento. La habitación estaba cada vez más fría.

Volvió a meter el termómetro en la boca del pequeño Pete, pero lo escupió.

—Ya, vale. Petey, yo... creo que si no puedes parar esto... Todo esto... Petey, tiene que parar. Hay chavales que se mueren por culpa de esta tos. Y todo está pasando por este sitio que te inventaste, por esta ERA. Cambiaste las reglas, y eso tiene consecuencias.

El pequeño Pete no respondió.

Y Astrid no esperaba que lo hiciera. Había una almohada. Podía presionarla contra su cara. Probablemente ni siquiera se enteraría. No tendría miedo. No sufriría. Pasaría sin dolor de la vida a la muerte y la barrera bajaría y entrarían rápidamente la policía y las ambulancias, la comida y las medicinas. Y no se moriría nadie más.

—Mamá... Papá... Estoy viva. He sobrevivido. Pero Pete, no. Lo siento mucho, pero...

Astrid hizo un movimiento brusco hacia atrás. Estaba temblando. Podría hacerlo si Pete no la detenía. Podría. Y nunca la atraparían. Nadie se lo reprocharía jamás.

—No —susurró, con voz temblorosa y vacilante. Y luego añadió, más fuerte—: No.

Eso tendría que haberla hecho sentir bien. Puede que antiguamente hubiera sido así. Puede que se hubiera felicitado por tomar la decisión moral elevada. Pero en el fondo de su corazón sabía que esa decisión supondría una condena a muerte para muchos. La policía y las ambulancias no entrarían a toda prisa al abrirse la barrera. Continuarían extendiéndose la plaga, los monstruos, el sufrimiento y la muerte.

Astrid juntó las manos con la intención de rezar y pedir así consejo. Pero no le salían las palabras.

Del fondo de su mente extraordinaria extrajo un texto muy, muy antiguo. Un fragmento de una clase a la que asistió, de uno de los griegos antiguos. ¿De Aristóteles? No, de Epicúreo:

¿Está dispuesto Dios a evitar el mal, pero no puede? Entonces es que no es omnipotente. ¿Puede, pero no quiere? Entonces es que es maligno. ¿Puede y quiere? Entonces ¿de dónde viene el mal? ¿Ni puede ni quiere? Entonces ¿por qué lo llamamos Dios?

Solo había un Dios en la ERA. Dios era un niño enfermo, agitado e inconsciente que yacía en un catre sucio de una escuela abandonada.

—No puedo quedarme, Peter —dijo Astrid—. Si me quedo... Lo siento, Petey, no puedo más.

Astrid se echó a temblar, se frotó las manos para entrar en calor —la brisa era entonces totalmente helada— y salió de la habitación.

Atravesó el pasillo.

Bajó las escaleras.

Y cruzó la puerta de la entrada.

—No puedo —volvió a decir, desde los escalones de piedra—. No puedo.

Y se adentró en la noche que caía.

TREINTA Y CUATRO

2 HORAS, 51 MINUTOS

—¿VAS A IR? —preguntó Diana.

—Claro —respondió Caine—. Nos vamos. E incluso nos llevaremos a Penny. Nos vendrá bien. Igual Lana puede arreglarle las piernas. Y luego resultará muy útil para controlar a la gente.

Caine se puso a silbar alegremente mientras iba metiendo ropa en una bolsa de Dolce & Gabbana.

—Deberías coger algo de ropa —le aconsejó Caine—. Puede que tardemos un tiempo en volver.

—Yo no voy.

Caine se detuvo y le sonrió. Entonces la miró con ojos muertos y la chica sintió que una mano invisible la empujaba, hacia el armario.

—He dicho que hagas la maleta.

—No.

—No me obligues a hacer algo que ambos lamentaremos. —Y entonces, en un tono más razonable, añadió—: Pensaba que me querías. ¿A qué viene todo esto?

—Eres una persona despreciable, Caine.

El chico se rio.

—¿Y ahora te sorprendes? Vale.

—Yo esperaba...

—¿El qué? —replicó Caine—. ¿Esperas el qué? ¿Esperabas tenerme contento? ¿Esperabas domesticarme?

—Pensaba que igual te estabas haciendo un poquito mayor.

Caine le indicó que se acercara moviendo la mano con un gesto despreocupado. Diana se vio atraída hacia él. Tropezó, pero no se cayó. Le impidió moverse con poderes a los que Diana no podía resistirse, y la besó.

—He conseguido lo que quería de ti, Diana. Y es estupendo. Lo digo en serio. Conseguí que me lo dieras voluntariamente. Podría haberte forzado, pero no lo hice, ¿verdad?

Ella no respondió.

—Pero si piensas que has conseguido controlarme en algún sentido —prosiguió Caine—, mejor replantéatelo. Mira, soy Caine. Tengo cuatro barras. Soy yo quien maneja las cosas. Y me gusta que formes parte de eso. Puedes seguir pinchándome y riéndote de mí: no soy sensible. Me gusta que haya una persona que se enfrente a mí y me diga lo que piensa. Un buen líder necesita eso. —Se inclinó hasta acercarse tanto a Diana que le acarició la oreja con su aliento al susurrarle—: Pero recuerda: soy Caine. Y la gente que me desafía lo acaba lamentando. Ahora haz las maletas. Y no te dejes esa cosita de encaje negro. Me gustas con eso. Bug. Ve a decirle a Penny que nos vamos.

Bug apareció. Lo había visto y oído todo. E hizo un corte de mangas a Diana desde detrás de la espalda de Drake.

—Encontraremos la manera de arreglarlo, Dekka —señaló Sam.

La chica estaba sentada en la parte de atrás de la barca, completamente inmóvil. Sam se había acomodado a su lado. Habían desterrado a Toto a la proa. Sam no quería que identificara cada una de las mentiras piadosas que probablemente diría.

—No tengo miedo —afirmó Dekka—. Quiero decir que, mira, ni siquiera sé si alguno de nosotros llegará a salir nunca vivo de la ERA.

Sam no sabía qué decir, así que asintió.

—Quiero decir, si piensas en todos los chavales... —continuó Dekka—. En Bette. En las gemelas. En Duck, el pobre Duck. En Harry, E.Z., Hunter. —Y, tras una pausa, añadió—: En Mary...

—Y muchos más...

—Sí. Deberíamos recordar todos sus nombres, ¿verdad?

—Lo intento. Así que si esto algún día termina, si algún día llego a salir, podré hablar con sus padres y decirles: «Así ocurrió. Así murió tu hijo».

—Sé que eso te preocupa.

Dekka depositó la mano sobre la suya para consolarlo, y él se la cogió con ambas manos.

—Un poco sí. Me imagino una especie de juicio, o algo así. Tíos y tías viejos todos con pinta de duros, pidiéndome que me justifique... Ya te lo puedes imaginar: «¿Qué hizo para salvar a E.Z., señor Temple? —Meneó la cabeza—. Siempre me imagino que me llaman señor Temple.

—«¿Señor Temple, qué hizo para salvar a Dekka Talent?» —le preguntó la chica.

—¿Ese es tu apellido? No pensaba que tuvieras apellido. Creía que eras como Iman, Madonna o Beyoncé. Que solo necesitabas un nombre.

—Sí, Beyoncé y yo, igualitas.

Dekka soltó una risa irónica.

Se quedaron sentados en silencio durante un rato.

—Sam, no sabemos lo bien que ven esas cosas en la oscuridad.

El chico asintió.

—Yo también me lo preguntaba. Tengo un plan. Pero es bastante loco.

—No sería divertido si no lo fuera.

—Tú sabes nadar, ¿verdad?

—No, porque los negros no sabemos nadar —dijo Dekka, con el tono de la antigua Dekka—. ¡Claro que sé nadar!

Sam llamó a Jack y a Toto y les pidió que se acercaran.

—¿Los dos sabéis nadar?

Los dos asintieron con aprensión.

—Pero está oscuro —señaló Jack.

—El agua no se hace más profunda de noche —comentó Sam.

—¿Quién sabe lo que hay en el agua? —insistió Jack.

—Truchas y lubinas. Y no se comen a la gente.

—Ya, y las serpientes no vuelan y los coyotes no hablan —replicó Jack.

—Bueno, vale. Pero creo que más nos vale arriesgarnos. Esto es lo que he pensado: os metéis todos en silencio en el agua. Yo pondré en marcha la barca, amarraré el timón y saltaré. Si funciona, Drake y sus amigos los bichos oirán la barca y la perseguirán. Nosotros nadaremos hasta la orilla y allí nos pondremos a correr como locos.

—Nos seguirán —objetó Jack.

—Lo intentarán —reconoció Sam—. Pero son insectos, no sabuesos. Dudo que puedan ver las huellas de noche.

—No está seguro —dijo Toto.

—No, no lo está —admitió Sam.

—Es verdad —repuso Toto y, dirigiéndose a su amigo imaginario, añadió—: Es confuso.

—¿Y hacia dónde corremos? —preguntó Dekka.

—Drake esperará que nos dirijamos directamente hacia la ciudad. No queremos pelearnos con él en campo abierto. Así que iremos hacia el tren. —Sam dio a Jack un golpecito con el codo—. Quieres otro portátil, ¿no?

Jack reconoció, avergonzado:

—Bueno, al menos quiero un poco más de batería.

—Pues vale. Meteos en el agua y nadad hacia el puerto deportivo. Si no me persiguen, retrocederé antes de que alcancéis el muelle y pensaremos otro plan.

—¿No podríamos pensar otro plan en vez de este? —pidió Jack.

* * *

Caine se encontraba de pie en la proa de la barca de Quinn mientras surcaban las olitas hacia Perdido Beach.

Quinn le había advertido que se sentara, pero a Caine no le preocupaba caerse al agua: no se caería. Utilizaba su poder para soportar la mayor parte de su peso, de manera que sus pies apenas tocaban la cubierta.

No quería llegar encorvado. Quería llegar a Perdido Beach como George Washington tras cruzar el Delaware: con la cabeza bien alta.

Flotaba. Casi volaba. Físicamente, sí, pero también mentalmente. Notaba una cálida sensación de bienestar perfecto.

Lo necesitaban. Habían mandado a buscarlo. Habían descubierto que no podían sobrevivir sin él. Sin él, no sin Sam. Sin él.

Penny yacía cubierta de mantas en la parte de atrás de la barca. Diana estaba sentada mirando un espacio vacío. Bug se ponía a silbar y luego paraba, para volver a empezar otra vez.

Quinn se encontraba al timón contemplando la espalda de Caine, quien notaba cómo le clavaba los ojos. Las dudas y preocupaciones eran visibles en el rostro de Quinn.

Diana había permanecido totalmente callada. Caine se imaginaba que se estaba convenciendo de que él seguía al mando, y de que seguía dependiendo de él.

De que seguía necesitándolo tanto como los chavales de Perdido Beach.

Bueno, pues ya se le pasaría. Diana era una superviviente. Ya se le pasaría la decepción. Y juntos serían la pareja de la ERA, como el rey y la reina.

Esa idea le hizo sonreír.

—Qué pena que no tengamos cámara —comentó—. Me encantaría captar el momento de mi regreso.

—Tengo frío —se quejó Penny.

—Eso es que no haces suficiente ejercicio —le espetó Caine, y entonces se rio de su propio chiste cruel.

No iba a permitir que la amargura de Penny le estropeara el momento. Ni su amargura, ni el malhumor de Diana, ni el sentimiento de culpa de Quinn.

Ese era su momento.

Quinn desplazó la barca a lo largo del muelle con mano experta. La amarró y luego se quedó esperando para ayudarlos a subir. Caine rehusó la mano de Caine, pero lo miró con dureza. A los ojos, hasta que Quinn tuvo que apartar la mirada.

—¿Qué quieres, Quinn? —le preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué te haría feliz, Quinn? ¿Qué querías por encima de todo?

Quinn parpadeó. A Caine incluso le pareció que se ruborizaba. Entonces dijo:

—¿Mi gente y yo? Solo queremos pescar.

Caine le puso una mano sobre el hombro y lo miró a los ojos, simulando la franqueza y la sinceridad que conseguía fingir cuando la ocasión lo exigía.

—Entonces, Quinn, este es mi primer decreto: eres libres de pescar. Sigue haciendo lo que haces, y nunca se te pedirá nada más.

Quinn iba a decir algo, pero se detuvo, confundido.

Caine abrió los brazos, con las palmas hacia abajo, y salió levitando del barco hasta el muelle. Fue un gesto tan presuntuoso que Caine se rio en voz alta, se rio de su propia arrogancia absoluta.

Detrás de él, Diana y Bug treparon cansinamente hasta el muelle. Caine elevó a Penny y la depositó, indefensa, sobre los tablones de madera.

—Las cosas serán diferentes esta vez —afirmó Caine—. Hubo demasiadas disputas, demasiada violencia la última vez. Intenté ser un líder pacífico, pero las cosas se torcieron.

—Me pregunto por qué... —murmuró Diana.

—Esta gente —continuó Caine con aire presuntuoso, extendiendo el brazo hacia la ciudad— necesita más que un líder. Necesita... un rey.

Se le había ocurrido de repente. Nunca lo había pensado hasta entonces. Pero, después de lo mucho que Diana se burló de él diciéndole que era Napoleón, Caine acabó encontrando un guion sobre Napoleón en la biblioteca de la mansión y se lo leyó por encima.

Napoleón asumió el poder cuando el pueblo francés quedó decepcionado por la república brutal e ineficaz. Aceptaron que Napoleón se hiciera con el poder absoluto porque estaban cansados, quemados. Querían y necesitaban a alguien con una corona en la cabeza. La verdad es que era algo natural. Había sido así durante gran parte de la historia humana.

Napoleón se nombró a sí mismo emperador. Como Michael Jackson se hacía llamar «El rey del pop» y Howard Stern, «El rey de todos los medios». Lo raro era que así es como se llegaba a ser rey: llamándote a ti mismo rey. Y haciendo que otros lo aceptaran.

Rey.

Caine vio que Quinn lo miraba boquiabierto.

Y, por el rabillo del ojo, descubrió que una sonrisa incrédula se formaba en el rostro de Diana. La chica meneó la cabeza lentamente, arrepentida, como si por fin entendiera algo que la desconcertaba.

—A partir de ahora, Quinn, me llamarás tu rey. Y os dejaré en paz a ti y a tu gente.

Caine sintió que todos lo miraban. Penny estaba tremendamente dispuesta a cumplir con su voluntad, por mucho que lo odiara en el fondo de su corazón. Bug, que siempre resultaba una herramienta útil, sonreía. Y Diana estaba perpleja, y perpleja de su propia perplejidad.

—Vale —dijo Quinn, sin convicción.

—¿Vale? —repitió Caine, y alzó una ceja, expectante. Sonrió para mostrar que no estaba enfadado. Al menos todavía no—. Solo... ¿vale? —insistió.

—Vale... —Quinn miró alrededor, desesperado, sin saber qué responder. Entonces se le ocurrió. Caine casi lo veía pensar—. Vale, ¿Su Alteza?

Caine bajó la vista modestamente, y ocultó la sonrisa triunfal que habría arruinado aquel instante.

—Vete, ahora, Quinn. Vuelve al trabajo.

Y Quinn se marchó.

Caine detectó la mirada asombrada de Diana y se rio de manera estentórea.

—¿Por qué estás tan triste? ¿No quieren todas las niñas pequeñas ser reinas de mayores?

—Princesas.

—Pues te han ascendido. Bug: encuentra a Taylor.

Taylor era la mayor cotilla de Perdido Beach. Caine necesitaba información, y la necesitaba ya. Estaban en plena noche, y Caine no sabía dónde se encontraban todos ni qué estaban haciendo. Lo único que Quinn le había dicho era que Sam había salido de la ciudad, Albert había sido asesinado, y Edilio estaba enfermo y puede que muriera.

Era una pena que hubieran matado a Albert. Había nacido para organizar cosas, y Caine estaba seguro de que podría haberlo utilizado. Por otra parte, que Edilio se muriera sería una noticia excelente. Edilio había sido la mano derecha de

Sam desde el comienzo.

Caine ni siquiera sabía cuándo llegarían a Perdido Beach esos insectos supuestamente gigantes, o lo que fueran. Podría ocurrir en cualquier momento.

Tendría que derrotar a los invasores. Eso era, por supuesto, lo más importante. Pero no había duda de que los chavales exageraban. ¿Insectos gigantes? Debían de medir quince centímetros. Aunque la idea de que pusieran huevos dentro de tu cuerpo le daba náuseas.

El chico estaba de pie en el espigón que recorría la playa. En el borde, pensaba en la línea divisoria entre el pasado y el futuro. No solo el suyo, sino el de todos.

La ciudad estaba silenciosa y oscura. Se atisbaba el brillo pálido de los soles de Sammy a través de las ventanas de las casas. La luna se ocultaba tras la extraña nube que colgaba demasiado baja en la parte occidental de la ciudad.

En el borde había tantas posibilidades... Caine tenía la sensación de que iba a explotar de alegría y vértigo. Había vuelto. Había vuelto para ser su salvador.

Sin saberlo, Quinn le había indicado cómo proceder. Quinn quería exactamente lo que deseaba la mayoría de la gente: que la dejaran en paz. No tener miedo. No tener que esforzarse. No tener que hacer preguntas difíciles o tomar decisiones difíciles.

«Solo queremos pescar».

Caine se volvió un poco para mirar detenidamente a Diana. Le había dado esperanza y se la había arrebatado, y ahora estaba quieta, casi como en trance, contabilizando sus pérdidas, percatándose de la totalidad de su derrota.

Resignación. Aceptación.

Ahora se daba cuenta de que Caine estaba al mando. Cuando todos los demás también lo comprendieran, cuando todos se limitaran a aceptar que así era la vida ahora, a aceptar que esa era la única vida posible, entonces tendría el control absoluto.

Caine percibía el miedo que reinaba en Perdido Beach. No tenían líder. Estaban enfermos, débiles, hambrientos, solos. Se acobardaban ante un virus

microscópico y un bicho muy distinto, mucho más grande.

Cuando terminara, cuando Caine hubiera ganado, les diría: «Os he salvado. Yo solo tuve el poder de salvaros. Sam fracasó, pero yo triunfé. Y ahora calmaos y haced vuestro trabajo y no os fijéis en vuestros superiores. Chist, iros a dormir: el rey tomará las decisiones difíciles».

Bug volvió sorprendentemente rápido con Taylor.

—¿Dónde la has encontrado? —preguntó Caine.

Bug se encogió de hombros.

—Donde vive. Me acordaba de los viejos tiempos, de cuando entraba a hurtadillas en la ciudad.

—Se refiere a cuando se colaba en tu casa para mirarte cuando te desvestías —explicó Diana a Taylor.

—Es un niño —dijo Taylor, encogiéndose de hombros.

Entonces miró a Caine de arriba abajo, escéptica, examinándolo. Caine sabía que no lo temía... no con los poderes que tenía. No podía intimidarla. Así que habría que conectar con ella de otro modo.

—Siéntate a mi lado —le pidió Caine, saltando del espigón—. ¿Cómo te ha ido, Taylor?

—La vida es una gran fiesta.

Caine se rio al oír el chiste.

—Las cosas tienen que ir bastante mal para que Edilio haya mandado a alguien a buscarme, ¿eh?

—Las cosas siempre van bastante mal —replicó Taylor—. Pero ahora estamos en un nivel nuevo. He visto a esos bichos.

Caine se esforzó para adoptar una actitud sincera.

—Tengo que ir a enfrentarme a esas criaturas. Pero no sé mucho de ellas.

Taylor le contó lo que sabía. Caine perdió parte de la seguridad en sí mismo cuando Taylor le expuso convencida los hechos, sin ahorrarse detalles truculentos.

—Bueno, esto será divertido —dijo Diana, muy seca—. Me alegro tanto de que hayamos vuelto.

Caine apretó los dientes, pero la ignoró.

—¿Quién puede prestarme su ayuda? —preguntó a Taylor.

Taylor se rio.

—Yo no, tío. Ya me he acercado todo lo que me podía acercar.

—¿Y Brianna? —preguntó Caine.

Taylor puso mala cara.

—¿Te refieres a la Brisa? Entró como una exhalación y se puso a gritar a Edilio que venían los bichos y que eran grandes como todoterrenos. Y, desde entonces, no sé dónde está. Debe de andar buscando a Jack... o a Dekka —añadió con una mirada lasciva.

Caine asintió y mantuvo la cara inclinada hacia abajo para no revelar el placer que sentía. Brianna era un problema: su velocidad era casi tan eficaz como el poder de Taylor cuando se trataba de eludir a Caine. Y era absolutamente leal a Sam.

—¿Y qué pasa con Sam y Astrid?

—Ah, no, ya no son Sam y Astrid, ya no.

Taylor se inclinó hacia Caine y se puso a contarle todo lo que sabía. En diez minutos, Caine se había hecho una imagen de lo que sucedía, una imagen mucho más detallada de la que se había podido formar con lo que Quinn le había revelado a regañadientes.

Sam estaba definitivamente fuera de la ciudad, en una búsqueda descabellada de agua. Dekka y Jack, también. Astrid se había quedado con el pequeño Pete.

Y, al parecer, Quinn no se había enterado de la noticia impactante, pero grata: que Albert no estaba muerto, sino que se estaba recuperando bajo los cuidados de Lana.

—Como esos dos chavales que intentaron matarlo —añadió Taylor—. Eso será un problema.

—¿Qué dos chavales?

—Unos perdedores de la Pandilla Humana: Turk y Lance. E igual Orc también. Nadie sabe lo que le ha pasado, excepto que está por ahí de juerga.

Las cosas se estaban poniendo cada vez mejor. Por el momento, no había nadie en la ciudad que pudiera enfrentarse a Caine. Era increíble. Era un milagro. Era el destino.

Se suponía que Dios elegía a los reyes. Si había un Dios en la ERA, parecía que había hecho su elección.

Pero no duraría. Tendría que actuar rápido.

—Taylor, te necesito para algo muy importante —empezó Caine.

—Yo no trabajo para ti —replicó Taylor, malhumorada.

Caine asintió.

—Eso es verdad, Taylor. Tienes unos poderes increíbles. Y eres una chica lista. Pero nadie parece respetarte nunca por eso. No quería parecer mandón.

La chica se encogió de hombros, aplacada.

—No pasa nada.

—Lo único que pienso es que eres una chica valiosa y útil. Creo que deberías tener un sitio a mi lado. Te respeto.

—Solo intentas conseguir que te ayude.

Caine sonrió ampliamente.

—Es verdad, es verdad. Pero puedo pagarte mucho mejor que Sam y Albert. Por ejemplo, sabes lo de la isla, ¿verdad? Y puedes saltar a cualquier lugar que hayas visto, ¿verdad? A cualquier lugar que conozcas, ¿verdad?

Taylor asintió, cautelosa. Pero Caine enseguida se dio cuenta de que estaba intrigada.

—Si hiciera que te llevaran a la isla, podrías ir y volver en cualquier momento. Sería pan comido.

La chica asintió despacio.

—¿Qué dirías a un baño de burbujas caliente?

—Diría: «Hola, cuánto tiempo sin bañarme». Eso diría.

—Y hay toda clase de comida. Mantequilla de cacahuete. Sopa de pollo. Galletas saladas. Y toda tipo de películas en el sistema ese que tienen. Y palomitas para acompañarlas.

—Estás intentando sobornarme.

—Te estoy prometiendo que te pagaré.

No hacía falta que Taylor le respondiera. Caine lo veía en sus ojos.

—Necesito saber dónde están esas criaturas, esos bichos. Lo rápido que se mueven. Por dónde vienen.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo —respondió Caine.

Y, de repente, Taylor había desaparecido.

TREINTA Y CINCO

1 HORA, 55 MINUTOS

SAM OBSERVÓ A sus amigos hasta que desaparecieron de la vista. Toto no era muy buen nadador, así que le dieron el asiento de un cojín para sujetarse a algo que flotara, y Jack fue tirando de él con una mano.

Jack tampoco nadaba muy bien, pero no se necesita ser elegante cuando se tiene diez veces la fuerza normal.

Sam puso en marcha el motor, que rugió escandalosamente al acelerarlo.

Drake tendría que haber estado sordo para no oírlo.

La luz de la luna era débil, pero bastó para revelar el movimiento repentino de las criaturas en la costa: habían picado.

Sam amarró rápidamente el timón y se zambulló por estribor, esquivando las hélices que giraban a toda velocidad. El agua se arremolinó hasta formar espuma.

Se volvió para comprobar si los bichos se movían. Había un enjambre plateado alejándose. Pero no veía a Drake.

Sam nadó tras los demás. Se había quedado en la barca un poco más de lo planeado, y ahora le faltaba recorrer media milla para alcanzar el muelle. Aún le quedaba mucho por nadar.

Pero el agua era su elemento natural. Surfeaba desde que era un niño pequeño, y propulsarse por la superficie plácida de un lago no era nada comparado con pelearse con las olas.

El agua fría resultaba agradable. Limpia. Sam dejó de nadar crol para nadar de espaldas durante un rato, contemplando el cielo nocturno, pero sin dejar de avanzar tan rápido como podía. Si hubiera estado en el mundo de antes, habría querido apuntarse al equipo de natación del instituto. No era muy bueno nadando al estilo mariposa, pero en crol era tan bueno como cualquiera, y en espalda, mucho mejor.

¿Cómo sería vivir pendiente de mejorar el estilo mariposa o la braza en vez de preocuparse de que a su amiga se la estuvieran comiendo por dentro?

¿Qué iba a hacer a continuación? Dekka y Jack confiaban en él. Siempre esperaban que tuviera un plan. Pero aparte de escapar de Drake y su ejército de bichos, no tenía ninguno.

Lo siguiente que haría Drake sería atacar Perdido Beach. Mandaría a esas criaturas a arrasar la ciudad y acabar con todos.

Entonces atraparía a Astrid y...

«No te pongas emotivo —se advirtió a sí mismo—. Concéntrate en pensar cómo vencerlo».

Oyó que alguien salpicaba torpemente delante de él. Se dio la vuelta con soltura para volver a nadar a crol y se propulsó fuerte y rápido.

—Chist —les sisó en cuanto los alcanzó—. Hacéis más ruido que un grupito de niños en una piscina infantil.

Los cuatro recorrieron la distancia que les separaba del muelle. Sam indicó a Jack, Dekka y Toto que se deslizaran en silencio por debajo. Toto soltó el cojín, que alejó flotando en el agua. Jack se golpeó con la cabeza contra el fondo del muelle, y soltó un par de palabrotas en voz baja.

Sam palpó el muelle y se encaramó a él, empapado.

—Hola, Sam.

Brittney se encontraba a solo seis metros.

Sam detectó a tres criaturas en el aparcamiento del puerto deportivo. Estaban esperando. Como una jauría bien entrenada de perros de ataque.

Habían sido más listos que él. Se la habían jugado.

—Hola, Brittney —saludó Sam; y se quedó ahí de pie, chorreando.

—Te he pedido tantas veces que me liberaras, Sam —recordó ella.

Su voz era fría y distinta. No estaba enfadada ni asustada. Tal vez un poco triste.

—Ya lo sé, Brittney. Pero no soy un asesino despiadado.

Brittney asintió.

—No, eres una buena persona —dijo sin sarcasmo.

—Intento serlo. Como tú, Brittney. Sé que eres una buena persona.

Sam miró hacia las criaturas. No se habían movido, pero estaban alerta. Podrían echársele encima en diez segundos.

—Él te odia —afirmó Brittney.

—¿Drake? —Sam se rio—. Odia a todo el mundo. Lo único que tiene es el odio.

—Drake no. Él. Dios.

Sam parpadeó. ¿Qué se suponía que iba a responderle?

—Pensaba que Dios quería a todo el mundo.

—Yo antes también, pero entonces lo conocí —explicó Brittney.

—¿Ah, sí?

Brittney se había desconectado totalmente de la realidad. Sam no podía culparla. Lo que había soportado habría vuelto loco a cualquiera.

—No está en el cielo, ¿sabes? —dijo Brittney en un tono normal, informal—. No está ahí arriba, en el cielo.

—Pues no lo sabía.

—Está en la tierra, Sam. Vive en un lugar oscuro, muy oscuro.

A Sam le dio un vuelco el corazón. Sintió frío.

—¿Has conocido a Dios en un lugar oscuro?

Brittney mostró su aparato dental retorcido y estropeado al sonreír de repente, extasiada.

—Me explicó su gran plan.

—¿Ah, sí?

—Ha llegado su momento. Todo esto... —Brittney recorrió el espacio con el brazo—. Todo es como... como... como un huevo, Sam. Y tiene que nacer de este huevo.

—¿Es un pollito?

—No te burles, Sam —le riñó Brittney—. Está esperando para nacer. Pero necesita que el Enemigo se sume a él, Sam, y tú... tú no le dejas.

—¿El enemigo? ¿Qué enemigo?

Brittney adoptó una expresión pícaro cuando dijo:

—Ay, Sam. Tú ya sabes quién es. Tiene el poder de cumplir con el plan de Dios. —Brittney entrecruzó los dedos, casi con temor, como si fuera un sacramento—. Tienen que unirse, la Oscuridad y el Enemigo. Juntos tendrán todo el poder, y entonces, Sam, todo terminará, ya lo sabes. Entonces se romperá el cascarón y Dios nacerá.

—Eso suena... —Sam contuvo el impulso de decir «una locura» y, tras una pausa, añadió—: interesante. Pero no creo que la *gayáfaga* sea Dios. Creo que es el mal.

—Claro que es el mal. —Brittney se entusiasmó—. ¡Claro! Mal, bien, no hay diferencia, ¿es que no lo ves? Son lo mismo. Como Drake y yo. Como el yin y el yang, Sam. Dos en uno, una dualidad, una...

La chica se interrumpió, como un niño que intenta explicar algo que no entiende bien, y frunció el ceño.

—Te ha mentado, Brittney. La *gayáfaga* no es Dios. Se mete en la mente de las personas y les hace hacer cosas terribles.

—Me advirtió que me dirías eso —señaló Brittney—. Mi Señor y el Enemigo

deben unirse. Y todos vosotros tenéis que morir. Sois todos como una enfermedad. Como un virus. Una plaga que hay que exterminar para que Dios pueda unirse con el Enemigo y nacer.

Sam se estaba cansando de la charla. Nunca le había interesado mucho la religión, de cualquier tipo, pero la religión fantástica inventada por una chica muerta para justificar las mentiras de la *gayáfaga* aún resultaba menos interesante que las excusas religiosas de Astrid para no acostarse con él. Estaba impaciente por saber qué pretendía hacer Brittney. Si tenía que haber pelea, entonces habría pelea.

— ¿Y luego qué, Brittney? ¿Te lo ha explicado la *gayáfaga*?

— Entonces todo el mundo se rehará. Ese es su objetivo, ya lo sabes.

— No, no lo sabía. Creo que me he perdido esa parte. Aún estoy en la parte en la que mata a todo el mundo.

— La forjó una raza de dioses en los confines lejanos del espacio para rehacer el mundo, para crearlo otra vez.

— Ya, bueno, eso suena un poquito a locura, Brittney.

Ella sonrió.

— Es que es todo una locura, Sam. Todo. Pero Dios rehará el mundo otra vez. En cuanto vuelva a nacer.

Sam estaba cansado. Deseaba que Astrid estuviera allí; tal vez ella habría conseguido averiguar algo más. Puede que lograra disuadir a Brittney de que siguiera creyendo en aquel engaño delirante. Pero Sam no era Astrid.

— ¿Sabes qué? — continuó Sam—. Si tu amiga del pozo de la mina me quiere, pues adelante. Porque ya lo ha intentado antes. Y yo sigo aquí.

— No durante mucho tiempo. ¿Crees que estas criaturas aparecieron solas? Mi Señor las ha moldeado, las ha creado para que sean indestructibles, para que no puedas detenerlas, Sam.

— Siento lo que te ocurrió, Brittney — insistió el chico—. Nadie ha sufrido tantos abusos como tú. Pero, aun así, voy a tener que detenerte. — Sam alzó las manos con las palmas hacia fuera—. Lo siento.

Dos rayos de fuego verde alcanzaron el pecho de Brittney, y le abrieron un agujero.

Los bichos saltaban, corrían para cubrir los pocos metros que los separaban del muelle.

—¡Jack, Dekka! —gritó Sam.

Jack atravesó a puñetazos las tablas del muelle, pero eligió un mal sitio. Apareció entre Brittney y Sam, y bloqueó el fuego de Sam.

Brittney gritó:

—¡Matadlos!

Jack tropezó y salió de la línea de fuego. Sam volvió a apuntar y alcanzó a Brittney, pero ahora la chica huía corriendo. Se le empezó a fundir la espalda, se le vio la columna y luego comenzó a arderle, pero ella continuó corriendo.

Sam desplazó los rayos hacia uno de los bichos que se aproximaban a toda velocidad, el más cercano. Los rayos de luz alcanzaron a la criatura enorme y al rebotar partieron en dos el mástil de un velero. Lo que quedó en pie se incendió.

Jack sacó a Dekka del agua y la chica atacó incluso antes de ponerse en pie. La gravedad que afectaba a la criatura más cercana dejó de actuar. El bicho salió volando por los aires y pasó por encima de la cabeza agachada de Sam. Atravesó el campo de actuación de Dekka y aterrizó en el agua; sin embargo, la parte trasera de la criatura quedó apoyada en el muelle.

—¡Empújalo!

Jack golpeó al bicho por detrás, que cayó al agua con un chapuzón.

El chico se dio la vuelta y corrió hacia la segunda cuca gigante. Arrancó un tablón del muelle y, con una fuerza sobrehumana, intentó clavárselo en la boca de dientes rechinantes.

El tablón se astilló, y la criatura no se inmutó.

Jack cayó de espaldas y el monstruo se le abalanzó encima al cabo de un instante.

—¡Jack! —gritó Dekka.

Echado boca arriba, Jack pataleó con tanta fuerza que la madera se rompió bajo su peso.

La tercera criatura corrió hacia la primera. Rozó con las mandíbulas a Dekka y estuvo a punto de partirla en dos, pero la chica la envió al agua de una patada, a seis metros de distancia.

En medio segundo, Sam entendió lo que tenía que hacer. No le gustaba.

El bicho corría hacia él.

Y las cuchillas de la boca se disponían a seccionarlo.

Sam calculó el salto, gritó un insulto desesperado, y se lanzó directamente hacia la boca abierta del bicho.

—¡Los días de incertidumbre han terminado!

Caine se encontraba en lo alto de las escaleras del ayuntamiento. A sus pies, los enfermos yacían tosiendo y tiritando. Indefenso y tan débil como un gatito recién nacido, Edilio temblaba tanto que parecía que le estuviera dando un ataque.

Detrás de los enfermos había decenas de chavales, la mayoría mojados por haber atravesado la lluvia que había caído al oeste. Muchos seguían frotándose los ojos para despertarse. Algunos de los más pequeños llevaban sus mantitas.

Diana permanecía apartada, con la mirada vacía perdida en el suelo. Habían acomodado a Penny en una silla. Lana estaba apoyada contra un árbol de la plaza, con la mano sobre su pistola, y Sanjit permanecía nervioso a su lado.

Caine lo veía todo. Cada rostro levantado e iluminado por la luna. Veía el miedo y la expectativa. Los disfrutaba. Se regodeaba en ellos.

—Primero tengo que decir lo siguiente —continuó diciendo Caine—. Taylor, que se ha unido a mí, me ha informado de que las criaturas están a punto de llegar. Se están acercando a la carretera y alcanzarán la ciudad dentro de pocos minutos. Cuando lo hagan, cazarán, matarán y se comerán... a todos los que estén vivos.

—¡Podemos luchar! —gritó alguien—. Vencimos a los coyotes. ¡Y te vencimos a ti, Caine!

—¿Cómo lucharéis sin Sam? —preguntó el chico—. ¿Está aquí? ¡No! Sam no puede detener a esas criaturas. ¡Lo intentó y fracasó, y ahora ha huido!

Caine esperó a que alguien hablara en defensa de Sam, pero nadie dijo nada.

Pensó que eran unos peleles cobardes y desleales. Casi le daba pena Sam. ¿Cuántas veces se había puesto en peligro por aquellos ingratos?

—Al huir con Astrid y Dekka, se ha salvado —prosiguió Caine—. Al menos durante un tiempo. Y ha salvado a sus amigos, pero ha abandonado al pobre Edilio aquí... Y a todos vosotros.

Se hizo un silencio sepulcral.

—Por eso Quinn, que trabaja día y noche para alimentaros a todos, ha ido a buscarme, a suplicarme que os ayudara.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó alguien.

—¿Que qué voy a hacer? —repitió Caine, disfrutando del momento—. No voy a huir, eso para empezar. —Apuntó con un dedo al aire y exclamó—: ¡Porque cuando llegó el peligro supremo, Sam huyó! Y yo he vuelto. En mi isla estaba a salvo, protegido y bien alimentado. Tenía a mi hermosa reina, Diana. Tenía a mis amigos, Penny y Bug. Llevaba una buena vida.

Se acercó a Diana y le dio un beso. Ella le dejó, nada entusiasmada.

—Una vida muy buena. Pero cuando me enteré de lo que estaba ocurriendo aquí, de los peligros terribles que amenazaban con destruirnos, no pude seguir ahí sentado, comiendo delicias y viendo películas envuelto en sábanas limpias.

Vio el efecto que causaban sus palabras. ¿Comida? ¿Películas? ¿Algo limpio? Eran conceptos mágicos para aquellos niños desesperados, hambrientos y, últimamente, también sedientos.

Y la insinuación sutil de que se había acostado con Diana también surtió efecto en cierto sentido: provocó que los chicos mayores, y algunas chicas, se pusieran celosos.

Caine sonrió por dentro. Estaba funcionado. Se estaba ganando a las ovejas.

—Os salvaré —dijo con humildad bajando la mirada—. Pero no solo de esta amenaza terrible. No. ¿No ha llegado la hora de que todos tengamos una vida mejor? ¿No hemos sufrido ya bastante?

Un murmullo le dio la razón.

—Habéis sufrido hambre, sed, violencia. —Entonces esperó, esperó para que les fuera calando. Alargaba el tiempo deliberadamente, porque sabía que se estaban imaginando a la horda de insectos avanzando hacia la ciudad. Y al fin acabó diciendo—: Pues ya basta de sufrir.

—¿Y qué pasa con Drake? —gritó alguien.

—¡Es amigo tuyo! —lo acusó otra voz.

—No —replicó Caine—. Fui yo quien lo destruyó. O eso pensaba. Hasta que Sam y sus seguidores le permitieron volver.

Caine hizo una pausa. Observaba la reacción de su audiencia, escuchaba los murmullos de aprobación. Y entonces, secretamente, lanzó a Diana una mirada divertida: nada funcionaba mejor que una gran mentira.

—Escuchadme. Necesitáis un auténtico líder. Pero esto de que os obliguen a elegir a alguien como en un concurso de popularidad, como si eligiéramos a la reina del baile o algo así, tiene que terminar. Edilio es un buen chaval. Pero no es más que un chaval, no es más que el perro fiel de Sam. Sin ánimo de ofender...

Alzó una mano para indicar que tal vez no había elegido sus palabras con el tacto suficiente. Pero los chavales ya asentían. Sí, Edilio no era más que el perro de Sam. Valiente, sí, y también decente. Pero no los había salvado.

—¿Y Sam? —Caine alzó la voz—. Sam fue un líder valiente, pero ahora está quemado, y todos lo sabéis. Nunca fue un líder convencido. Y ahora, finalmente, ha huido. Sam no es lo que necesita la ERA. No es un rey.

Se volvió mientras dejaba que todos asimilaran esa última palabra. Y una voz preguntó:

—¿Ha dicho rey?

Y distinguió la risa sardónica de Lana. Caine alzó las manos.

—Necesitamos un auténtico líder, no alguien que tenga que responder ante un Consejo. Vamos, gente. ¿Howard como miembro del Consejo?

Eso le valió una risa de complicidad.

—Así que Edilio, el perro fiel de Sam, está bajo las órdenes de un conocido sinvergüenza como Howard. —Caine dejó que la sonrisa se borrara de su rostro. Había llegado la hora de concluir—. Necesitáis a un líder que lidere de verdad. Un líder que os salve la vida hoy y os dé una vida mejor a partir de ahora.

Caine descubrió a Turk y Lance esperando, sonriendo.

Había mandado a Taylor que fuera a buscarlos. Les había dicho que le vendrían bien un par de chavales duros como ellos y les había prometido un viaje a la isla.

—Turk, Lance, venid aquí —pidió.

Los chicos subieron los escalones y se pusieron a su lado. Estaban pálidos y temblorosos, pero también convencidos de que les iban a dar puestos nuevos e importantes.

—Estos dos me han reconocido que dispararon a Albert mientras robaban en su casa.

Ese comentario provocó un murmullo airado entre la multitud, e incluso algunos de los chavales más enfermos alzaron la vista sombríamente. Puede que Albert no fuera muy popular, pero era necesario.

Lance y Turk intercambiaron una mirada inquieta.

—Os tranquilizará saber que Lana ha conseguido salvar la vida a Albert —informó Caine—. Pero ¿qué vamos a hacer con dos asesinos potenciales como estos?

Turk aún se estaba poniendo más pálido. Las cosas no iban como esperaba. Lance se estaba apartando, dispuesto a salir corriendo.

Sin apenas moverse, y con una leve sonrisa, Caine alzó una mano y empujó

débilmente a Lance contra una barrera invisible.

—¿Deberíamos convocar una reunión del Consejo? ¿Hacer un juicio? ¿Malgastar el tiempo de todos mientras la amenaza se acerca cada vez más? Sabemos lo que habría que hacer. ¡Justicia! Rápida, firme y libre de retrasos absurdos.

—¡Oye! —exclamó Lance—. ¡Eso no es lo que...!

—Él dice muchas cosas —murmuró Diana.

Caine movió la mano con un gesto amplio y dramático, y Lance salió volando por los aires. Volaba como si lo hubieran lanzado desde una catapulta, hacia el cielo nocturno, de modo que se convirtió en blanco de todas las miradas. Un grito débil llegaba flotando a los oídos de todos.

Había algo cómico en todo aquello, y Caine no pudo evitar sonreír.

El grito cambió de tono cuando Lance cayó rodando y se estampó contra el suelo en el otro extremo de la plaza.

—¡Justicia! —exclamó Caine—. Ahora mismo, no luego. ¡Justicia y protección y una vida mejor para todos!

Turk perdió el control.

—¡No, no, no, Caine, no, no!

—Pero no hay justicia sin compasión —continuó Caine—. Lance ha pagado el precio a su manera. Y ahora Turk lo pagará sirviéndome. ¿No es así, Turk?

Miró al chico y, en voz baja, añadió:

—Arrodíllate.

Turk se puso de rodillas sin esperar que Caine insistiera más.

—Es una señal de respeto —le indicó—. No hacia mí. No se trata de mí. Se trata de vosotros, de todos vosotros. Vosotros sois los que necesitáis un soberano. ¿No es así? ¿Acaso después de tanto sufrimiento no necesitáis a una persona que asuma el mando? Pues bien, eso es lo que voy a hacer. Y cuando uno se arrodilla no

hace más que mostrar respeto. Como Turk.

Puede que media docena de chavales se arrodillara entre aquella multitud.

Unos cuantos más inclinaron torpemente la cabeza, indecisos. Y la mayoría no hizo nada.

Caine pensó que no estaba mal.

Por ahora.

—Las criaturas vienen hacia aquí —dijo en voz baja—. En toda la ERA, ¿quién puede derrotarlas?

Aguardó, como si realmente esperara respuesta.

—¿Quién puede derrotarlas? —insistió—. Yo. Solo yo.

Meneó la cabeza como si se maravillara de algo increíble.

—Es como si el propio Dios me hubiera elegido. Y si gano, si os salvo la vida, la voluntad de Dios habrá quedado muy clara.

TREINTA Y SEIS

1 HORA, 45 MINUTOS

SAM SE ARROJÓ a la boca abierta de la criatura.

La cabeza y los hombros quedaron dentro de las fauces del bicho, que contrajo la garganta como si la tuviera de goma húmeda y dejó a Sam sin aire.

El muchacho tenía los ojos bien cerrados, pero no podía hacer lo mismo con las fosas nasales y a punto estuvo de vomitar cuando sintió un hedor a carne podrida, algas y amoníaco.

Sam extendió las manos con la intención de agarrarse a algo: tenía que meter las piernas dentro antes de que los dientes del bicho lo seccionaran, ¡ahora mismo, ahora mismo, rápido!

Entonces algo puntiagudo le presionó las pantorrillas. Pero no era nada; el bicho reaccionaba: se ahogaba y todavía no había intentado trocearlo. Sam intentó meter las piernas dentro, hasta el fondo de la garganta húmeda, apestosa y palpitante.

Pero no fue lo bastante rápido: los dientes se le clavaron en el talón derecho. No sintió el dolor; era todo demasiado horrible, asfixiante, angosto, piel quemada, negrura, sin aire.

Sam extendió las manos y disparó.

No veía la luz —tenía los ojos totalmente cerrados—, pero sintió el escalofrío que recorrió el cuerpo del bicho.

Sam volvió a disparar y a continuación desplazó las manos hacia los costados viscosos, sin dejar de lanzar sus rayos una y otra vez. Sentía que la piel le ardía debido a esa sustancia química parecida al amoníaco que contenía el interior de la criatura, pero el calor de su propia luz asesina resultaba mucho peor.

Tenía que parar o acabaría cociéndose vivo.

Sentía que el bicho se movía, y lo sacudía, como si estuviera en un coche de

ruedas cuadradas. El bicho corría presa del pánico mientras sangraba y ardía por dentro.

Pero con eso no bastaba, no, y, al cabo de pocos segundos, Sam moriría por la falta de oxígeno.

«Ignora el dolor: ¡dispara!».

Sam entrelazó los dedos a ciegas y convirtió los dos rayos gemelos en uno solo. Lo dirigió hacia las tripas agitadas de la criatura y describió lo que le pareció que era un círculo.

Y entonces, gritando en silencio por culpa del calor intenso, la falta de aire en los pulmones y los espasmos violentos con que su propio cuerpo se rebelaba, Sam empezó a patear repetidas veces el interior del bicho, se hizo una bola bien cerrada, y, con las pocas fuerzas que le quedaban, descargó sus pies justo en los puntos que había quemado.

¡Aire!

Sam respiró y vomitó casi al mismo tiempo. Hizo esfuerzos por abrir un ojo y vio a Jack, que se encontraba por encima de él.

—¡Puaj! —exclamó Jack, asqueado ante la imagen de Sam envuelto en un caos humeante de tripas de bicho.

Jack le agarró la mano y tiró de él con tanta fuerza que Sam salió volando por los aires para acabar cayendo encantado al agua.

Salió a la superficie, cogió aire y volvió a sumergirse. Se lavó para librarse de la sustancia apestosa que le recubría el cuerpo y aliviar el dolor de las heridas. Pero tenía la piel rasgada. La criatura lo había cortado. Le dolía el talón, pero lo peor era el miedo terrible a sufrir el mismo destino que Hunter.

Cuando Sam volvió a emerger, vio que el bicho que había caído al agua no muy lejos de él se esforzaba por volver a la orilla.

La criatura muerta, la que Sam había matado desde dentro, yacía completamente inmóvil. Casi le parecía que tenía una expresión de sorpresa en el rostro. O lo que parecía ser un rostro. Sus ojos azules estaban vidriosos. Un bicho muerto, otro intentando llegar a la orilla, y un tercero aún muy peligroso.

—¡Jack! —gritó—. ¡El mástil! ¡El de ese barco!

Jack frunció el ceño, confundido, y a continuación asintió. Saltó al velero cercano, agarró el mástil de aluminio, plantó los pies en la cubierta y, con un esfuerzo hercúleo, arrancó el mástil. Fue como oír a una motosierra a cámara lenta.

Dekka alzó las manos y el bicho acelerado movió las patas en el aire sin poder evitarlo. Solo podría aguantarlo unos segundos, pero a Jack ya le bastaba.

—¡Vale, Dekka, suéltalo! —gritó Jack.

Dekka dejó caer a la criatura.

Jack levantó el mástil, convertido en una auténtica lanza de nueve metros de largo, por encima de la cabeza, y apuntó para clavárselo al bicho en la boca.

La primera vez falló, pero le arrancó uno de los ojos azules.

Jack retrocedió hasta el final del muelle y corrió hacia la criatura.

—¡Tooooooma!

Le clavó el mástil en la boca y empujó como un loco, frenéticamente, partiendo los tablones del muelle, hasta que la parte superior del mástil atravesó de repente el costado de la criatura y se produjo una explosión pringosa de tripas y babas.

Sam empezó a subirse otra vez al muelle, pero tenía las manos cubiertas de ampollas. Jack tuvo que levantarlo por las axilas.

—¿Dónde está Brittney? —preguntó Sam.

Dekka meneó la cabeza.

—Ha huido —informó Toto—. Pero parecía estar cambiando. Un brazo era... —No parecía tener palabras para describirlo.

—Como una serpiente. Una mano de látigo —explicó Dekka.

—Sí —afirmó Toto, y añadió—: Ya estoy listo para volver a casa.

—Apenas puedo caminar — se lamentó Sam.

Tuvo que apretar los dientes para no llorar del dolor. Se había despellejado el talón, y le sobresalía un trozo de carne. Fue dejando un reguero de sangre por todo el muelle.

Se quitó la camiseta mojada y se envolvió torpemente el pie con ella, tratando de improvisar un vendaje.

—Salgamos de aquí mientras podamos. Drake volverá con el resto de su ejército, y entonces seguro que nos convertimos en alimento para todos esos bichos.

Sam empezó a cojear, pero Jack lo agarró y se lo subió a los hombros. Era ridículo: Sam le sacaba una cabeza y era bastante más ancho de hombros que él, pero llevarlo auestas era tan duro para Jack como transportar un bebé.

—Has estado de coña, Jack —le felicitó Sam.

Y Dekka le dio una palmada en la espalda.

—Bien hecho.

Aunque intentaba disimularlo, Jack estaba radiante. De pronto se puso verde, depositó a Sam en el suelo y vomitó en un arbusto.

—Lo siento —se disculpó—. Creo que me he mareado.

—Son los nervios, tío —dijo Sam—. A mí me ha pasado. Salgamos de aquí. Drake esperará que cojamos la ruta más directa hacia la ciudad, y si nos atrapa en un espacio abierto, estamos acabados.

—¿Qué pasará cuando llegue a la ciudad con esas criaturas? —preguntó Dekka.

—Edilio tiene a Orc... espero. Y a Brianna, y a Taylor. Tiene a sus soldados, aunque dudo que las armas les sirvan de nada si no logran dispararles en la boca.

Sam meneó la cabeza.

Entonces pensó en Astrid y un montón de imágenes horribles de lo que podría pasarle se arremolinaron en su cabeza.

¿Podrían llegar a la ciudad lo bastante rápido como para ayudar en la lucha? Quizá si Jack, Dekka y él se sumaban a los demás podrían detener a Drake. Quizás.

¿Se imaginaba siquiera Edilio la que se avecinaba? ¿Se estaba preparando? ¿Había encontrado un modo de hacerlo? Sam no. Lo había intentado una y otra vez. Había tratado de imaginarse la situación en la que derrotaría a ese enemigo.

Pero una y otra vez había acabado concluyendo que solo había dos personas con poder suficiente para detener a esas criaturas.

Una de ellas era Caine. Y Caine estaba lejos, en la isla.

La otra era el pequeño Pete. Y también estaba lejos, en una clase distinta de isla, dentro de su mente dañada.

Caine y el pequeño Pete.

—Escuchadme, chicos —acabó diciendo Sam—. No sé cómo podemos ganar. Yo no puedo, vamos. Dependerá de Edilio y de la gente que está en la ciudad. Ni siquiera sé si saben lo que se les viene encima. Así que tenemos que advertirles.

—¿Cómo? —preguntó Dekka.

—Con Jack.

Hasta entonces, Jack había estado inclinado hacia delante, pero de repente se retrajo.

—Jack puede moverse más rápido que nosotros. Su fuerza implica cierta velocidad. Y no se cansará tanto como nosotros. No le cuesta subir las colinas, así que puede atravesarlas en línea recta.

—Ya —reconoció Dekka—. Eso tiene lógica. Y no me entiendas mal, Jack se ha convertido en un héroe y todo eso. Pero ¿bastará? He hecho mis cálculos, igual que tú. ¿Orc, Jack y Brianna?

—Hay dos que podrían —comentó Sam—. Caine. Él quizá podría.

Dekka gruñó:

—¿Caine?

—O él o el pequeño Pete.

—¿El pequeño Pete?

Jack parecía perplejo.

Sam suspiró.

—El pequeño Pete. No es solo el hermanito autista de Astrid.

Y se explicó brevemente mientras Toto añadía un coro de comentarios del tipo «Sam cree que es verdad».

—¿Y cómo conseguimos que el pequeño Pete haga algo? —preguntó Dekka.

—La última vez que sintió un peligro mortal creó la ERA —explicó Sam—. Tiene que estar en peligro mortal otra vez.

Jack y Dekka se miraron el uno al otro, recelosos. Cada uno se preguntaba qué sabía o había adivinado el otro del pequeño Pete.

—¿El pequeño Pete? —repitió Jack—. ¿Ese niño tiene esa clase de poder?

—Sí —respondió Sam sin más—. Comparados con Pete, Caine, yo, todos nosotros... somos como pistolas de juguete al lado de un cañón. Ni siquiera sabemos cuáles son los límites de sus poderes. Lo que sí tenemos claro es que no podemos comunicarnos muy bien con él. Ni siquiera sabemos lo que está pensando.

—El pequeño Pete... —murmuró Dekka, y meneó la cabeza—. Sabía que era importante. Eso lo pillé hace tiempo. Pero ¿puede hacer lo que dices? ¿Tiene esa clase de poder? —Dekka se quedó pensativa durante un segundo, asintió y añadió—: Entiendo por qué lo mantuviste en secreto. Es como tener un arma nuclear en manos de... En fin, de un niño autista.

Sam se puso en pie, y se estremeció al apoyarse sobre el talón herido. Se agarró al hombro de Jack y le dijo:

—Di a Edilio que traiga a Caine, si aún les da tiempo. Si no, Jack, ve y busca al pequeño Pete.

—¿Y qué hago con él? —preguntó Jack.

Era evidente que le horrorizaba la idea, y que aún no acababa de creerse que aquel niño fuera el ser más poderoso de su universo.

Sam sabía la respuesta. Sabía cuál podía ser el único movimiento que los llevaría a la victoria. Había dicho a Brittney que no era un asesino despiadado. Y no lo era. Y ese ya ni siquiera era su trabajo, ¿verdad?

Y aun así... Aun así veía una solución posible.

—Lo coges, Jack, y lo llevas hasta el bicho más cercano que encuentres...

—¿Y...? —A Jack le temblaba la voz.

—Y lo arrojas dentro del bicho —respondió Sam.

El látigo de Drake estaba enroscado alrededor de la mandíbula de la criatura más grande.

Ahora corrían hacia el sur, alejándose del lago. Drake tenía que ponerse casi plano para permanecer encima, con las piernas abiertas por detrás.

¿Dónde estaba Sam Temple? Ya tendrían que haberlo atrapado, si había tomado ese camino.

«Tráeme al Enemigo».

La voz que resonaba dentro de la cabeza de Drake era más fuerte, más insistente que nunca.

Con la mano libre, Drake se daba golpes en un lado de la cabeza, intentando apartarla, acallar la demanda insistente.

«Tráemelo».

En sus pensamientos, Drake vio Coates, su antigua escuela, su antiguo hogar. El lúgubre edificio principal, de estilo gótico, el valle sombrío que lo rodeaba, la puerta de hierro. La imagen era su propio recuerdo, pero la Oscuridad le exigía que la mirara, la viera, la entendiera.

El Enemigo estaba allí. ¡Allí!

«Tráemelo».

Pero Drake tenía otras necesidades. Tal vez su dueña necesitara al Enemigo, quienquiera que fuera, pero Drake tenía una necesidad igualmente imperiosa: la de matar a Sam Temple.

Por su culpa había perdido el brazo. Sam había destruido su antigua vida, y lo había dejado atrapado en aquella unión desagradable con Brittney la cerdita.

Sam lo había tenido encerrado como a un animal.

Y ahora el chico había vuelto a escapar de la muerte. Había vuelto a vencer a Drake. ¡Y no se le veía por ninguna parte! ¡Había desaparecido!

—¡Sam! —aulló Drake, frustrado—. ¡Sam!

El bicho se movía rápidamente y el viento se llevó su grito lejos, muy lejos, pero Drake volvió a aullar en la noche:

—¡Sam! ¡Voy a matarte!

No hubo respuesta. Y no se veía a Sam ni a ninguno de los demás. Debían de estar volviendo a toda prisa a Perdido Beach, pero no los encontraba, y a cada segundo que pasaba Drake podía estar alejándose más de ellos.

«¡Tráeme al Enemigo!».

No, el Enemigo podía esperar. Drake servía a la Oscuridad, pero era algo más que el chico de los recados. Tenía sus propias necesidades.

Si no podía atrapar a Sam en un espacio abierto, entonces tendría que derrotarlo en Perdido Beach. Estaría esperándolo cuando Sam llegara. Esperando con el látigo enroscado alrededor de Astrid.

En la mente de Drake se agolpaban las imágenes, imágenes fantásticas de Sam indefenso bajo su látigo. Pero no mataría a Sam Temple, no, no antes de que hubiera visto cómo dejaba a Astrid convertida en un espantoso monstruo despellejado.

Lo veía tan claro, era una visión tan maravillosa que lo llenaba de luz y alegría y le proporcionaba un placer que no podía ni describir.

«¡El Enemigo!».

—Te traeré a tu Enemigo —murmuró Drake—. Pero primero...

El ejército de Drake se alejaba del lago a una velocidad vertiginosa, correteaba por la larga cuesta que conducía a las tierras secas que se extendían más allá del lago.

Y entonces Drake sintió una oleada de furia que iba dirigida justo a él. Una rabia que lo estremecía hasta lo más profundo de su ser. El zarcillo oscuro le envolvía el cerebro, le ocupaba los pensamientos, le exigía, lo amenazaba.

«¡El Enemigo!».

—¡No! —gritó Drake.

La reacción fue inmediata. El enjambre paró en seco.

—¡Son mi ejército, mi ejército! —aulló Drake.

Sus propios odios eran demasiado intensos para negarlos. Incluso habría sido capaz de desafiar a la *gayáfaga* por ellos. Pero cuando se quedó parado, agonizando, y el odio se enfrentó al miedo, perdió la capacidad de decidir.

Tendría que ser Brittney quien tomara la determinación: perseguir al Enemigo o aterrorizar Perdido Beach.

TREINTA Y SIETE

1 HORA, 39 MINUTOS

A PESAR DE su cojera, Sam avanzaba más rápido de lo que había esperado. Se apoyaba en Toto y también lo ayudaba que Dekka fuera caminando detrás de él, reduciendo la fuerza de gravedad.

Sam estaba alicaído. Incluso más que de costumbre, porque había llegado a albergar esperanzas. Se había permitido creer que, al encontrar el lago y el tren, las cosas podían llegar a mejorar.

Pero estaban en la ERA. Y por mucho que se merecieran tener buenas noticias, eso no significaba que fueran a recibirlas. En muy pocas horas habían pasado del máximo optimismo a la desesperación más absoluta.

Una y otra vez, Sam reproducía en su mente las situaciones más probables. Edilio contaría con sus chicos, además de con Brianna, Taylor y, con un poco de suerte, Orc. Si Jack llegaba a tiempo a la ciudad, también pelearía; realmente había mejorado.

Pero eso no bastaba. Aunque Dekka y él estuvieran allí, puede que no fuera suficiente. Así que en vez de llegar a la ciudad y mostrarles la salvación en forma de agua, fideos y Nutella, Sam sabía que se encontraría con la ciudad devastada.

Seguro que algunos sobrevivirían. Seguramente.

Puede que el pequeño Pete salvara a Astrid. Tenía el poder para hacerlo. Pero ¿lo sabía? ¿Llegaba algo de todo aquello a penetrar su mente, dondequiera que estuviera?

—¿Crees que lo hará? —preguntó Dekka—. Jack, quiero decir.

—No —dijo Sam.

—No.

Dekka estaba de acuerdo.

—Es verdad —dijo Toto, aunque Sam no sabía si estaba de acuerdo con ellos o se limitaba a certificar automáticamente que se creían lo que decían.

—No es esa clase de chico —explicó Sam—. No es implacable. En cualquier caso, ¿cuántas posibilidades tiene de llegar siquiera a la ciudad y encontrar al pequeño Pete? Y ¿quién sabe si Pete llegaría a asustarse tanto como para hacer algo?

—Tú lo harías, Sam.

—Sí, lo haría.

—Lo haría.

Toto estaba de acuerdo.

—Es tu don, Sam —opinó Dekka—. Lo ha sido desde el comienzo.

—¿Que soy implacable?

—Me parece que no suena muy bien dicho así —comentó Dekka, agotada—. Pero alguien tiene que hacerlo. Todos contribuimos con lo que tenemos.

Sam rozó una piedra con el talón y se estremeció.

—Probablemente tampoco funcionaría. Lo de Pete, digo.

—¿Y el tren? —sugirió Dekka—. Esos misiles...

—Ya lo he pensado —añadió Sam—. Pero ¿cómo los llevaríamos a la ciudad? ¿Cómo llegaríamos siquiera a averiguar cómo funcionan?

Sam dejó de caminar.

Dekka dio algunos pasos más y también se detuvo. Toto siguió avanzando, sin fijarse. En sus compañeros.

—¿Dekka?

—¿Sí?

—¿Cuán alto llega tu poder? Quiero decir que eres capaz de anular la gravedad, ¿no? Así que puedes hacer flotar las cosas.

—Sí, ¿y?

—Te he visto levitar... A ver, si anulas la gravedad bajo tus pies te elevas en el aire, ¿verdad? Vale pues, ¿cuán alto pues llegar?

—No lo sé —reconoció la chica—. Si lo proyecto, ya sabes, si quiero que le pase a alguien más, solo quince metros o así. Puede que un poco más.

—Vale, pero eso es cuando describes como un ángulo, ¿no? Me refiero a cuando te lanzas a través de la gravedad, que va directamente hacia abajo.

Dekka lo miró raro, y abrió las manos a los lados. Empezó a alzarse inmediatamente, junto con tierra y montones de piedras, formando una columna.

Sam la observó alzarse, manteniéndose apartado del remolino.

Estaba muy oscuro y no tardó en perderla de vista.

—¡Dekka!

Sam inclinó la cabeza hacia atrás, intentando verla en el fondo de terciopelo negro y luces minúsculas.

—¿Dónde está Dekka? —preguntó Toto.

—Ahí arriba.

—Eso es verdad.

—Sí. Cuidado donde pisas, si no quieres salir flotando tú también.

Pareció transcurrir un buen rato hasta que Dekka apareció entre la grava que caía del cielo. Bajó flotando con facilidad, recuperó el equilibrio y comentó:

—Vale, han sido más de quince metros, eso seguro. No sé lo lejos que he ido, pero bastante. Igual tienes razón. Igual va mejor cuando anulo la gravedad directamente desde abajo. Pero solo puedo volar hacia arriba. Así que si crees que puedo salir volando hasta la ciudad, eso no va a poder ser.

—Lo que estoy pensando es... que la ERA es una gran burbuja. Es como... ¿Cómo se llaman esas cosas que llevan agua dentro y que al agitarlas se llenan de

nieve y...?

—Bolas de nieve —respondió Toto.

—Como una bola de nieve. Y si tienes una burbuja dentro de una de esas bolas de nieve, ¿qué hace? Ascende hasta arriba, ¿verdad?

—La parte superior de esa burbuja debe de estar directamente encima de la central nuclear —reflexionó Dekka—. Quiero decir, si la ERA es una esfera perfecta.

—Vale, dime si esto tiene sentido. —Sam frunció el ceño, intentando elaborarlo mientras hablaba—. El tren queda cerca de la pared norte de la ERA. Así que si estuvieras allí y anularas la gravedad...

—Iría rozando la pared (sintiendo mucho dolor) hasta llegar a la parte más alta de la esfera. Como una burbuja que se elevara hasta alcanzar el punto más álgido de la bola de nieve.

—En la central nuclear hay coches. Quiero decir los que han usado recientemente, el mes pasado. Edilio los condujo hasta allí. Así que aún tendría que funcionarles la batería. Muchos se han quedado sin gasolina, pero no necesitaríamos mucha.

Sam pensaba en voz alta. No prestó atención cuando Toto repitió:

—Él cree que sí, que es verdad, Spidey.

—No puedo vencer a esos bichos —continuó Sam—. Mi poder no funciona con ellos. Al menos no lo bastante bien. Pero puedo aplastarlos. Y creo que igual podemos conseguir que estallen.

—¿Estás pensando en los lanzamisiles del tren? —preguntó Dekka.

—En eso estoy pensando precisamente. Elevas el contenedor con los misiles. Lo elevas hasta la parte superior de la cúpula, y luego lo haces descender junto a la central nuclear. Encontramos un vehículo con gasolina suficiente y salimos pitando hacia Perdido Beach. —Sam se encogió de hombros—. Y entonces veremos si a esos bichos les gusta el M3-SAMAA, el sistema de armas multipropósito antiblindaje y antitanque.

Caine recorrió solo las pocas manzanas que separaban el ayuntamiento de la carretera, como un pistolero sacado de una vieja película de vaqueros.

Los chavales lo seguían, pero a una distancia prudencial. Una docena de ellos se había apiñado tras el vidrio cilindrado roto de la ventana de una compañía de seguros. Un par más se habían acomodado en coches aparcados.

«Bien, que miren mientras les salvo el pellejo», pensó Caine.

Pero ahora que estaba solo, en mitad de la carretera que marcaba la antigua línea divisoria, ya no se sentía tan seguro. ¿Cuántas criaturas vendrían? ¿Qué tamaño tendrían? ¿Y cuánta fuerza? ¿Ya lo estaban observando agazapadas en la oscuridad?

¿Y qué pasaba con Drake? ¿Tendría oportunidad de vencerlo? Aún podría serle útil como número dos. Eso suponiendo que no estuviera empeñado en ser el número uno.

¿Tendría que enfrentarse a los superbichos y también a Drake? De repente la isla parecía muy apetecible.

Tal vez podría marcharse ahora mismo con Diana, y quedarse los dos solos en la isla. Que los de la ciudad se quedaran con Penny y Bug. Él viviría solo con Diana: comida, lujo, sexo... ¿No era todo eso infinitamente mejor que aquella batalla?

Una antigua sospecha ensombrecía sus pensamientos: ¿se la estaban jugando? La Oscuridad ya lo había utilizado en el pasado. ¿Era este el modo en que la *gayáfaga* volvía a alcanzar su mente?

No lo notaba. No había sentido a la Oscuridad durante todo el tiempo que había estado en la isla. Ni siquiera antes. De hecho, desde el momento en que Caine la desafió, la *gayáfaga* lo dejó en paz.

No. Esto era decisión suya. Pero ¿por qué? ¿Por qué abandonar la isla? ¿Para qué? ¿Para que lo destrozaran unos monstruos incubados en cuerpos humanos? Aunque sobreviviera, ¿con qué se encontraría? Con alcachofas y pescado, resentimiento, una pelea probable con Sam, y la actitud huraña de Diana.

— ¡El rey Caine! ¡Sí!

Caine se dio la vuelta rápidamente, enfadado. Daba por hecho que era una pulla. Un chico que estaba donde la compañía de seguros alzó un puño y gritó:

—¡Uuuu!

Caine asintió mirándolo.

Ovejas. Mientras tuvieran un pastor que mantuviera apartados a los lobos, estarían contentas. Débiles, indiferentes, estúpidas, sin carácter: costaba no sentir un desprecio absoluto por ellas.

Claro que, si fracasaba, se volverían contra él en un abrir y cerrar de ojos.

Pero claro, si fracasaba estarían todas ocupadas huyendo para salvar la vida.

Caine distinguió un fognazo plateado en la carretera.

Escrutó la oscuridad. No se veía ninguna luz, claro, ni siquiera un sol de Sammy junto a la carretera principal. Solo una lunita, algunas estrellitas y muchísima oscuridad.

Pero sí, había algo. Algo que se movía.

Y un ruido. Un clic-clic muy rápido sobre el asfalto.

Caine vio unas bocas de acero brillantes, como machetes iluminados por la luna.

No sabía cuántas criaturas enormes había. Pero por lo menos eran media docena, cada una del tamaño de un autobús urbano, y estaban lo bastante cerca como para ver que lo observaban con sus miradas rojas y malignas.

Caine señaló un par de espectadores que esperaban repantigados en un coche aparcado.

—¡Salid del coche! —les ordenó.

Los dos chavales se encogieron de hombros, como si no vieran por qué debían obedecerle. Entonces se oyó el ruido de unos resortes que se aflojaban y luego un gruñido metálico, y el coche empezó a flotar sobre el suelo.

De repente, los chicos comprendieron y se alejaron a la carrera.

Caine fue alzando cada vez más el coche. Costaba ver de qué color era con aquella luz, pero parecía azul. Era un todoterreno azul pequeño.

— Esperemos que funcione — murmuró.

Echó la mano hacia atrás y lanzó el coche por los aires. El vehículo pasó zumbando por encima de su cabeza y fue dando tumbos por el aire hacia la criatura más cercana.

Pero no la alcanzó. Se oyó un crujido metálico y el ruido de cristales rotos: se había estampado contra el pavimento. Luego fue dando vueltas hasta alcanzar las mandíbulas del bicho.

Caine no tuvo tiempo de comprobar qué había pasado, porque una segunda criatura se subió correteando al todoterreno y perforó el techo corredizo con una de sus patas puntiagudas.

— Tengo muchos coches — anunció el chico.

Caine alzó la ranchera en la que habían estado sentados los dos chavales y la arrojó sin levantar el brazo por encima del hombro. El coche dio una vuelta en el aire y alcanzó al bicho líder casi al nivel del suelo.

— ¡Sí, chúpate esa! — gritó Caine.

No le pareció precisamente un comentario muy regio, pero lo primero era la batalla. Luego ya vendría la propaganda.

Caine no distinguía el rostro de la criatura, pero sí la veía patalear a lo loco.

— Uno menos.

Iba a resultar más fácil de lo que esperaba.

Pero cuando aún se estaba felicitando por su logro, otro grupo de criaturas se abrió paso por encima de las dos primeras. Y, lo que aún era peor, una docena más subía a toda prisa hacia la carretera, justo por detrás de Caine.

¡Lo tenían rodeado!

Había elegido un mal sitio para la pelea. De repente saltaba a la vista. Lo último que debía haber hecho era ponerse a pelear al descubierto, donde podían acercársele desde cualquier parte, justo como estaba ocurriendo.

El corazón de Caine retumbaba y apretaba tanto la mandíbula que empezaron a crujirle los dientes. Había dado por supuesto que las historias sobre esas criaturas eran exageradas. Y no, no lo eran.

El chico echó a correr. Se alejaba en ángulo recto respecto a las dos fuerzas que se aproximaban. Saltó una zanja, aterrizó bruscamente, se puso en pie con cierta dificultad y siguió corriendo como un poseso por la carretera de acceso a la ciudad, dejando atrás a la multitud estupefacta y confundida que se había escondido en la compañía de seguros. Caine les gritó:

—¡Corred, idiotas!

Dos de las criaturas correteaban para interceptarlo. Caine agarró una camioneta de reparto que se encontró a su paso y la arrojó impulsivamente, tanto que la lanzó demasiado baja y a punto estuvo de darle en la cabeza.

La multitud de la compañía de seguros fue víctima del pánico. Todos salieron en tropel por la puerta estrecha. No se dejaban pasar los unos a los otros y no paraban de maldecir y gritar.

Un chico resbaló y, aunque consiguió no caerse, esos segundos de retraso fueron fatales: un bicho lo atravesó con una pata y se lo metió en la boca de dientes rechinantes.

—¡No, no, noooo! —gritó el chaval.

Sus gritos se interrumpieron de repente, y fueron sustituidos por otro ruido parecido al de un triturador de basura machacando huesos de pollo.

Caine bajó corriendo por San Pablo seguido por los demás chavales, y la multitud de bichos se vio obligada a meterse por el espacio más estrecho de la calle.

Las cosas empeoraban mucho más rápido de lo que Caine podría haberse imaginado.

Algo parecido a una lengua de rana negra salió disparada de uno de los bichos y atrapó a otra muchacha, que no dejó de gritar hasta que el bicho se la llevó

a la boca.

Caine se detuvo en mitad de la calle. Le temblaba todo el cuerpo. Tenía la mandíbula apretada. No podía correr más rápido que ellos, y ese lugar era tan bueno como cualquier otro: en mitad de una manzana. Por lo menos, no podrían atacarlo por los flancos.

La multitud de la compañía de seguros se dispersó: los chavales corrían en todas direcciones. Todos gritaban. Algunos golpeaban inútilmente puertas cerradas y suplicaban que les dejaran entrar. Otros saltaban como podían las vallas de los patios traseros.

Caine levantó uno de los coches que había allí aparcados y lo arrojó por los aires. A continuación hizo lo mismo con otro, y luego otro: fueron tres coches seguidos. Parecía uno de esos choques en cadena de la autopista: los vehículos chocaban, las carrocerías se abollaban, los cristales salían disparados, los retrovisores saltaban, las llantas rodaban por la acera.

Puede que su contraataque furioso hubiera detenido a algunos de esos bichos, o incluso servido para matar a varios, Caine no estaba seguro en esa oscuridad, pero el enjambre no aflojaba. Las criaturas seguían saltando en oleadas por encima de los vehículos.

Temblando, Caine permaneció donde estaba y alzó las manos. Si no podía aplastarlos, puede que al menos pudiera contenerlos.

El bicho más cercano chocó contra una pared invisible de poder telequinético. Movía las patas como un loco, abriendo boquetes en el asfalto, pataleando contra los coches estrellados, incapaz de avanzar.

—¡Eso, inténtalo! —gritó Caine.

Llegaron una segunda, una tercera y una cuarta criaturas, y la barrera de Caine las contuvo a todas, pese a que los bichos trataban, incansables, de levantarse, de empujar. Mientras, Caine estaba ahí solo en mitad de la calle.

Pero ¿durante cuánto tiempo? No parecía que los bichos se estuvieran cansando. De hecho, intentaban levantarse trepando unos encima de otros, formando un caos enloquecido de patas, enormes caparazones plateados, mandíbulas como sables, omnipresentes bocas de dientes rechinantes y ojos brillantes de rubí.

Caine titubeó al ver aquellos ojos, y de repente el bloque de bichos se aproximó un metro.

Caine redobló su concentración, pero sintió algo que no había sentido antes al utilizar su poder: un empujón físico, como si lo estuviera conteniendo tanto con los músculos como con su capacidad telequinética.

Sin darse cuenta siquiera, había plantado los pies firmemente en el suelo, y notaba el peso en las pantorrillas, los muslos, y más aún en los brazos. No se limitaba a proyectar su poder como siempre lo había hecho, sino que empujaba llevando al límite sus fuerzas, como si soportara la presión de miles de kilos de patas puntiagudas que no paraban de empujar.

Tan solo estaban a seis metros, y se apilaban contra la barrera invisible que él formaba. De pronto, Caine se percató, horrorizado, de que se estaban encaramando unas encima de otras para conseguir sobrepasar la pared invisible de energía.

Y entonces se dio cuenta de algo peor: algunas de las criaturas habían dado la vuelta por Golding Street y se le acercaban a toda prisa por detrás.

Caine cambió de postura: orientó una mano hacia la multitud de bichos y la otra, hacia el ataque que se cernía sobre él por detrás. Pero no bastaba. No podía contenerlos.

«Tendría que haberme quedado en la isla», se dijo a sí mismo. Había apostado y perdido.

Las dos paredes invisibles se estaban cerrando en torno a él. Caine contenía el avance de toneladas de monstruos que no dejaban de empujar, y no podía seguir aguantando, no podía. Es que no tenía ese poder. Y, en cuanto cediera, le saltarían encima antes de que pudiera pestañear.

—¡Oye, imbécil!

Caine miró en dirección sur. De pie, con los brazos en jarras, subida al tejado plano de un edificio de apartamentos de dos pisos, se encontraba Brianna.

—¿Vienes a regodearte? —consiguió decir el chico.

—¿Ves la puerta de entrada de esa casa?

—¿Qué?

—Ahí es donde vamos.

—¡No me da tiempo!

—¡No me da tiempo! —se burló Brianna—. Por favor, suéltalo y listo.

—¿Que lo suelte?

—Sí: suéltalo. Ah, y por cierto: te va a doler.

Caine no la vio moverse, pero sintió un fuerte impacto cuando Brianna lo alcanzó a una velocidad vertiginosa.

Caine salió volando. Se le rompió la camisa por detrás, dio vueltas como un loco y cayó bruscamente sobre el césped. Los ejércitos de bichos chocaron entre sí como dos olas, detrás de él. Como se cerró el mar Rojo tras Moisés.

El chico intentó ponerse en pie, pero enseguida sintió unas manos sobre la espalda, empujándolo, propulsándolo hacia delante a una velocidad de locura. Se dio contra la jamba de la puerta al entrar. Los bichos se abalanzaron tras él, pero la puerta ya estaba cerrada y una silla hacía de barricada.

Brianna se encontraba en el centro de la habitación examinándose las uñas con una calma teatral.

—Toda esta historia de la supervelocidad a veces resulta útil —acabó diciendo.

—Me parece que me has roto la espalda —protestó Caine.

Sentía un dolor agudo en las costillas. Pero era mucho mejor eso que la alternativa.

La puerta se hizo añicos y apareció una maraña de bichos.

—¡Puedo contenerlos, pero no matarlos! —gritó Caine.

—Ya. Cuesta matarlos. ¿Tienes un plan?

Caine se mordió ferozmente el pulgar, concentrándose en la cutícula. Estaban rodeados. Los bichos aporreaban las paredes. Destrozaban todas las ventanas. No podían pasar por la puerta, pero no tardarían en ensancharla.

Caine y Brianna se encontraban en la cocina, en el centro de la casa, tan alejados como podían de las ventanas, pero ahora los bichos introducían las mandíbulas por las puertas y ventanas, persiguiéndolos, perforando el aire, agitando como locos sus lenguas de cuerda.

La casa entera era como un tambor que golpearan una docena de palillos.

—¿Sabes? Estoy un poco decepcionada —comentó Brianna—. En una situación así, a Sam se le habría ocurrido un plan.

TREINTA Y OCHO

59 MINUTOS

A SAM SE le había ocurrido un plan.

Tres, de hecho. En uno se planteaba la débil esperanza de que Jack alcanzara al pequeño Pete e hiciera algo horrible.

En el segundo había que hacer una locura: elevar un contenedor enorme de misiles por el aire, soltarlo en el lugar adecuado, encontrar un vehículo con gasolina y una batería que funcionara, y entonces descubrir cómo disparar los misiles para salvar a tiempo la ciudad.

Era una locura.

En el tercer plan tenía que participar Dekka. Pero ese no iba ni a contárselo. Porque no solamente le parecía una locura: era algo monstruoso.

Ninguno de sus planes tenía la más mínima posibilidad de funcionar, Sam ya lo sabía.

Ya no sentía dolor en el pie, sino agonía. Dekka hacía por él todo lo que estaba en su mano, reducía la gravedad todo lo que podía, pero Sam tenía que seguir avanzando, y tan rápido como le fuera posible.

—¿Cómo estás, Dekka? —preguntó el chico jadeando, mientras cojeaba.

—Deja de preguntarme, Sam.

—Tienes que... —empezó a decir.

—¿Qué? ¿Qué tengo que hacer, Sam? Se me están comiendo por dentro, ¿qué quieres que te diga?

—Está diciendo la verdad...

—¡Cállate la boca, raro estúpido! —le espetó Dekka a Toto.

Estaban cerca, Sam lo notaba. Tenían que estarlo. Debían alcanzar el tren antes de que los bichos acabaran saliendo de Dekka y se la comieran viva.

Sam necesitaba que viviera un poco más. Hasta que llegara el amargo, amarguísimo final, la necesitaba. Dekka estaba pasando sus últimos minutos corriendo e intentando ayudarle, y él se sentía impotente: no podía hacer nada salvo esperar que siguiera viva, que siguiera sufriendo y venciera su miedo, y todo por un estúpido plan inútil y condenado al fracaso.

—¡Ahí! —exclamó Toto—. Veo el tren.

La luz era débil, gris, deslavazada e insuficiente. Pero sí, Sam veía el tren.

Apretó los dientes y echó a correr a toda máquina. A cada paso que daba, tenía la sensación como si le clavaran un cuchillo en el pie y el dolor le subiera por la pierna.

—Ni siquiera veo qué contenedor era, Spidey.

Sam ahuecó las manos e hizo una bola de luz teñida de un verde horrible.

La luz aumentó hasta que el chico logró ver las caras de sus compañeros. Se quedó horrorizado al descubrir que uno de los bichos ya se había comido la parte delantera de la blusa de Dekka. La chica temblaba.

—Dekka... —empezó a decir Sam—. No tienes que... yo puedo...

Dekka le agarró el brazo tan fuerte que le hizo daño.

—Estoy contigo, Sam. Parece que no podré optar por el camino fácil...

—Este es el contenedor con armas —informó Toto. Y, a continuación, se le ocurrió añadir—: Es verdad.

—Sam —empezó Dekka—. Si me muero...

—Entonces caeremos —afirmó el chico—. Tú y yo, Dekka. Si tengo que irme, será un honor hacerlo contigo.

Sam cerró el contenedor de golpe y los tres se encaramaron a la parte superior. No era totalmente plano por encima: tenía rebordes de acero que lo

reforzaban. Pero los rebordes no sobresalían más de quince centímetros, y eran llanos en la parte superior.

—Allá vamos —anunció Dekka.

Abrió las manos, colocando las palmas hacia abajo, y el contenedor empezó a alzarse.

Sam miraba hacia el cielo, que no era un cielo real. Las estrellas estaban palideciendo. La luna se había puesto.

¿A qué velocidad se estaban elevando? La barrera quedaba bastante cerca, a pocas decenas de metros del tren. Por primera vez en la vida, Sam lamentó no haber prestado más atención en geometría. Sin duda había una fórmula para saber cuánto tardarían en rozar el límite de su mundo.

Si Astrid estuviera allí, podría...

¡Criiii!

El extremo del contenedor estaba rozando con algo y el contenedor entero se inclinó bruscamente.

—¡Aguantad! —gritó Sam.

Se agarró aún más fuerte a los rebordes, pero se dio cuenta, y le sorprendió agradablemente, de que no pesaba, de que se sujetaba para no salir flotando.

¡Clonc, clonc, criii!

El contenedor se agitó un par de veces y se inclinó aún más, pero seguía elevándose. ¡Elevándose!

De repente los nudillos, el pecho y la cara de Sam rozaron la barrera. Era como agarrar un cable eléctrico. El dolor impedía cualquier otro pensamiento. No era la primera vez que tocaba la barrera, pero sí la primera que tenía la cara pegada a ella.

—¡Dekka! —gritó Sam.

—¡Hago lo que puedo! —repuso la chica.

El contenedor se enderezó un poco, de modo que Sam pudo al menos soltarse de los rebordes de acero, colocar las manos a los costados y evitar así que se aplastaran contra la barrera, que gracias a Dios cada vez quedaba más lejos de su cara. Mientras tanto, el ruido chirriante que producía el acero al rozar con la barrera continuaba.

¡Criiii!

Seguían elevándose. Más rápido. El aire pasaba acelerado al aumentar la velocidad.

¿Cuánta altura alcanzarían? O se detendrían o caerían, o, si Dekka lograba mantener el impulso, seguirían elevándose siguiendo la curva de la cúpula. Al alcanzar la parte superior del arco, la cara volvería a quedarles aplastada contra la barrera. Sam no tenía ningunas ganas de que llegara ese momento.

Se dio la vuelta y se arrastró hasta el extremo del contenedor. No había mucho que ver debajo. No había luz. No había modo de saber exactamente dónde estaba. Ojalá tuviera el mapa de Albert; tal vez habría logrado entender un poco los patrones de las sombras y las alturas iluminadas por las estrellas, apenas perceptibles.

Al levantar la vista, ya no veía la barrera: ya no era lisa, perlada y translúcida como de costumbre. Le parecía más bien como si estuviera pegado a un cristal y viera las estrellas del otro lado. En parte se esperaba que las estrellas estuvieran pintadas encima, pero, claro que eso era una locura. La barrera mantenía la ilusión incluso allí arriba. Sam sentía cómo volaba, mirando hacia el espacio casi vacío.

—¿Cómo lo llevas, Dekka? —preguntó.

—No puedo creer que funcione, pero Sam...

—¿Qué?

—Estoy entumecida, no lo noto, no me duele, pero los oigo, Sam. Oigo cómo mastican sus bocas, Sam.

¿Y qué decir a eso?

—Aguanta, Dekka.

—Es como si flotáramos a través de las estrellas —comentó la chica—. Me imagino que flotamos hacia el cielo.

—Pues espero que no...

El chirrido había cambiado de tono al aumentar la velocidad. Y ahora la brisa soplaba muy fuerte, presionándole mientras, liberado de la gravedad, el contenedor volaba chirriando.

—Ojalá no me hubierais encontrado —intervino Toto—. Era más feliz solo.

—Ya. Lo siento... —dijo Sam.

El chico intentó adivinar la velocidad a la que iban a juzgar por el viento. Intentó imaginarse que estaba en un coche con la ventanilla bajada. ¿Con qué intensidad entraba el aire cuando el coche iba a cincuenta, sesenta o más de cien kilómetros por hora?

¿Soplaba igual de fuerte ahora?

—¡Ay, Dios mío, no, no! ¡Lo estoy viendo, lo estoy viendo! —exclamó Dekka.

El contenedor dio un fuerte bandazo y se hundió como un ascensor en caída libre, pero enseguida se estabilizó y volvió a elevarse hasta rozar la cúpula de nuevo.

Con una voz forzada, Dekka se disculpó:

—Lo siento. He mirado. Se me está comiendo... —No pudo acabar la frase—. No creo que me quede mucho, Sam.

—Pista de aproximación —susurró Sam.

Si se movían tan rápido como le parecía, ¿no mantendrían parte de ese impulso hacia delante aunque Dekka los dejara caer?

Sí. E impactarían contra el suelo a velocidad terminal y eso sería todo.

De pronto le pareció que se estaban elevando más lentamente y, cuando levantó la mano, Sam sintió una descarga espantosa. Ya se acercaban a la parte superior de la cúpula, y la bóveda se estaba aplanando. No tardarían en tocar con el

cuerpo entero, pero ¿cuánto podrían aguantar? No mucho.

Cuando disminuyera la inclinación se reduciría la velocidad, y cada vez quedarían más pegados a la barrera.

—Ya está bien, Dekka —dijo Sam—. Empieza a bajarnos. Pero no despacio.

—¿Qué?

—Desplaza el campo de gravedad para que sea más fuerte por detrás y más débil por delante.

—Eso es lo que me he dedicado a hacer para que no nos inclináramos demasiado hacia la barrera.

—Ya, pues hazlo más. Disminúyelo en general, pero más por delante, ¿vale? Debería ser como deslizarse por una pista de esquí, ¿vale?

La propia Dekka se sorprendió al oír que se estaba riendo en voz alta.

—Si tengo que morir, que sea así. No me habría perdido esta locura por nada del mundo.

De repente, el chirrido constante cesó.

El contenedor se zarandeó tanto que Toto se soltó y bajó rodando hacia Sam. Como la gravedad era reducida, el chico cayó despacio y Sam pudo agarrarlo.

—A la gente del complejo le habría gustado conocer a Dekka —comentó Toto, con la cara a escasos centímetros de Sam.

—Seguro que sí.

Otra sacudida fortísima y, de repente, el contenedor empezó a deslizarse, a caer hacia delante. Era como un trineo bajando por la nieve compacta de una pista larga.

—No veo el suelo —advirtió Dekka—. No quiero moverme. Tendréis que avisarme cuando nos acerquemos.

Sam escrutó la oscuridad intentando distinguir dónde estaban, hacia dónde

se dirigían. Pero todo eran colinas y montes y nunca los había visto desde el aire, a kilómetros de distancia.

Se estaban desplazando rápido, deslizándose por una pista invisible, dejando que la gravedad tirara de ellos hacia delante tanto como hacia abajo.

—¡Dios mi...! —gritó Dekka.

La parte inferior del contenedor se soltó, como si fuera un ascensor con un cable cortado. El contenedor se volcó, y Sam, Toto y Dekka cayeron en picado.

Sam agitó los brazos y las piernas en el aire. A ratos veía cielo y suelo y mar y cielo otra vez, caía y daba vueltas, convencido de una cosa: estaban demasiado arriba y la caída los mataría.

Las criaturas atacaban la casa como toros contra una pared. Ya habían echado abajo puertas y ventanas, y ahora también empezaban a abrir las paredes. El estruendo era horrible. La pared del comedor se agrietó y enseguida reveló las vigas rotas y una maraña de conductos retorcidos.

Caine y Brianna se agacharon en la cocina, que solo tenía paredes en dos lados. Uno de ellos se abría al rincón del desayuno, y un mostrador separaba la cocina del salón.

Caine miró frenético alrededor en busca de algo contundente para arrojar a las criaturas. Había algunos muebles, utensilios de cocina, pero nada lo bastante grande como para herir a unas bestias obstinadas y armadas capaces de atravesar paredes a golpes.

—Esto no es normal —comentó Caine.

—¿Tú crees? —gritó Brianna.

—Son animales. No tendrían que estar tan centrados. ¡Son inteligentes!

—¡Me trae sin cuidado que hablen latín y resuelvan problemas de trigonometría! —gritó Brianna—. ¡El caso es cómo los matamos!

—Tendrían que haberse frustrado y salido en busca de otra víctima a la que

comerse.

—Igual somos súper sabrosos.

—Hay algo inteligente detrás de esto. Un plan.

—Ya, y el plan es matarnos a los dos y que no quede nadie para detenerlos.

—Exactamente. Los bichos no piensan así.

—¡Chist!

Brianna levantó una mano. Caine también lo había oído. Era ruido de disparos. Tres o cuatro armas por lo menos disparando.

—Los chicos de Edilio... —murmuró Caine.

Estaba furioso y aliviado al mismo tiempo. No quería que Edilio o sus polis compartieran la gloria de salvar a la ciudad, pero, por otro lado, hasta entonces no había ocurrido nada glorioso.

—¡Arriba! —exclamó Caine.

Salió corriendo hacia las escaleras. Sin embargo, para alcanzarlas tenía que pasar cerca de la puerta de la entrada, por donde uno de los monstruos había introducido completamente las mandíbulas y las hacía girar a derecha e izquierda, empeñado en ensanchar el orificio.

Caine consiguió esquivarlas y Brianna, que ya estaba en lo alto de las escaleras, volvió corriendo a agarrarle la mano y tiró de él hacia arriba.

—Cuidado, tienen... —empezó a decir Brianna.

Algo puntiagudo y doloroso golpeó a Caine en la espalda. El chico alargó la mano por encima del hombro y agarró una soga húmeda y pegajosa.

—... lengua —terminó de decir Brianna.

La chica sacó un cuchillo, cortó la lengua de un tajo y tiró de Caine.

El chico salió disparado hacia la ventana del dormitorio.

La casa estaba totalmente rodeada. Había por lo menos una docena de mastodontes aplastando el césped con sus patas puntiagudas y embistiendo el edificio con las mandíbulas, una y otra vez, como si fueran arietes.

A una manzana de distancia, Ellen y dos chavales más disparaban a las criaturas por la espalda. Los bichos los ignoraban.

—Sí, definitivamente están concentrados en nosotros —confirmó Brianna.

—Desde aquí no consigo llegar a ninguno de los coches —se lamentó Caine—. No tengo con qué atacarlos.

Y entonces se le ocurrió. Sí tenía algo.

Caine alzó las manos. Los bichos lo vieron y se levantaron sobre sus cuatro patas traseras para abalanzarse sobre la ventana donde Caine se encontraba.

El chico se concentró en la criatura más próxima y de repente sus seis patas puntiagudas de insecto se encontraban en el aire, moviéndose. Caine elevó la criatura tanto como pudo y, a continuación, la dejó caer. El bicho aterrizó bruscamente, pero se agitó y no tardó en volver a atacar sin haberse roto siquiera una pata.

—¡Dales la vuelta! —gritó Brianna.

Caine se dirigió hacia el mismo bicho agresivo, lo elevó y esta vez le dio la vuelta antes de dejarlo caer.

El bicho aterrizó boca arriba. Sus seis patas pataleaban locamente en el aire, como un escarabajo del revés.

—¡La lavadora! —recordó Caine—. ¿Está arriba...?

—Al final del pasillo —indicó Brianna.

Caine echó a correr, y chocó contra una pared cuando los bichos que estaban fuera coordinaron sus fuerzas y golpearon la casa. Encontró la lavadora y la elevó apartándola de la pared, mientras el cable eléctrico y la toma del agua se desconectaban. A continuación la hizo levitar por el pasillo hasta alcanzar el dormitorio.

Entonces la arrojó por la ventana. La lavadora aterrizó sin causar daños sobre la espalda de un bicho. Aquel al que había dado la vuelta se había enderezado, así que Caine hizo girar a un bicho distinto.

La criatura aún pataleaba como una loca e intentaba enderezarse de nuevo cuando Caine alzó la lavadora en el aire, muy arriba, y la estampó contra el abdomen visible de la criatura. La lavadora la aplastó como si fuera uno de esos yunques de los dibujos animados.

¡Pfff!

Una especie de pringue salió disparado de los costados del bicho, y de pronto las patas patalearon más despacio.

—Ah, vale: eso funciona —comentó Caine.

Dio la vuelta a un segundo bicho, elevó la lavadora abollada y volvió a estamparla. Esta vez la criatura no se desparramó inmediatamente, así que tuvo que volver a golpearlo.

Se oyó un estrépito enorme y luego un ruido como de arrancar a madera, retorcerla y romperla. La casa se agitó de arriba abajo. Tembló. Y Caine vio, horrorizado, que la pared que tenía delante empezaba a caer.

La casa entera se estaba hundiendo.

Brianna se hizo un borrón y desapareció. Caine intentó correr, pero el suelo se inclinó bruscamente y se derrumbó bajo sus pies. El techo cayó a pedazos y Caine aterrizó de espaldas mientras la casa se le venía encima formando un tornado salvaje de destrucción.

Algo le aplastaba el estómago. Tenía una placa de yeso pegada a la cara y las manos inmovilizadas. Buscó aire y respiró polvo. En su campo de visión inmediato no había más que placas de yeso y parte de un póster de Weezer enmarcado.

Pero se notaba los brazos y las piernas. No se había roto ni perforado nada.

Tenía el poder de quitarse los escombros de encima. Si lo hacía, las criaturas se le echarían encima en un abrir y cerrar de ojos.

Pero si se quedaba bajo las ruinas, tal vez se salvara.

Las criaturas acabarían dándolo por muerto e irían a buscar víctimas más fáciles. Entonces, cuando se hubieran ido, podría salir y pillarlos por sorpresa.

Caine respiró entrecortadamente bajo el polvo.

Hacerse el muerto implicaba dejar que algunos chavales murieran para que él pudiera vivir. Caine decidió que eso ya le parecía bien.

TREINTA Y NUEVE

38 MINUTOS

EDILIO YACÍA EN los escalones del ayuntamiento tan débil como un gatito. Apenas había escuchado el gran discurso de Caine. Le importaba un bledo. Él no podía hacer nada, no con lo que deliraba.

Tosió fuerte, demasiado fuerte. Sacudía el cuerpo cada vez que lo hacía, así que temía el siguiente ataque. Tenía el estómago agarrotado y le dolían todos los músculos del cuerpo.

Apenas era consciente de que balbuceaba entre tos y tos.

—Mamá, mamá, sálvame. Santa María, sálvame —suplicaba, y tosía tan fuerte que se daba con la cabeza contra los escalones.

La muerte estaba cerca, lo notaba. La muerte atravesaba su mente mareada y desordenada, y le agarraba el corazón con la mano helada.

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

Y entonces la vio en la oscuridad que se arremolinaba. Una figura con un vestido vaporoso blanco y azul. Tenía los ojos oscuros y tristes, y un brillo dorado salía de su cabeza.

La mujer levantó una mano, como si fuera a bendecirlo.

Edilio oyó su voz.

—Corre, Edilio —le dijo.

El chico empezó a repetir la oración:

—Santa María, Madre de Dios...

Pero ella lo agarró del brazo extendido y gritó:

—Sé que estás enfermo, pero corre. ¡Corre! ¡Yo no puedo salvarte!

Por algún motivo, la Virgen María tenía la voz de Brianna.

Edilio se puso en pie. Llevaba tanto rato echado, que el movimiento repentino le produjo un martilleo intermitente en la cabeza. Durante un instante perdió la visión, pero empezó a avanzar con los pies pesados. Se cayó, rodó por el suelo y volvió a levantarse, ciego, tambaleándose. Corrió y corrió y tosió hasta quedarse doblado en plena calle.

Se sentó durante un rato, esperando reunir fuerzas para seguir las órdenes de Brianna, para correr.

Levantó la vista y contempló la plaza. Vio a los enfermos desesperados y a los muertos pacíficos en los escalones.

Y vio demonios, monstruos enormes, cucarachas armadas con ojos rojos diabólicos, imposibles.

Que se apiñaban hacia las escaleras.

Brianna vio salir a Lana a toda prisa del «hospital», acompañada de Sanjit. Los bichos se estaban agrupando alrededor.

Edilio había echado a correr, gracias a Dios, pero ahí estaba Lana. Brianna soltó un par de tacos y gritó:

—¡Lana, corre! ¡Por la parte de atrás del edificio!

Lana sacó la pistola.

—Ni de coña.

Apuntó al primer bicho que vio y disparó tres veces. Uno de los ojos de rubí chorreó un pus blanco y rojo, pero la criatura no dejó de comerse a una chica que Brianna rezaba porque ya estuviera muerta.

—No seas idiota. Te necesitamos viva. ¡Vete! Tú... —Brianna agarró a Sanjit del cuello y le gritó—: ¡Sácala de aquí; la necesitamos viva!

Brianna había comprendido cuál era el modo más efectivo de matar a esos

bichos, pero ella no era Caine. No tenía sus poderes.

Pero tenía otros.

Levantó la barbilla. Caine había quedado aplastado bajo la casa en ruinas y ahora todo dependía de Brianna.

El cuchillo brillaba en su mano. No iba a ganar esa pelea, pero tampoco pensaba huir.

Dekka había visto a las bestias en su interior.

«Muerte... Ay, Dios, déjame morir».

Había soportado demasiadas cosas. Muerte, tenía que morir, tenía que acabar con todo, matarlos y matarse y no ver nunca lo que estaban haciendo con ella.

Se le había escapado el contenedor. Le había entrado un ataque de pánico, de terror absoluto, y había perdido el control.

Ahora intentaba recuperarlo, pero estaba cayendo en picado: el viento la azotaba y daba vueltas en el aire como una peonza. Ni siquiera sabía qué estaba arriba y qué abajo.

Dekka abrió las manos y trató de centrarse, pero ¿en qué? ¿Dónde estaba el suelo? Las estrellas, las montañas pálidas y el mar negro no paraban de dar vueltas. El contenedor pasaba como una bala una y otra vez, como si marcara la hora en un reloj que fuera a toda velocidad. Y también dos figuras que se retorcían, agitando los brazos.

Tenía que salvar a Sam. Al menos eso.

Dekka respiraba entrecortadamente. Lloraba a lágrima viva, tanto que se le emborronaba la mirada. ¿Cómo podría dejar de dar vueltas?

Apretó los brazos contra el cuerpo y entrelazó las piernas. Así oponía menos resistencia al viento. Ahora lo entendía: estaba cayendo de cabeza. Seguía dando vueltas, pero más despacio, y desde luego caía de cabeza, como una flecha

disparada hacia la tierra. De repente distinguió unas olas que quedaban justo debajo. Las veía claramente, demasiado.

Tenía que descender más que Sam. Toto y él seguían dando vueltas como locos por debajo de ella, pero, al oponer menos resistencia al viento, Dekka empezó a caer un poquito más rápido y consiguió colocarse por debajo de Sam. ¡Ahora!

Dekka abrió los dedos, se concentró y anuló la gravedad por debajo de sus pies. Pero continuó cayendo: había anulado la gravedad, no el impulso. En pocos segundos, alcanzarían el agua o la tierra. Y, en cualquier caso, se estamparían como gelatina.

Caine se quitó los escombros de encima. Todos los bichos se habían ido. Aún veía la cola de uno alejándose a toda velocidad.

Si iba tras ellos, probablemente lo acabarían matando.

Pero si se quedaba donde estaba, ¿qué haría? Ya estaba a salvo en la isla. No había vuelto para estar a salvo.

Podían ocurrir dos cosas: o los bichos se los cargaban a todos (y entonces ¿sobre quién reinaría Caine?) o algún otro los derrotaba (y entonces ¿cómo recuperaría el control?). El poder quedaría en manos de quien ganara esa pelea.

Pero Caine dudaba. Una cama grande y cálida. Una chica guapa con la que compartirla. Comida. Agua. Todo lo que necesitaba quedaba a unos pocos kilómetros de distancia, en la isla. La respuesta lógica y racional era evidente.

—Por eso el mundo sigue hecho un lío —dijo Caine entre dientes—. La gente no es racional.

Respiró hondo varias veces para tranquilizarse, y se preparó para morir por el poder.

Orc no había conseguido matarse. De nuevo.

Lloró un poco al darse cuenta de que iba a vivir. Lo intentaba con ganas, pero

los vómitos y los desmayos se interponían en sus planes de matarse bebiendo.

Se levantó porque tenía ganas de mear, pero se dio cuenta de que ya se estaba meando, así que no hacía ni falta.

Algo se movió. Orc volvió la cabeza lenta y pesadamente. Había un monstruo en el fragmento resquebrajado del espejo que apenas se sostenía en la pared.

Orc miró su reflejo. Era un metro ochenta, puede que más, de grava gris y húmeda. Echó la cabeza hacia atrás, con los brazos abiertos, y aulló:

— ¿Por qué, por qué?

Se puso a llorar y se golpeó la cara con los puños. Y entonces, con los dedos de piedra, se arrancó lo que le quedaba de carne en la cara. Corrió la sangre roja, y de nuevo Orc aulló ante su propio reflejo.

— ¿Por qué?

Se alejó dando bandazos. Corría hacia las escaleras pegando saltos alocados.

Hacia Astrid.

No tenía una idea clara de lo que haría cuando la encontrara. Solo pensaba en que era la única que lo había ayudado alguna vez. Era la única que había llegado a verlo no solo como Orc, sino también como Charles Merriman.

Debería sentir su dolor.

Debería sentirlo.

Alguien debería sentir su dolor.

Orc llegó hasta lo alto de las escaleras. Llamó a la puerta de la habitación abierta del pequeño Pete y miró sin comprender, confundido. Un viento azotaba la habitación. El pequeño Pete se alzaba varios metros en el aire por encima del catre. Y brillaba.

Astrid no estaba allí.

—¡Astrid! —bramó Orc.

A través de la ventana abierta, oyó una respuesta clara e inconfundible procedente de fuera.

—¿Eres tú, Orc?

Orc se plantó de un salto junto a la ventana. Estaba abierta y, aunque no lo hubiera estado, los cristales se habían hecho añicos.

Tardó un instante en fijar la mirada para entender lo que estaba viendo. Y no se lo podía creer.

Ahí abajo, iluminado por el primer brillo débil de la mañana, se encontraba Drake.

Y un montón de bichos que parecían cucarachas gigantes aguardaban justo detrás de él, diseminados alrededor de la escuela.

Todo eso tenía que ser una alucinación.

—¿Drake? —dijo Orc, parpadeando fuerte para comprobar que era de verdad.

—Me ha parecido oírte, Orc —sonrió Drake—. ¿Y tienes a Astrid ahí arriba contigo? Excelente. No podría ser mejor.

—¿Eres de verdad? —preguntó Orc.

Drake se rio, encantado.

—Sí, soy de verdad, Orc.

—Vete.

Era lo único que se le ocurría a Orc.

—No, me parece que no.

Drake corrió sin hacer ruido hasta la puerta de la entrada y desapareció de su vista.

Orc estaba completamente perplejo. ¿Drake? ¿Ahí?

Al cabo de pocos segundos, Drake apareció en la puerta de la habitación. Su mirada fría ignoró a Orc y se concentró en el pequeño Pete.

—Vaya, vaya... El Enemigo —comentó.

PETE

AQUELLA NO ERA su habitación.

Ese no era el techo que quedaba encima de su cama.

Sentía que una lava abrasadora crecía en el interior de su pecho, y la escupió con un espasmo.

Tosió, y oleadas de dolor que chocaban entre ellas le azotaron el cuerpo.

Ahora era solo cuerpo. Ya no tenía visiones lejanas. No oía voces suspirantes. Solamente le quedaba el cuerpo por completo dolorido.

Soplaba una brisa, pero la sensación abrasadora aún lo calcinaba por dentro, y no sabía cómo combatirla ni cómo llamarla. ¿Cómo podía desear que se marchara si ni siquiera sabía lo que era?

¿Dónde estaba su hermana? Sus ojos no estaban. Estaba solo. Solo y atrapado en un cuerpo que yacía impotente, acosado por el fuego interno y por el frío externo, por el azote de un viento y los chirridos constantes, el raspar de sierras, el ataque de colores intensos y chillones.

—¿Dónde está Aastrid? —preguntó una voz potente, tanto que le entraron ganas de echar a correr y esconderse.

Grava húmeda hablaba, se balanceaba, se inclinaba peligrosamente como si se fuera a caer.

—¡Aastrid! —aulló el monstruo—. ¡Aastrid!

La mente de Pete retrocedió, se hundió muy hondo, huyó del ruido, pero no podía escapar. Una vez más, su cuerpo lo tenía atado a un mundo real que nunca lo había sido para él.

El monstruo se marchó dando grandes zancadas, gritando aún.

Pete tosió un volcán.

Tenía que hacer algo. El cuerpo lo tenía atrapado y le dolía.

El pánico se estaba apoderando de él.

Tenía que hacer... algo.

CUARENTA

25 MINUTOS

SAM NOTÓ ALGO mojado. Estaba por todas partes; era una nube que se alzaba desde debajo. Caía como si estuviera atrapado en un tornado de barro. Liberadas por la falta de peso, el agua salada y la arena volaban hacia arriba.

—¡Abrid brazos y piernas! —gritó Sam.

Fricción. La dolorosa bofetada del agua y el roce con la arena. Era como estar en el interior de un tornado.

Sam tenía la sensación de que lo estuvieran despellejando. Cerró los ojos, volvió la cabeza para evitar que la nariz y la boca se le llenaran de arena húmeda, y chocó estrepitosamente contra una superficie tan sólida e inflexible como el cemento.

El aire salió disparado de sus pulmones, como si lo hubiera pateado una mula.

La espalda se le arqueó demasiado, los tendones se le tensaron y la cabeza le cayó hacia atrás. Cada centímetro del cuerpo le escocía y el agua se cerraba en torno a su cabeza.

Instintivamente, pataleó hacia la superficie. El agua se había llevado la arena que lo recubría. Sam consiguió abrir un ojo. Se encontraba a menos de una docena de metros de la costa, en un lugar donde el agua no tenía ni metro y medio de profundidad.

De pronto, la columna de agua y arena que se había elevado bajo sus pies cayó como un aguacero.

Sam buscó frenético a Dekka y Toto. Se dirigió chapoteando hacia la playa, bajo un chaparrón cegador que duró un minuto entero.

Toto estaba echado boca arriba, en la orilla, gimiendo de dolor. Sam se arrodilló a su lado.

—¿Te has hecho daño?

—Las piernas... —se quejó Toto, y se echó a llorar—. Quiero irme a casa.

—Escúchame: te has roto las piernas, pero podemos arreglarlo.

Toto lo miró sorprendido, se limpió la arena de la cara y añadió:

—Dices la verdad.

—Traeré a Lana. En cuanto pueda. Solo tienes que aguantar un poco. —Sam se levantó y gritó—: ¡Dekka, Dekka!

No le respondió, pero la vio nadar hacia la orilla. Sam corrió hacia la chica y la ayudó a llegar hasta la arena seca.

—Lo siento mucho, Sam —jadeó la chica.

—Estoy bien. Y Toto también. Solo se ha roto las piernas, eso es todo.

Sam miró a izquierda y derecha y descubrió el contenedor estampado contra un risco bajo. Los cajones oblongos y su mortífero contenido se habían volcado.

—No sé dónde estamos —reconoció Sam—. Creo que al sur de la central nuclear.

Miró alrededor, frenético. Su plan era temerario y desesperado, pero albergaba la esperanza de caer cerca de la central nuclear. Puede que allí aún hubiera algún coche útil. Pero ¿en la playa? Ni siquiera estaba seguro de dónde se encontraban.

Y el contenedor estaba destrozado, así que muchos de los misiles también lo estarían.

—¡Sam! —gritó una voz procedente del mar. Desde una barca.

Sam vio a cuatro personas dentro, remando hacia ellos.

—¡Quinn!

La barca llegó a la orilla y la hicieron encallar. Quinn salió de un salto.

—¿De dónde venís?

—No me creerías si te lo dijera —respondió Sam—. Quinn, cuéntame rápido: ¿qué está pasando en la ciudad?

Quinn parecía abrumado por la pregunta.

Sam lo agarró.

—Sea lo que sea, cuéntamelo. Igual a Dekka no le queda ni media hora más. ¡Rápido!

—Edilio está enfermo. Mucha gente está enferma. Es muy chungo, caen chavales por todas partes. Edilio me ha mandado que llevara a Caine a la ciudad. Para que luche contra los bichos.

Sam soltó aire, aliviado.

—Gracias a Dios que lo ha hecho, Quinn. Creo que yo no puedo vencerlos, pero él sí.

—Pero... —empezó a decir Quinn.

Sam lo interrumpió.

Puede que el Plan Dos se hubiera frustrado, pero a Sam aún le quedaba un as bajo la manga, un último esfuerzo alocado. No para salvar a la ciudad, pero sí para salvar a su amiga.

—Dekka está infestada. Están incubando en ella. Le he prometido que... que se lo pondría fácil. ¿Entiendes?

Quinn asintió solemnemente.

—Pero tengo una idea. ¿Cuánto tardarías en llevarnos a la ciudad?

—Quince minutos —respondió Quinn.

Remaron como si les fuera la vida en ello. Y Sam sabía que en cierto sentido así era. Si los bichos salían del cuerpo de Dekka mientras aún estuvieran en aquella barquita, ninguno de ellos sobreviviría.

Toto gimió. Yacía en el fondo de la embarcación, cubierto por cinco centímetros de agua que olía a pescado. Dekka se apoyaba en Sam, en la popa. Él la rodeaba con los brazos y le susurraba al oído que no se rindiera.

Sam notaba la presión de los bichos a través de la ropa. Procuraba eludir las bocas que sobresalían, pero no podía evitar sentir un horror creciente al pensar que los cuerpos de insectos se movían dentro del cuerpo de Dekka.

—Sam, me lo prometiste... —gimió Dekka.

—Y lo haré, Dekka. Te prometo que lo haré. Pero todavía no, todavía no.
—Entonces Sam pidió a Quinn—: En cuanto llegemos al puerto, vete a por Lana.

—Lana no puede ayudar —gruñó Quinn, sin aminorar—. No puede matarlos.

—No tiene que hacerlo.

—Me llevaré al niño, Orc —amenazó Drake—. ¿Dónde está Astrid?

Orc miró a Drake. Había tantas emociones en su cerebro cansado y aturullado...

Drake era la causa de todos sus problemas. Si no se hubiera escapado...

Pero ¿acaso él mismo no acababa de subir como un vendaval para descargar su furia contra Astrid? Y, aun así, al ver la sonrisa burlona, sádica y arrogante de Drake tuvo la sensación de que su cuerpo se iba llenando de algo parecido al vapor.

—¿Quééé quieres del niño? —Orc arrastró las palabras.

—¿Has bebido demasiado? —lo provocó Drake—. Una amiga mía quiere al petardo ese. Así que, ¿dónde está la hermana?

—Déjala en paz.

Drake se rio.

—Chico de piedra, no voy a dejar a nadie en paz. Tengo un ejército fuera.

Haré lo que quiera con Astrid la genio.

—Ella no te ha hecho nada.

—No te hagas el héroe, Orc, no te pega. Eres un degenerado sucio y borracho. ¿Te has olido? ¿Qué te crees que eres, su caballero de brillante armadura? ¿Crees que te dará un gran beso húmedo en la cara de grava? —Drake miró más detenidamente a Orc, como si quisiera ver en su interior—. No, Orc, el único modo en que conseguirás a Astrid es el mismo que el que usaré yo. Y en eso estabas pensando, ¿verdad?

—Cállate.

Drake se rio, encantado.

—Ah, eres un desastre, triste y enfermo. Lo veo en tus ojos inyectados en sangre. Pues te diré algo: te puedes quedar con lo que quede después de que yo...

Orc le golpeó rápido, a una velocidad sorprendente. El puño de piedra alcanzó a Drake solo de refilón a un lado de la cabeza, quizá demasiado arriba.

Sin embargo, un puñetazo de refilón de Orc era como un mazazo.

Drake dio un traspié hacia un lado y chocó contra la pared, pero no llegó a caerse.

Orc fue tras él, volvió a golpearle, y esta vez falló. Su puño hizo un agujero en la pared, justo donde había estado la cabeza de Drake, que ahora se encontraba detrás de él, alejándose.

—¡Pedazo de idiota! ¡Estúpido! No puedes matarme. ¿Es que no lo sabías? Dale, Orc. Vamos, montón de mierda pesada y apestosa.

Entonces Drake lo atacó. No le hizo mucho daño, pero Orc lo sintió.

El chico de piedra avanzó tambaleándose hacia él, pero Drake fue rápido y ágil. Se apartó, volvió a arremeter contra Orc, y esta vez le enroscó el tentáculo alrededor del cuello.

No resultaba fácil asfixiar a Orc, pero tampoco imposible. Drake estaba detrás de él y tiraba tan fuerte como podía, apretando la mano de látigo como una

pitón, centímetro a centímetro, intentando estrujar su piel de piedra.

Orc clavó los dedos en el látigo y tiró de él, intentando arrancarla. Pero no lo conseguía. Por algún motivo, su fuerza se estaba debilitando. Intentaba respirar, pero no podía.

De repente, la mano de látigo lo soltó y se retiró, arrugándose. Orc se volvió a mirar a Drake cuando unos alambres de metal brillante pasaron a recubrir sus dientes. El cuerpo sin un solo gramo de grasa de Drake se convirtió en unos muslos rollizos y un rostro regordete.

—¿Qué? —preguntó Orc, parpadeando con fuerza.

Entonces lo entendió. Nunca había visto aparecer a Brittney, pero sabía que ocurría, había oído que una voz daba paso a otra.

—Hola, Orc —dijo Brittney.

—Brittney.

La chica miró alrededor, confundida. Entonces sus ojos repararon en el pequeño Pete.

—Así que él es el Enemigo.

—Es el pequeño Pete —dijo Orc.

—Tenemos que llevárnoslo —afirmó Brittney—. Es la única manera. Es la voluntad del Señor.

—No —dijo una voz.

—¡Astrid! —exclamó Orc—. Te estaba... buscando.

Astrid apenas lo miró.

—Salí huyendo. Pero he vuelto.

—Astrid, Dios ha dicho que necesita al pequeño Pete —afirmó Brittney con

suficiencia—. Que es la única manera.

—Sé que crees que hablas con Dios...

—No, Astrid. Ha hablado conmigo. Lo he visto. Lo he tocado. Es un Dios oscuro, un Dios de lugares profundos.

—Si es un Dios, ¿por qué necesita al pequeño Pete? Pensaba que Dios no necesitaba nada.

Brittney la miró con picardía.

—Jesús necesitó a Juan el Bautista para anunciar su llegada. Necesitó a Judas para traicionarlo, y a Pilato y a los fariseos para crucificarlo y, así, poder redimirnos. Y el Padre necesitó al Hijo para pagar el precio del pecado.

Astrid estaba exhausta. Hubo una época de su vida en la que le habría encantado tener la oportunidad de enzarzarse en una discusión teológica. Sam nunca se había sentado con ella a debatir. La religión le era totalmente indiferente.

Pero aquel no era el momento. La triste criatura que era Brittney se había convertido en un instrumento de la malévol criatura a la que había confundido con Dios.

En cualquier caso, ¿por qué defendía Astrid al pequeño Pete? Se había mostrado dispuesta a verlo morir si eso significaba poner fin al sufrimiento.

—Dios no pide sacrificios humanos —argumentó Astrid.

—¿Ah, no? —se burló Brittney—. ¿Y yo qué soy, Astrid? ¿Qué somos todos nosotros? ¿Y qué fue Jesús? Un sacrificio para apaciguar a un Dios vengativo, Astrid.

Astrid no tenía nada que replicar. Se sabía todas las respuestas, pero ya no tenía voluntad para expresarlas. ¿Seguía siquiera creyendo en Dios? ¿Por qué discutir sobre una fantasía? Eran dos tontas discutiendo sobre mentiras.

Pero Astrid aún tenía su orgullo. Y no podía quedarse callada y dejar que Brittney tuviera la última palabra.

—Brittney, ¿de verdad quieres matar a un niño? Te diga lo que te diga ese

al que llamas Dios, ¿no te parece que está mal? Cuando tus creencias te piden que asesines, ¿no oyes una voz en tu interior que te dice que eso está mal?

Brittney frunció el ceño.

—La voluntad de Dios...

—Aunque lo sea, Brittney, aunque ese monstruo mutante que vive en una cueva sea realmente Dios, y aunque lo hayas entendido perfectamente y estés cumpliendo con su voluntad y quiera que mates..., ¿no te parece que está mal entregarle a un niño para que mate? ¿No está mal y punto?

—Dios decide lo que está bien y lo que está mal.

—No. —Y ahora, a pesar de todo, a pesar de lo agotada que estaba, pese al miedo, pese a cuánto se detestaba y despreciaba a sí misma, Astrid se dio cuenta de que iba a decir algo que hasta entonces no había aceptado—. Brittney, estaba mal matar antes incluso de que Moisés trajera los mandamientos. El bien y el mal no vienen de Dios. Están dentro de nosotros. Y lo sabemos. Y aunque Dios se nos aparezca y nos diga a la cara que matemos, sigue estando mal.

Astrid se dio cuenta de que en realidad era así de simple. Así de simple. No necesitaba que la voz de Dios le dijera que no matara a su hermano. Bastaba con oír la suya.

—En cualquier caso, Brittney, si quieres llevarte al pequeño Pete, tendrás que pasar por encima de mí.

Entonces Astrid sonrió, y le pareció que era la primera vez que lo hacía en mucho tiempo.

Brittney también sonrió, pero su sonrisa era triste.

—No lo haré, Astrid. Pero Drake, sí. Sabes que sí. Los bichos tienen rodeado este edificio: están esperando. Y cuando aparezca Drake, se llevará al pequeño Pete y te matará.

Las dos chicas casi se habían olvidado de Orc, el monstruo de mirada borrosa que no paraba de balancearse. El chico de piedra se movió a una velocidad sorprendente, agarró a Brittney del cuello y la cintura y la arrojó por la ventana.

—No me gusta —dijo.

Astrid corrió hasta la ventana y vio a Brittney tendida en el suelo.

Los bichos volvieron sus ojos azules hacia arriba.

Indiferentes a Brittney, que ya se estaba levantando sin haber sufrido ningún daño, los bichos se apiñaron en la puerta en ruinas de la Academia Coates.

—Ya era hora —se rio Orc—. Vamos a terminar con esto.

—Orc, no dejes que te maten —pidió Astrid, poniéndole la mano en el brazo.

—Siempre eres agradable conmigo, Astrid. Siento que... —Entonces se encogió de hombros y añadió—: Ahora ya da igual. Más vale que salgas, si puedes. Seguro que no tardarán mucho.

Orc echó a correr hacia el pasillo. La última vez que Astrid lo vio, se estaba riendo de los bichos que esperaban ansiosos abajo.

Saltó por encima del pasamos del descansillo y se dejó caer en el enjambre.

—¿Queréis a Orc? —bramó—. ¡Pues venid a cogerme!

El chico, que se llamaba Buster, trató de escapar, trató de levantarse y huir, pero iba demasiado despacio, estaba demasiado enfermo. Tosió, tropezó y cayó de rodillas.

La lengua del bicho que tenía enganchada al cuello tiró de él y lo arrojó dentro de la boca brillante.

Una chica llamada Zoey tosió, se dobló por la mitad debido al dolor, y al cabo de un segundo la atraparon y se la comieron.

Era una masacre.

Brianna volaba como una loca blandiendo el cuchillo y ladrando con la recortada en la mano, pero los bichos ya habían subido los escalones y estaban entrando a empujones atraídos por el olor a carne fresca del hospital.

Una de las criaturas había crecido tanto que se quedó atascada en la puerta, bloqueando la entrada. Pero por lo menos uno de los bichos ya había entrado: Brianna oía los gritos apagados de terror desde debajo.

Salió disparada como un rayo, esquivó una lengua brillante, saltó por encima de unas mandíbulas de sable y acuchilló a un bicho en ambos ojos rojos. Entonces encajó la escopeta en la boca de dientes rechinantes y apretó el gatillo.

La criatura enorme se estremeció, pero no murió.

Brianna saltó justo a tiempo de que no la atraparan. Y entonces, por el rabillo del ojo, vio que una de las criaturas enormes se elevaba, giraba en el aire y aterrizaba bruscamente de espaldas.

—¡Caine! —gritó la chica.

La muchacha se abrió paso entre el enjambre, saltó ágilmente entre las patas que el bicho que había aterrizado boca arriba agitaba alocadamente, y le clavó el cuchillo en las tripas.

Luego introdujo la escopeta en el tajo más grande y apretó el gatillo.

¡PUM!

Brianna quedó cubierta de restos de tripas y trocitos de proyectil. Pero ahora las patas que se agitaban con tanta violencia empezaron a moverse cada vez más despacio, más despacio...

Caine había derribado a otro bicho. A este lo había machacado con un coche, tras levantarlo y estamparlo, levantarlo y estamparlo, hasta que la criatura se convirtió en un caos tremendo de patas como palitos y baba pringosa.

Las criaturas dejaron de darse un festín con los enfermos. Ahora solo quedaban siete bichos, sin contar el que había caído en el «hospital» y el que estaba atascado en la puerta. Siete.

—¡Les daré la vuelta a todos! —gritó Caine.

Brianna se quitó un trozo de tripa de bicho de la cara y asintió. Rápidamente, recargó su escopeta y salió como una flecha para encargarse de la última criatura que yacía patas arriba. Iba aprendiendo sobre la marcha. Las criaturas tenían

puntos débiles, uno de los cuales era la parte inferior de lo que sería la barbilla. Le clavó el cuchillo ahí, lo giró para hacer una abertura, metió la escopeta en la herida abierta y apretó el gatillo.

Así estalló la cabeza del bicho.

—¡Ah, sí! ¡Ah, desde luego! —gritó.

Pero Caine había ido un poco lento, y ahora tres criaturas lo perseguían. Las tres lo tenían agarrado con las lenguas y el chico se desgañitaba pidiendo ayuda.

Brianna bajó a toda velocidad los escalones, ahora cubiertos de sangre humana y fluidos de los insectos. Cortó la primera lengua, y las otras dos se enroscaron a la defensiva.

—¡Ponlas pata arriba!

—Eso intento —dijo Caine apretando los dientes.

Volcó uno de los bichos, pero estaban aprendiendo rápido: un segundo bicho se abalanzó sobre el primero, se deslizó por debajo y levantó a su hermano hasta ponerlo en pie de nuevo.

—Ah, no, eso no —protestó Brianna.

Caine tuvo que retroceder otra vez cuando las criaturas atacaron. Si atrapaban a Caine, la batalla habría terminado.

Brianna echó a correr, agarró a Caine del brazo y tiró de él hasta ponerse temporalmente a salvo detrás de un árbol.

¡Crrraaac!

Una mandíbula enorme atravesó el árbol.

Caine levantó a la criatura y la puso patas arriba, pero ahora la multitud de bichos se estaba reuniendo.

—¡Nos seguirán! —gritó Caine a Brianna.

—Ya me he dado cuenta.

—La gasolinera —indicó Caine sin aliento.

Ya corría a toda velocidad, moviendo con fuerza los brazos. Brianna lo alcanzó enseguida. Los bichos salieron en tropel tras ellos, ocupando la calle.

—¿Lo entiendes? —jadeó Caine.

—No queda mucha gasolina —comentó Brianna.

—¡Vamos! —gritó Caine, y Brianna se marchó a toda velocidad.

Alcanzó la gasolinera. Había un candado pesado en el surtidor, y se quedó totalmente sorprendido cuando se encontró a uno de los chicos de Albert allí sentado, vigilándolo.

—¡Ábrelo! —gritó la chica.

—No puedo si Albert no... —empezó a decir el chaval.

Entonces Brianna le puso el cuchillo en la garganta y añadió:

—Te aseguro que no tengo tiempo para cháchara.

El chico abrió el surtidor. Brianna agarró la manivela (solo podía extraer la gasolina del surtidor manual) y le dio tan rápido como pudo. Por desgracia, no era el tipo de cosa que iba mejor a gran velocidad.

La chica agarró al guardia y gritó:

—¡Tú... dale! Dale si no quieres morir.

—No tengo depósito para meterla.

—Al suelo —le espetó Brianna—. Que caiga al suelo. Por todas partes. ¡Dale!

La gasolina salía del surtidor a chorros irregulares, y caía salpicando en el hormigón.

Brianna volvió atrás disparada y se encontró a Caine jadeando, a punto de alcanzar la carretera. Apenas había conseguido mantenerse a la cabeza. En el espacio abierto, los bichos podrían emplear toda su velocidad y lo atraparían

mucho antes de que llegara a la gasolinera.

—¡Sigue corriendo! —gritó la chica.

Y salió disparada directamente hacia la criatura que iba más avanzada. El bicho la atizó con la lengua, pero Brianna la agarró en el aire, y, sujetándose a ella tan fuerte como pudo, se metió bajo las patas de la criatura.

El bicho tropezó y se detuvo, confundido. Brianna soltó la lengua, pasó volando por debajo y salió por las patas traseras. Había conseguido unos tres segundos para Caine. Más no.

Brianna apuntó a los ojos demoníacos de rubí del bicho siguiente, le disparó a quemarropa y volvió zumbando a la gasolinera.

Pasó como un rayo junto al guardia nerviosísimo, que seguía ocupado vertiendo la preciada gasolina en el suelo.

Brianna rebuscó como una loca entre la basura y los restos de lo que antiguamente había sido la tienda de la gasolinera y salió triunfante con un mechero azul Bic.

Enseguida vio a Caine, que apenas lograba adelantar a sus perseguidores.

—¡Tienes que salir de aquí, chaval! —le gritó al guardia—. ¡Cooorre!

El olor a gasolina era muy fuerte. La gasolina fluía en pequeños riachuelos hacia la zona de aparcamiento, llenando las grietas del hormigón y formando charcos poco profundos en algunos puntos.

Caine pasó acelerado, chapoteando por encima de la gasolina.

Brianna sonrió.

La avanzadilla de criaturas alcanzó la gasolinera, y sus patas puntiagudas se clavaron en los diminutos ríos de gasolina sin plomo.

Los vapores llenaban el aire.

Brianna sabía algo acerca de la velocidad. Sabía que eso que se veía en tantas películas de Hollywood, lo de la gente que escapaba de las explosiones, era una

tontería. Ni siquiera la Brisa podía huir de una bola de fuego.

Pero una cosa era quedarse en pleno incendio, y otra muy distinta alejarse de él a la velocidad del sonido. La explosión no se produciría de inmediato.

Debería salir bien. Sobre todo si se protegía un poco.

Brianna se escondió detrás de un surtidor y dejó que la primera criatura la alcanzara.

Entonces se volvió de repente, encendió el mechero y se agachó cuando el bicho pasó corriendo.

¡Fiiiu!

No fue una explosión de dinamita, pero sí una bola de fuego.

Una ola de calor le chamuscó el pelo y las cejas, y la onda expansiva le reventó los oídos. Pero la mole del bicho la protegió de la peor parte.

La criatura más avanzada alcanzó a Caine, pero el chico se había lanzado por los aires y la bola de fuego, la criatura y Brianna salieron disparados por debajo de él.

Y, al caer, Caine hizo girar al bicho.

La bola de fuego alcanzó a tres de las criaturas. Las llamas les rizaron las antenas y agrietaron sus frágiles caparazones.

Dos de las criaturas iban lo bastante rezagadas como para sortear el fuego, pero el calor y el humo las tenía confundidas. Se apartaron, pero no lo bastante rápido.

El fuego se deslizó hacia la manguera del surtidor y se encontró con el vapor denso de la gasolina que llenaba el enorme depósito subterráneo.

¡BUUUM!

Los surtidores, el hormigón, el refugio, la tienda y las criaturas estallaron en una bola de fuego, de modo que la primera explosión no parecía más que la de un petardo húmedo.

Partes de insectos, metal retorcido y trozos de cemento salieron disparados y cayeron al suelo.

Solo quedaba vivo el bicho principal. Yacía boca arriba, pataleando en el aire.

Brianna hundió el cuchillo en su barbilla, le metió la escopeta dentro y dijo:

—Cuando llegues al infierno, saluda a la *gayáfaga* de parte de la Brisa.

Entonces le metió dos descargas, y la cabeza del bicho estalló como si fuera un melón.

CUARENTA Y UNO

13 MINUTOS

ORC ESTAMPÓ LA botella contra la cabeza de ojos azules del bicho. No le hizo nada. Eso no se lo esperaba.

La criatura describió un movimiento amplio con las mandíbulas y alcanzó a Orc en el pecho. El chico salió volando y aterrizó boca abajo en la grava.

Se quedó sin aliento. Pero no murió.

Se puso lentamente en pie. ¿Por qué darse prisa?

—Si me queréis, venid a cogermé —los desafió.

Tres de los monstruos avanzaron directos hacia él. Orc trató de golpearlos, pero solo le dio al aire, y volvió a caer boca abajo. Esta vez, tres lenguas como sogas lo sujetaron y ya no pudo levantarse.

Astrid gritó.

—Pues vale —dijo Orc cuando las bocas brillantes se cerraron en torno a él.

Jack se había dedicado a correr y saltar durante toda la noche. Su objetivo era Perdido Beach. Pero, aunque tenía clara su misión, no conseguía asimilarla del todo.

¿Cómo podía haberle pedido Sam que arrojara al pequeño Pete a las fauces de esas criaturas? Qué locura, ¿verdad? ¿Locura? Estaba claro que debía de haberse equivocado, ¿verdad?

Subía y bajaba las colinas a toda velocidad. No era infatigable, pero sí bastante fuerte y, por primera vez, se deleitaba con ese poder. Jack tenía la sensación de que había vivido detrás de una cortina, sin ver realmente lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Las cosas habían empezado a cambiar al encontrar los portátiles en el tren. Volver a tocar teclas que funcionaban, ver brillar el monitor... Aunque no le había dado tiempo a hacer gran cosa al respecto, era mágico, era algo especial.

Pero había tenido una sensación muy distinta al pelear. Gracias a su tremenda fuerza, había salvado la vida a Sam, Dekka y Toto. ¡Él! Precisamente él, Jack el del ordenador.

Era un héroe.

Aunque aún no lo parecía: no era más alto ni más musculoso que antes, no se había convertido en uno de esos luchadores musculosos. Seguía siendo el Jack pálido y miope. Pero tener fuerza ya no le parecía irrelevante.

Podía ser Jack el del ordenador. Pero también podía ser más.

Y resulta que lo que Sam quería que hiciera era matar al pequeño Pete. ¡Eso no podía estar bien!

Había corrido hacia la ciudad, o eso creía. Desde lo alto de la colina avistó un lago de agua brillante y se imaginó que la ciudad tenía que estar, bueno, por ahí, en alguna parte.

Pero acabó percatándose de que se había perdido irremediablemente. Estaba metido en el bosque; le pareció que debía de encontrarse en las colinas donde había vivido Hunter, pero también podía tratarse de Stefano Rey.

Entonces oyó un grito. Una voz humana. Casi se atrevería a decir que era una voz de chica. Jack se quedó paralizado y empezó a respirar entrecortadamente. Se esforzó por oír mejor, pero no hubo un segundo grito. Al menos él no lo oyó.

¿Qué se suponía que tenía que hacer? Sam le había dicho el qué. Tenía que advertir a Edilio. Y tenía que... Ni siquiera se atrevía a plantearse lo que se suponía que debía hacer.

Pero no podía limitarse a ignorar el grito, ¿verdad?

—Vete a averiguarlo —susurró Jack para sí—. Quienquiera que sea necesita ayuda. Y puede que sepa dónde estamos.

No lo dijo, pero pensó: «Y puede que, a fin de cuentas, no tenga que ir a la

ciudad».

Jack corrió hacia el lugar de donde le parecía que había procedido el grito y, tras cruzar un barranco profundo invadido por la maleza, salió a una carretera estrecha flanqueada por árboles altos.

—¡Coates! —exclamó.

No volvió a oír más gritos, pero sí ruidos como de pelea.

De repente el papel de héroe le parecía menos atractivo.

Jack avanzó al trote, pero con cautela. Atravesó la puerta de hierro de la escuela, y se encontró con una escena sacada de una película de terror.

Un monstruo con carne de piedra sepultado bajo un enjambre de insectos increíblemente grandes.

Contemplando la escena desde una ventana estaba Astrid.

Y entonces vio a Drake, cuyo brazo de tentáculo acababa de alcanzar su extensión total.

Jack resolvió que, decididamente, eso de hacer de héroe tenía algunos inconvenientes importantes.

Drake apareció en un mundo que no podría haber sido más maravilloso.

Orc estaba sucumbiendo, aplastado por los bichos.

Astrid miraba, aterrorizada.

Y, por algún motivo que Drake no lograba entender, Jack el del ordenador estaba ahí de pie, contemplándolo todo, boquiabierto.

Drake levantó la mirada hacia Astrid y sonrió.

—No te vayas a ninguna parte, bonita: subiré dentro de un minuto para jugar contigo. Solo quiero saludar a mi viejo amigo Jack.

—¡Jack! —gritó Astrid—. ¡Ayuda a Orc!

Dos de las criaturas volvieron sus inquietantes ojos azules hacia Jack.

—¿Qué vamos a hacer contigo, Jack el del ordenador? —preguntó Drake.

—No busco problemas —respondió Jack.

Drake chasqueó la lengua y meneó la cabeza.

—Pues algo me dice que te rodean por todas partes, Jack. —Entonces se le ocurrió algo y examinó atentamente al chico—. ¿Dónde está Sam? ¿Te ha mandado a ti solo, como un niño mayor?

Mientras, Drake se le iba acercando, esperando, esperando hasta poder alcanzarlo con su mano de látigo, y Jack se apartaba despacio.

Orc aullaba de dolor. Las criaturas del ejército de Drake chocaban las unas con las otras como coches en una carrera eliminatoria, luchando por alcanzar al chico monstruo.

—Te has puesto en plan valiente y peligroso ahí en el lago, Jack —lo provocó Drake.

Unos pocos metros más, y estaría a su alcance.

—Yo solo...

Entonces Jack se quedó con la boca abierta. Al parecer había visto algo justo detrás de Drake.

Drake se volvió para comprobar qué era, y Jack aprovechó ese medio segundo para saltar.

Drake se dio rápidamente la vuelta, como una serpiente, pero lo único que consiguió fue que su cara entrara en contacto directo con un golpe de una fuerza sorprendente.

Cuando consiguió levantarse, Drake se dio cuenta de que había salido volando por los aires más de seis metros.

Entonces se incorporó y se frotó la barbilla.

—Eso ha estado bastante bien, Jack. Uau. Me podría haber matado. Ya sabes, si pudieras matarme.

Jack corrió hacia la puerta, sin duda con el objetivo de rescatar a la damisela en apuros trató de esquivar a Drake, pero el psicópata se rio, agitó su brazo de látigo y lo enroscó alrededor de la pierna del chico. Su objetivo era hacerlo caer, pero no contaba con la fuerza de Jack, así que fue Drake quien salió volando y cayó de cara al suelo.

Drake soltó a Jack, rodó por el suelo y se levantó con un solo movimiento rápido y fluido, pero aun así el episodio había sido humillante.

Volvió a sacudir la mano de látigo y alcanzó a Jack en la espalda. El chaval ahogó un grito de dolor, pero no se detuvo y se metió de cabeza en el tumulto de bichos, agarró al más cercano de una pata y tiró con fuerza.

La pata se desprendió. No logró detener a la criatura, a la que ni siquiera pareció afectarle perder la pata, pero Jack se consiguió un arma.

—Más te vale salvar a Orc enseguida... Venga, Jack —lo provocó Drake—. Parece que va a hundirse.

El rugido de Orc era ronco y cada vez más débil. Los caparazones de los bichos chocaban frenéticamente, con un estruendo creciente.

No tardarían en matar a Orc. Y entonces el ejército de Drake se enfrentaría a Jack. Lo único que tenía que hacer ahora era mantener a Jack distraído.

El chico partió la pata en dos partes: una de ellas gruesa y regordeta, la otra, puntiaguda.

Drake chasqueó su látigo y dibujó un rastro de sangre en la camiseta de Jack.

—Vamos, Jack, sabes que no puedes ganar —insistió Drake—. No puedes matarme. Y no conseguirás detener a mi ejército. La única manera de salir vivo de aquí es uniéndote a mí.

—No.

—Ahora mi bando es el único que hay, Jack. Hay otro ejército de bichos devorando Perdido Beach en este preciso momento. ¿Para quién crees que peleas? Lo que no rematen los de los ojos rojos, lo haremos nosotros cuando lleguemos allí.

—Tú no sabes lo que está pasando en Perdido Beach —replicó Jack.

—La Oscuridad me lo dice —mintió Drake—. Me ha dado poder sobre ellos. Nos estamos cargando a todos, Jack. Al final del día todos estarán muertos y desaparecidos. Únete a mí y puede que te deje vivir.

Drake hizo restallar el látigo a la velocidad del rayo y pilló a Jack desprevenido. Le enroscó el tentáculo alrededor de la garganta y, aunque Jack tiró de él, lo único que consiguió fue acercarse a Drake. El matón se rio en su cara y estrechó aún más el abrazo de su látigo, lo estrechó una y otra vez hasta que vio que la cara pálida de Jack enrojecía.

Jack le asestó un golpe tal en el pecho que lo atravesó con el puño. Pero Drake no aflojó, y a Jack empezaron a salirse los ojos de las órbitas y Drake se rio y ya no se oía la voz de Orc por encima del rechinar de dientes metálicos.

—Sam, Sam, ¡me juraste que no les dejarías!

La barca alcanzó el muelle y Quinn mandó a sus remeros a correr. Todos gritaban el nombre de Lana.

—Tengo un plan, Dekka —dijo Sam.

El cuerpo de la chica ya no tenía nada de humano. Latía bajo su ropa. Las criaturas la estaban desgarrando: sus dientes brillaban, sus mandíbulas buscaban. Una se abrió paso a través de la piel y se quedó paralizada un segundo, mirando a Sam con ojos de color jade.

El chico trató de agarrarla, la atrapó y se le escapó entre los dedos. Pero Quinn fue más rápido. Le arrojó una red de pesca encima, pisó los bordes de la red y la sujetó al fondo de la barca.

—¡Ahora! —suplicó Dekka—. ¡Ahora, Sam! ¡Ahora! ¡Ay, Dios, ahora!

Se veía claramente a un segundo bicho moviéndose bajo la piel de su muslo:

solo lo cubría una fina membrana de carne.

—Tengo un plan, Dekka. Tengo un plan: aguanta, aguanta —le suplicó Sam.

—¡Noooo! —Era un gemido lastimero, desesperado.

Sam echó un vistazo a la costa. Nada. Lana no estaba. Toda la tripulación había desaparecido.

Quinn agarró un remo y lo asestó contra el bicho que tenía atrapado como un martinete, una y otra vez, machacándolo. La criatura, sin embargo, seguía viva.

De repente notaron una ráfaga de viento, y Brianna apareció en un extremo del muelle, vibrando y cubierta de sangre.

—Ya era hora de que apareciera... —Pero se calló al ver lo que le estaba ocurriendo a Dekka—. Pero ¿qué...?

—Brisa: Lana. ¡Ahora! ¡AHORA! —chilló Sam, pero el segundo «ahora» se lo gritó al aire.

—Tengo que... tengo que verla otra vez... —insistía Dekka.

—No me dejes, Dekka. No me dejes.

Pero los ojos de Dekka giraban como locos: su cuerpo se agitaba espasmódicamente.

—Quinn... Lo que voy a hacer... Sostenla. Sostenla pase lo que pase.

Quinn atizó al bicho una última vez; si no estaba muerto, al menos no se iba a ir a ninguna parte. Se puso de rodillas y sostuvo los hombros de Dekka.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Quinn.

—Cirugía —respondió Sam con aire sombrío.

Levantó la mano derecha. La luz verde, concentrada como un láser, atravesó la ropa y la piel de Dekka.

Brianna encontró a Lana justo cuando se disponía a retirarse con Sanjit al extremo occidental de la ciudad.

—¡Lana!

—¡Estás viva! —exclamó Lana—. ¿Y los chavales?

—Muchos han muerto —dijo Brianna sin aliento—. Y muchos más están heridos, pero hemos acabado con los bichos.

—Ya voy —dijo Lana, y se puso a trotar de vuelta a la plaza.

—Vale. Por ahí no, y no tan despacio —la corrigió Brianna—. Dame la mano. Ya te curarás luego.

Brianna despegó arrastrando a Lana, que enseguida tropezó. Arrastró a la curandera el resto del camino, calle abajo, y luego recorrió con ella la playa.

Al arrastrarla, Brianna no podía ir a toda velocidad, pero avanzaba más rápido que cualquier corredor humano.

Para cuando Brianna tiró de Lana para ponerla en pie, al final del muelle, la curandera tenía las piernas cubiertas de rasguños.

—¡La tengo! —anunció Brianna—. ¿Qué estás haciendo?

El rostro de Sam era como una máscara de horror. Había abierto a Dekka del cuello a la pelvis.

Los órganos de Dekka, que formaban un amasijo digno de un matadero, estaban cubiertos por una docena de bichos que salían apelotonados de ella.

Quinn agarraba los bichos y los arrojaba de la barca al agua. Estaba cubierto de sangre hasta los codos.

—Lana, mantenla con vida —le pidió Sam.

Lana saltó a la barca, que se balanceó violentamente adelante y atrás.

Dekka ya no podía hablar, ni siquiera gritar.

Lana apoyó las manos sobre su rostro crispado.

Brianna la siguió hasta la barca, aterrizó delicadamente y apartó a Quinn y Sam.

—Yo me encargo de esto —dijo.

Fue cogiendo una a una a las criaturas que iban saliendo. Algunas corrían a atacar a Sam, mientras otras se alejaban correteando como cucarachas aterrorizadas por el fondo de la barca. Brianna las ponía patas arriba y las hacía estallar en el fondo de la barca disparándoles con la escopeta.

Quinn lanzó un cabo a la cornamusa y acercó la barca a la costa antes de que se hundiera del todo. Sam y Quinn levantaron a Dekka y la depositaron en el muelle, donde yacía abierta como una naranja reventada.

Lana sostenía la cabeza de Dekka en su regazo.

Sam, Quinn y un chico de aspecto extraño que a Brianna le resultaba vagamente familiar se habían quedado mirándola, formando un círculo de fascinación horrorizada.

La barca se hundió definitivamente. Los cuerpos reventados de los insectos quedaron flotando en la superficie.

Dekka movía la boca, pero no emitía sonidos. Sus ojos eran como canicas que rodaban y buscaban sin ver.

—Está intentando decir algo —dijo Quinn.

—Debería callarse y dejar que la mantenga con vida —replicó Lana. La curandera lanzó una mirada maligna a Brianna—. Me debes un par de zapatos.

Dekka intentó hablar otra vez.

—Contigo, Brisa —dijo Sam—. Quiere hablar contigo.

Brianna frunció el ceño. No estaba segura de que Sam estuviera en lo cierto, pero aun así se arrodilló junto a Dekka y acercó la oreja.

Brianna escuchó, cerró los ojos un instante y se levantó sin decir nada.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Quinn.

—Solo gracias —dijo Brianna—. Solo ha dicho gracias.

Se volvió y se alejó, pero no tan rápido como para no oír lo que dijo el chico extraño:

—Esa no es la verdad.

CUARENTA Y DOS

3 MINUTOS

ASTRID OBSERVABA, IMPOTENTE.

Ya no veía a Orc. Puede que ya estuviera muerto ahí debajo.

Jack parecía incapaz de aflojar el látigo de Drake que lo estaba ahogando. Y Drake lo sabía.

Miró a Astrid y le guiñó un ojo.

Astrid había decidido no hacer daño al pequeño Pete, dejarle vivir, aunque eso significara que los demás murieran.

Esa era la decisión correcta y moral.

Pero en menos de un minuto, Jack se asfixiaría. Y Drake la atraparía. No se engañaba respecto a lo que el psicópata pretendía hacer.

Drake y su ejército matarían y seguirían matando. ¿Y qué podría detenerlos? ¿Quién podría detenerlos?

Astrid se dio cuenta de que casi no podía respirar.

De su cuerpo entero parecía emanar una energía extraña. ¿Era miedo? ¿Así se sentía uno cuando era presa del pánico?

El rostro de Jack se estaba oscureciendo. Parecía menos concentrado en zafarse. Clavaba los dedos, impotente. Los ojos le sobresalían, como si fueran a salirse de las cuencas.

Drake iba a matarlo. Y no precisamente deprisa.

Y seguiría matando a muchos, muchos más, mientras la ERA existiera.

Basta. Tenía que terminar. Todo aquello tenía que terminar.

Astrid se acercó al pequeño Pete y lo cogió en brazos. Se dirigió hacia la

ventana y se quedó delante de ella, dudando, con el cuerpo flojo y sudoroso de su hermano en brazos.

Drake la vio y perdió el color de la cara.

Aflojó el tentáculo de la garganta de Jack.

—¡No! —gritó Drake. Desenroscó el brazo de pitón y se puso a correr hacia ella, gritando—: ¡No, no!

—Lo siento —susurró Astrid—. Lo siento mucho, Petey.

Drake estaba en la puerta de la habitación.

—¡No! —volvió a gritar cuando la chica arrojó a su hermano hacia el mar de insectos.

—¡Cogedlo! —gritó Drake.

Empujó a Astrid para abrirse paso hacia la ventana. El pequeño Pete ya estaba cayendo.

—¡No le hagáis...! —gritó Drake.

Sus palabras se vieron interrumpidas por el puñetazo débil, pero certero, que le dio Astrid.

El pequeño Pete casi tocó el suelo, pero se detuvo a pocos centímetros de impactar. Abrió mucho los ojos y se quedó mirando a una docena de ojos azules inquietantes.

—¡No le hagáis daño! —gritó Drake—. ¡La Oscuridad lo necesita!

Pero era demasiado tarde. Los bichos se apiñaban alrededor del pequeño Pete. Chasqueaban las lenguas. Hacían rechinar los dientes.

No se produjo ninguna explosión.

No hubo ningún destello de luz.

Los bichos desaparecieron sin más.

Estaban ahí, y al cabo de un instante habían desaparecido.

El pequeño Pete cayó al suelo. Tosió una vez, con una violencia increíble. Y entonces él también desapareció sin más.

Astrid y Drake estaban uno al lado del otro, contemplando la escena horrorizados. Astrid cerró los ojos. ¿Había terminado? ¿De verdad había terminado?

—Te mataré —amenazó Drake, pero su voz se estaba apagando.

Astrid abrió los ojos y vio que el rostro de Drake ya estaba cambiando, fundiéndose. Sus duros rasgos de tiburón daban paso a un rostro mucho más suave y redondo.

Jack subió pesadamente las escaleras.

Boca arriba, sin una pierna, Orc gruñía de dolor.

—¿Dónde está? —preguntó Brittney—. ¿Dónde está el Enemigo?

Astrid apenas lo oyó.

Lo había hecho. Lo había matado. Había sacrificado al pequeño Pete.

—Salgamos de aquí antes de que vuelva Drake —indicó Jack a Astrid, cogiéndola del brazo.

Pero Astrid no quería irse con él. Todavía no.

—Lo has matado —afirmó Brittney.

Más que una acusación, sus palabras reflejaban asombro.

Astrid suspiró y se estremeció. Le corrían las lágrimas por la cara. No tenía palabras.

Brittney se estaba poniendo nerviosa.

—Te hará pagar por esto, Astrid. Su rabia te encontrará. Tarde o temprano.

—¿Drake o la *gayáfaga*? —preguntó Jack.

Brittney exhibió su aparato dental en una sonrisa salvaje.

—Somos el brazo de la Oscuridad —afirmó—. Nos mandará que os derribemos. A los dos.

—Vámonos, Astrid —insistió Jack sin apartar los ojos de Brittney.

Astrid sintió la fuerza con que la agarraba, y cedió.

Las lágrimas la cegaban, y en su mente las emociones se confundían: odio, repulsión, ira. Y lo peor de todo: alivio.

Había desaparecido. El pequeño Pete había muerto. Y ahora todo por fin terminaría. La pared de la ERA desaparecería. La locura habría acabado.

Alivio. Y le asqueaba percatarse de que se alegraba de haberlo hecho.

Jack la condujo escaleras abajo. Levantó sin esfuerzo a un Orc terriblemente herido y destrozado. El chico de piedra gruñía de dolor e insistía en que deberían dejarlo morir entre sollozos.

—Nadie se va a morir —dijo Jack duramente—. Ya hemos tenido bastantes muertes.

Astrid avanzó obediente detrás de Jack mientras el chico cargaba con Orc colina abajo, hasta la ciudad.

Y mientras caminaba, Astrid se preguntaba cómo era posible que la ERA hubiera terminado y Jack siguiera conservando toda su fuerza.

Dahra Baidoo salió del «hospital» por primera en vez desde lo que parecían ser días.

Virtue la sostenía, aunque temblaba tanto que apenas podía caminar.

Ambos estaban cubiertos de sangre. El hospital era un matadero. El único bicho que había logrado entrar había masacrado a todos los chicos que estaban demasiado enfermos para ponerse en pie, ya no digamos para echar a correr.

Virtue se dijo que, de todos modos, la mayoría de aquellos chavales estaban demasiado enfermos para sobrevivir. Pero saberlo no le servía para olvidar ese horror.

Se había metido en una esquina, detrás de un catre, agazapado, y no había dejado de rezar y suplicar por su salvación. Trató de arrojar varias al bicho, pero las cuñas y las botellas no parecían hacerle nada.

Y, de repente, en un instante, la criatura había desaparecido.

Sus mandíbulas sangrientas rascaban la pared tratando de dislocar a Virtue. Se encontraba a escasos centímetros y a pocos milisegundos de una muerte horripilante.

Y de repente... nada.

Había desaparecido.

De pronto, lo único que oía Virtue eran sus propios sollozos.

Y luego a los demás llorando.

Y un alarido insistente, alocado, de desesperación.

Dahra estaba gritando cuando la sacó delicadamente de debajo de un cuerpo.

—Ha desaparecido —le dijo el chico.

Dahra no podía parar de temblar. No podía dejar de gritar. Y Virtue volvió de repente a aquel campamento de refugiados del Congo, recordó cosas que había presenciado cuando aún era demasiado joven para entenderlas.

Una furia terrible se acumulaba en su interior. Una rabia incontrolable contra todos y todo lo que hacía que el mundo fuera un infierno de miedo, dolor y pérdidas.

Quería destrozar cosas. Quería aullar como un animal salvaje.

Pero Dahra había dejado de gritar, y ahora tan solo lo miraba: necesitaba a alguien, alguien que por fin cuidara de ella.

Virtue le cogió la mano y la rodeó con el brazo.

—Salgamos de aquí —le dijo delicadamente.

Había chavales que gritaban de dolor. Pero Virtue sabía que Dahra ya no podía responderles. Así que la condujo hacia fuera, hacia el aire fresco.

Todos los cuerpos de los bichos habían desaparecido. Los cuerpos de sus víctimas, sin embargo, no.

Virtue no sabía dónde llevar a Dahra. A fin de cuentas, era a ella a quien los chavales confiaban a otros chavales. No conocía a nadie que pudiera ayudarla. Puede que nadie pudiera.

Condujo a Dahra hasta la iglesia en ruinas. El interior estaba en silencio, aunque también había sido un escenario de lucha. Despejó un espacio para ella en un banco. La hizo sentarse, se acomodó a su lado, exhausto, cerró los ojos y rezó.

—Padre nuestro que estás en los cielos, mira y apiádate de esta chica. Ya ha hecho suficiente. —Virtue suspiró y añadió, dudoso—: Amén.

No se quedó mucho rato. Aún había chavales que necesitaban su ayuda.

Se encontró con su hermano de camino al hospital. Sanjit lo estrechó entre sus brazos y dijo:

—Han desaparecido, Choo. Han desaparecido todos.

Virtue asintió y le dio un golpecito en la espalda, tranquilizándolo.

Sanjit le cogió la mano y lo miró a la cara:

—¿Estás bien, hermano?

—He tenido días mejores.

—Así que supongo que la isla parece mejor ahora, ¿eh? Tenías razón, es como un manicomio gigante al aire libre.

Virtue asintió solemnemente y miró hacia la iglesia.

—Sí, pero hay un par de santas entre los locos.

Caine volvía caminando rígidamente hacia la ciudad. Tenía quemaduras, rasguños, pinchazos, moretones, y puede que se hubiera roto un par de costillas.

Pero había ganado.

El único inconveniente, aparte de los diversos dolores que lo hacían estremecer a cada paso, era que no lo había hecho solo. Brianna se había marcado un tanto. No la soportaba, pero tío, sí que era buena peleando.

Y una fuerza invisible y desconocida había hecho desaparecer a los dos bichos a los que acababa de cargarse. Incluso las patas rotas, los fluidos y las tripas habían desaparecido. Como si los hubieran borrado de la faz de la tierra.

Brianna se marchó disparada y lo dejó solo, cojeando. Sin duda debía de estar alardeando y atribuyéndose todo el mérito.

Pero no le saldría bien. No, todos lo habían visto avanzar hacia la amenaza. Y ahora, tal y como había prometido, la amenaza había desaparecido. Había cumplido. Se había ganado el lugar que le correspondía.

Tras cruzar la carretera hacia la ciudad, los primeros chavales se le acercaron corriendo, agradecidos, atolondrados, deseando chocar los cinco con él.

—¡Lo has conseguido, tío, lo has conseguido!

Pero él rechazó sus saludos, se quedó mirándolos muy quieto y se limitó a esperar.

Los chicos parecían indecisos, incluso algo preocupados. Y entonces lo entendieron.

El primero inclinó la cabeza. Fue un gesto brusco, torpe, pero a Caine le bastó: ya aprenderían.

El segundo chaval, y luego un tercero y un cuarto, se le sumaron rápidamente, e inclinaron la cabeza ante Caine. El chico asintió solemne, reconociendo su gesto, y siguió avanzando. Ya nada le dolía tanto como antes.

A LA MAÑANA SIGUIENTE

SAM NO PODÍA enfrentarse a la ciudad y a los chavales que había allí. Si se acercaba a la ciudad, puede que tuviera que luchar con Caine. Y no podía enfrentarse a una pelea. Más tarde. En ese momento no. Todavía no.

Fue testigo de la repentina y completa desaparición de los bichos. Las criaturas que se estaban incubando en el interior de Dekka flotaban en el agua, y, al cabo de un segundo, habían desaparecido.

A Sam le parecía que sabía lo que había ocurrido. Solo había un poder lo bastante grande como para acabar con su existencia.

Contra todo pronóstico, Jack debía de haber conseguido arrojar al pequeño Pete a los bichos. Solo Pete podía haberlo conseguido. ¡El plan desesperado y loco de Sam había funcionado!

Pero en cuanto Astrid supiera que él había dado la orden a Jack, nunca más volvería a hablarle.

La ciudad se había salvado. Pero Sam estaba perdido.

«¿Ordenó la muerte de un niño autista de cinco años, señor Temple?».

El tribunal acusador había vuelto.

«Así es —les dijo en su imaginación—. Eso hice».

Sam siguió avanzando hasta que se encontró en el acantilado. La última vez que estuvo allí... En fin, ahora lo de haber metido mano a Taylor parecía un pecadillo de nada.

«Así es. Y los bichos fueron destruidos porque lo hice. Y se salvaron vidas».

«No es usted quien debe decidir esas cosas, señor Temple. La vida y la muerte son decisión de Dios».

—¿Ah, sí? —dijo Sam en voz alta—. Bueno, pues no me importan mucho sus decisiones.

Sam miró hacia el mar. Se encontraba justo en el punto en el que saltó Mary. Pero no lo tentaba seguirla. Mary había acabado volviéndose loca.

—Eso es —dijo Sam a nadie—. Lo he hecho. Y ha funcionado.

—Sam.

El chico giró sobre sus talones. Astrid estaba allí. Jack se encontraba treinta metros más atrás, y no mostraba ningún deseo de acercarse.

—Astrid.

La chica tenía los ojos rojos e hinchados, y miraba hacia el infinito, hacia la barrera, adoptando una expresión que Sam no sabía interpretar.

—Sigue aquí —dijo la chica.

Sam miró la muralla inmune.

—Sí...

—Pero... pero Petey está muerto —continuó Astrid—. Debería haber parado. No debería estar aquí. Todo debería haber terminado.

—Siento lo del pequeño Pete.

—Sigue aquí.

—Creo que... —empezó a decir Sam.

—¡Para nada! ¡Lo he matado para nada! —exclamó Astrid—. ¡Ay, Dios mío, no! ¡Lo he hecho para nada!

—¿Tú? Tú no has...

Pero entonces vio la expresión de los ojos de Jack, quien asintió y miró hacia el suelo.

Instintivamente, Sam se acercó a Astrid para rodearla con sus brazos. Pero algo lo detuvo. Sabía que no lo aceptaría.

Entonces el chico se dio cuenta; fue una revelación: Astrid no podía estar con

él cuando se sentía débil o descontrolada. Astrid necesitaba ser fuerte. Necesitaba ser... Astrid.

Y en ese instante no lo era. Nunca la había visto tan perdida. La habría abrazado encantado, pero no le habría dejado. Así no.

—Astrid...

—Para nada —susurró la chica.

Sam dio un paso atrás.

—Astrid, escúchame: yo le había pedido a Jack que lo hiciera. Era el único modo. Si tú no hubie...

Pero Astrid no lo escuchaba. Una mirada de puro odio, una mirada que Sam nunca creyó que sería capaz de ver en ella, transformaba su rostro. ¿Se dirigía a él? ¿O a la barrera? ¿O a sí misma?

—Me fui, ya sabes, me fui de la ciudad con Orc. Y luego dejé a Petey. Salí por la puerta de Coates y lo abandoné. A él y a Orc. Los dos me necesitaban. Pero me marché porque pensé: «Si me quedo, me sentiré tentada». Un simple asesinato. ¿Sabes cuando una frase se te mete en la cabeza y no para de repetirse una y otra vez?

No respondió. Astrid no quería que respondiera. Pero sí, lo sabía.

—Sabía que si mataba a Petey todo terminaría —prosiguió Astrid—. Y entonces, ¿sabes qué? Fui caminando en la oscuridad, alrededor de un gran círculo. Y me convencí de no hacerlo. ¿Ves? Conseguí que todo tuviera sentido en mi mente. Porque soy muy, muy lista.

Y se rio amargamente tras decir la última frase.

—¿Quién es más listo que yo? Astrid la genio. Lo pensé todo y elaboré los argumentos correctos. Y recé. Hasta que tomé una decisión buena y moral. ¿Y entonces? Cuando volví, y Drake... y pensé en Drake... cuando pensé... —No podía continuar.

—Astrid, todos hemos tenido que...

—No —lo cortó—. No. No sigas.

—Mira, ven conmigo.

Sam quería cogerla, pero sentía un muro frío a su alrededor.

Ahora Astrid estaba en otra parte. Era otra persona. Y Sam dejó caer los brazos a los lados.

—Cómo debes de reírte de mí, con toda mi arrogancia y superioridad —dijo Astrid en voz baja—. Me pregunto cómo podías soportarme. ¿No te apetece decirme: «Te lo dije», Sam? ¿Cómo puede ser que no? Si yo fuera tú, te diría: «¿Lo ves? ¿Lo ves, idiota, estúpida mojigata? Bienvenida al mundo de Sam. Esto es lo que hago, estas son las decisiones que tomo».

Sí. Parte de él quería decirle todo eso. Parte de él quería decirle esas mismas palabras. «Bienvenida a mi mundo. No es tan fácil ser Sam, ¿verdad?». El chico intentó que su rostro no revelara sus pensamientos, pero no debió de lograrlo, porque Astrid asintió levemente, como si los hubiera pronunciado en voz alta.

Sam le dijo lo único que se le ocurrió:

—Te quiero, Astrid. Pase lo que pase, te quiero.

Pero si lo oyó, no reaccionó de ningún modo. Simplemente se volvió y se marchó.

CINCO DÍAS MÁS TARDE

HABÍA PASADO MUCHO tiempo desde la última vez que hubo tantos chavales llenando la plaza. No estaban todos, pero sí la mayoría. Desde lo alto de los escalones, Sam veía algunos rostros temerosos, otros felices, y, por supuesto, como ocurre siempre que se reúne un grupo de chavales, estaban también los que se limitaban a jugar.

Sam pensó que era positivo que hubieran mantenido intacta la capacidad de encontrar alguna pequeña alegría a la que aferrarse.

El cementerio había crecido terriblemente. Pero por fin la gripe se había extinguido. Hacía cuarenta y ocho horas que no había ningún caso.

Nadie lo celebraba, nadie se relajaba, pero por fin parecía que la gripe mortal había seguido su curso.

Sam lanzó una mirada furtiva a su hermano. Caine parecía seguro de sí mismo, desde luego más seguro de lo que él se sentía. Tristemente, también pensó que lo de autoproclamarse rey le había sentado bien. Iba impecablemente vestido, con pantalones grises, camisa azul celeste y un blazer azul marino. ¿Cómo lo había conseguido?

El resto de su «corte» no iba ni de lejos tan bien arreglada, pero, a pesar de ello, tenía mejor aspecto que Sam o su gente.

Diana, Penny, Turk y Taylor se habían situado de pie detrás de Caine.

Sam estaba con Dekka, que tenía muy poco de la intrépida e intimidante Dekka de siempre. Su cuerpo estaba muy débil —aún no se había recuperado— y su espíritu todavía más.

Incapaz de quedarse totalmente quieta, Brianna aguardaba ahí de pie sin parar de vibrar. Parecía alterada y enfadada, y desde luego se negaba a mirar a Dekka a los ojos.

Jack fue una sorpresa para Sam: le sorprendió que se molestara en vestirse bien y se acordara de presentarse. Jack estaba creciendo, había crecido, como persona.

Edilio estaba sentado en una silla plegable. Aún era como si estuviera a las puertas de la muerte, pero la tos había desaparecido, le había bajado la fiebre, y se le veía decidido.

La ausencia más notable era la de Astrid. Tendría que haber estado allí. Sam la buscó con la mirada entre la multitud, pero nadie la había visto. Los cotillas decían que se había mudado a un apartamento pequeño, en el límite de la ciudad. Otros aseguraban que la habían visto cruzando la carretera hacia Stefano Rey.

Sam esperaba que apareciera para la Gran Ruptura, que era como Howard había bautizado a aquella ceremonia extraña. Pero no se la veía por ninguna parte. Y ahora los amigos de Sam procuraban no mencionar su nombre.

Toto estaba ahí de pie, torpe, incómodo, agitado, entre los dos campos separados.

—Creo que todos están aquí —anunció Caine.

—No se lo cree —dijo Toto.

Caine sonrió, indulgente.

—Me parece que han venido todos los que probablemente vendrán.

—Es verdad —repuso Toto.

—Sí —dijo Sam.

Tenía la boca seca. Estaba nervioso. No debería importarle. La verdad era que nunca había querido ser líder, y aún menos un líder popular.

Caine alzó una mano para indicar que había llegado la hora y pedir silencio.

—Todos sabéis por qué estamos aquí —dijo con una voz fina y contundente—. Tanto Sam como yo queremos la paz...

—No es verdad —dijo Toto.

Los ojos de Caine brillaron con furia, pero se obligó a sonreír.

—Toto, para quienes no lo conocáis, es un raro con el poder de distinguir la

verdad de la mentira.

—Es verdad —dijo Toto.

—Así que... vale... dejadme empezar otra vez —pidió Caine—. Sam y yo no nos gustamos. A mi gente no le gusta su gente, y su gente piensa lo mismo de nosotros.

Hizo una pausa para mirar a Toto.

El chico asintió y dijo:

—Él cree que es así.

—Sí que lo creo —afirmó Caine muy seco—. Tenemos visiones distintas del futuro. Sam quiere que todos se muden a su lago. Yo quiero quedarme aquí en Perdido Beach.

La multitud estaba muy silenciosa, Sam estaba tan irritado como aliviado de que fuera Caine el único que hablara.

—Sam y yo también tenemos ideas distintas sobre el liderazgo. Sam cree que es una carga. ¿Y yo? Creo que es una oportunidad.

—Él... él cree que es así —dijo Toto, pero fruncía el ceño, puede que porque percibiera en las palabras de Caine algo que no era ni verdad ni mentira.

—Hoy, cada uno de vosotros tomará una decisión —continuó Caine—. Irse con Sam o quedarse aquí. No intentaré detener a nadie, y tampoco se lo tendré en cuenta a nadie. —Se llevó la mano al corazón—. Dejadme que sea muy claro con los que decidan quedarse: yo estaré al mando. No como alcalde, sino como rey. Mi palabra será la ley. Mis decisiones serán definitivas.

Los últimos comentarios provocaron algunos murmullos, la mayoría de descontento.

—Pero también haré todo lo que pueda para dejar que todos viváis en paz. Quinn, si decide quedarse, podrá seguir pescando. Albert, si decide quedarse, podrá seguir administrando su negocio. Los raros y los normales serán tratados como iguales.

Parecía que iba a añadir algo más, pero se detuvo tras echar una mirada de refilón a Toto.

El silencio se alargó y Sam supo que le había llegado la hora de hablar. Antes siempre tenía a Astrid a su lado para cosas así. Eso de hablar en público no era lo suyo. Y, en cualquier caso, no tenía mucho que decir.

—Quien se venga conmigo podrá votar cómo vamos a hacer las cosas. Supongo que estaré más o menos al mando, pero probablemente elegiremos a otras personas, crearemos un Consejo como... Bueno, esperemos que mejor que antes. Y, esto... —Tenía ganas de reírse por lo mal que lo estaba haciendo—. Mirad, gente, si queréis a alguien, si queréis un... rey, madre mía, para deciros qué hacer, quedaos aquí. Si queréis más bien decidir vosotros, pues venid conmigo.

No había dicho suficientes cosas para que Toto pudiera siquiera comentarlo.

—¡Ya sabéis de parte de quién estoy, gente! —gritó Brianna—. Sam ha llevado todo el peso desde el primer día.

—¡Fue Caine quien nos salvó! —gritó una voz—. ¿Dónde estaba Sam?

La multitud parecía indecisa. Caine irradiaba confianza en sí mismo, pero Sam se dio cuenta de que tenía la mandíbula apretada, que su sonrisa era forzada, y que estaba preocupado.

—¿Qué va a hacer Albert? —preguntó un chico llamado Jim—. ¿Qué va a hacer Albert?

Albert salió del lugar donde había pasado desapercibido hasta entonces, en un lateral, y subió los escalones, moviéndose aún con cautela: todavía no estaba bien del todo.

Y eligió cuidadosamente una posición equidistante entre Caine y Sam.

—¿Qué deberíamos hacer, Albert? —preguntó una voz lastimera.

Albert echó un vistazo rápido a la multitud, como si se limitara a asegurarse de que se orientaba en la dirección correcta, y habló en un tono bajo, moderado. Los chavales se acercaron para oírlo.

—Soy un hombre de negocios.

—Eso es verdad —dijo Toto.

—Mi trabajo consiste en organizar a los chavales para que trabajen, recojan lo que cosechan, cazan o pescan, y lo redistribuyan a través de un mercado.

—¡Y quedarte con lo mejor! —gritó alguien, lo que provocó una risa general.

—Sí —reconoció Albert—. Me recompenso por el trabajo que hago.

Su admisión sincera desconcertó a la multitud.

—Caine ha prometido que si me quedo aquí no interferirá en mis asuntos. Pero no me fío de Caine.

—No, no se fía. —Toto estaba de acuerdo.

—Me fío de Sam, pero...

El silencio que reinaba era tal que se podría haber oído caer un alfiler.

—Pero... Sam es un líder débil. —Albert mantenía la mirada baja—. Sam es el mejor luchador que existe. Nos ha defendido muchas veces. Y a nadie se le da mejor lo de resolver cómo sobrevivir. Pero Sam... —Entonces Albert se volvió a hacia él—. Eres demasiado humilde. Estás demasiado dispuesto a hacerte a un lado. Cuando Astrid y el Consejo te marginaron, lo aguantaste. Yo también participé en eso. Pero dejaste que te margináramos, y el Consejo acabó resultando inútil.

Sam estaba inmóvil, inexpresivo.

—Reconozcámoslo: si las cosas van mejor, no es por ti sino por mí —sentenció Albert—. Eres mucho más valiente que yo, Sam. Y si hay una batalla, tú mandas. Pero no sabes organizar ni planear, y no te plantas para que pasen las cosas.

Sam asintió levemente. Era duro oír todo aquello, pero aún lo era más ver cómo la multitud asentía, cómo daba la razón a Albert. Era la verdad. El hecho es que dejó que el Consejo se encargara de las cosas, se hizo a un lado y se quedó sin hacer nada, compadeciéndose de sí mismo. Se apuntó corriendo a una aventura y no estaba en la ciudad para salvarla cuando lo necesitaron.

—Así que —concluyó Albert—, yo me quedo con mis cosas aquí, en Perdido

Beach. Pero habrá libre intercambio entre Perdido Beach y el lago. Y Lana tiene que poder desplazarse libremente.

Caine se erizó al oír todo aquello. No le gustaba que Albert estableciera las condiciones. Pero Albert no se dejaba intimidar.

—Yo alimento a estos chavales —dijo a Caine—. Lo hago a mi manera.

Caine dudó, pero a continuación inclinó levemente la cabeza.

—Quiero que lo digas —dijo Albert apuntando con la cabeza hacia Toto.

Sam distinguió el brillo del pánico en los ojos de Caine. Si mentía se le acabaría el rollo. Toto lo delataría, Albert apoyaría a Sam, y los chavales harían lo que dijera Albert.

Sam se preguntaba si Caine había empezado a darse cuenta de algo que él hacía tiempo que sabía: si allí había algún rey, ese no era Sam ni Caine, sino Albert.

Caine tardó en contestar. Su sonrisa se desvaneció al entenderlo. Solo podía decir la verdad, lo que implicaba creérsela. Aceptarla.

Con una voz humilde que poco tenía que ver con su fanfarronería y arrogancia anterior, afirmó:

—Sí. Albert decidirá lo que crea conveniente sobre dinero, trabajo o comercio entre Perdido Beach y el lago. Y la curandera irá donde tenga que ir.

Sam tuvo que resistir el impulso de reírse en voz alta. Después de todo lo ocurrido entre Caine y él, después de cómo se había exhibido durante todo aquel día, no era el gran Caine, el guapo, el encantador y el tremendamente poderoso Caine, quien mandaba en la ERA, ni tampoco Sam. Era un chico negro flaco y reservado, cuyo único poder era la capacidad de trabajar duro sin perder la concentración.

El gran momento de Caine, su gran retorno triunfal, se había visto empañado.

—Vale —dijo Sam—. Me voy a Ralph's. Quien quiera venir conmigo, que vaya para allá. Esperaré dos horas. Traed agua embotellada y la comida que tengáis. Hay que caminar mucho hasta el lago.

Bajó los escalones, dio media vuelta sin volver la vista atrás y se dirigió hacia la carretera. Tenía la sensación extrañísima de que caminaba solo.

Al llegar a la carretera se detuvo. Brianna estaba allí, claro. Dekka, también, y Jack llevaba a Edilio como un bebé, un bebé muy grande.

Además, había cuarenta o cincuenta chavales que habían cogido sus cosas y abandonado sus casas para seguirlo.

Quinn se acercó y se llevó a Sam aparte. Su viejo amigo parecía atormentado y triste.

— ¿Qué pasa, tío? — preguntó Sam.

Quinn no podía hablar. La emoción lo embargaba.

— Tío...

— Te quieres quedar en la ciudad.

— Mi gente..., mis barcas y todo...

Sam le puso una mano en el hombro.

— Quinn, me alegro de que hayas encontrado algo tan importante para hacer. Algo que realmente te gusta.

— Sí, pero...

Sam lo abrazó brevemente.

— Tú y yo seguimos siendo amigos, colega. Pero tienes responsabilidades.

Quinn asintió, abatido.

Sam volvió a examinar a la multitud en busca de Astrid. No estaba allí.

No quedaba mucho para el aparcamiento de Ralph's. Sam se apoyó en uno de los coches que había allí aparcado. Algunos chavales se acercaron para mostrarle su apoyo o para darle ánimos, pero la mayoría solo querían preguntarle cosas como:

—¿De verdad tienes Nutella?

O:

—¿Puedo vivir en un barco? Eso molaría tanto...

Iban al lago por la Nutella y los fideos, no por él...

Sam estaba entumecido. Como si todo lo que estaba ocurriendo le estuviera ocurriendo a otra persona. Se imaginaba en el lago, en una casa flotante. Dekka estaría allí, y Brianna, y Jack. Tendría amigos. No estaría solo.

Pero no podía evitar buscarla.

Ya no tenía que preocuparse del pequeño Pete. Podrían estar juntos sin todo eso. Pero claro, conocía a Astrid, y sabía que en aquellos momentos, donde fuera que estuviera, el sentimiento de culpa la estaba devorando.

—No viene, ¿verdad? —dijo Sam a Dekka.

Pero Dekka no contestó. Tenía la mente en otro sitio. Sam la vio mirar y apartar la vista mientras Brianna posaba la mano sobre el hombro de Jack.

Dahra se iba a quedar en el hospital, pero llegaron algunos chavales más. En grupos de tres o cuatro cada vez. La Sirena y los chavales que vivían con ella. John Terrafino. Ellen. Sam esperaba. Esperaría dos horas enteras. No por ella, se decía, sino para mantener su palabra.

Y entonces llegó Orc, con Howard.

Sam gruñó para sus adentros.

—Tiene que ser una broma —dijo Brianna.

—El trato es que los chavales eligen —dijo Sam—. Creo que Howard acaba de darse cuenta de lo peligrosa que puede resultar la vida para un delincuente en un sitio donde el «rey» puede decidir la vida o la muerte.

Para alivio de Sam, Howard no se acercó a hablar con él. Orc y él se sentaron en la parte trasera de una camioneta. Otros chavales los rehuían.

—Ha llegado la hora —indicó Jack.

—¿Brisa? Cuenta a los chavales —pidió Sam.

Brianna volvió al cabo de veinte segundos.

—Ochenta y dos, jefe.

—Un tercio —observó Jack—. Un tercio de lo que queda.

—Espera. Cuenta ochenta y ocho —corrigió Brianna—. Y un perro.

Lana, que, como era habitual en ella, tenía una expresión irritada en el rostro, y Sanjit, que, como era habitual en él, parecía feliz, se acercaban al trote junto con los hermanos de Sanjit.

—No sé si nos quedaremos allí arriba o no —dijo Lana sin más preámbulos—. Pero quiero ver cómo es. Y mi habitación huele a mierda.

Justo antes de que se acabara el tiempo, Sam oyó un revuelo. Los chavales dejaban paso a alguien, murmurando. A Sam le dio un vuelco el corazón.

—Hola, Sam.

El chico tragó saliva.

—¿Diana?

—No me esperabas, ¿eh? —Diana puso mala cara—. ¿Dónde está la rubita? No la he visto en el gran mitin para levantar la moral.

—¿Vienes con nosotros? —preguntó Brianna.

Era evidente que no le hacía ninguna gracia.

—¿A Caine le parece bien esto? —preguntó Sam a Diana—. Tú decides, pero necesito saber si no vendrá detrás de nosotros para recuperarte.

—Caine tiene lo que quiere —afirmó Diana.

—Igual debería llamar a Toto —dijo Sam. El atrapatrolas estaba conversando con Spidey—. Te podría preguntar si vienes para espiar para Caine, y ver lo que

dice Toto.

Diana suspiró.

—Sam, tengo problemas más importantes que Caine. Y creo que tú también. Porque la ERA va a hacer algo que nunca había hecho antes: va a generar a un miembro nuevo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que vas a ser tío.

Sam la miró sin comprender. Brianna soltó un taco. E incluso Dekka alzó la vista.

—¿Vas a tener un bebé? —preguntó Dekka.

—Esperemos que sí —dijo Diana—. Esperemos que solo sea eso.

PETE

CAMINABA SOBRE EL borde de una placa de vidrio a miles de kilómetros de altura.

Por el otro lado, muy, muy por debajo de él, los ruidos discordantes y los colores abrasadores estaban atenuados. Veía el pelo amarillo y el azul penetrante de los ojos de su hermana, pero ahora estaba demasiado lejos para que pudieran lastimarlo.

Veía los ecos de los monstruos refulgentes de ojos brillantes que habían intentado comérselo.

Eran fantasmas que se deslizaban lentamente hacia el brillo verdoso muy, muy por debajo.

Habían intentado alcanzarlo con sus lenguas que pinchaban y con sus bocas que cortaban, así que los había hecho desaparecer.

El dolor del cuerpo se había desvanecido. Se sentía fresco, ligero e increíblemente flexible. Hizo una voltereta por el borde de la placa y se rio.

Su cuerpo lleno de calor y dolor y toses como volcanes también había desaparecido. Igual que los bichos.

Sin cuerpo no sentía dolor.

El pequeño Pete sonrió mirando a la Oscuridad. Ahora no intentaba tocarlo sino que se encogía.

Tenía miedo.

Tenía miedo de él.

El pequeño Pete tenía la sensación de que le habían quitado un peso enorme de los hombros. Todo el peso, los colores demasiado brillantes, los ojos demasiado penetrantes y los zarcillos borrosos que intentaban alcanzar su mente... Todo eso quedaba muy lejos.

Ahora el pequeño Pete flotaba por encima de la placa de vidrio. Ya no se tambaleaba precariamente. Podía ir a cualquier parte. Se había liberado de su hermana y de la Oscuridad. Por fin se había liberado de su cuerpo enfermo. Y se había liberado, también, del cerebro torturado, retorcido y atrofiado que había hecho que el mundo le resultara tremendamente doloroso.

Por primera vez, el pequeño Pete veía el mundo sin encogerse y sin necesidad de salir huyendo. Era como si siempre hubiera estado observándolo a través de un velo, a través de un vidrio opalino, y ahora lo viera todo con claridad por primera vez en su breve existencia.

Durante toda la vida, había tenido que ocultarse. Y ahora se maravillaba ante lo emocionante que resultaba ver, oír y sentir.

Su cuerpo enfermo había desaparecido. Su cerebro deformante y espeluznante había desaparecido.

Pero Pete Ellison nunca se había sentido más vivo.